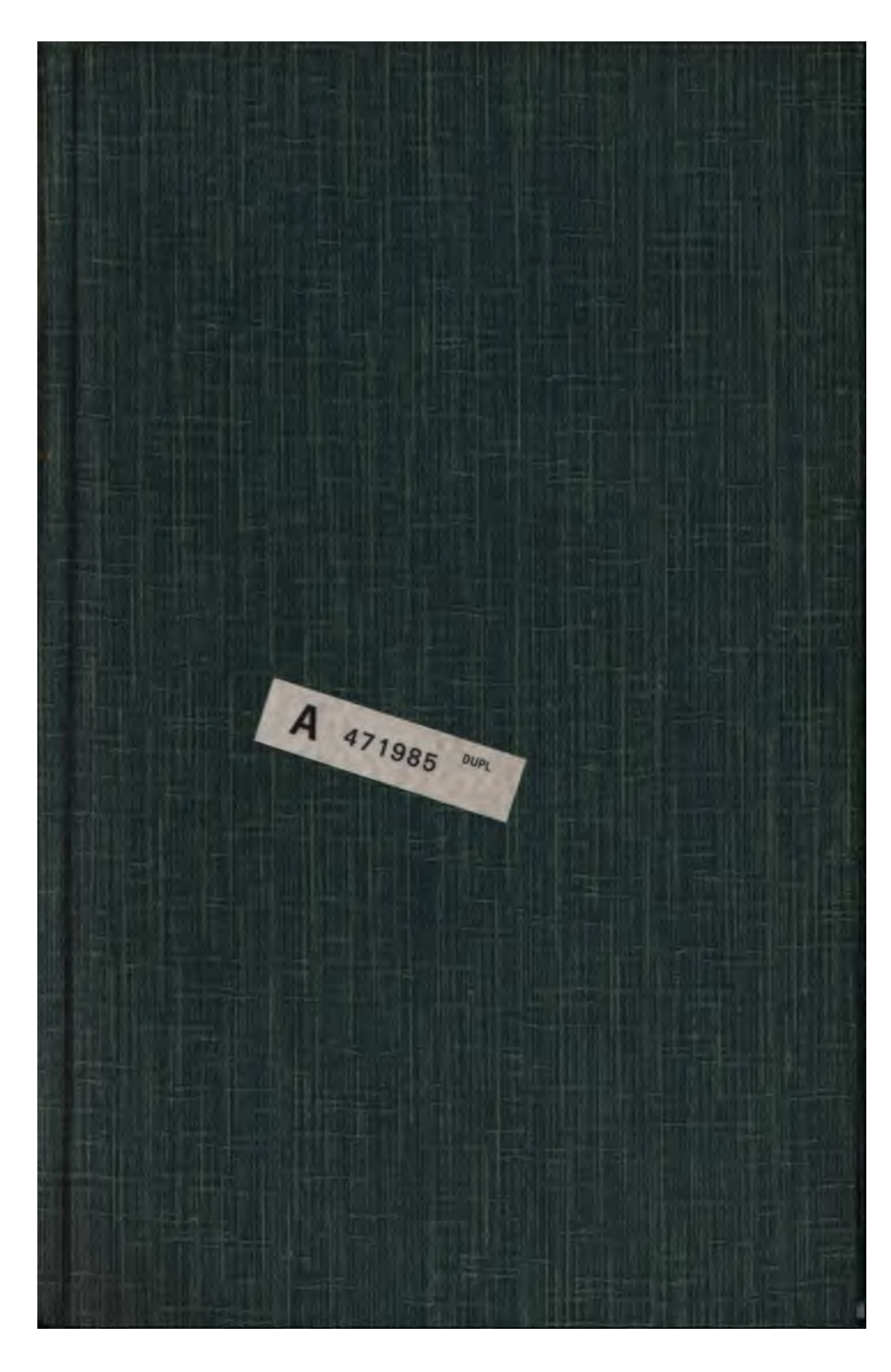
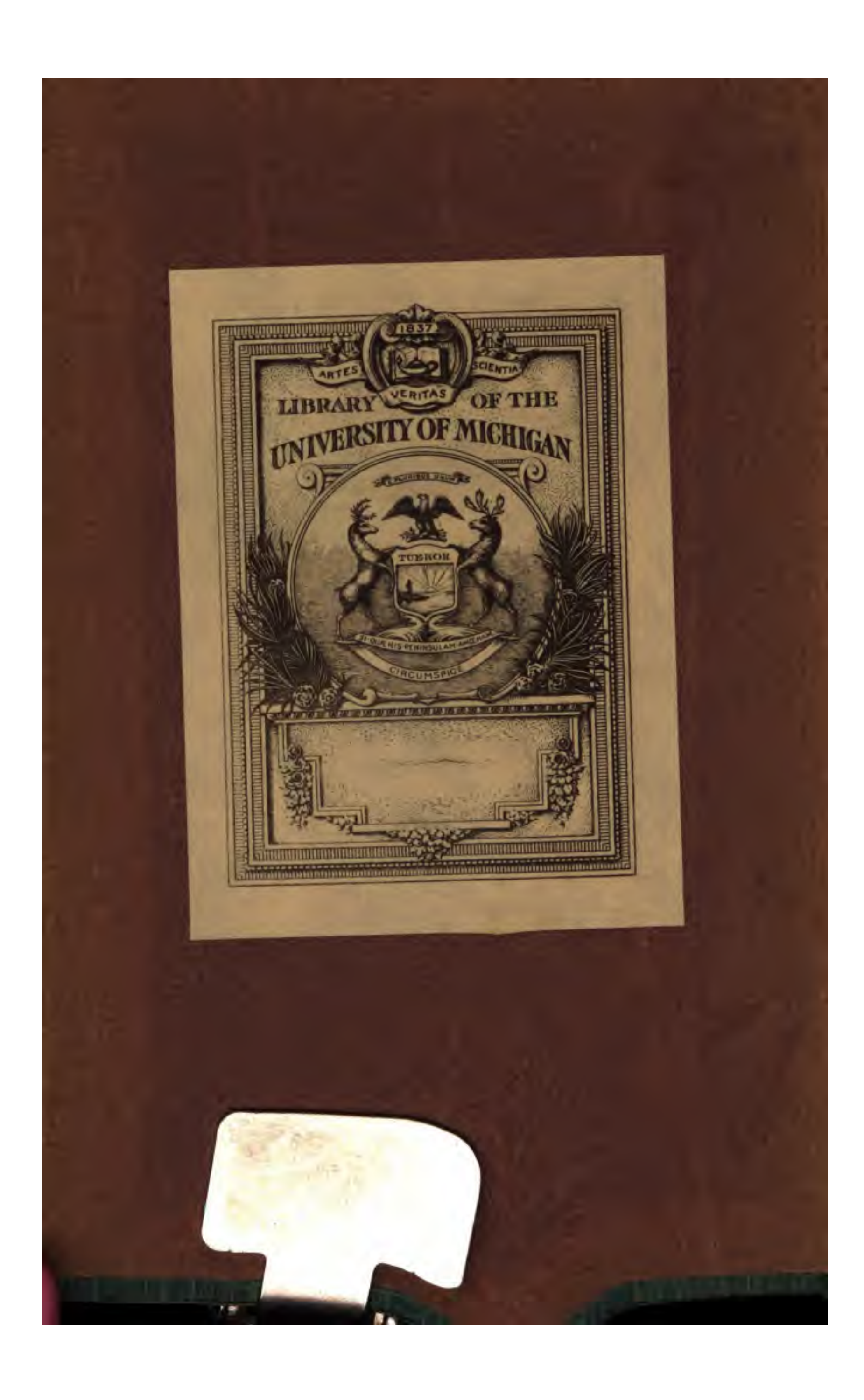
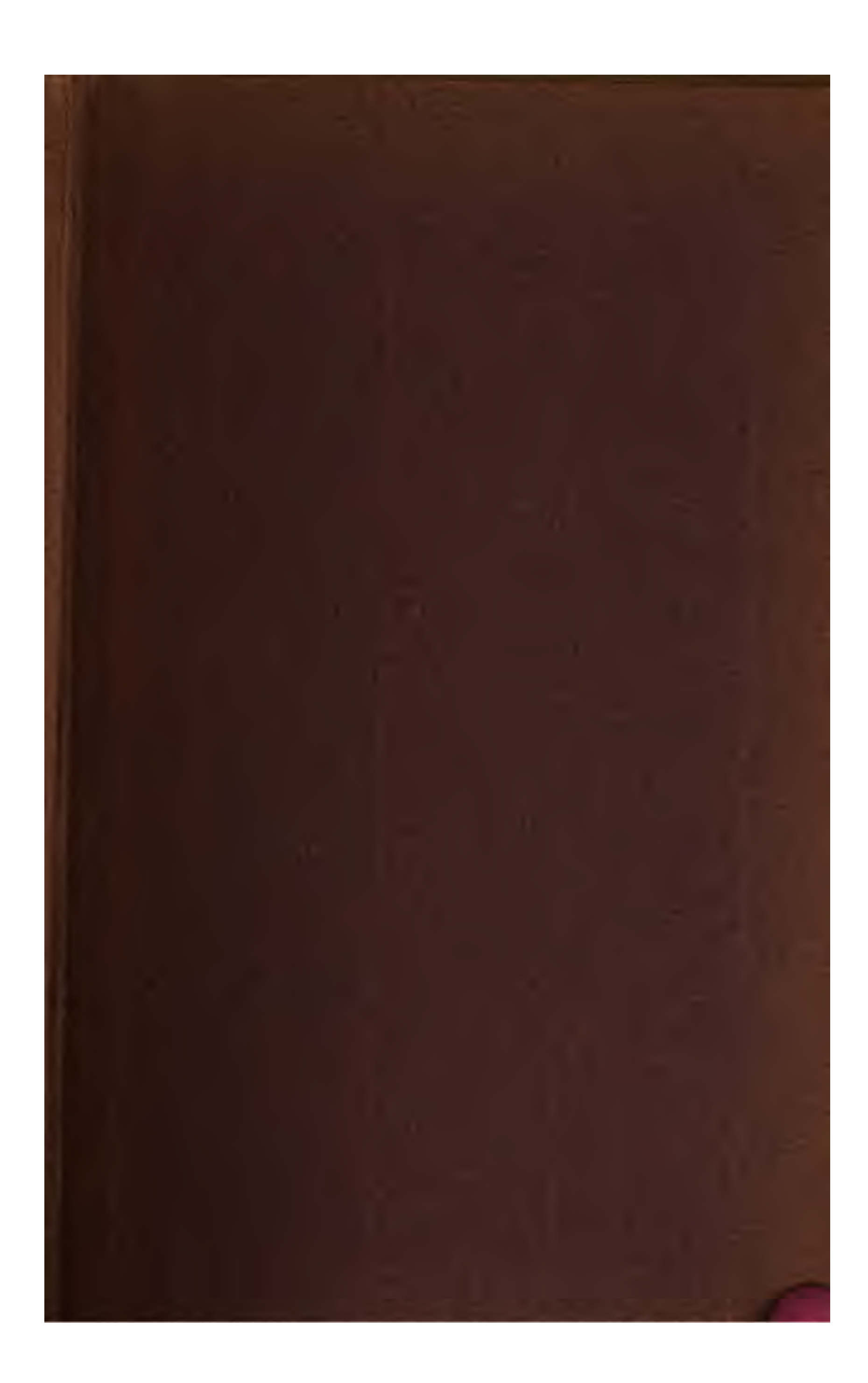
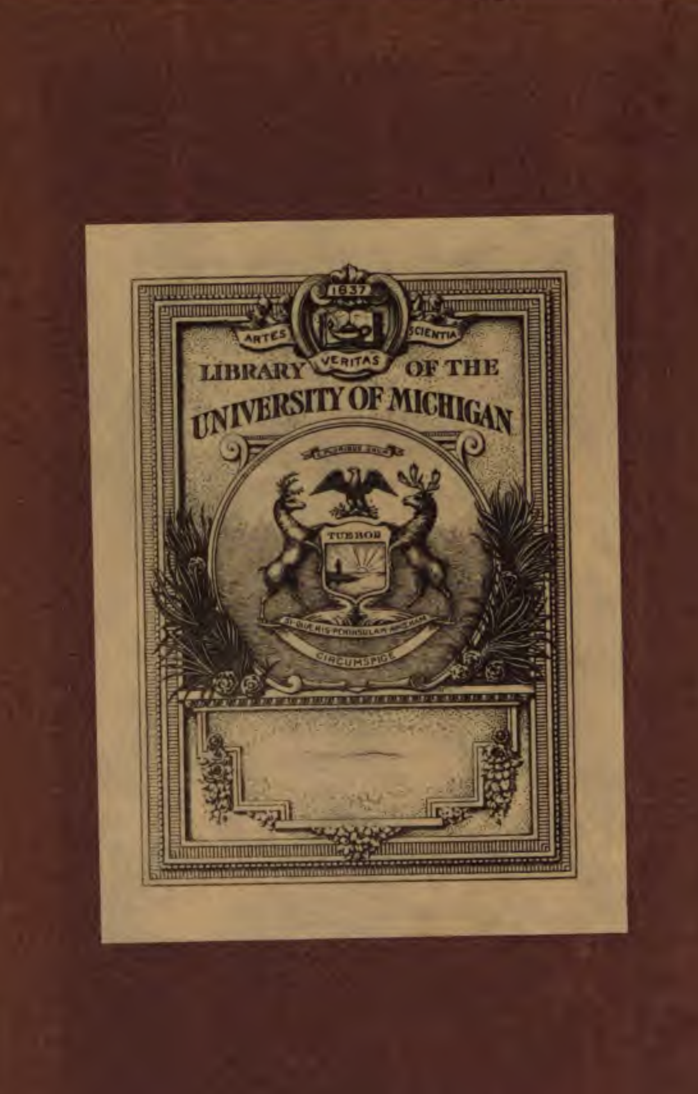

A 471985 DUPL






1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE



TIERRA DE CAMPOS

MADRID: 1897.— Est. tip. de G. Juste, Pizarro, 15.

ADVERTENCIA AL QUE LEYERE

(CON SÚPLICA DE SER TENIDA COMO UN CAPÍTULO DE LA OBRA)

Estudiando el que suscribe, allá por los años 65 al 67, el bachillerato en Letras en la Universidad de Valladolid, tuvo ocasión de conocer á un tipo muy notable que entonces solía frecuentar por temporadas en calidad de oyente las aulas de dicha Escuela. Era un señor respetable y simpático; de edad ya madura, pues cifraría en los cincuenta; con rasgos, no obstante, perpetuamente juveniles; perpetuo decano honorario del claustro escolar pinciano; célibe no menos honorario y perpetuo; estudiante, ó, si se quiere, Estudiante (como le clasificaban siempre los sobres de sus cartas, —las que recibía), á perpetuidad en medio de las cambiantes generaciones estudiantiles; «*constans et perpetua voluntas studium suum sibi tribuendi,*»

como le habían definido sus colegas en Derecho; «*mens studiosa in corpore studente,*» según le hipocratizaban los compañeros de Medicina; «*antiguo y acreditado joven*», marca en fin con que le había popularizado en cierto satiricón hebdomadario de la localidad un malogrado Quevedo de aquellos tiempos.

Don Bienvenido Barcia Palomar, que así se llamaba por su nombre de pila y familiares apellidos, era hijo único de un ricacho amayorazgado en importante villa de la provincia, hoy cabeza de partido judicial, antiquísimo castro celto-gaélico que fué en sus orígenes (á creer á erudita disquisición del estudioso) denominado *Mauda*, raíz céltica de donde, según él, proviene el término geográfico *Mota* (1), bastante repetido en el nomenclator de los pueblos de la Península. Desde muy niño había dado muestras de vivaz ingenio y, en mayor grado aún, de afición precocísima á libros, lecturas y cuestiones de letras y de ciencias, por lo cual su padre, sin gusto ni disgusto,

(1) Nosotros mismos hemos visto anotada de puño y letra del malogrado D. Bienvenido esta investigación filológica en un magnífico ejemplar de la gran *Gramática de las Lenguas Célticas de Zeuss*, existente en la biblioteca de dicho señor y cuidadosamente conservado por la familia.—(*Nota del novelador.*)

pero abandonando á su espontaneidad aquella planta, buscóle primero maestros que le hinchasen las medidas del deseo, y trájole luego á la capital para que satisficiese en libertad su prurito de adquirir conocimientos y almacenar carreras. El chico se aprovechó de veras de estos albedrios en que se le dejaba, y todo se le volvía aprender latín y griego y hebreo y mitología é historia y ciencias y cuanto se ponía al alcance de sus anhelos, sin prisa de acabar nada, antes complaciéndose en cierta delectación morosa que no le consentía abandonar un tema así que por su cuenta le tomaba: en todos ellos, por supuesto, dando pruebas sobradas de su claro entendimiento y aplicación entusiasta.

Llegó al fin á los umbrales universitarios, y muy perplejo se vió para elegir estudios: todos le gustaban igualmente. Por ser los más comunes empezó por los de Derecho, y en ellos, como de costumbre, se empapó de firme; mas no tardó en aburrirle el patrón oficial, la monotonía igualitaria de las conferencias, la falta de libertad del espíritu para moverse, cuestionar, investigar, ampliar ó reducir los temas... Ea, que, cuando se convenció el muchacho de que la retaila de asignaturas iba á sucederse hasta el fin por el propio diapa-

són y que de semejante cultivo, puramente extensivo, no había de sacar el jugo que él pensaba..., mandó de una vez á Don Alfonso X y á Justiniano á donde se fué el padre Padilla, y decidió llamar á las puertas del templo de Hipócrates y Galeno en busca de harturas á sus ansias de saber. Donde se repitió el propio fenómeno que en la morada de las Leyes, de modo que á los tres años justos, allí como aquí, se enojó con los procedimientos oficiales de estudio, y puso asimismo punto final en los de Medicina.

Con que á la sazón, y transcurridos los seis cursos completos que consumidos llevaba, como se hubiesen instituído en la nombrada Universidad vallisoletana las nuevas Facultades de Letras y de Ciencias hasta el bachillerato, faltóle tiempo al joven universitario para golosear, con el apetito intelectual de siempre, tales académicas novedades, inaugurando la matrícula de los susodichos estudios de Filosofía y Letras, donde iba á encontrarse cual en propia casa, tratándose de los literarios griegos y latinos, y de los crítico-históricos de España en particular y de la civilización clásica en general. Saltábanle por dentro los nervios de gusto ante tan suculentos manjares, pues así las gastaba el muchacho, dotado del más fino é

impresionable temperamento cerebral que puede imaginarse.

Pero héte aquí que hacia mediados del segundo curso y cuando más engolfado en sus sabrosas tareas se encontraba, recibió un día la noticia de que su padre había caído gravemente enfermo en el pueblo, siendo urgentísima su presencia al lado del paciente. Allá voló lleno de mortal zozobra, y apenas tuvo tiempo para recoger los últimos ecos de la voz amada, las palpitaciones postreras del sér á quien su sér debía.

Aturdióle el golpe; hallóse sólo en el mundo, cuando creía que el paternal calor había de calentarle toda la vida; sintió que huían de él gustos, ilusiones, esperanzas, quedándose vacío por dentro. Y así continuó mucho tiempo, recluído en la casa solariega, sin comunicarse apenas con nadie (á su madre habíala perdido siendo niño, y parientes tenía pocos y lejanos), presa de hondo desconsuelo. Pero la reacción vino al fin.

Porque el mozo á todo esto habíase hecho hombre; porque sus energías eran demasiado jóvenes para dejar enfriar definitivamente el fermento de la vida; porque al cabo se encontraba dueño y señor sin condiciones de una muy regular fortuna, pingüe, saneada, de administración notablemente

ordenada y fácil: estímulos sobradamente engendradores de fuerzas activas y reactivas. Tenía entonces sus veinticinco bien cumplidos, y poseía un exterior por demás agradable. Buen mozo, de natural elegante, el total relieve muy esbelto, más expresiva aún la fisonomía de tipo romántico. ¡Cuántas contemporáneas debieron en aquella época de calentarse los cascos, pensando en lo buen partido que era el joven Bienvenido Barcia Palomar! Pero él no se sintió de humor de entrar en ninguna de esas cábalas, y permaneció célibe recalcitrante.

A poco volvió á las andadas, á sus antiguos gustos é inclinaciones, á revolver libracos y discurrir literarios afanes: todo por supuesto en más vasta, metódica y útil escala que antes. Hizo algunos viajes por España y por el extranjero, y acabó teniendo abiertas dos casas: una en el pueblo, la solariega de su padre; otra en Valladolid. Acomodó muy bien la primera á sus aficiones y necesidades, y en ella instaló la biblioteca, que se vió pronto bien surtida de ejemplares tan útiles como curiosos, recogidos con tino certero y ojo experto entre las viejas librerías pincianas, un día riquísimo venero de fuentes históricas y arqueología bibliográfica, y entre los opulentos despojos

del Rastro de Madrid, á donde todos los años, no con otro fin, hacía algún viaje. La segunda servíale de cómodo é independiente albergue, liberación de patronas, durante las temporadas que le venía en gana trasladarse á la capital para husmear sus bibliotecas y aun continuar sus estudios.

Pues es de saber que Barcia por nada de este mundo quiso renunciar á su condición de estudiante perpetuo, función, decía, que debiera ser permanente en el hombre intelectual, supuesto la necesidad de aprender jamás en nadie se agota, y aun los más sabios nunca dejan de tener que recibir de otros sabios noticias é ideas nuevas. Sólo ahora renunció de una vez y para siempre á toda disciplina y matrícula oficial, rechazando hasta los títulos mismos universitarios; de manera que él, que tanto sabía, y tantos cursos había aprobado con las más brillantes notas en la Universidad pinciana, no llegó á ser ni abogado, ni médico, ni siquiera bachiller, licenciado ó doctor en Ciencias ó Letras. Tampoco le hacía falta, ya para saber de éstas y aquéllas con mucha más solidez y altura que los Doctores oficiales, ya para ganarse con el ejercicio de una profesión la vida, cuyas necesidades tenía colmadas gracias á las rentas de su fortuna. Asistía, pues, á las cátedras libremente, en

calidad de oyênte esotérico, por el tiempo que le convenía, y con elección autonómica de las clases y facultades, según las materias que para sus gustos ó sus fines quería refrescar, ampliar ó rectificar: tareas de verdadera función estudiantil, en las que el año que menos empleaba un par de meses; costumbres de todo punto inusitadas, singularmente en nuestro país, y merced á las cuales había adquirido el concepto de que en un principio hablamos y una notoriedad popularísima en la capital y en la provincia.

Barcia estudiaba y aprendía siempre, pero también creaba, y su nombre llegó á ser harto conocido y estimado en la república de los buenos literatos y de los sabios. Buscando un motivo de formal aplicación á sus actividades, fijóse al fin resueltamente en el estudio geográfico, sociológico é histórico de su tierra, esto es, de la provincia, y en general de la región vétulo-castellana, empresa á la que acabó por consagrar todas sus fuerzas, sus mayores entusiasmos patrióticos, su vida entera.

Desde su solar fincado en la céltica *Mauda*, unas veces á caballo, otras en tílburi, según los caminos, prodigaba las excursiones, y su conocimiento del país y su popularidad servíanle á ma-

ravilla para cosechar, auxiliado de su enorme cultura, las más originales y ópimas investigaciones: ora documentales, revolviendo bibliotecas, libros becerros y archivos, desde el de Simancas hasta el de la más insignificante iglesia; ora monumentales, visitando y explorando cuantas obras y despojos legaron civilizaciones pasadas al país castellano; ora geográficas, recorriendo y analizando en sus menores detalles topográficos el suelo de esta tierra, sin olvidar las excavaciones en el subsuelo para comprobar conclusiones geológicas y rastrear huellas proto-históricas; ora antropológicas y etnográficas, acopiando medidas y observaciones, siempre acompañado del compás de Broca, del dinamómetro, del clinómetro, de la taña portátil; ora filológicas, recogiendo con rara habilidad cuantos modismos fonéticos, flexivos y sintáxicos en la región se usan; ora de la vida social en sus múltiples fases, estudiando municipios y comunidades de pueblos, costumbres familiares y políticas, formas de la propiedad, del usufructo y de la producción de la riqueza, métodos de cultivo, industrias y tráficos, trajes y usos populares, espontáneas aptitudes indígenas y otras manifestaciones por el estilo; ora, en fin, hasta *folke-lóricas*, descubriendo tradiciones, viejas memorias locales,

supervivencias de ritos antiguos, fiestas, recreos y sentimientos palenteológicos, la honda espontánea fermentación de la musa popular con su madreporización literaria de coplas, romances, endechas, leyendas, cuentos, acertijos, refranes y sentencias, amén de las peregrinas reglas y fórmulas de la que pudiéramos llamar técnica vulgar en toda clase de saberes. De todo sacaba enseguida notas, apuntes, proyecciones, estados y memorias, que, clasificados y registrados, iba colocando en carpetas, y las carpetas, también por orden, en un estante ó taquillero apropósito, el cual conservaba siempre cerrado y llave en el bolsillo: sagrado depósito de sus desvelos científicos, de sus trabajos de hombre investigador, de su experiencia de la vida, de sus observaciones sociales, de su labor cuotidiana de experimentador y erudito á la vez, constituyendo inestimable y asombroso tesoro.

Allí estaba Castilla entera, como está el metal en el fondo de la mina descubierta y laborada. Sólo faltaba fundirle, para que saliese á luz espléndido y con todo su brillo. ¿Cuándo llegaría esa hora?

Don Bienvenido Barcia Palomar se había hecho codicioso de su tesoro, y no se cansaba de acre-

centarlo, pareciéndole todo poco: achaque común del que almacena y guarda, consistente en tornarse avaro sin saberlo. Por eso su prurito se cifraba en contemplar su intelectual granero, dándose por satisfecho con saber él sólo cuánto había allí encerrado: suerte de egoismo de todas las labores muy largas é íntimas. Como quiera, el mejor día él tomaría la pluma, prepararía algunos miles de cuartillas, y la obra original llena de vida nueva y savia virgen se echaría á la calle para extensión de las letras y renacimiento de la patria.

Ni se crea que la labor entera de Don Bienvenido (así habían acabado por llamarle todos los vallisoletanos de la capital y la provincia) pertenecía al orden inédito: declárenlo no pocos folletos y libros que hoy figuran en las bibliotecas de las personas de gusto y también en los Catálogos de antiguas librerías madrileñas, amén de multitud de artículos que vieron la luz en las columnas del *Semanario Pintoresco de las Familias* al lado de inolvidables escritos de parecida índole, mieles fabricadas en las olorosas colmenas literarias de Amador de los Ríos, Mesonero Romanos, García de Quevedo, Cánovas joven, Fernández Guerra y otras *ejusdem farinæ*. Estos artículos eran todos

vislumbres y revelaciones del tesoro escondido en *Mauda*, y describen casi siempre restos monumentales de la comarca con ecos reviviscentes, con crítica abundante y fina, con nervioso y pintoresco estilo propio de aquella época romántica. También á este género pertenecía la mayor parte de los libros y folletos, aun cuando aquí ya había de todo: hasta novelas feudales y poemas romancescos.

Un día, cuando Don Bienvenido se hallaba en el apogeo de su autoridad, y Castilla entera esperaba próxima la publicación de su magna obra crítica é histórica relativa al más arraigado y firme solar de la gente hispana, siniestros rumores se esparcieron por los casinos y centros más cultos de Valladolid, de donde aquél faltaba hacía tiempo. Afirmábase en ellos que cierta enfermedad nerviosa de que el cultísimo solariego venía quejándose sin darle importancia ni él ni sus amigos, habíase agravado de repente, agrediéndole por do más trabajado había, por el hasta entonces hermoso y bien templado cerebro, á punto de hacer temer por su razón. ¡Cuán honda fué la aflicción general, cuando los infaustos rumores se confirmaron con todo género de agravantes! Había sobrevenido la neurastenia de todos los centros ner-

viosos, fatal consecuencia de la fatiga cerebral y de un *surmenâge intelectuel* llevado á extremos imposibles, y la máquina psíquica, descompuesta y sin gobierno, perturbaba la razón y oscurecía el espléndido entendimiento de aquel preclaro espíritu.

Cerca de dos años duró el penoso descendimiento desde la luz á las tinieblas, siempre de mal en peor, y sin que ni los desesperados esfuerzos de la ciencia, ni los animadores auxilios de la amistad, hubiesen logrado el más pequeño éxito. Por último la inmersión en la sombra fué total, y poco después la fábrica terrena de aquella grande alma desvanecida se deshizo también en un momento. ¡Allí acabó el poeta, el sabio, el caballero, el castellano!..

....

Andando los años el que esto escribe hubo de hacer un viaje á la céltica *Mauda*, y, como es natural, apresuróse á visitar la casa solariega del inolvidable D. Bienvenido, conservada con religiosa piedad por los herederos. Los cuales, como de antiguo me distinguieran con su amistad, y conociesen mis aficiones á las propias aficiones del difunto Barcia, apoyándose para autorizar mejor su pretensión en mi calidad de dómine del Instituto

2

y ahora catedrático de Historía, tenían cerca de mí la de que examinase, explorase y calificase los papeles de su ilustre pariente, con que ellos se echarían sus cuentas y resolverían lo más oportuno. No tuve más remedio que darme á partido, y en las vacaciones del próximo verano trasladarme allá y poner manos á la obra.

Como resultado de mi examen confirmaré cuanto llevo dicho del tesoro maudense, habiendo de añadir tan sólo que los tres ó cuatro lustros transcurridos desde la muerte del autor hacían necesaria, para la publicación del hermoso libro que allí se encierra informe, cuidadosa y general revisión en vista de los nuevos datos y descubrimientos: magna labor, exigente de igual pericia y saber que los primarios trabajos, y para la cual no me siento con fuerzas ni competencia. Por lo que reduje desde luego mi tarea modestísima á la preparación de los preciosos materiales allí acumulados y á facilitar la empresa editorial de persona más entendida y académica.

Todo lo cual no significa que algún día no me anime á utilizar datos episódicos del gran depósito en tal cual monografía, que siempre habrá de resultar curiosa: tarea para la que poseo desde luego la más formal y aun suplicada autorización

de los susodichos legítimos herederos del sabio de *Mauda*.

Entre la muchedumbre de papeles, legajos y carpetas, vino á mis manos cierto cuaderno de contenido por demás original y peregrino, cuya lectura hubo de interesarme hondamente: un estudio experimental de psicología social nada menos y étnica relativo á la Tierra de Campos. ¡Qué sorprendente y nuevo era todo aquello! Lo más extraño es que los penetrantes análisis que en el manuscrito abundaban aparecían siempre corroborados por el documento vivo, de modo que bajo el reiterado epígrafe de «*Casos y Ejemplos*», refeíase allí serie de historias anecdóticas de lo más sugestivo que puede imaginarse. En ellas figuraban con nombres y apellidos personas conocidísimas en la provincia, familias muy arraigadas en ella, sucesos é incidentes de imperecedera memoria, intimidades de mucha lección y miga, todo entreverado con genialísimas observaciones, notas y juicios acerca de la naturaleza física del país. ¡Lástima que la forma fuese la generalmente por Barcia usada en sus manuscritos, esto es, la de apuntes descosidos y en abreviatura, literatura en rama incapaz de publicación inmediata!

De todas suertes el cuaderno me pareció tan

extraordinario, que resolví dar de él una lectura, muestra insige del bizarro ingenio de Barcia, ante escogida reunión de individuos pertenecientes á la familia del finado y de personas muy letradas de Valladolid y la provincia. ¡Cuán lejos estaba de sospechar por qué registro tan raro había de salir el éxito de la velada!

Pues, nada, que, apenas dado punto final á mi lección, saltó disparado uno de los presentes, prócer en la república hispana de las letras, diciendo: «ahí está la novela de Castilla, y el lector debe ser el novelista.» Dejándome como quien ve visiones con semejante salida de tono. Y es lo peor que, según ocurre con frecuencia en este género de concursos y ante proposiciones imprevistas, todos sin más reflexión lanzáronse á aplaudir la disparatada idea, y hasta, solazándose secretamente no pocos en verme atosigado ante el compromiso siquiera tan hipotético, revolviéronse en contra mía, apremiáronme con argumentos, pretendieron hacerme víctima de la imposición demagógica de la multitud, y aun quisieron que la asamblea, erigida en convención, dictase un decreto soberano ordenándome sin excusa la novelación, ¡ahí es nada!, del copiosísimo cuaderno.

Ya lanzados los asistentes en este festivo cami-

no del despropósito cómico-serio, excediéronse á sí mismos en inventar sofismas aplastantes. «Que yo tenía aficiones reconocidas al género; que en mi juventud había sido muy poeta y literato, conservando inéditos mis estupendos poemas y pasmosas creaciones por no sé qué criminal misantropía que me inclinaba á huir de la luz cual los murciélagos; que hartas pruebas había dado como periodista en la prénsa local de que me traía estilillo de novelador cual ninguno; que mi facilidad en manejar la pluma era de todos sabida; que estaba siendo un delincuente contra la ley de Dios al negarme sistemáticamente á toda empresa literaria, y que ahora tenía la ocasión más conveniente.» Y por este hilo la mar de jocosos desatinos y barbaridades provocantes á risa, en que había de todo: en unos, ganas de broma; en otros, gusto de tomarme el pelo, para mayor eficacia de lo cual se me negaba hasta el derecho de legítima defensa, sin oirseme, sin atendérseme y sin juzgárseme.

Pues, ¿y cuándo, acobardado, apunté que no sabía qué fuese eso de «la novela de Castilla?» ¡Entonces fué el alborotarse del ilustre Areópago, tomarme por su cuenta, y enseñarme á entrar derechamente por el aro! Todos hablaban á un tiempo,

todos me zaherían amistosamente, todos me metían el tema por los ojos. «¡Valiente truchimán estaba hecho! ¿A quiénes iba yo haciéndome el cándido? Tenía gracia y tal mostrarme desinformado de lo que vale la frase «la novela de Castilla». ¿Por ventura no había oído hablar nunca de la *novela montañesa* de Pereda? ¿Y no era evidente que Valera había hecho por su parte la *novela andaluza* (antes de él cultivada por Fernán Caballero), así como la Pardo Bazán, la *novela gallega*, Palacio Valdés, la *novela astúrica*, y Pérez Galdós, la *novela madrileña* genuinamente tal? Pues, si se había novelado, tanto en lo tocante al carácter, como en lo tocante al medio, el tipo madrileño, el andaluz, el montañés, el astur y el gallego, ¿por qué no había de novelarse también el tipo castellano, que sería novelar la entraña misma y común enjundia del tipo español, el cual aquí, no en otra parte, tenía las raíces centrales de su frondoso y vario ramaje, difundido no sólo por la extensión de la Península, si que también por las otras cuatro partes del mundo en vegetaciones poderosas de la sangre ibérica? Y que no había que rebelarse contra ese regionalismo novelesco, ni tomarlo á mala parte. Para representar la novela su verdadero papel de epopeya moderna, pre-

ciso era que artísticamente reprodujese ante todo la vida real en tipos y cuadros muy vivos, definidos y concretos, encarnados hasta la localización, no siendo ya admisibles los seres y lugares puramente esquemáticos de la pseudo-novela romántica, propios tal vez para un género de literatura lírica de innegable valor estético, pero muy otro que el épico de la novela verdadera. En todo caso estos novelistas dialectales y etnógrafos de ahora formarían un ciclo prehomérico de épicos fragmentarios, sobre cuya base ya vendría á su tiempo el gran Homero nacional de la novela. Si es que en España ya no le tuvimos en Cervantes con su Don Quijote, síntesis perfectísima del *genus hispánicum*, de modo que ahora á los Galdós, Peredas, Palacios, Valeras, Picones y Bazanes tocaríales el papel post-homérico de rapsodas. Tanto monta. De todas suertes bien veía yo cómo la evolución de la epopeya moderna á ritmo libre claramente coincidía con la evolución de la otra forma de epopeya clásica á ritmo verso, vuelto ó cerrado. ¡Ah!; y había de tener en cuenta que todas esas renovaciones de prececeptivas novelescas ahora tan en boga, desde las tonterías experimentalistas de Zola hasta el dar de sus adversarios por las paredes de mil improvisados arbitrismos, no eran sino tanteos

inconscientes para volver al grande y trillado camino del único Arte humano, llamadas no bien oídas todavía del recto sentido estético, naturales inclinaciones de la conciencia hacia la inmutable verdad de las cosas: inclinaciones, llamadas y tanteos mal orientados aún por la fatuidad y el afán de descubrir todos los días la estrella polar, los montes Pirineos, la puerta del Sol y hasta los huevos fritos, olvidando inmodestamente que los inventos esenciales á la vida culta y civil del hombre *ab ovo* nos venían y teníamoslos por dicha recibidos. Con decir que la novela era un género de arte literario objetivo ó realista, sencillísima noción que de sobra se sabía cualquier mocoso francés, español ó alemán matriculado en Liceo, Instituto ó Gimnasio, decíase mucho más, y sobre todo, más verdadero y exacto, que con todas las cavilaciones, enredos, dolores de cabeza y tautologías de zolistas y anti-zolistas... .»

Tuve que negarme, hasta amenazar con la huída, á seguir escuchando, previsto que aquella algarabía argumentante, teorizante y filosofante, tomado campo y vuelo, llevaba trazas de no acabar nunca, volviéndome loco á mí, que hacía de cabeza de turco, y aun volviéndose locos ellos mismos, con hacer de tiradores. Si bien, por su parte,

harto trecho llevaban andado en ese camino, con ser sabios. Sepa el lector que en aquel selecto concurso abundaban los poetas, los catedráticos, los periodistas, los críticos, é imagine ahora la baraunda de ideas, citas, asertos y acotaciones que todos armarían, empeñados en meterla, en forma de viga atravesada, al través de mi estrechísimo caletre.

Para cortar por lo sano y huir de tan fenomenal encerrona apelé á los recursos supremos. Me dí por enterado de todo, asentí á las razones de todos, híceme el vencido y convencido, y acabé aceptando solemnemente el compromiso que por unanimidad habían echado sobre mis espaldas. Así hubo paz, así llegó á terminarse aquella reunión en mal hora concebida, así pude escapar, como alma que lleva el diablo, de aquella obsesión martirizante de sugestionadores, idealistas, fraseólogos, soñadores y chiflados de las más diversas lañas y categorías.........................

....

Un decenio va pasado desde tal *sesión borrascosa,* para mí siempre memorable. Pero como si no hubiera pasado tiempo ninguno. Aquella maldita sugestión *noveladora* hizo presa en mi cerebro. En la conciencia me escarbajean de continuo

los argumentos induciéndome en ese sentido; mi voluntad siente frecuentísimos remordimientos ante el recuerdo del compromiso impuesto. Y cual si esto fuera poco, á cada paso se me atraviesa entre las manos, sin saber cómo, el cuaderno de D. Bienvenido Barcia Palomar, y con el redondo trazo de una B mayúscula muy garliborleada que su cubierta ostenta parece que me guiña socarronamente un ojo, y me pide cuentas de mi defección y abandono.

Mientras mis muchas tareas de otra índole me distrajeron de tales fantasmas y seducciones íntimas, pude defenderme de ellas; pero, hace algún tiempo, aliviado de cargas, la batalla interior me abrumó de modo, que terminé por acogerme á la propia estratagema que la noche de marras y con igual fin: rendirme á la voz argüidora para librarme de su persecución é influjo.

Resuelto á todo, puse las pecadoras manos sobre la tarea, y quieras que no quieras y á fuerza de fuerzas, aquí caigo, allí levanto, tanteo por acá, ensayo por allá, tropezón por todas partes, con la torpeza consiguiente del que, hablando del ángulo é ignorando qué es ángulo, se ha metido en camisa de once varas y no sabe por dónde se anda, he venido á sacar de la requemada sartén el estúpido

buñuelo que, admirándome de mí mismo y sin poder de evitarlo, yo siempre tan pacato y vergonzoso, tengo la audaz sinvergüenza de presentar por ante la espantable crítica al público respetable.

Ahora bien; sepa aquí el lector, á quien va ofrecida esta *latísima* advertencia, primer tropiezo en mi nuevo oficio, que toda ella no fué hecha para otro menester ni con otra intención que la de mostrar cómo el firmante, si ha perdido la vergüenza por caso de fuerza mayor sugestiva, la honradez no la ha perdido. De modo que podrá ser un desahogado, como hoy se dice del que *irregulariza* el pudor, pero no es un pillo literario. Cada cosa en su punto.

Declaro, pues, como conclusión útil de tan farragoso alegato (en calidad de novicio he leído en el Manual del perfecto novelista que en una *novela seria* todo *alegato* debe ser siempre *farragoso)*, que la masa de este susodicho buñuelo no es de harina de mi cosecha, sino de la de D. Bienvenido Barcia Palomar, pero que el frito del *artefacto* sí pertenece por entero á la bárbara labor de mis primitivas artes, de ninguna manera á la habilísima destreza y arte exquisito de D. Bienvenido, aurífice sobradamente acreditado.

Con que si alguno se admirase de la óptima madera en que ha sido trabajado este armatoste, conociendo los *muchos elementos* que laten dentro, para, aprovechados por cualquiera de los maestros que arriba van nombrados, haber compuesto una novela maestra, entienda que ni eso siquiera es feliz y casual ocurrencia de un servidor, debiendo, por tanto, atribuirlo á quien dicho queda. Yo, con tener en la obra tan poco, que casi es nada, hela convertido por aquello de *malum ex quocumque defectu* en pésima toda ella, con única y exclusiva responsabilidad del esperpento.

En resolución, el presente libruco representa una parte de la admirable información que sobre Castilla en general y la Tierra de Campos en particular contiene el descripto cuaderno de D. Bienvenido: información concienzuda, técnica, enciclopédica, rigurosamente histórica; información llena de positivos datos que pueden interesar á los hombres de estudio; información á la que yo he de referirme constantemente como á fuente original y exacta de mi obra.

La cual consiste, simplemente, en haber discurrido con criterio objetivo y realista, exento de mezclas naturalistas, parnasianas, diabólicas, ibsenistas, rusófilas... ni de ninguna otra estofa, una

forma novelesca para dar á luz el trabajo de aquel castellano ilustre.

A cuya buena memoria pide un voto piadoso el que, salvada ella, se entrega aquí, lleno de responsabilidad y turbado de respeto, al brazo secular del fuero de la crítica y del gusto del público.

El novelador,
RICARDO MACÍAS PICAVEA.

I

TIERRAS Y TERRÍCOLAS

I

La llanura se extendía monótona, desnuda, terrosa, bajo un cielo no menos indefinido y escueto. No se podía decir si punzaba más la piel el frío del ambiente, ó el alma la desnudez de todas las lejanías: planicie que daba ganas de pensar en un astro desalquilado. Sólo se descubrían por todas partes cavones revueltos por el arado. Ni un árbol, ni una zarza, ni un tono verde. Un tinte amarillo sucio con degradaciones grises era la única coloración que manchaba la extensión sin límites. En general las tierras aradas se mostraban limpias, cual si sus terrones simbolizasen la propia esterilidad. La población vegetal delatábase tan sólo por rastrojos pajizos, cardos secos ó gatuñas rastreras; la animal, por tal cual alondra que proyectaba sus postreros vuelos sobre el horizonte; la humana..., por un jinete que penosamente se

siniestro como una maldición del genio del invierno.

El camino por donde adelantaba el formidable jaco, alto y huesudo, metíase ahora á lo largo de ancha cañada, llena de ribazos, roderones y desconchaduras, amén de un destartalado regato que con menos linfas que ciénagas partíala en dos desiguales bandas, de muy difícil comunicación á trechos. Aguas arriba se dirigió el solitario jinete, cuando ya las primeras sombras de la vecina noche hacían invisibles para ojos no acostumbrados los accidentes del camino. No se descubría cerca ni lejos la menor señal de habitación humana. El voluminoso rucio, sin embargo, redoblaba los belfos con frecuencia y oteaba sin cesar empinando las orejas, cual si anunciase la proximidad creciente de algo que le interesaba, mientras quien le montaba dejábase llevar descuidado é indiferente. Oíase desde lejos el monótono y perezoso patear del trote, al que los rozantes gemidos del cierzo hacían triste coro.

De pronto la cañada, cada vez más hundida á modo de pequeño valle entre dos altos cuestos ó ribazos, reensanchóse notablemente hacia la derecha; apareció sobre el cabezo á la misma mano la silueta de una ermita; dibujáronse en la hondonada, divididas por los brazos del regato, las frondas de varias alamedas y choperas, peregrino encuentro en aquellas desnudas soledades; distinguiéronse confusamente al través de las primeras tinieblas nocturnas un par de humaredas que se elevaban y

deshacían al soplo del nordeste; por último, hacia el fondo de aquel nuevo paisaje, que se presentaba entre siluetas indecisas y difuminaciones de sombras, encendióse una luz que parecía dar la bienvenida al viajero. Entonces se descubrieron tendidas en la ladera y embarrancadas por aquel lado las confusas masas de un principio de caserío, creciente á cada paso. Allí había sin duda un pueblo.

En aquel momento, cerrada la noche, atravesaba el cansado jaco, junto á un pontón rudimentario, el brazo principal del arroyo, y, tomando siempre á la derecha mano, metióse en un más aparatado camino entre dos medianos tapiales, cercas de dos huertas á juzgar por los muchos árboles que de sombra y fruta tras ellas se veían Después el camino empezó á subir, y á poco vislumbróse al fin la entrada del pueblo. Junto á las primeras casas explanábase el solar de una era; al terminar éste, alzábase sobre pedestal y columna alta cruz de piedra; enseguida comenzaban las callejas del villorrio.

Poco antes de tomarles el jinete la embocadura, salieron de entre ellas al campo y en dirección opuesta dos infantes cuya catadura no era fácil definir entre las sombras. Traían al parecer tela cortada con que dar á la muy, mas en discreto tono, como si se comunicasen noticias reservadas é importantes. Al golpe debieron reconocerse el que iba á entrar y los que de salir acababan, pues éstos cortaron el murmurar en firme, y aquél

se enderezó hacia ellos, como quien sabe lo que hace.

—¡Adiós!, pronunciaron opacamente los salientes: un adiós seco, frío, de puro compromiso y ceremonia.

—¿A la bodega, eh?, contestó el entrante, dando á su voz dejo de sorna ferocísima y un acento indefinido, que lo mismo podía rezar con los saludantes que con nadie.

Unos y otros ni siquiera se miraron, como quienes de sobra se conocen y de memoria se saben. El ecuestre se sumió dentro del pueblo, y los pedestres, sin pararse un punto, reanudaron la interrumpida y murmurante charla.

—¿Lo ves? En nombrando al ruin de Roma...

—Sí, ¡siempre tan cargante y descarado! ¡Figúrese qué le importará á él que vayamos á las bodegas ó à donde nos dé la real gana! ¡Me saca de quicio ese hombre!

—Es que no os queréis convencer de cuán desalmado es y sinvergüenza.

—¡Pues mire usté, que si es verdad eso que me ha dicho del vaina de su hijo, estamos aviados!

—¡Cuando yo te lo aseguro! ¿No ves que éste (aquí un expresivo signo con el pulgar de una mano, como señalando al que de pasar acababa) se encuentra en las últimas?

—Ya lo sé. Pero ¿qué adelanta con que pierda la carrera el chico? A no ser que quieran tocar á menos hambre entre dos hambrientos.

—¿Y la vanidad? ¿Y la *fantesía*? ¿Olvidas que

ellos todo lo arreglan con la sabiondez del lavativero? En cuanto aquí se ponga á ejercer de ingeniero agrónomo, creen que sacarán de trampas las piltrafas del caudal antiguo.

—Todo lo cual será verdad; pero á mí nadie me saca de la cabeza que á lo que viene el cagatintas con uniforme, si viene de la manera que dicen y usté afirma, es á cucarle la mona á la hija de Don Venancio, y ver si le echa el gancho... y sale de penas el hombre, aliviándoselas de paso al judío de su padre.

—¡Y puede que no vayas descaminado en tus cálculos! Pero ¿hay quien le meta de balde á mi tía el dedo en la boca?

—A su tía, no; á la chica, sí. Estas señoritangas que crían ahora los ricos tienen las cabezas como los peinados: llenas de viento. Y por allí se cuelan cual por su casa los pintamonas como el militarín de Don Ildefonso.

—Razón de más para que todos andemos con ojo y salgamos al encuentro de las marañas que ese tío fantasmón quiera urdir al tanto de salir de hambres y atollos.

—Mire; ahí vienen sus huebras.

—¡Buenas están! Parece que los animales ni arrastrar los arados pueden. Mulas grandes y pesebres chicos.

En efecto, en aquel momento daban la vuelta y embocaban hacia el pueblo las tres parejas de mulas que con los mozos y arados respectivos vimos al caer de la tarde aparecer lejos y

sobre el camino tomado por el jinete de marras.

—A la paz de Dios, saludaron entre las sombras, cuando se cruzaron con los dos murmuradores, los jayanes que guiaban las yuntas.

Un gruñido apenas perceptible fué la única contestación que mereció el saludo, y en el acto uno de los muchachos, el que rompía la marcha, se volvió como picado de avispa, y dirigiéndose á los compañeros, voceó con intención deque la alusión llegase á su destino.

—Me he equivocao; no saludai más. ¿No veis que á marranos, sin perdón, no hay que echales harina den flor?

—Pus tiés tú razón, que son el alcalde y el secretario. La soga y el caldero. Los carlistones tienen á menos saludarnos al pueblo.

—Es la rabia que tienen al amo, adujo el que cabalgaba sobre la última huebra.

—Dejailes, que ya van pa las bodegas, aonde tapan el cochetril de sus bribonancias y enreos, volvió á argüir el delantero.

—Allí les tengo pronosticao que un día les cazamos como conejos.

—Y que estará de Dios. ¿No se meten ellos mismos en la conejera?

—El día que tengamos nuestros drechos el pueblo,--objetó el que caminaba en medio, insistiendo en sus tonos democráticos,—á esos y otros ladrones asolutistas habrá que atarles corto y hacerles gomitar lo que se han comido malamente.

—Esa es la fija, asintieron los otros, y volvieron

todos á quedar en silencio, cual enmudecidos por las nocturnas sombras que les rodeaban.

En aquel instante, doblada la alta cruz de piedra, acometían la entrada del pueblo, y traspuestas las primeras casas que daban al campo, allá se perdieron entre las revueltas calles y las tinieblas profundas, unos tras otros, oyéndose siempre á lo lejos y en ruido decreciente el monótono y perezoso arrastrar de las lanzas de los arados sobre el piso del camino, tan característico de las yuntas labradoras en la Tierra de Campos.

II

En los pueblos de Castilla abundan los castillos; los palacios señoriales, ni siquiera las casas solariegas, apenas existen. Y claro es, que nos referimos en uno y otro caso á las ruinas ó despojos de otros tiempos.

La montaña es tierra señorial. El pueblo más insignificante revela allí al punto su constitución aristocrática, mostrando una ó dos casas por lo menos, cuya fábrica, relativamente suntuosa, á veces monumental y heráldica, pregona al lado del restante humilde caserío la superioridad histórica de las familias que la habitan. Los *casones* santanderinos, los *casariegos* astures, los gallegos *pazos*, jamás faltan en el castro montañés, albergues de fidalgos linajudos, ora con las arcas llenas y doradas por dentro las gabetas, ora con los arratonados pergaminos por caudal único y hacienda.

La llanura todo lo posee llano y á igual nivel: tierras y hombres. País por naturaleza democrático. El suelo no tiene ni consiente elevaciones entre los próximos; la formación histórica ha corroborado la del suelo.

Cuantas razas llegaron á esta escueta planicie sufrieron igual democratización. El régimen feudal parece aquí imposible, y la construcción social y la geológica adoptan la propia arquitectura: series perfectamente horizontales de capas superpuestas, estratos sucesivos á idéntico nivel, el rasero de la planicie allanándolo todo. Ni rocas empinadas, formando montañas, ni privilegiadas familias, constituyendo aristocracias. La ley geológica mezcló los materiales y extendió la igualación de todos los terrenos; el fuero no fué aquí para tal ó cual linaje, sino para el común, para la colectividad entera. ¿Se comprende nada más compacto? ¡Cómo extrañar que esta Vieja Castilla haya resultado tronco firmísimo de la Península y cimiento indestructible de la patria!

Tan fuertes moldes igualitarios han impreso también carácter en el aspecto exterior de los pueblos castellanos con rasgos como los al principio apuntados. En ellos, con raras excepciones correspondientes á un pasado de grandezas históricas hoy totalmente desvanecidas, jamás aparecen la casona ni el pazo: todas sus casas corresponden á una idéntica y vulgar categoría de burguesía rural. La fábrica de piedra no existe; la construcción monumental de ladrillo, tampoco; el trazo y la

ornamentación arquitectónicos sólo se ven, como en Grecia, consagrados á Dios en los templos, jamás al hombre en las habitaciones; la heráldica no ha tenido que tallar blasones ni escudos sobre la morada de familia alguna.

Pero si el sello nobiliario no, las diferencias económicas, sí resultan, como no puede menos, impresas en el caserío rural de los pueblos campesinos. En ellos no existen linajes; pero existen pudientes. La igualación de las sangres no ha alcanzado á la igualación de las fortunas. Lo que hay es que las casas de los labradores, no linajudos, sino ricos, sólo se diferencian, antiguas ó modernas, de las otras más bien por la masa que por la arquitectura. Mientras las comunes son medianas ó chicas y están construídas de adobes ó tapiales, ellas son grandes y enseñan muros de ladrillo: las antiguas, muy semejantes en sus formas exteriores al tipo rural ordinario; las modernas, con pronunciado estilo de construcción urbana. Estas últimas provienen—¡extrañas involuciones de los grandes fenómenos histórico-sociales! —de la guerra de Crimea, y su origen es contemporáneo del famoso adagio triguero: «agua y sol y guerra en Sebastopol.» Antes del año cincuenta ni se sospechaba siquiera en los viejos Campos góticos el tipo, aun en sus formas más vulgares y modestas, de la casa modernista..., y puede asegurarse que tampoco en sus ciudades. ¡Menudos fueron el ruído y espectáculo que movieron en Valladolid, magna capital de la región, las albañilerías de las entonces por-

tentosas casas del *Americano*, de *Iztueta*, de *Ortiz Vega* y otras de parecido fuste, todas pertenecientes á dicha época! De lo cual tampoco hay por qué asustarse, recordando que muy pocos años antes la construcción de la famosísima *casa de Cordero* había despertado en Madrid iguales asombros de las gentes y hablillas admirativas del vulgo. ¡Es muy de ayer la civilización democrática española!

Entre las cuatrocientas casas que á todo contar compondrían el poblancón de Valdecastro, con sus quinientos vecinos escasos, había de todo: unas cuantas, de fachada ciudadana y presuntuosa; otra pequeña porción, de holgado aunque vetusto aspecto solariego; mediana cantidad, con medianas hechuras labriegas; y la mayor parte, con la traza de las llamadas *casas molineras*, bajísimas, estrechas, de tapiería casi todas, á teja vana no pocas, masa común donde se guarecían las familias obreras del villorrio. En el segundo estilo hallábase comprendida la que habitaba Don Ildefonso Bermejo (Don Ilefonso llamábale el popular de Valdecastro), y se levantaba en angosta y retorcida calle, muy cerca de la desembocadura en la plaza principal, ó «de la Constitución», de la villa.

Apenas llegó á sus umbrales la noche misma en que acabamos de verle de vuelta de las huebras, montado en su viejo pero enorme caballo, éste relinchó pausadamente, y se paró en firme al encararse con el traseron colocado al fin de la fa-

chada y comienzo de unas larguísimas tapias que tomaban media calle, dando vuelta á la manzana.

—Tío'Nso, gritó el jinete á media voz aunque poderosa y enérgica, no bien hubo transcurrido minuto de espera.

Y en el acto sonaron ruidos dentro del inmenso y destartalado portón que cerraba la trasera, empezando á abrirse, primero una, luego otra, sus dos hojas, con roncos chirridos y prolongadas quejumbres de las vetustas maderas.

No necesitó el Bucéfalo labriego sino el hueco más indispensable á su equina persona cuando la primer hoja se entreabría, y por él arremetió decidido, no sin riesgo de haber deshecho una rodilla del caballero contra el filo de la portaza, lleno de herraduras. Llegó hasta el centro de un gran patio medianamente empedrado, sobre cuyo pavimento reflejaba levísima penumbra semiluminosa un farolillo que acababa de ser colgado, á juzgar por su inquieto balanceo, en la escarpia de un poste; y allí volvió á pararse.

—Vamos, tío'Nso, ¿dónde demonios andas metido, siempre en los rincones y escurriendo el bulto, que no estás listo á tu hora? De seguro hallábaste ya quemándote entre los tizones como gato con moquillo. ¿Y Quico?

Con tono que parecía severo, y no era en el fondo sino blando y complaciente, dirigía el recién llegado desde su alta silla, todavía sin apearse, conminación tan pintoresca á la persona que el portón abría, un inverosimil vejete, cuya he-

roi-cómica figura dibujaban apenas en movible y confusa silueta los apagados haces luminosos que sobre ella el farolucho irradiaba.

—Señós, Quico creo de que esté enyegando de la ju-erta ahora enmesmo, carraspeó el aludido con incomensurables fatigas ortológicas, entre jadeos salivosos, y sin cesar de empujar trabajosamente los portones, para que de par en par se abrieran.

En aquel instante, y por un portillo entornado en el fondo del patio, salió á escape un mozanco de sus quince bien cumplidos, alto, huesudo y con medianas carnes, arrimándose disparado á tener el estribo al amo. El jamelgo le recibió con afable resoplido, conato de relincho, volviendo hacia él la cabezota, enviándole tierna mirada, y pasándole los belfos por el hombro, cual si el animalón le saludase con un beso de caliente é irracional cariño, demostraciones á que el muchachote correspondió de buen grado, alargando la siniestra mano para atusarle el hocico, mientras con la diestra auxiliaba el descenso del jinete.

—Tú siempre tarde y metiéndote en lo que no te importa, ¿verdad?,—gruñó éste al chico, poniéndole las bridas en la mano. Y como en aquel momento apareciese, por el propio portillo que antes el mozarro, la más ruda y gigantesca maritornes que imaginarse puede, llevando medio carro de leña y de manojos entre los macizos interminables brazos, volvió á refunfuñar, abarcando á ambos *presonajes* con la torva mirada, pero en admonición que sólo al masculino iba enderezada:

—¡Me parece á mí que voy á tener que vigilarte más de cerca y atar corto los pasos en que andas! Sin que las sombras que envolvían el patio casi por entero permitiesen descubrir el rojo cereza que invadió el descolorido semblante del semipuber, y el encogimiento desdeñoso con que la bestial fregona alzó los imponentes hombros y el pecho de cariátide en un mohín despreciativo.

Don Ildefonso, sin más, dejó que el rural mancebo se las compusiese con el cuártago, seguro de que le daría su merecido, y él, mientras los aludidos se dirigían á las cuadras, colóse por entreabierta cancilla, al través de la cual se irradiaba cierta claridad rojiza y vibrante, en un semiportal, semipasadizo, de encaladas blanquísimas paredes, embaldosado con baldosa-ladrillo y todo él lleno de poyos, cantareras y asientos arrimados á la pared, ora de madera, ora de fábrica. Así que sonaron sus pasos dentro, apareció presurosa por el fondo otra hija de Eva, entrepelada de señora, con evidente categoría en la casa, jamona de unos escasos cuarenta julios, todavía verdosos á trechos y con ópimos trigarrales en los campos, y

—¡Vaya un frío, señor, que habrá usted cogido! manifestó con grave tono y voz muy agradable, dirigiéndose al recién llegado y poniéndose á acompañarle hacia el interior con solicitud cariñosa, mientras desde el patio y embocada á la vera de la cancilla volvía á sonar la estropajosa y salivante habla del tío'Nso, preguntando:

—¿Ezpelo las yuntaz, señós, si ayegan luego

— ¡Ahí vienen, abuelo, ahí vienen! Espéralas que no han de darte tiempo á que te se caiga la venera, contestó riendo desde dentro la varonil palabra de D. Ildefonso.

El cual, siempre acompañado de la receptora entróse derecho á la cocina, donde sin duda aguardándole y atizada por la morrocotuda vestal que, cargada con el combustible, acaba de pasar ante la vista del lector en el patio, ardía ya la más alegre y coruscante lumbrada que puede soñar la fogosa imaginación de señorito friolero á quien la patrona ofrece para calentarse un poco de ceniza. Rodeado el fogón de dos anchas y bien cortadas glorias, ostentaba la de la derecha, colocada hacia el rincón de la cocina, una colchoneta, y en ella fué «el señor» á sentarse, mientras su acompañante seguía dirigiéndole la palabra.

—Hoy además se ha entretenido usted demasiado, y ha vuelto un poco tarde. ¡Caliéntese bien por Dios!,—y arrimaba al decir esto, manejando con notable pericia larguísimas tenazas, gruesas y ardientes rachas hacia el lado de Don Ildefonso, el cual se frotaba rápidamente las manos y las ponía luego de pantalla ante el flameo de los rechispeantes manojos que la criadona lanzaba sin cesar sobre los troncos.

—¡Basta, muchacha, basta ya! díjole de pronto el amo. No queráis tostarme como á judío.

— ¡Ave María, y qué cosas dice!, interpuso la señora. Pero tiene razón; hace rato que te estoy dando á entender por señas (dirigiéndose á la gigan-

ta) que no eches más manojos. Pero tú, siempre con las entendederas en las zancas, y tan sin sentido.

Gruñó la zaherida, y sonrió el señor alegremente, aduciendo:

—Á buena parte vas á pedir entendederas, mujer. Ya te contentarías con hallarle un mediano instinto, sobre todo si era derecho y sano. Pero ¡están verdes! (aquí un restregón de manos).

—¿Ha entrado usted en calor?, preguntó la suave con entonación acariciadora.

—De sobra,—profirió complaciente el preguntado.—Y eso que, para decir verdad, traía más frío del que yo mismo pensaba. La manta de esta noche va á ser de las de punta.

—Pues se lo vuelvo á decir. y por última vez. No consiento que salga más al campo sin abrigo. No quiero remordimientos de conciencia. Para mañana ya le tengo recadadas y puestas en su cuarto las polainas de paño y el raglán, que, á caballo, es mejor que la capa.

Algo sin duda iba á retrucar el aludido, cuando espeluznado mastín de media talla y cuatro ojos se lanzó rezongando en la cocina, hizo cuatro carocas á los allí estantes, y agazapóse prontamente en los calientes ladrillos al amor de las decrecientes llamas y de las encendidas brasas en su apogeo.

—¡Ya están ahí las yuntas!, murmuró entonces.

La maritornes se apresuró á encender otro faroluco, hermano del que debía seguir luciendo en el patio, echóse con él fuera, y dejó á los dos se-

ñores en la cocina calentándose frente á frente en las dos glorias y haciendo diálogos intermitentes sobre asuntos cuotidianos de la casa.

III

Fuera se sintió atravesar la calle el patear de las mulas mezclado al áspero rozar de los arados, luego el estrépito del convoy entero sobre el patio empedrado, por último, el desacorde singular concierto de voces y ruidos característicos del desuncir las huebras, arrumbar los aperos, estabular el ganado, echarle el pienso y abrevarle, recoger las mantas, examinar las rejas para apuntarlas ó calzarlas en la fragua, y disponerse, en fin, á recibir las órdenes del amo, todo en medio de los más rudos gritos, vociferaciones rápidas, hoscas amenazas, ó bien refociladas expansiones entre obreros y criadas, mozos y motiles, estantes y venientes, hombres, mulas y perros, personas y cosas: algarabía de rumores indiscernible para oídos profanos, pero que á los expertos y atentísimos del amo lleva á cada instante, momento por momento, la revelación de cuanto interesante ocurre en su hacienda y le conviene saber para intervenir ó no en el incidente.

Por fin el ajetreo aquel, genuinamente agrícola, fué cesando por grados, los ruidos del patio se desvanecieron, oyéronse cerrar entre golpes y chirridos las incomensurables puertas traseras, y poco después mozos y criados comenzaron á entrar

lenta y sucesivamente, con esa pesadez aplomada, propia de la gente del campo, primero en lo interior de la casa, luego en la cocina, donde, según costumbre, esperábales el amo. Los hombres en su presencia iban destocándose con torpes movimientos, unos de toscos y mugrientos sombreros, otros de enramados pañuelos rodeados á la frente; quedábanse en fila á respetuosa distancia de la lumbre y cual si despreciasen sus caricias ó bien se creyesen sin derecho á ellas; permanecían silenciosos en pié, y esperaban. Con los zapatones en forma de borceguíes orejudos y múltiples suelas claveteadas, con los cortos y desmañados pantalonés de sarga casera ó paño estropajoso de Santa María de Nieva, con las sucias camisas de lienzo gordísimo, con las fajonas envolviéndoles vientre y caderas, con los chalecuchos llenos de cuchillos y á medio abrochar, con las recias chaquetas mal colgadas de un hombro, con las greñas alborotadas, recias barbas, membrudos cuellos, manos garrosas, carnes magras y redoblados miembros, todos ellos de un solo color, gris panza de burro, y con la patina térrea de cuantas alimañas cría el campo, liebres, conejos, raposos, perdices, alondras, merced al cual beneficio tan maravillosamente se confunden con los cavones en sus camas..., representaban en verdad los más toscos ejemplares que pueden imaginarse de la estatua humana: esbozos apenas desbastados en el propio bloque.

Miraban con ojos anchos, reposados, pacienzu-

dos á su amo, mientras su amo, con los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos, inclinado todo él hacia el suelo, parecía en aquel momento pensar en cualquier cosa menos en su presencia. La «señora» habíase levantado y traginaba entrando y saliendo en la cocina. La maritornes con su ayuda comenzaba á preparar la cena.

—¿A qué hora concluiste el picón que te faltaba, Fonso?, preguntó entre dientes y de pronto Bermejo sin alterar un punto su postura.

—Pues cerca me creo que serían de las cuatro, sigún el sol; y aseguida y sin paráme á más, fuinme de con estos á la tierra grande aonde estaban tapando, y púseme yo también á tapar, sigún usté me dijo que lo hiciera. Aunque nunca mucho pudo ser, ya tan tarde.

Respuesta que fué dada por el más granado, aunque más joven, de los mozos, muchachote tremendo, de fisonomía agradable, y que apenas pasaría de los veinte. Su voz excesivamente sonora, apropósito para colársela á un sordo, quiéraslo ó no, al través de imperfecciones y atascos auditivos, era empujada por el tagarote con tales dejos, tan sorprendentes resonancias, y alti-bajos de tal manera bruscos, que parecía iba á reventar el hombre.

—¿Para cuánto calcula usted, tio Blas, que queda con la tierra grande?, volvió á preguntar Don Ildefonso, saliendo de su ensimismamiento, cruzando una pierna sobre otra, y dirigiéndose al más entrado en años de los mozos, hombre ya pro-

vecto, de apariencia enfermiza, aunque recia, seco, mermado de estatura, tan mal llevado de traje como de físico, pero de fisonomía muy inteligente y palabra correcta.

—Para toda la mañana, señor, contestó sin titubear el aludido y con desembarazo y suficiencia. Ya ve usté que hay allí muchas obradas, y las vueltas son más largas que parecen.

—Tengo aprensión que el arado levanta mucho polvo, y temo que la semilla carezca de humedad suficiente para echarse fuera.

—No lo creo, volvió á contestar el propio mozo; el polvo sale nada más de encima al por qué y cómo (frase favorita y embuchado perpetuo) de la helada; abajo el tempero es muy rico, y lo sembrado, ya verálo usté, ha de nacer más de bien, aunque de por fuerza tan tardío.

Los otros dos compañeros del preopinante se contentaron con parpadear su expresivo asentimiento, como diciendo: «¡éste si que sabe de leyes!»

—Mal aviso nos ha hecho la tardanza de las aguas, pero ya, á lo hecho pecho. Lo que siento es que este año no haya podido usted bolear la simiente, tio Blas. Estaba acostumbrado á su mano, y me parece que Lucas, ese sustituto que nos ha traído, no va á darme gusto.

—No lo hará mal, señor, no se recele. Él no me llega, es la verdad, aunque me esté mal el decirlo, pero saber su obligación la sabe como el primero, al por qué y cómo quien tuvo buenos

principios en el propio maestro que á mí también me enseñó, el difunto D. Isidoro, su padre de usté que esté en gloria, el primer boleador de trigo que se ha conocido en toda Tierra de Campos. Mas con todo y con eso ya haré yo por arreglarme esta condenàda máquina de la tos, y echar tripàs para sembrar sus tierras á la mi mano el año que viene.

Y el enfermizo, al terminar su discurso, sintióse atosigado con la charla, sufrió breve acceso de disnea, y tuvo que aguantar enseguida golpe de tos sofocante y cavernosa.

—No sea súpito, tío Blas, y críe cachaza; para todo hay remedio en este mundo, menos para la muerte. Y el remedio para que siga usted de sembrador lo tengo ya resuelto.

—Lo màlicio: comprando sembradora.

—Y tanto. ¡Vaya que no irá el tio Blas poco guapo en su asiento sembrándome las tierras el año que viene!

Meneó el tío Blas tristemente, de un lado á otro y en forma negativa, la cabeza, mientras la caterva entera de criados, tio'Nso inclusive, detallaba diversos mohines de disgusto, y adujo con presteza.

—Pero no sembrar de boleo no es ser sembrador, ni eso remedia nada. Y digo mi verdad, aunque me perjudique: para tanto, más vale cien veces Lucas.

Gruñido general de aprobación en la grey familiar.

—¡Nada,—atajó con sorna y mal contenido enojo Don Ildefonso,—se habló de máquinas, y ya estáis todos sublevados; ya se os subió la bruticie á la cabeza! Y es inútil pediros que aprendáis, y más inútil todavía pretender que veáis las ventajas de la labor que hacen, no todas, pero sí muchas máquinas, sobre la labor de las manos. Pero digo que he de usar sembradora, y la compraré y la usaré, y vosotros mismos trabajaréis con ella, y luego os parecerá bien, como os han parecido otras, y andaréis tan á gusto en su compañía.

El tono de autoridad y de resolución fué creciendo con el discurso, y los oyentes entre hoscos y resignados amainaron y se rindieron ante la eficacia de aquella palabra imperiosa.

Hubo un momento de silencio, y el que no había aún desplegado los labios se aventuró á interrogar:

—De modo que mañana ¿qué hacemos pá too el día?

El silencio prosiguió todavía un rato, cual si nadie lo hubiese interrumpido, hasta que el amo se dió por aludido, como quien antes piensa la respuesta:

—Por la mañana, declaró, á terminar la tierra grande; y por la tarde, (aunque antes he de veros y deciros lo que venga al caso), os pasáis al pago de las Navas, y, si por casualidad no os viera, empezáis por la tierra de la punta del camino, ya sabéis, la que está á la subida del cuesto Matallana, junto al erial del tío Ratuso, á fin de que luego

vengáis haciendo para acá la labor del pago. Usted, tío Blas, se encarga de avisar á Lucas, y tú, sentencias (encarándose con el mozo callantrón y que ahora había ejercido de interrogante), antes de meterte en casa, te pasas por la fragua y te recoges las dos rejas de tapar que ya pueden estar calzadas y recalzadas según los días que allí llevan. No hagan luego falta y andemos cojos sin necesidad.

Mozos y criados removiéronse como esperando los amenes, movimiento que interpretó Don Ildefonso al vuelo, prosiguiendo:

—Y todo está dicho por esta vez, creo yo. Con que buenas noches, y cada mochuelo á su olivo. Si es que á alguno no se le rompe alguna otra tripa.

Se levantó de su asiento y quedóse mirando á todos en actitud interrogativa. Ellos se sonreían, y con tardos movimientos comenzaban á retroceder hacia la puerta, cual si algo se les quedase en el cuerpo. El apodado «Sentencias» por su amo, aquel que en el encuentro con alcalde y secretario asomaba tanto la oreja político-democrática, decidióse al fin á abordar la dificultad.

—Diga usté, señor, si no faltamos por de contao..., balbuceó con no pocos dengues y dificultades...

—A ver qué le pasa á D. Pí. ¡Echala sin miedo!, indicó el interpelado.

—Pues es tocante,—prosiguió el mozo con el el mismo embarazo, mientras sus compañeros

habían tornado á clavarse en el suelo y prestaban curiosa atención,—á lo que se diz por el pueblo; y nosotros, por el aquél que le tenemos, quisiéramos saber de si era cierto ó no era cierto, aunque sea mala pregunta.

—Mediano anda hoy Don Pí de oratoria, para que le aplaudamos, ni siquiera le entendamos, alegó Don Ildefonso con zunga. ¿Qué rumores son esos y dónde está la pregunta?

—Dilo sin más arrodeos, muchacho, intervino tío Blas.

—Pues claro que sí, reanudó el Don Pí ya más resuelto. Yo preguntaba, si se podía, al tanto de la venida del señorito, y pá mucho tiempo.

—¡Acabaras!, dijo el amo. No es cosa resuelta, pero sí muy probable. Esta noche espero carta suya, y será la decisiva.

—Pues.... (era muy difícil que ningún mozanco de Valdecastro iniciase todos y cada uno de sus discursos con otra palabra); pues de toos modos nusotros nos alegraríamos de la venida, remató el interpelante.

—Así es,—finiquitó el tío Blas autorizadamente.—Y que sea con felicidad y pronto.

—Gracias, gracias. Ya sabéis que os lo agradezco á todos, respondió el amo un tanto emocionado.

El movimiento de retirada se pronunció entonces decidido, cruzándose entre idos y quedados las sacramentales frases de ene, encomendándose á «la paz de Dios», deseándose «descanso y buenas

noches» y despidiéndose «hasta mañana». Los tres mozos fueron de los primeros; tío'Nso, Quico, y, naturalmente, la criadona, de los últimos. Quico acompañó hasta la puerta á los salientes, pero tío 'Nso hacía rato que se había escurrido, y, sentado en un pequeño tajo que, tras la gloria donde solía acomodarse «la señora», ocultábase, daba largas y soporíferas cabezadas, su ocupación favorita de todo momento. Hubo que buscarle, descubrirle y sofaldearle con mil dicharachos, para que el ladino fenomenal vejete diérase á luz, y comenzase á hacer que hacía sin hacer nada por supuesto.

En el bajo y amplio fogón, rodeando buena masa de rescoldo y brasas sacadas muy adelante con las grandes tenazas, hervían varios pucheros, y, en medio, una regular cazuela, bastante atendida por la suave, y de la cual se irradiaba el más apetitoso tufillo que pudiera soñar hambre campestre. La remangada fregona, siempre envuelta por las miradas entre recelosas y anhelantes de Quico, migaba sopas á más y mejor en una vidriada tartera.

Don Ildefonso Bermejo salió detrás de los mozos, y, seguido de la señora, se dirigió recto hacia su cuarto.



II

LOS BERMEJOS

I

Antiquísimo era el linaje de Don Ildefonso Bermejo en la villa de Valdecastro, y su arraigo en la sociedad y en la historia valdecastreñas, no menos profundo: familia caudalosa, de gran propiedad, muy pudiente y considerada. Del abuelo del actual representante se decía haber sido hombre de tantas letras como pataconas, que había desempeñado en la capital de la provincia la Presidencia nada menos de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, á propuesta ó por indición de su íntimo el conde de Aranda, y que hasta había tenido vara alta en la Corte del buen rey D. Carlos IV durante la primera época de su reinado, cuando imperaban todavía los ultrapirenáicos vientos filosofistas, en los que contaban muy empapado á aquel insigne Bermejo. El padre, en cambio, parece que sólo había despuntado por lo agrícola, atenido á sus terrones, y muy fachen-

doso con sus doce pares que le labraban pagos enormes, y con sus habilidades, por nadie igualadas, en tirar surcos y liños sin término y sin tacha, en bolear la sembradura de una tierra sin echar cuatro granos más á un lado que á otro, ó en hacer punta con el bieldo para limpiarse en una tarde, seguido de media docena de requemados agosteros, una parva de trescientas fanegas de trigo, bebiéndose de paso un par de cántaras y no de hicoplás. Sólo heredó de *su causante* el ultrapirenáico humor revolucionario ó liberalesco, que, en medio de su Arcadia agrícola, prodújole no pocos disgustos y quebrantos de intereses, amén de la fama de *afrancesado* y *negro*, que bajo el paternal gobierno del inolvidable y *deseado* Fernando no representaba, según es sabido, ninguna venera.

Cuando Don Ildefonso vino al mundo, Riego dió su famoso grito en las Cabezas de San Juan, y los *negros* se montaron sobre los *serviles*, volviéndose literalmente por pasiva la oración de los palos y las costillas, de modo que los primeros, esto es, los *negros*, pasaron á ser sujeto de persona agente en nominativo, y los segundos, ó sean los *serviles*, acusativo de persona paciente. Todo durante el trienio constitucional del 20 al 23 é ínterin el Licurgo Meteernich convencía á aquel iluminado humanitarista Alejandro I, cabeza visible de la iglesia Santa Alianza, de que España no era sino apéndice europeo en el patrimonio de las grandes potencias, cayendo por ende desde la cruz á la fecha bajo el trato legitimista de sus bayonetas.

Con que acá fueron mandados los memorables *cien mil hijos de San Luis*, los cuales, coadyuvados por el popular entusiasmo que vociferaba *«¡vivan las caenas!»*, echaron abajo en un momento y con todas sus consecuencias el himno de Riego, y pusieron en candelero la Pitita.

Ni que decir tiene la época azarosa que comenzó entonces á correr para el inocente liberalón de D. Isidoro Bermejo, el cual entre denuncias, suspiciones, intentos de confiscación, atropellos del corregimiento, idas y vueltas á Valladolid, multas y destierros dejó entre las zarzas no pocas lanas de su castigado caudal y combatida salud: dura lección para educar con las esquivas enseñanzas de sus amargas páginas al adolescente Ildefonso. ¿Qué extraño que, cuando la herencia del tal Fernando planteó el problema entre liberales y absolutistas en forma de guerra civil, los Bermejos se declarasen isabelinos acérrimos, sintiendo la libertad, más que como un sentimiento de la conquista del derecho, como una pasión de odio contra el carlismo? Los terribles siete años de aquella fratricida lucha pasólos el joven Ildefonso en las aulas pincianas, entre perpetuas zaragatas patrióticas, motinescas, belicosas y ardientes, donde las cátedras eran clubs, el cuerpo escolar, batallón sagrado de la revolución, los profesores, Gracos y aun Marios (Moyano pongo por estratego á la vez que tribuno de la libertad), y la agitación entera liberalesca, remedo de las oclocráticas agitaciones del ágora ó las demagógicas luchas del foro: ¡puro

y vano clasicismo! Si apunto ahora la noticia del temperamento hasta el exceso irritable y explosivo del estudiante, comprenderá el avisado lector de qué manera educación tal fué un continuo echar leña al fuego hasta encender violentísima hoguera.

Licenciado en leyes á claustro pleno el año 40 el joven Bermejo, trasladóse al punto al pueblo, donde al lado de su padre y sin perder tiempo profesó de abogado de secano en lo tocante al Derecho privado, y de cacique *progresista* en lo al Derecho público concerniente. Se metió en política de veras, consagrándole todas sus biliosas energías y militando siempre en los partidos más radicales y avanzados. Tenía la pasión de la lucha, del cisco, de la oposición irreductible, y sólo vivía á gusto gastándose los cuartos en las elecciones, discurriendo perradas para reventar á los moderados, escribiendo con guindilla en los periódicos pincianos y madrileños comunicados procesables, haciendo disidencias radicalescas dentro de su propio partido, dando y recibiendo desazones á y de los adversarios, metiéndose, en fin, en cuantas conspiraciones, asonadas y pronunciamientos reza nuestra divertidísima historia política desde la *esparterada* del año 40 hasta la *gloriosa* del 68. ¡Si saldría el hombre curtido de tales campañas y ajetreos! Y además de curtido, bien vapuleado en los cuartos y en el alma. Como que sus contrincas, los moderados, no tiraban con tacos de esparto, y demasiado sabido es que para papeles de li-

las y de primos no ha habido otros progresistas. Hasta los rapaces de la época retratábanlos en aquel himno heroi-cómico de imperecedera memoria:

Somos nacionales
de Isabel segunda,
no llevemos tunda
como la otra vez...

¡María Santísima, y el caudal que se gastó el furibundo Dón Ildefonso sólo en trajes y organizaciones de la Milicia Nacional en su pueblo! No contentándose con menos de pasar por todas las armas, pues fué de infantería el 36 (batallón de estudiantes), de caballería el 40 (escuadrón de Mauda) y de artillería (en la capital) el 54. Todo ello tan y mientras era Alcalde de Valdecastro lo menos ocho veces, y tres, Diputado provincial ó Consejero, como se decía entonces.

A la nota temperamental biliosa añadía Don Ildefonso Bermejo la de tenacidad en el caracter: tenacidad celtíbera y taciturna del castellano viejo, muy diversa de la ibérica y expansiva del aragonés, aunque ambas igualmente irreductibles, únicas en el mundo, dispuestas siempre á dejar los dientes en la presa antes que la presa de entre los dientes, capaces de sucumbir, pero no de cejar. Por eso, maltrecho y todo de físico y fortuna, cuando, después de los fusilamientos del 66 y de la despedida de O'Donnell, se inició la vasta conjura preliminar de Alcolea, él fué de los primeros en

afiliarse entre los conspiradores activos y en soltar los cuartos que le pidieron, aun á costa de nuevas dolorosas hipotecas y pactos de retro con que le iban comiendo las mejores fincas ladinos usureros carlino-moderantistas. Estalló la gloriosa, y no hay que decir si el impetuoso Bermejo se pararía en barras En el acto se declaró federal castelarino, siempre idealista, siempre explosivo, aunque siempre también tan bonachón en el fondo, sectario incorregible del arqueológico pandglossismo progresista que en un dos por tres quería machacar sin golpes cruentos la cabeza de la serpiente reaccionaria y hacer la felicidad de todos los ciudadanos *libres*. Los monárquicos le dieron el primer recorrido en las magnas elecciones por sufragio universal para las Constituyentes; pero, más tarde, habiendo subido la ola federígrafa en la provincia, triunfó por fin en otras, y tuvo la fortuna de votar la República en el Congreso la tarde aquella en que, aburrido, dimitido y aturdido el pacífico Amadeo, declaró el gran parlamentario Figueras, con su habilidad acreditada y en medio del general asentimiento, que allí no había sino echar mano á la breva que de madura se caía.

Dos veces más llevaron á Don Ildefonso al Congreso los electores del distrito maudense, y cuando un general, ya célebre, cometió en Sagunto la famosa «botaratada» que restauró á los Borbones, la tormenta alfonsina, puesta en música de idilio infantil por el eterno femenino español, lanzó y

devolvió á las playas valdecastreñas y en calidad de náufrago al furioso Bermejo, hecho una lástima de zurrado, exhausto y malferido. El hombre se declaró desde aquel momento capitán inválido para salir á nuevas campañas madrileñas, pero en lo tocante á los servicios de guarnición provincial, ¡á cualquier hora iba él dándose de baja! Tijeretas habían de ser, cada día más republicano, y más revolucionario, y erre que erre, y arda Troya, y caiga el que caiga. ¡Menudo entusiasmo infundió en el incendiario corazón del héroe la enérgica y gallarda actitud de D. Manuel Ruiz Zorrilla, desterrándose á París voluntariamente y tremolando allí sin miedos ni vacilaciones la bandera revolucionaria y republicana! ¡D. Manuel! ¡Su antiguo amigo del alma! ¡Su viejo correligionario progresista! ¡Su paisano! ¡Esos son hombres, tío Tente Nube! Ahora se vería qué pronto el mozo de Tablada ajustaba las cuentas y mandaba con la música á otra parte á toda esa mercachiflería alfonsina de Cánovas, Romeros, Jovellares, acompañados de los correspondientes chirimbolos monárquicos (era muy pintoresco Bermejo, cuando hablaba de la monarquía con sátira progresista, cristalizada en Villergas). Se declaró ferviente zorrillista; ingresó por ende en el partido republicano-progresista por Don Manuel formado, de mucho cuerpo y poder en la provincia; dió su firma para el Manifiesto de 1.° de Abril, aunque por omisión involuntaria creo que no apareció, con algunas otras, en el documento; y se dispuso á estar siempre conforme

con su *ilustre é indiscutible jefe*, ayudando lealmente al que lo era en la provincia, conspirando con los Tenientes retirados, ya sencillos, ya Coroneles, que podía, asistiendo á cuantos banquetes republicano-teatrales, desde el de Calderón hasta el de Lope, iban en Valladolid celebrándose, y contribuyendo puntualmente con las pesetas que por clasificación le correspondían á los gastos de socorrer á emigrados revolucionarios y enviar con periodicidad cronométrica y á cada triquitraque telegramas de felicitación, adhesión y corroboración al susodicho jefe, siempre indiscutible é ilustre siempre.

En estas andaba el hombre cuando la documentada Memoria del maudense nos le presenta como estudio vivo sociológico de un político castellano de tipo rural, terrateniente y democrático. Casado, muy joven, con una santa de Dios, hija única de otro rico labrador avecindado en próxima aldea, gastóse lindamente las muchas peluconas empucheradas que le aportó al matrimonio, amén de lucida porción del mismo y del suyo, en pleitos y agarradas con sus convecinos ó concaciques monárquicos, en elecciones furibundas y desesperadas, en conspiraciones casi permanentes, y en viajes, destierros, comités, meetings, periódicos, comunicados y sablazos... todos políticos, la mar de políticos, revolucionariamente políticos: estupendos quebrantos económicos, que fueron corroborados por las malas cosechas reincidentes, por el bajo precio de los trigos, por las crecientes contribuciones y por las hipotecas usurarias.

A los diez meses justos de casado dióle su mujer un hijo, único que se le lograra, pues otros dos posteriores murieron en pañales, y á poco la madre, naturaleza excesivamente delicada, quedando el descendiente de cien Bermejos viudo en la flor de la vida y sin más calor familiar que aquel su primer hijo, apenas adolescente. El cual era retrato vivo de su madre en alma y cuerpo, por dentro y por fuera, tocante al sentir y tocante al obrar, sin más que tal cual rasgo físico ó moral del padre, como única excepción. Pronto tuvo también que desprenderse del rapaz, obligado por el deber de educarle y darle una carrera. ¡Y que no se quebró poco la cabeza para la elección! Descartadas las universitarias, porque él era muy echado para delante en todo, y había oído censurar á los revolucionarios reformistas la *hiperproducción* de médicos y abogados en son de calamidad nacional, no sabía á qué ingeniaría civil ó militar quedarse, hasta que el gran predicamento que por aquellos días gozaba todo lo relativo á administración, en cuya ciencia peregrina y arte asombroso se cifraba cuanto bueno y fecundo ocurría entonces en el mundo, de modo que á punto estuvo un ex-ministro, mitad hegeliano mitad balmista, de la Unión liberal, de considerar en una de sus obras administrativas al mismo Dios como Administrador Supremo antes que como Supremo Autor de todo lo creado, fuente, origen y fundamento del poder del expediente y de la virtud de la contabilidad, decidióle á inclinar al chico

hacia los estudios de Administración Militar, instituto profesional al que la opinión de la época, en consonancia con lo que va dicho, atribuía los triunfos del ejército aliado ante la torre de Malakoff, las victorias franco-sardas en frente del Cuadrilátero, y la superioridad de las armas francesas en todas partes. ¿Por qué, pues, un Bermejo, siempre reformador y progresista, no había de contribuir por su parte á transformar la enmohecida máquina de nuestra Milicia, dándole por base la ciencia administrativa, que en el ejército no podía menos de ser revolucionaria y napoleónica? Pensamiento que sin dificultad vióse convertido en la realidad más efectiva.

II

Mientras el novísimo Bermejo terminaba en Avila su carrera, la ampliaba en Madrid con buenos estudios complementarios y de adorno, y se entregaba luego á la luna de miel de los primeros puestos, joven, guapo, ilustrado, muy querido de la plana mayor del Instituto, y corroborada su mediana paga mensual por los mensuales libramientos que, puntualmente y costasen lo que costasen, su padre le enviaba, éste pasaba en el pueblo las de Caín, declinada por todas partes la bermejina estrella. Hay que contar estas tragedias íntimas del acorralado y jadeante Don Ildefonso.

Tenía el hogar viudo, pues no había sabido decidirse á dar sucesora á la primer compañera

de su vida, y andaba siempre peloteado de unas en otras amas de llaves, todas igualmente cargantes, ladronas y entrometidas en cuentos, chismes y enredos de vecindad, donde el pellejo del mártir sufría no pocos arañazos y desolladuras; la casa renqueaba por esto mismo descompuesta y sin orden, careciendo para él de aquel atractivo que alivia fatigas y cicatriza heridas; los prestamistas hipotecarios de Mauda y Valladolid no le concedían punto de reposo con apremios perpetuos de intereses, pagarés, vencimientos, ejecuciones y cuanta polilla puede roer á un desdichado que naufraga financieramente entre los pirateados despojos de su fortuna; como consecuencia forzosa, los restos de la labranza iban de mal en peor, achicándose á diario en cantidad y calidad, de modo que el infeliz se veía y se deseaba para abonar medianamente las tierras, para darles la simiente que pedían, para reponer el ganado y mantenerle en regular pie de fuerzas y de pienso, para atender, en fin, á la complicada máquina de tantos gastos como el lío de asuntos en que vivía envuelto producíale; por último, los otros caciquillos valdecastreños, fuertemente apoyados por la omnipotente cacicatura del duque de Tetuán, dueña de la provincia en aquella época, causábanle, como á enemigo irreconciliable y en perpetua guerra de emboscadas y rebatos, mil violentísimas molestias, contrariedades, menoscabos, heridas en el amor propio y disgustos inenarrables, tanto más sobre seguro y á mansalva cuanto que ellos,

siempre en candelero, tenían guardadas las espaldas en el Gobierno civil, en la Diputación y hasta en la Audiencia, mientras él, republicanote y de oposición radical, sentíase totalmente desguarnecido y víctima de la implacable sentencia: «*adversus hostem æterna autoritas.*» ¿Caben más desdichas juntas? Puede imaginarse cómo tendría los hígados el amigo y hasta dónde le llegarían los amargos fermentos de la bilis.

Aquella naturaleza de durísimo bronce había empezado, en efecto, á quebrantarse, de modo que la necesidad de aliviador arrimo hacíase sentir con imperio en alma y físico tan trabajados.

Cierto día, de vuelta de una de sus largas excursiones á Valladolid y á Madrid, con previa despedida, según costumbre, del ama de gobierno, presentóse Bermejo en Valdecastro entre general espectación acompañado de una, al parecer, señora, muy guapa, jamona cuasi joven, agradablemente trajeada, y con un dejo querencioso y meridional en el habla que sonaba á música en los esquivos ámbitos valdecastreños. Instalóse desde luego como ama en la casa, aprendió rápidamente aquel mecanismo doméstico, y acometió enseguida la empresa de darle una vuelta completa, donde logró el éxito más lisongero, demostrando sus excepcionales disposiciones y transformando aquel abandonado hogar solariego, antes malrotado y descompuesto, en muy agradable, limpia y cómoda vivienda, no exenta de elegancia en muchos detalles: digno solar de la estirpe bermejina, de-

vuelto, si no á pristinos esplendores, al decoro del que jamás descender debiera.

Las hablillas que el raro acaecimiento despertó en Valdecastro no son para dichas. ¿Quién era aquella foraina? ¿Qué vínculos la unían con Don Ildefonso? ¿Con qué títulos dirigía su casa? ¿Era simplemente un ama de gobierno exótica? ¿Acaso se habría casado *de ocultis*, y Dios sabe dónde, el loco de Bermejo, y sería ella su nueva esposa? No tenían fin las cavilaciones, sospechas y malicias.

El cuaderno de Don Bienvenido pone á toda luz este punto, y yo sé por él que Doña Emilia Buendía Carvajales era viuda, sin hijos, de un capitán de caballería, grande amigo de Don Ildefonso, conspirador reincidente con él, y por conspirador probado puesto de patitas en la calle con pérdida del destino, carrera y demás consecuencias. Las cuales ya se saben: aturdimiento y desolación íntimas, promulgación del martirio entre los correligionarios indignados, ingreso en las listas de los socorridos por suscripción, hambres y estrecheces, vida bohemia y á salto de mata, final unas veces trágico por falta de resistencia, y cómico, otras, por adaptación al medio. Esta vez capitán y capitana hallaron en Bermejo un verdadero padre, que les puso en Valladolid bien montada casa de huéspedes, donde se reservó un cuarto que pagaba de año, buscóles pingüe clientela entre acomodados amigos, y les hizo ir viento en popa en el negocio. En cierto viaje que el primero realizó á París, llevando á Don Manuel importantes documentos,

pescó, bebiendo un vaso de agua del Sena, un cólera-nostras que le mandó en cuarenta y ocho horas á la otra banda, y la segunda se encontró en un abrir y cerrar de ojos, sobre dimitida del servicio, viuda y sola en país extraño, pues ella era cordobesa.

La aflicción de la sin ventura, cuando se enteró de *toda la extensión de su desgracia*, fué propiamente andaluza: una elegía de dolor tiernísimo, llorada en tristes endechas al bien perdido, y con acentos tan eufónicos y melosos que partían los corazones compasivos. ¿A quién volvería ella los ojos en aquella «soledá de tristesas»? Y los clavaba suaves, lubrificados por un velo de lágrimas, en Don Ildefonso Bermejo que presente estaba, compungido de veras por la pérdida de aquella columna de la libertad y de la revolución allá en París, en extranjero suelo, mártir del deber y del patriotismo...

Ahorremos palabras y digamos que aquella noche, consultando con la almohada el negocio, decidióse el republicano de Valdecastro á poner por obra una de caridad, cuyo sentimiento desde el primer instante habíale salteado el noble pecho con los más gratos reclamos. ¡Aquella viuda, aquella viuda, tan habilidosa como él sabía que era, tan guapa, tan amable, tan buena persona, y luego tan desamparada, podía resolver sin duda el gran problema del gobierno de su casa, dándole á él un poco de cuidado bien sentido, en cambio de la protección que él á ella le prestaría reco-

giéndola en su hogar! La idea le seducía. ¡Sentía tanto la necesidad de calor doméstico! Tampoco se le ocultaban las objeciones al proyecto. Que él no era suficientemente viejo todavía para prevenir murmuraciones; que ella estaba aún demasiado joven para provocarlas; que lenguas valdecastreñas maldicientes y audaces abundaban por desgracia; que tal vez á su hijo, el día en que con la novedad se encontrase, pudiera parecerle inconveniente... Sin saber por qué, esta era la hipótesis que más le molestaba.

En resolución, finiquitadas cuentas, cayó como siempre del lado de la libertad, es decir, aquí el de su gusto, y á la mañana siguiente comunicó el atrevido pensamiento á la desconsolada, la cual se dió luego á partido, previsto que en Córdoba no le quedaba ya familia arrimada, y que á él le tenía por «verdadero padre» en sus «aflicsiones y amarguras.» No es otra la historia del ingreso de la digna Doña Emilia en el hogar de Don Ildefonso.

III

El cual hogar desde aquella fecha, reciente aún, había cambiado mucho y muy beneficiosamente. Ni parecía sino que la capitana viuda hubiese sido labradora, no militara, toda su vida, según la maña supo darse á coger el aire de todo aquel tragín agrícola, dominarlo, ponerlo en orden é introducir en él mejoras dignas de una perfecta y rural castellana vieja, con tal tino y tan suave mano, que los criados de la casa estaban en-

cantados y se hacían lenguas donde quiera de su nueva ama.

—Miá tú, (decía Fonso una mañana en que se habían parado, dejando descansar breve rato á las yuntas, para tomar los mozos el bocado de las nueve). miá tú que es manía de las gentes contra la nuestra ama, y es más buena que el pan.

—Todas, envidias y malquereres al amo, alegó sentenciosamente tío Blas.

—Los carlistones no tién más que veneno, y de las sus lenguas sale tóo; ¿no lo sabís?,—intervino Don Pí democráticamente.

—Pos entre cualsiquier parte que va uno, ¡siempre zumbándole! Y á alguno le voy á arrimar entoavía una manguzáa que le eslome,—declaró el gigantesco Fonso.—Què si es una tía así ó asao; que si están arrimaos dambos; que qué escándalo; que tóo ello es robarle á Don Manolo lo que es de su madre...

—No te canses, Fonso,—volvió á manifestar tío Blas,—todo lo que sea dirle bien al amo es rabia para sus contrarios en el pueblo.

—Y dígalo, tío Blas,—corroboró Don Pí.—Porque ¡ya lo creo que le va bien, dende que está en la casa Doña Imilia!; ¡y no con las otras ladronas!

—¡Que si le va?—argumentó el mayoral;—no lo sabéis bien vosotros. Ya veis el ganado que come doble de pienso que endenantes y da ahora gloria de verle; ya veis cómo andamos ogaño sin miserias en las labores y en las simientes, y no según andábamos antaño; ya veis aquella casa, he-

cha un cielo de limpia y bien compuesta en las habitaciones, los corrales, las cuadras, las paneras y cuanto allí puede mirarse; ya veis nosotros mesmos, más metidos en caja ¿eh?, aunque mejor mirados; ya veis las mulas nuevas, y los aperos y los arreglos de máquinas que han entrado en casa desde que ella vino...

—¡El Evangelio, tío Blas, el Evangelio!,—atajaron los otros dos, deseosos de testimoniar tales verdades.

—Pues es que, (tío Blas prosiguió), con ver tantas cosas, no lo veis todo aún: lo mejor. Yo lo sé, porque me lo ha dicho Don Gaspar, para quien el amo no guarda nada oculto, y porque algo también he andado metido en ello.

—¿Y ná se pué saber, pa alegrarnos tamién nusotros?,—interrogó Don Pí, de curiosidad picado.

—¡En sabiendo guardar el secreto!...

—¡De cosas del amo? Pos ¡güeno fuera que fuese, hombre!

—Ea, lo diré con esa condición. Y es, que ahora resulta que se recoge en la casa del amo más de doble metálico y emolumentos que endenantes, y se aprovecha doble también; con que esta Doña Emilia ¡María Santísima los atrasos, deudas y picos antiguos que ha pagado! Y tente por entendido que se dispone á pagar otros muchos todavía.

—¡Ya me lo maliciaba yo!—interrumpió Fonso; —porque, la verdá, no hay más que echale la vista encima al nuestro amo, y su cara dice lo sosegao y esponjao que está el hombre, como si la

procisión del desahogo le bailase por drento. Y, ¡claro!, es eso mesmo que el tío Blas nos ha contao, como quien dice.

—¡Qué bien!—añadió Don Pí.—A mí se me encandilan de gusto las anjundias con sabelo, miá tú. ¡Sólo pá que rabien y se derritan de envidia toos los Garzones de la villa que querían ver á Don Ilefonso al rispitive de los méndigos. ¡Pa ellos!

—Pos yo, por eso, y tamién, por Doña Imilia, —alegó Fonso.—¡Que es más buena, hombre! Ya veis cómo trata al mi pobre viejo (tío'Nso), cual si fuera su mesmo padre, y no el mío. ¡No que las otras lambronas!

—Eso es verdá, Fonso,—corroboró tío Blas.—Con el mi Quico pasa otro que tanto. Le quiere como á un hijo. ¡Y ya veis, que eso pa un padre!

—Y á toos nusotros, apoyó Don Pí; pos ¡qué! ¿no nos está hiciendo favores toos los días? Y que da gusto según nos adevina nuestros quereres é intinciones de lo que á uno le falta. ¡Sus digo, que es muy güena, y que sabe serlo, vaya! Y aluego, ¡liberala! ¿eh?

—¿Y respective al amo?,—indicó el mayoral.—Ya veis que parece mesmamente una hija según lo amante y respeutosa en tratarle. ¡Y que ha sabido metérsele dentro es verdá! En bien suyo por supuesto, pa sosegarle, y aliviarle de penas, y ayudarle á llevar cargas. ¿Cómo, asin, ha de tener pa ella secretos de ninguna clás? Por la cuenta que le tiene. ¡Sos digo que mujer más lista...!

Diálogos como éste eran muy frecuentes entre

los criados y gentes adictas al hogar bermejino, y por tan suaves vías habíase convertido la ex-capitana en hada beneficiosa para Don Ildefonso y su casa, cual si respecto de ellos estuviese de virtud mascotal dotada. Y realmente eran muchas las prosperidades que allí desde su advenimiento se sentían: bálsamo restaurador eficacísimo para el ajetreado republicano, sedante de los alterados nervios y colagogo de la bilis irritada, de suerte que, calmados sus alborotos y desesperaciones de sesión permanente, había entrado en nueva era de relativo reposo, muy propicia para el entono de la salud y del espíritu. Vueltos los ojos hacia los intereses domésticos, algo se quebró también el fiero absorbente rigor con que antes andaba entregado á los políticos, esclavo de sus pasiones. Mudanza á que no dejaba de contribuir el nuevo sentido, que por entonces se iniciaba, más atento á cuestiones sociológicas y económicas, que á idealistas problemas de la alta metafísica del Estado.

IV

La noche aquella en que los mozos interrogaran á Don Ildefonso sobre la venida de su hijo al pueblo, retirados al fin «amo» y «señora» en el comedor de abajo y dispuestos á la colación de costumbre, manifestó el primero:

—Ya has oído, Emilia, á los muchachos el tono en que me han preguntado por la venida de mi hijo. ¡Siempre haciendo misterios!

—Es que á los pobres les aburren con tantas hablillas y embustes como oyen por todas partes; créame usted.

—Estoy en ello, y por eso mismo te lo decía.

—¿Y ha tenido ya la carta que esperaba?

—Hoy mismo. Cuando salí esta tarde al campo, me la dió el cartero.

—Por supuesto ¿insistirá, eh?

– Ya lo creo. Además he de confesar que me ha convencido el muy tunante. ¡Vaya una cartita, mujer! Ni el propio Fígaro la escribiera con mejor garbo. Mentiría si no dijera que me sobran motivos para estar orgulloso con tan guapo rapaz. Bueno, listo, trabajador, instruído... todo lo tiene.

—¿De modo que resueltamente deja el servicio?

—¡Cá!, de ningún modo. Sólo propone como medio el reemplazo.

—Eso es otra cosa, y me parece bien; porque abandonar tan joven una carrera como la suya resultaba demasiado fuerte. ¿Qué dice, entonces, qué dice?

—Sigue tan desilusionado en su Factoría de Utensilios de Barcelona; pinta muy graciosamente el servicio ramplón de tal Oficina, para cuyo desempeño sobraría un sargento ó cabo medianamente dotado de letra y de sentido común; no ve manera de salir en mucho tiempo, con el atasco actual de las escalas, de ese vil oficio de contar mantas y sábanas, remitirlas á los cuarteles, y recibirlas en los depósitos... Pero oye, oye, cómo se explica él mismo.

Echó mano al bolsillo interior de la americana, sacó la carta, desdoblóla, y leyó:

—«¿Y para vegetar de modo tan imbécil hice en Avila los elevados estudios que hice, al lado de ilustres profesores, aprendiendo una verdadera enciclopedia militar de conocimientos geográficos, históricos, matemáticos, económicos, de organización y de estrategia? ¿Y para eso amplié y perfeccioné luego en Madrid tales estudios hasta licenciarme en la Facultad de Ciencias, sección de físico-químicas, y fuí socio del Ateneo, y miembro activo del Círculo filosófico?... ¡Merecería, no contar, sino cargar con los propios utensilios, si á tal me aviniese, sin protesta al menos!»

—La verdad es, que tiene razón el pobrecillo, interrumpió Doña Emilia. ¡Un muchacho con tales títulos no es para andar revuelto únicamente entre tablas y banquillos!

—Mira ahora—prosiguió Don Ildefonso—la solución que propone. Vuelvo á leer: «Estoy, pues, resuelto, si no me niegas tu asentimiento, á ensayar un cambio de postura apelando al procedimiento del reemplazo, por tantos otros con lisonjero éxito empleado. Mi plan consiste en trasladarme á tu lado é intentar una restauración de nuestra quebrantada hacienda. ¡Si supieses cuánto me tira la vida rural y agrícola! Además ¿para qué he estudiado yo tanta mecánica y tanta química, si jamás he de aplicarlas? ¿Y dónde mayor oportunidad de aplicación que en la mejora de los bienes propios? Desarrollaremos, pues, juntos el

tratamiento por tantas grandes casas usado, las cuales, arruinadas primero, liquidadas después, lograron sólo con los restos de sus antiguos bienes restituirse en iguales y aun mayores rentas que antes, gracias á una administración inteligente, á una sabia explotación, al cultivo intensivo, á la instalación de naturales industrias, á los resortes, en fin, productivos que la economía y la técnica aconsejan de consuno». Y por este diapasón (prosiguió diciendo Bermejo), continúan otras mil cantatas, todas muy bonitas y graciosas, aunque más para pintadas que para vivas, en nuestra tierra al menos.

—Pues á mí ¡qué quiere usted que le diga, señor! me enamoran todas esas ideas, y me parecen de perlas, y que deben intentarse. ¡Da gusto oirlas leer! Y ¡vaya si darían resultado!...

—Ya veremos; ya veremos. Por de pronto le escribiré aprobando resueltamente su proyecto del reemplazo, y luego... ¡Dios dirá!

Pasó algún tiempo. Don Ildefonso, que por aquellos días andaba muy preocupado y atento á labores del campo y arreglos domésticos, esperaba la última carta de su hijo y la noticia decisiva de su salida de Madrid, á donde se trasladara para gestión del reemplazo, y de su llegada á la estación de Rioseco, á la cual saldría un criado á esperarle con el caballo, según sus expresos deseos.

Todo lo cual, por aquello de que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, llegó al fin, de modo que, puntualizadas las fechas,

quedó la casa entera bermejina en situación de expectación plena: expectación preocupada por parte de Don Ildefonso, anhelante por parte de Doña Emilia, curiosa por parte de obreros y criados.



III

MANOLO DE REEMPLAZO Y EN CAMPAÑA

I

Llegó el tren á Rioseco á punto de mediodía, descendió de los coches buen golpe de viajeros, y uno de ellos, joven y elegante, fué recibido por un mozote que, sombrero en mano y tras afable saludo, púsose á su completa disposición. Eran ni más ni menos que Quico y el esperado hijo de Don Ildefonso.

—¿Y mi padre?, preguntó éste con viva emoción.

—Está muy bueno, señorito.

—¿Y el tuyo?

—Mírele, ahí llega. Ha venido con el carro, pa transportarle los equipajes, y yo, con las caballerías.

Tío Blas y el joven Bermejo abrazáronse con

mucho afecto, no sin que al viejo criado se le humedeciesen los ojos tras la sacudida del sentimiento, el cual se convirtió pronto en orgulloso, al contemplar la gallarda figura del señorito.

Cobrados los trastos de viaje y entregado el talón para recoger el voluminoso baúl que facturado traía, echáronse fuera de la estación, concurridísima de gente por la curiosidad que en la ciudad del Sequillo despertaba la recién abierta línea férrea de vía estrecha. Almorzaron los tres en el próximo parador del Carmen, acomodaron baúl, maleta y demás bultos en el carro prevenido al efecto bajo la conducta del mayoral nombrado, montó el viajero en el magno caballo que ya conocemos, subióse Quico en albardado macho, y con verdadera priesa, pues no había tiempo que perder, echaron todos camino adelante por la hermosa carretera provincial que desde el reiterado Rioseco va hasta Toro y Zamora, distanciándose bien pronto del rodado vehículo los jinetes.

Poco más de la una apuntaba el áureo reloj del elegante joven; el día (sábado 18 de Diciembre, Nuestra Señora de la O), estaba espléndido, un anacronismo, no raro en la meseta castellana, cuando sopla el viento del sureste, el cielo se muestra limpio, sube firme el barómetro, y el sol, que parece trasladado de la región levantina, enciende la suave atmósfera (caso de suavidad harto peregrino en aquella ruda naturaleza), y la calienta de veras. Reverberaba no sé qué alegría física en el ambiente; sentíanse los gritos alborozados de las

alondras y otros rumores de pájaros; la luz doraba todas las lontananzas, arrancando chispas y cabrilleos á cuantas superficies bruñidas, charcos, arroyos, cortezas de los álamos, aisladores de los palos telegráficos, hería con sus rayos. Había muchos trigos nacidos, apuntando cual bozo juvenil en labios adolescentes. El cielo semejaba colosal turquesa. abriéndose por todas partes en esos hermosos horizontes de la tierra castellana que ofrecen una comunión infinita con todas las latitudes de la tierra, con todos los pueblos del mundo, hasta parece que con todos los astros de la extensión sin límites: ¡tan inmensos son, y tan comunicadores se antojan!

Con el reparador almuerzo (entre otros platos una buena perdiz al chocolate, de las que pocas veces faltan en los bien servidos á la española paradores riosecanos), con el estimulante café á continuación tomado, con el júbilo de aquella luz y el tono de aquel calor febeos que le envolvían, con el propio vibrante movimiento del corcel bermejino que golpeaba suavemente los miembros en su amplio andar, espoleaba la sangre dentro de sus canales en ritmo acompasado, y activaba en gratas sacudidas la máquina entera del vivir, el recién llegado al país natal sintióse penetrado por los calientes efluvios de aquella naturaleza amiga que parecía acariciarle con un saludo de madre amorosa. Saltaba sin querer sobre la silla, movido de esas internas palpitaciones, y el noble jaco, sorprendido por semejantes animado-

res apremios del nuevo amo, sacudía inveterados hábitos de pereza, y avivaba el paso con engallamientos de cabeza, mosqueos de orejas y azotes de la cola. Una emoción expansiva, tierna, secreta, inundaba el alma del mozo, inspirándole generosas fantasías y dulces ensueños de un bienestar halagador y difuso. Con los ojos brillantes y humedecidos devoraba el paisaje, lleno para él de reminiscencias lejanas fundidas en los vapores azules de su conciencia de adolescente.

Era el ancho valle del Sequillo, sembrado de históricos pueblos campesinos, unos junto al río, otros sobre las lomas y cabezos que á uno y otro lado le dibujan enseñando los legendarios castillos, etapas la mayor parte y albergues de dramáticos episodios, (que vivos se conservan en la memoria de aquellos rurales), en las trágicas guerras de nuestras comunidades contra el teutón Carlos V...

Atravesaron por medio á Villabrájima, de numeroso vecindario; dejaron á la derecha mano á Tordehumos, villa rica en memorias y leyendas; volvieron á atravesar por el centro de Villagarcía, patria del gran D. Juan de Austria; tomaron, antes de llegar á Tiedra, otra carretera á la izquierda, y á poco de andar por ella, y abandonando á la misma mano la empinadísima villa de Urueña con otro castillo famoso, llegó el momento de despedirse de la carretera y tomar el muerto camino que á Valdecastro conduce. Serían cerca de las cuatro de la tarde, y realmente jaco y macho habían meneado las tabas de firme.

Era aquél uno de los días más cortos del año, de rápidos crepúsculos. Violada neblina comenzó á alzarse desde todos los términos del pequeño valle por el que ahora se adelantaban, y el sol se ocultó enseguida tras nimbus lejanísimos arrumbados hacia la raya del poniente, donde se adivinaban, perdidos en la lontananza, confusos esbozos de sierras y montañas. La penumbra crepuscular, entreverada de ráfagas y claridades indecisas, invadió rápidamente el horizonte. y, por mucho que los viajeros apretaron, cuando fueron á entrar en el pueblo, ya anochecía, y el ambiente, destemplado por la irradiación nocturna del calor solar, refrescaba de veras.

Muchas puertas se entreabrieron para husmear el paso del forastero al través de las callucas que hubo de recorrer medio entre sombras hasta llegar á su casa, en cuya esquina, impaciente y nervioso de emoción, aguardaba Don Ildefonso á su hijo. El cual, apenas detenida ante su viejo amo la querenciosa cabalgadura, saltó ligero de un brinco, y se lanzó en los brazos del que anhelante le esperaba colmándole de apretones y de caricias. Padre é hijo no sabían separarse, y gruesas lágrimas, preñadas de mil tristes recuerdos, anublaban sus ojos, anudando las enmudecidas gargantas. Por fin, enlazados todavía y conmovidos, se adelantaron hacia la entrada de la casa, donde en actitud modesta y retraída aguardaba también la excapitana, no se podía decir si en actitud de espera ó dispuesta á recibir órdenes. Apenas fué ad-

vertida, pues ambos iban demasiado embargados por el sentimiento de su encuentro, para fijar mientes en cosa alguna.

—No traerás frío, ¿verdad, hijo? Te ha hecho una tarde muy hermosa. - Fueron las primeras palabras que pronunció el solariego, vibrantes aún por la emoción.

—Al contrario, padre, traigo hasta calor, porque hemos trotado bastante desde que el sol se puso.

Todos los criados habían acudido al portal, y con notable desembarazo, afabilidad y señorial llaneza saludó y habló á cada uno el joven Bermejo, mostrándose alegre y complacido. A casi todos los conocía, y conservaba de ellos algunos recuerdos. A quien más celebró fué á tío'Nso, abrazándole como á muy allegado, mientras el viejísimo abuelo, entre risas, llantos y alegatos inarticulados, no se cansaba de besarle las manos.

—Vamos, hijo, vamos; entremos ya en mi cuarto y descansemos, que harto tiempo tendrás de decir á todos estos truhanes lo que sea conveniente,—manifestó Don Ildefonso, empujando al recién llegado hacia la habitación dicha.

Era bastante espaciosa, estaba entarimada, tenía la decoración de comedor, y en el fondo se veía amplísima camilla, vestida de verde pañete y con dos magnos sillones de tapicería arrimados á ella. Una buena lámpara de petróleo encendida colgaba en el centro de la misma. En los sillones tomaron asiento padre é hijo, notando éste al pun-

to cuán esplendido brasero ocultaba el camillón bajo sus faldas.

—¡Mira, que es guapo de veras el señorito, eh?,—decíanse entre tanto en el portal unos á otros los criados, mientras caminaban á refugiarse en la cocina.

Y así era la verdad. El joven Don Manuel Bermejo Ochotorena ofrecía, desde la cruz á la fecha, el ejemplar de un hermosísimo mozo, simpático, elegante, lleno de vida y de gracia. Tenía la densidad suficiente para aparecer robusto sin dejar de ser fino; la estatura, ni alta ni mermada; el torso, bien dibujado; los movimientos ó aposturas del cuerpo, ligeros y graciosos con natural distinción y perfume de elegancia. Adivinábase enseguida al joven dorado y culto, educado en las grandes capitales y hecho al trato de la sociedad elevada.

La fisonomía resultaba por demás atractiva, con ángel en la voz y en la mirada. Trigueña la color, el matiz de la piel blanco y suave, ancha la frente, los ojos claros, muy oscura la barba, de que sólo dejaba de afeitarse á diario el fino y sedoso bigote. El acento en su expresión dominante era sereno, inteligente y dulce: admirable herencia de las delicadezas espirituales de su madre. De los Bermejos conservaba la inteligencia y el vigor. Carecía, no obstante, del temperamento recio de su padre, cuya bilis bermejina había sustituído por linfa Ochotorena, con notable ventaja de la rigidez nerviosa y de la paz interior, si-

quiera los resortes de la voluntad resultasen más flojos y endebles.

II

A poco de estar sentados padre é hijo, de satisfechos ámbos en el hambre de los primeros diálogos sobre intimidades cariñosas, de confortado el joven, con el descanso, de las fatigas del viaje, se presentó la viuda, previo un discreto «¿se puede?», volvió á saludar al joven con su habitual dulzura reposada y respetuosa, y éste, reparando realmente en ella por vez primera, púsose correctamente en pie al verla tan señora, y la saludó con mucha ceremonia, no exenta de afabilidad.

—¿Supongo, (dirigiéndose á su padre), que esta señora es tu protegida, (sin acento especial alguno), que tanto y seguramente con tanta justicia me has elogiado en tus cartas por su noble comportamiento contigo y con esta casa?

—La misma, hijo, la misma. No te molestes, y siéntate sin ceremonia.

—No sin darle antes las gracias por lo que en tu obsequio y cuidado ha hecho, con lo que anticipadamente y desde luego me tiene obligado y deseando grata ocasión de corresponderla.

La aludida sintió un momento de embarazo ante aquel elogio á quema ropa, mostró la frente súbitamente enrojecida, dirigió rápida y amplia mirada á su interloculor, comprendió que el carmín le invadía todo el semblante con una oleada de sangre, inclinó instintivamente la cabeza en un

saludo de agradecimiento, y pronunció, un poco más repuesta:

—Yo no merezco nada, señor, antes soy la única que tengo mucho que agradecer sin cosa alguna con que pagar el beneficio.

—Ea, intervino Don Ildefonso, ya están hechos los cumplidos. Ahora que nos diga Doña Emilia la misión que para nosotros traía y que supongo ha de ser del gusto de todos.

—Sencillamente, quería preguntar á ustedes si servía la cena, porque Don Manolo habrá hecho ganas con el viaje, y luego vendrá seguramente gente de visita.

—A mí,—adujo Don Ildefonso,—me parece que sí; pero el caballero Don Manuel ha de ser el que disponga.

—Eso no, querido padre; nuestro gusto será siempre tu gusto, y tu voluntad, nuestra voluntad,—retrucó alegremente el joven.—Por lo demás, conste que también á mí la cena me gustará cuanto antes. La caminata y el ambiente fresco del anochecer me han abierto un apetito que no me lo merezco, y pienso hacer á mi ración los honores en regla.

Dió la cordobesa apremiantes órdenes, y por sus manos puso rápidamente la mesa en la propia camilla, sirviéndola que daba gusto, con vajilla, cubiertos y cristalería finos, y cierta coquetería que delataba la consumada pericia de la mujer de mundo. Deparó dos platos para los dos varones sin faltar detalle ni adminículo.

—Pero ¿no vas tú á cenar?,—interrogó con sorpresa Don Ildefonso, en cuanto reparó en aquel servicio puramente dual.

—Yo puedo cenar luego, señor.

—¡Alto ahí!,—intervino el joven, rápidamente advertido de la situación:—aquí no han de alterarse punto ni coma los usos y costumbres establecidos. ¡No faltaba más! De otra manera doy mi palabra formal de incomodarme.

—Vaya, no hagas tonterías,—volvió á alegar el padre mirando á la viuda;—ponte tu cubierto, y á cenar.

Y luego añadió, dirigiéndose á su hijo:

—Doña Emilia ha comido siempre conmigo en la mesa. Ya ves, es una señora, la mujer de un antiguo y fiel amigo, y aun cuando realmente desempeña en la casa las funciones de ama de gobierno, no es como las demás, ni se porta como ellas, ni su situación puede ser idéntica, pues al fin no había de perjudicarle su desgracia para que yo le disminuyese las consideraciones que siempre le he prestado. Además, me ha hecho un favor acompañándome, porque, Manolillo, la vejez empieza á pesarme, y á los viejos, cual á los chicos, nada como la soledad les amurria y desconcierta. Pienso que nada de esto ha de contrariarte, y si así no fuese.....

—Pero, padre, por Dios, ¿qué está usted ahí diciendo? ¿Acaso me va á dar á mí escusas de lo por usted hecho? ¡Hasta ahí podíamos llegar! Esto, y todo, me parece perfectamente, siendo

de su gusto ó de su conveniencia. Y no se hable más de ello, sino venga el primer plato cuanto antes, para caer sobre él como sobre país conquistado.

A todo esto la Doña Emilia, que dejaba dadas en la cocina la mar de disposiciones y todo ordenado y en su punto, echó al conjunto una última ojeada, ratificó las más estrictas previsiones, y vino á sentarse en la mesa, no sin haberse antes aseado una miajita fuera de la cuenta. Estaba con el excesivo movimiento muy colorada, y, como tenía el cutis suave y fino, resultaba enormemente rejuvenecida. Su edad verdadera cifraba en los treinta y cinco. Era de estatura mediana, gruesecita sin obesidad marcada, relevada de pecho, turgente en todas sus formas. La cara, un tanto prolongada, no carecía de cierta regularidad, destacándose la frente por alta, y los ojos por aterciopeladamente negros. Los relieves todos de la nariz, mejillas, labios y barba, antes eran carnosos que finos. De lo cadencioso y musical de su voz, ya hemos hablado. El conjunto de la persona daba la impresión de cierta placidez agradable y melosa, pero no exenta de energía.

Apenas hubo tomado asiento al lado de Don Ildefonso y en frente de su hijo, apareció Quico de día de fiesta, con corbata y todo, blanca servilleta al hombro y una tartera de hierro entrambas manos. Había sido transformado y aleccionado por su ama, y se disponía á servir á la mesa hecho un *garçon* de comedor.

—El señor me ha dicho, apuntó ella, que la cena de esta noche debía ser muy del país, para mejor obsequiar al recién llegado, y yo me he apresurado á obedecerle. Lo digo para que el señorito Manolo no se extrañe de ciertos platos.

Y al tiempo mismo que esto decía, la tartera humeante era puesta sobre la mesa, apareciendo ser unas solemnes sopas de ajo con huevo, que partían los corazones. Siguieron riquísimos pollos en pepitoria de cebolla. Salió á continuación la más hermosa anguila que puede imaginarse, oriunda del Sequillo, y delicadamente servida en salsa verde. Y cerraron los platos fuertes uno de lomo añejo, conservado en manteca después de adobado y rehogado, que no había más que pedir en punto á suculento y sabroso. El vino, clarete de la cosecha del año, picaba en riscantillo, abundaba en agujetas, y tenía mucha fuerza. Para los postres,—queso, frutas de invierno, variedad de dulces de la cosecha cordobesa y los indispensables mantecados del país,—hubo su rancio y tostadillo. De remate el señor tomó su té, y el señorito su café, ambos con gotas y probaturas de varios anisados y licores.

El joven Bermejo cumplió su palabra de hacer los honores á la suculenta cena, genuinamente indígena, y para corroborarla abrió su baúl, y de él extrajo una caja de habanos, (regalo de acaudalado amigo en Barcelona con tabacales en Pinar del Río), de los de gran fiesta. No hay que

decir que sus calurosos elogios á todos los platos fueron tan sinceros como su apetito.

III

Desde el comienzo de los postres habían empezado á llegar visitas, que pasamos á presentar al lector curioso.

La primera fué doble en número y calidad: dos doctores, muy viejo el uno, bastante joven el otro, los cuales venían en compañía. El viejo, Don Gaspar Herrezuelo, era valdecastreño de cepa; cirujano antiguo convertido por obra y gracia de las revolucionarias liberalidades académicas en *Médico de segunda*; retirado de la visita activa desde hacía dos años; titular, no obstante, del pueblo por imposición, y más para efectos políticos, que clínicos; aliado de Don Ildefonso en caciquerías locales, y no menos cisquero que él y duro de mollera: uno de los socios, en fin, más asiduos de la tertulia bermejina. Debo advertir que el *bando contrario* había traído á Valdecastro otro médico, *libre*, en son de enemigo de Herrezuelo y para contrarrestar su influencia profesional política, suceso muy común en la complicada máquina caciquista-rural de los tiempos. El cual médico era joven, sin entusiasmos de partido, y, aun cuando *los suyos* teníanle prometida la titular con la visita exclusiva del pueblo así que Don Gaspar fuese derrotado, el hombre no acertaba á usar del rigor que se le exigía, y en el fondo no se llevaba mal

con su colega, comprendiendo cuán inexpugnablemente arraigado se hallaba éste, ya por ser hijo de la villa, ya por lo numeroso de su familia. ya por el formidable apoyo del partido popular bermejino, ya, en fin, hasta por la desahogada posición económica que disfrutaba y á lo que en secreto pagaban pechos no pocos de sus figurados adversarios. No hay que decir, por lo demás, que el garrobo de Don Gaspar tenía escamas demasiado recias para hincarle el diente, y ni Dios le apeaba de su titular, ni aun siquiera del cetro curanderil en los pueblos del contorno, para hacer él solo y desde su casa con una bizma, tal puchera, ó cual cocimiento casero más milagros clínicos que todos los médicos modernistas juntos con sus modernistas alcaloides y racionales tratamientos. Ni se entienda por esto que Herrezuelo fuese un estulto, antes bien se pasaba de listo, y de sobra sabía á qué atenerse en estos misterios cabalísticos de la sociología profesional, que reía con más gracia que nadie en sus intimidades con los demás compañeros y cuando quiera la ocasión se ofrecía.

El otro doctor éralo de fecha reciente, alumno brillantísimo de la pinciana escuela, muchacho de positiva cultura, demócrata y republicano de corazón, y muy protegido de Don Ildefonso, quien con su influencia omnímoda en Valcorba, el pueblo de su difunta mujer, y la eficaz ayuda de Herrezuelo habíale formado en él un partido médico muy sano y apropósito para comenzar la carrera. Era asimismo aliado y contertulio de su

protector y correligionario, y, como Valcorba sólo tres cuartos de legua distaba de Valdecastro, rara era la noche que faltaba en casa de este último á charlar de la cosa pública y hacer la partida de tresillo. Su nombre, Don Angel Sama.

Casi á continuación de los susodichos presentóse otra pareja: pareja esta vez en el sentido más íntimo de la palabra, pareja en la acepción civil y canónica de la frase. Un matrimonio en suma. El caballero fué presentado á Manolo Bermejo con el nombre de Don Benito Rueda y el título de Profesor de Instrucción primaria de la escuela pública del pueblo; y la señora, simplemente, como «su esposa, Antonia.» Ambos eran muy jóvenes, bien parecidos, de esmerada educación y de trato que revelaba haberse criado en pañales burgueses, con la circunstancia de que por su escasa talla y natural compuesto y modoso nombrábanles todos siempre en diminutivo: Ruedita y Toñita. También él pertenecía á la cáscara amarga, amigo y recomendado del jefe republicano en la provincia, y decidido auxiliar del bando bermejino. Pariente del famoso Don Ricardo Díaz de Rueda, autor del popularísimo texto de primera enseñanza en que tantas generaciones de adolescentes se han educado, contaba además en Madrid con muy altos valedores. Otro contertulio asiduo de Don Ildefonso.

Instantes después del matrimonio llegó un nuevo visitante de verdadero medio carácter en la catadura de toda su persona. Todos le nombraron Casio (contracción de Nicasio), y saludó y fué sa-

ludado con cierta familiaridad. Al primer golpe de vista, y sin saber por qué, daba la impresión de ser pájaro de cuenta. Su indumentaria era más ciudadana que rural, con el corte de alano curialesco de esos húsmeadores de pleitos y carnívoros de haciendas en litigio. En el pueblo desempeñaba la secretaría del Juzgado municipal, era escribiente del viejísimo notario D. Justo Diezma Gordaliza, metía mano en todos los asuntos de jurisdicción voluntaria, ejercía de agrimensor perito midiendo tierras y deslindes, y figuraba como contratista de todos los servicios del *Casino Valdecastrense*, desde el arriendo de la casa hasta el café y los billares. Había servido en el ejército y gozaba de retiro como sargento de Ingenieros. Por lo demás nadie ignoraba en el pueblo que era el ojo derecho de Don Ildefonso Bermejo.

El último en hacerse presente fué, ¡quién lo creyera!, el propio párroco de Santiago, á cuya feligresía pertenecía la vecindad de los Bermejos, no menos íntimo de ellos que carlista, hombre simpático si los hay, campechano, discutidor, tresillista, y nada amigo, no obstante su filiación política (más teórica que práctica), de guerras civiles en el pueblo, tanto que se pasaba la vida conciliando ánimos, aplacando pasiones y convenciendo á los bermejistas de que Garzón era *en el fondo* hombre muy recto y bueno, y á los garzonistas de que *en el fondo* Bermejo no podía ser persona más bondadosa y simpática, siempre eso sí, *á pesar* del *aparente* mal genio del segundo y

de la *fingida* tiesura del primero. Terrible puritano en la esfera dialéctica, resultaba en la vida real tan tolerante, que bien pudiera pasar por modelo en el género ante los cuantos *emancipados* valdecastreños pertenecientes al *Centro librepensador* establecido en Mauda, sin otro fin ni alcance que pagar la suscripción de dos números de *Las Dominicales*, y quedarse, sólo con esto, embobados, esperando no sabían qué santo advenimiento, hechos un lío con el lío que el periódico madrileño les armaba metiendo mano en la Biblia, los misterios, la teología, los concilios y otras para ellos minucias por el estilo de las de «entiendes, Fabio, lo que voy diciendo.» Fray Carlos, según todos le nombraban, contentábase con que no se negase violentamente, con que no hubiese escándalo, con que no se hiciese gala de heterodoxia solemne. La abstención y el silencio le bastaban para tranquilidad de su conciencia cristiana, pues la *hipótesis católica* constituía siempre en él una evidencia. Sólo, lo repetimos, violenta negación podía destruir esta evidencia en su alma infinitamente caritativa, y... todavía ocurría muchas veces que á semejantes palmarias confesiones de errores y herejías opusiese un «ese no entiende lo que dice, pero *en el fondo* es más católico que yo.» De buena fe creía que todos los españoles no podían ser sino católicos, apostólicos, romanos, y que quienes lo negaban negábanlo simplemente por vestir al último figurín, por hacer rabiar á los curas «que andamos de capa caída,» («¡y acaso nos lo mere-

cemos!,» solía murmurar al oído de algún colega el santo varón). «Pura niñería,—argumentaba muchas veces,—que una moda ha traído, y que el mejor día se llevará otra moda.» Por lo demás, fray Carlos sentía, y había sentido siempre (ya desde el tiempo de Don Isidoro), verdadera debilidad por los Bermejos, y recio y vigoroso todavía aunque septuagenario, dotado de juvenil vivacidad y alegre constantemente como un niño, era todas las noches de invierno, desde ocho á diez, punto seguro en la mesa del tresillo, unas, la mayoría (sea dicho en honor de la verdad), en la tertulia de Don Ildefonso; otras (las menos por consiguiente), en las de Don Venancio.

IV

Hechas las presentaciones de rúbrica, y dedicadas al forastero las primeras frases de atención naturales, generalizóse pronto la conversación, tocándose temas por demás interesantes, alguno de los cuales conviene recoger para mayor ilustración de las noticias á que el presente libro se refiere. Véase la clase.

Fray Carlos: Vaya, vaya, Manolico; ¿con que á descansar un poco en Valdecastro de las murrias del servicio, eh? Chico, no has podido pensar cosa mejor, y eso mismo te magnifica á mis ojos. ¡Cuando digo que la sangre de los Bermejos es de la buena casta, sé lo que me digo! Y más éste, con lo santa que era su madre. Pues ya verás cómo en

un santiamén te regeneramos esa sangre cadente y enfermiza que te habrán criado Madriles, Barcelonas y otras Babeles de igual laña, donde no se respira sino ponzoña, ni se come más que artificio, ni se ven otros ejemplos que de corrupción y de trampa.

Manolo: ¡Y que lo diga usted, fray Carlos! A mí me carga mucho la vida cortesana.

Herrezuelo: Aquí por lo menos hay verdad, hombre, y lo que se come y lo que se bebe, si no es fino, es sano Además vive uno sin ceremonias y á sus anchas.

Fray Carlos: «Veritas liberabit vos.»

Casio (mirando expresivamente á Herrezuelo y apuntando al cura con un guiño). ¡Eso!; aquí, ¡todos muy liberales!

Fray Carlos (revolviéndose con viveza). Calla tú, escriba del infierno, saco de malicias; no profanes la palabra santa con tus interpretaciones abominables y estultas. ¿O acaso piensas que son lo mismo las Sagradas Escrituras que las escrituras que tú haces para enredo de mis pobres feligreses?

Carcajada general en el concurso celebrando la ocurrencia. El aludido la ríe más que nadie.

Don Ildefonso: Ya te he dicho, Casio, que te andes con tiento para hincarle el diente al cura. Mucho pueden rábulas, pero donde salta un teólogo, ¡hay que echarse las manos á la cabeza!

Se repite la algazara en los circunstantes.

Manolo: ¡Vaya, vaya!; ya veo que aquí no

se respetan como deben las canas y el ministerio de mi querido capellán fray Carlos; y, de seguir las cosas por este camino, tendrán que salir las armas en defensa de los cánones.

Don Angel: Pero, en qué quedamos; ¿usted viene aquí á ejercer de militar ó de paisano?

Manolo: De cualquier modo el fuero no se pierde, amigo Don Angel.

Ruedita: Y sobre todo, que hay que dar tiempo al tiempo. ¡Y poco que estamos todos deseando verle ejercer de paisano!

Manolo: Pues, amigo Ruedita, yo con imitar á ustedes, que lo son de abolengo, estoy al cabo de la calle.

Ruedita: No, no; somos nosotros los que hemos de imitar de usted las muchas cosas que ha aprendido en sus difíciles estudios y en su familiar trato con el gran mundo.

Manolo: ¡Quiá! Ni yo vengo en ánimo de ejercer de maestro, ni tengo de dónde, aunque lo quisiera; antes, y conste que lo digo sinceramente y como lo siento, lo que á mí me conviene es aprender, y á ser aprendiz vengo decidido.

Herrezuelo: No hay por qué te hagas tan fray Modesto, hombre, pues demasiado sabemos respecto de tí á qué atenernos.—(De los interlocutores, Herrezuelo y fray Carlos, indígenas y antiquísima relación de la casa, trataban de tú y con cariñosa intimidad á Manolo, á quien conocían literalmente *ab ovo*, como que el médico habia parteado á la madre, cuando él nació, y el cura habíale echado

el agua bautismal. Casio también era viejo conocido, mas la diferencia de clases ponía entre ellos el usted.)—Pero podemos hacer un armisticio y partir la capa. Nosotros te comunicaremos cuanto sepamos de lo poco que sepamos y á tí saber te convenga, y tú nos enseñas á nosotros lo que hayas aprendido por esos mundos de Dios y nos sea útil. Y todos pagos y contentos.

Fray Carlos: «Veré dignum et justum est.» Este Galeno, «vetérrimus invalidusque», tiene á veces ocurrencias que no parecen suyas por lo sabias y prudentes.

Herrezuelo: No me busques la sinhueso, cura; ¡mira, que te enseño la etimología de *sa-cerdos!* (muy acentuada en la pronunciación la cesura).

Vuelve á estallar el jolgorio de la tertulia.

Don Ildefonso: ¡Paz, paz entre ambos *curanderos!* ¿No véis que si no estáis de acuerdo en extendernos el pasaporte material y espiritual para la otra banda, váis á volver loco al enterrador? Ya que tantas verdades amargas tenga uno que devorar en esta pícara vida, conviene que, por lo menos, marchéis de acuerdo para engañarnos en punto tan sensible como es la salud temporal y la eterna.

Asentimiento en el público. Sabido es que bajo la capa de grave seriedad castellana, burbujea siempre, como las agujetas en el vino campesino, el humor satírico y maleante propio de todas las razas que habitan Lacios ó llanuras. La montaña

es dogma y devoción; la planicie, sátira y duda.

Manolo: Me apresuro por mi parte á recoger la proposición de mi Don Gaspar de mi alma, aceptándola en todas sus partes.

Don Angel: Punto para Herrezuelo. Pero ahora habrá que ver en qué vamos á ser alumnos, y en qué catedráticos.

Ruedita: Eso de catedráticos es mucha presunción, al menos para mí, que soy un pobre y tal vez indigno pasante de primeras letras.

Casio: ¡Anda! Ya salió por pique la modestia profesional.

Fray Carlos: «Magistrorum irritabile genus.»

Manolo: «Vatum» oí yo siempre recitar, queridísimo fray Carlos.

Fray Carlos (con rápido retruque): *Sed tùm magistrorum irritabilius.*—El bondadoso sacerdote, cual todos sus congéneres de la misma edad (los jóvenes ya hilan de otro modo), esgrimía los latinajos á diestro y siniestro, ora de la urna sagrada, ora del ánfora profana ó clásica, ora del troje de la propia cosecha.

Todos soltaron el trapo á reir. ¿De qué? Indudablemente de la entonación impresa por el vivaz clérigo á su réplica, pues claro es que del zumbón sentido de la frase latina, quedóse la mayoría en ayunas.

Don Angel: Y en definitiva, lo principal sin saber.

Manolo: Querido Don Angel, por mi parte no tengo por qué ocultar que, durante el tiempo que

aquí permanezca, labrador he de ser y en la labranza he de gastar las pocas mañas que en mí quepan.

Fray Carlos, Herrezuelo, Casio (coro al unísono). ¡¡Uff!!

Manolo: ¿Qué es eso, caballeros; parece que haya dicho alguna herejía!

Don Angel y Ruedita se sonríen.

Herrezuelo: Eso es hacer lo contrario de lo del rústico Bertoldo, muchacho.

Manolo: ¿Pues?

Casio: Pues que ha encontrado usted enseguida el árbol donde ahorcarse.

Fray Carlos: En efecto, «bonum est nos hìc esse, verúm etiam periculosum.»

Manolo: ¡Qué manía tienen ustedes todos los agricultores contra la agricultura! Y velay, que decimos en esta tierra; á mí nada hay que me agrade tanto y hasta me seduzca. Si les digo á ustedes que para mi gusto tiene todos los encantos de las bellas artes, no miento.

Don Ildefonso (saliendo de cierto ensimismamiento): Bellas, puede, hijo mío, aunque también sobre esto habría mucho que hablar; pero ¡lo que es útiles!... Al menos hoy y en Castilla.

Manolo: No me doy, sin embargo, á partido, padre. Mi argumento es que la madre Cibeles, maltratada, no puede devolver buenos tratos á los malos hijos. ¡Ensáyense en ella respetos y cariños filiales, y entonces veremos!

Fray Carlos: Bien se ve, bien se ve lo in-

en letras clásicas que está Manolico. Pero ¡ay, hijo mío!, no sabes lo peligroso que es venir á representar las *Geórgicas* en la Tierra de Campos á estas fechas. «Bonum, verúm etiam periculosum, répeto.»

Don Angel: A mí me parece que en principio tiene razón Don Manolo, y yo mismo se lo he dicho á ustedes muchas veces. ¿Cómo la agricultura no ha de ser ruinosa, ejerciéndose ruinosamente? Pero empeñarse en que la vida entera, en que todas las artes, industrias, profesiones, oficios, ciencias y habilidades humanas, han de progresar, mejorar y perfeccionarse con la única excepción de la agricultura obligada aquí á permanecer *inmueble*, como en los tiempos fabulosos de Tubal y Tharsis, me parece (con calor) absurdo que sólo absurdos mayores puede producir.

Ruedita (con fruición): Opino exactamente lo mismo.

Manolo (con alegría): ¡Bien, requetebién! Ya veo que no estoy solo. Lucharemos.

Herrezuelo: Sí, ya lo sabemos. Los jóvenes siempre sóis los mismos. Primero, allá va lo que es; luego, el desengaño y los lloriqueos.

Don Angel (con animación y convencimiento): Y los viejos, siempre tan importunos y tan reaccionarios.

Fray Carlos: «Laudatores temporis acti.» Algo de eso hay, algo de eso.

Don Angel (prosiguiendo): ¡Los jóvenes!, ¡los jóvenes! Pues, si no fuera por la juventud, ¿qué

sería del mundo? Aún andaríamos por las selvas y con taparrabos.

Herrezuelo (guiñando picarescamente un ojo): Con perdón de las señoras, compañero. Pero, bueno, yo lo que *sus digo* es que todos los ensayadores que de ringorrangos y finuras agrícolas he conocido, y ya no son pocos, salieron con las manos en la cabeza. Y aquí de los latinismos del pater: «ex experientia constat.»

Fray Carlos (con la vivacidad en él característica y cogiendo la frase al vuelo): Eso: «ergo ita est.»

Don Ildefonso (interviniendo con autoridad y reposo): De todo hay, de todo hay, compañeros, y conviene no precipitarse. Tanto puede pecarse por carta de más, como por carta de menos.

Fray Carlos (siempre conciliador): También eso es cierto: «in medio consistit virtus ..»

Don Ildefonso (sin interrumpirse): Yo lo que digo es que en esto de reformar las labranzas conviene, en efecto, proceder con cautela, pero proceder. Pararse es dejar que la ruina se le eche á uno encima. ¿Acaso no puede decirse que hemos hecho una verdadera revolución, si comparamos cómo se labra hoy en Castilla á cómo se labraba hace treinta años? Pues nadie negará que con las actuales mejoras de cultivo casi se han duplicado las cosechas. De modo que «á Dios rogando...»

Fray Carlos (siempre al paño de los latines): Justo. Como si dijéramos: «fides sine operibus mortua est.»

Herrezuelo: Que yo traduzco: fíate en la Virgen y no corras.

Don Ildefonso: ¿Acaso es falso, amigo Gaspar, lo que yo he alegado?

Herrezuelo: No he querido decir tal; antes reconozco que hay en ello mucho de verdad; pero...

Manolo: El pero único que hay que oponer ahí consiste en que las mejoras de cultivo introducidas hasta ahora son evidentemente las menos beneficiosas y eficaces. Con que, si han respondido tal y como ustedes confiesan, ¡qué será cuando dejemos de arañar en el problema, y nos vayamos de veras á fondo!

Herrezuelo: ¡Cara...coles! Pues ese fondo es el que constituye para mí el pero, y el que me parece peligroso.

Fray Carlos (como una exhalación). Peligroso, peligroso: eso dije yo desde un principio. «Repetas, quæso: bonum, sed periculosum.»

Don Angel: En definitiva veo que nos vamos acercando (levantándose); pero, por mi parte, señores, se continuará. Su compañía es muy sabrosa, mas yo no soy de este pueblo, y...

Todos se levantan.

Herrezuelo: Es verdad, es verdad. Y hay que acordarse del viajero. Todo el que se cansa, descansa.

Manolo: No admito la alusión. Por mí nadie tiene prisa: ¡no faltaba más! Lo que me sobra es tiempo de descansar.

Ruedita: Es que todos tenemos que hacerlo,

pues al que más y al que menos le espera la obligación en cuanto Dios amanezca.

Manolo: Eso es otra cosa.

Fray Carlos: Y vamos á ver. Tú ¿qué piensas hacer mañana? ¿En qué te podemos servir, ó en qué nos juzgas necesarios?

Manolo: Muchas gracias, amado fray Carlos. Yo, mañana, lo primero que pienso hacer es cumplir con mi obligación de hombre de educación y bien nacido, visitando á todo el mundo.

Sorpresa y sensación generales.

Herrezuelo (reponiéndose). Pero ¿qué es lo que tú entiendes por todo el mundo, chacho?

Manolo (con decisión). Todas las familias que pertenecen á mi clase en Valdecastro.

La sorpresa se confirma traduciéndose por miradas mutuas entre los concurrentes.

Ruedita: Dispénseme usted, Don Manolo, pero yo creo que «esas familias» son las obligadas á visitar á usted, como con gusto lo hemos hecho nosotros, y seguramente lo harán todavía otras muchas.

Manolo: El amigo Ruedita me hará la merced de creer que estoy enterado en esos elementales deberes de la buena educación y de las buenas formas sociales; mas este caso mío lo entiendo excepcional por razones que no son del caso, y estoy resuelto á no dar á nadie el más insignificante pretexto para vivir en un pie de relaciones que de ningún modo se acomoda con mis particulares ideas.

Herrezuelo: ¡Ay, Manolín, Manolín! P, e, o, r, peor. Si ahora te empeñas en aplicar aquí á ciertos bichos iguales procedimientos generosos y reformistas que á la agricultura, te veo doblemente perdido. Mira, hijo, tú eres muy bueno, y esta tierra y estos hombres son muy malos. Pues bien; la sabiduría de este mundo consiste en bailar siempre al son que le tocan á uno. No lo olvides, si no quieres sucumbir de la peor de las pestes que en mi profesión llevo conocidas: la de inocentón y confiado.

Fray Carlos (muy sofocado y adelantándose á interponerse entre Herrezuelo y Manolo, al cual se dirige): ¡Oh, grande alma, yo te reconozco! Tú estas en lo cierto, tú posees la luz, tú habitas en la verdad: «incolis veritatem». Sigue con tu inspiración de gracia; Dios y tu buena madre te la comunican. Siembra bienes, y cosecharás bendiciones. No hagas caso, no, de estas almas empedernidas en el pecado, vaso de rencores, semilla de discordias. Obra, como dices, yo te acompaño y te fortalezco, «Dominus, fortitudo tua», y todo, ya lo has de ver, lo colmarás de beneficios.

Casio: ¡Ta, ta, ta, ta! Músicas eclesiásticas y monsergas de curas, de que ellos son los primeros en reirse, cuando viene á pelo y les conviene.

Fray Carlos (enfurruscado): ¿Cuándo me has conocido á mí, Barrabás, esas villanías?

Casio: Si á usted no, á otros curas, que es lo mismo.

Manolo: No, si no hay porque usted se apure,

fray Carlos. Estoy demasiado decidido. Lo que hago es tomarle la palabra de acompañarme.

Fray Carlos: Con mil amores, hijo mío.

Ruedita (encogiéndose de hombros). Pronto se convencerá, por lo menos, de que pierde inútilmente el tiempo.

Don Angel: Pues yo opino que Manolo hace perfectamente. Él debe vivir en otra esfera más elevada que nosotros, y prescindir, en lo posible, de las miserias que nos roen y ajetrean.

Herrezuelo (resignado pero no convencido). ¡Adelante con el cuento!

Don Ildefonso (como exculpándose ante la tertulia). En fin, señores; el chico es ya mayor de edad, y hay que dejarle saber dónde le aprieta el zapato, sobre todo en esas cosas de su exclusiva intimidad personal. Por eso yo, que tampoco quiero responsabilidades ajenas, ni quito ni pongo rey. Allá él y el cura se las arreglen mañana.

Fray Carlos (frotándose las manos de contento): De modo que ¿á qué hora vengo á buscarte?

Manolo: Entre diez y once. ¿Le parece buena?

Fray Carlos: Pintiparada.

Y con esto se pronunció la retirada general de la tertulia, despidiéndose todos del recién llegado en muy afectuosos términos y con las protestas más cariñosas.



IV

LOS GARZONES

I

Como se ha dado á entender en capítulos anteriores de la presente información, la villa de Valdecastro ocupa la cabecera de un pequeño valle arañado por las aguas diluviales en la vastísima planicie terciaria de la Tierra de Campos. Edificado su caserío sobre el recuesto izquierdo de la hondonada, seno y verdadero repliegue del terreno, (allí donde brotan las copiosas fuentes que dan nacimiento al regato de que ya en otra parte se ha hablado), no hay medio de percatarse de tal poblado, sea cualquiera el viento por donde se le aborde, hasta no hallarse encima de él materialmente. Entre cuatrocientos y quinientos vecinos rezan de consuno el censo municipal y los asien-

tos parroquiales como población del villazgo, no obstante que los 1.186 habitantes (571 varones y 615 hembras) consignados en el último *Censo general de la población de España por la Dirección del Instituto Geográfico y Estadístico*, apenas permiten elevar dicho vecindario á 250 familias: que así, gracias á vicios ingénitos de administración y de administrados, anda la exactitud de nuestra demografía rural, sin que valga pensar que goza de mayor higiene la urbana ni otro ramo de la Estadística, ó ciudadana ó agraria.

A creer á uno de tantos *Diccionarios geográficos é históricos de España* como han vulgarizado los Centros de suscripción, el término *Valdecastro* está formado por la aglutinación *Valle-de-Castro*, frecuente en nuestra nomenclatura geográfica: falsedad insigne, según atestigua el maudense, y ejemplo de las tonterías en que hacen incurrir, tratándose de estas delicadas materias, apariencias superficiales y fáciles ligerezas. ¡Y con qué donaire zurra á este propósito la badana á los sabios de pacotilla! ¡Y cómo luce en la solfeadura la copiosa erudición y maduro juicio de su saber prodigioso! No resistimos al deseo de trasladar aquí, literalmente copiada y como muestra, una de las notas que respecto de este asunto encontramos en el Cuaderno que nos sirve de perpetua guía en nuestro trabajo.

«VALDECASTRO.=*Paludiscastrum*, casi como si dijéramos *Palafito* (ciudad lacustre).=Castro fundado sobre un lago por la primera invasión proto-histórica de

la gente celta en la península. Epoca anterior al diluvium moderno, cuando la meseta ibérica conservaba aún vastísimos restos del gran mar terciario de agua dulce en que fué formada. Creo que la fundadora debió de ser una de las tribus pertenecientes á la confederación gaélica, cuyo centro estaba en Mauda.

Estrabón ya le apunta, indicando su nombre antiguo de *Lancia*, tan común en la geografía ibero-celta, (*Lancia*, *Subllancia*, *Pallancia*, *Lancóbriga*, etc). Una colonia militar del tiempo de Sertorio transcribió el término ante-histórico de *Lancia* en el latino *Paludiscastrum*.

En el bajo-latín de la Edad Media ocurre la metátesis *Pauldiscastrum* primero, y la contracción romanceada *Poldecastro* después, nombre con el cual aparece en una escritura de donación de bienes y derechos á favor de sus iglesias, perteneciente al siglo XI, la cual puede verse en el archivo del Arciprestazgo de Mauda.

La barbarie moderna, creciente en las tres últimas centurias y que casi nos ha hecho perder la *identidad* de nuestra conciencia nacional, ha violado nombre, tradición y realidad, mintiendo por ignorancia un *Valdecastro,* (verdadera corrupción desnaturalizada de *Poldecastro*), puramente arbitrario é ilusorio.»

Perdone el mero lector de novelas novelescas este irresistible desahogo, á beneficio siquiera de sus compañeros, más aficionados á la novela histórica y positiva, los cuales ya entrarán por su parte en turno, se lo prometemos, de tener que cederle á él el gusto de sus particulares aficiones patéticas y pintorescas.

Valdecastro dista cuenta de dos leguas del propio Mauda, patria de Barcia, y á su partido ju-

dicial pertenece, existiendo entre ambas villas notables conexiones de familias, propiedades, costumbres y aun aspecto general, salvo particularidades intransmisibles. De las dos dichas leguas una, larga, ándase por carretera provincial, muy bien conservada, y mediante la cual enlázase asimismo el pueblo con Tiedra y Rioseco; la otra, corta, por caminos muertos, pero muertos, en estado de plena descomposición, cuando ya los restos cadavéricos han perdido todas sus formas. Y no hay ninguna otra calzada que hasta él llegue, antes bien cuantos caminos se le acercan son barrancos socavados en la formidable arcilla, así como barrancos también, la mayor parte de las calles del pueblo, hundidas, aunque con escaso declive, en la ladera del valluco. Con esto el aspecto general de Valdecastro por dentro resulta una desolación, pues no parece sino que allí se cuarteó la tierra, y el caserío quedó desvencijado, próximo á la ruina, asomándose á las grietas abiertas por el terremoto. Es muy común que las aceras, adheridas al hilo de las casas, de pisón ó de cascote y anchas lo preciso para el paso de una persona, tengan uno, dos y más metros de altura cortada á pico sobre el nivel del centro de la calle, por donde corre el arroyo y ruedan ó más bien se precipitan los carros. ¿Será seguro el paso por semejantes vías? Y no hay que decir, si el paseante es ciudadano acostumbrado á las comodidades de las grandes urbes. E imagínese, ¡si está el tiempo metido en lluvias! Y añádase algo todavía, ¡¡si es de noche!!

Bien que en Valdecastro es muy raro que ningún pudiente salga á tales horas de casa sin el correspondiente farol, el cual, para acompañar sobre todo á forasteros y señoras, suele ser á veces de gran lujo y no menores proporciones, llevado con cierta solemnidad por un criado. De cualquier modo, la primera vez que el pueblo se visita, antójase imposible que no anden la mitad, lo menos, de valdecastreños mancos ó tullidos de caídas en aquellos barrancos que por calles tienen.

Esto, tocante á la forma. Tocante á la materia, allí no hay más que una: arcilla, tierra, barro. Arcilla y barro (seco ó húmedo) en las calles; arcilla y barro en las casas; arcilla y barro en las tapierías de las afueras y en las cuadras ó abrigos cónicos de las eras con trazas de construcción prehistórica; arcilla y barro en los campos, en las tierras, en los caminos. Todo grís, ocre, mate, áspero, desesperante, símbolo que reproduce la monotonía abrumadora del tedio infinito. Naturaleza ha dejado de ser allí Proteo multiforme, para convertirse en el panteismo eternamente homogéneo de la arcilla incomensurable. Ni una piedra errática, ni un bloque desprendido, ni una arena cuarzosa, ni un chinarro calizo. Por todas partes el barro compacto y denso, que parece oprimir y ahogar á veces, como si el aire mismo fuera á solidificarse en arcilla. Sólo una salida existe á la emancipación de aquella asfixiante pesadilla de una infinita materia terrosa: ¡el cielo! El cielo castellano, limpio, anzul, ancho, hondo,

abierto, de ilimitados horizontes. ¿Cómo no ha de escaparse al través de ella el alma taciturna y absorta de los pobladores que moran en esa vaga planicie? ¡De ahí su intelectualidad finamente idealista y acentuadamente dialéctica, que algunos no entienden!...

Cuando fray Carlos y Manolo se echaban fuera de casa para cumplir el acordado programa de visitas, el relój de la villa, situado en la vecina torre de Santiago que daba á la plaza, hacía sonar una media.

—Las diez y media, apuntó fray Carlos; para el pueblo la hora más propicia á nuestros deseos.

—¿No será temprano todavía?, insinuó Manolo.

—«Distingue témpora et concordabis jura», hijo. Si estuviéramos en la villa y corte, ahora amanecería; pero aquí ten en cuenta que dentro de hora y media, esto es, á las doce en punto, todo valdecastreño viviente estará comiendo.

—Eso es verdad. Pero, ¿por dónde tiramos ahora?

Habían atravesado la plaza, que estaba próxima, y metídose en calle larga y destartalada, deteniéndose ante uno de tantos barrancos cortados en trinchera.

—A la izquierda. Déjame ir delante, que yo guiaré. Vamos á ver, ¿qué impresión te produce el pueblo después de tantos años?

—De asombro; ¿por qué negarlo? No hallo modo de acostumbrarme á la idea, á pesar de los recuerdos, de que esto sea población perteneciente á país civilizado. ¿Usted cree que las aldeas de Ma-

rruecos ó los aduares del Afghanistán han de ser peores que estos barrancos dislocados y estas casas trogloditicas?

Cruzaban á la sazón uno de los peores cuarteles del pueblo.

—Confieso que esto es muy malo, muchacho, y que apenas se concibe nada peor. Pero es mirándolo por fuera, ¿eh? Porque casas adentro, ya es otra cosa.

—Lo sé, fray Carlos, lo sé; como debe usted de saber que, á pesar de que no lo concibe, y aun cuando parezca mentira, y no obstante la comparación nada favorable que con Africa y Asia hemos hecho antes, hay en España cosas, no poco, sino mucho peores.

—Hombre de Dios (parándose en señal de asombro); tú ¿qué estás ahí diciendo?

—Lo que usted oye. En Castilla la Nueva, en las provincias de Cuenca y Ciudad Real, he visto yo pueblos muy peores que éste. Peores por fuera como usted dice, que, ¡por dentro...! Aquí el interior de las casas suele ser hasta bueno; allí esos interiores son antros espantables donde toda incomodidad y toda miseria tienen su asiento.

—De modo que ¿todavía tenemos para consolarnos?

—Y tanto. Es más mal de muchos que ustedes piensan la vida de abandono y de barbarie á que la población rural se halla en España condenada. Pero ¡calla! ¿sabe usted, que esta plazuela en que estamos ahora es la mar de bonita y agradable?

Con sus acacias y hasta con su fuente decorativa y todo. Está bien discurrida.

—¿Lo ves, hombre, como aquí hay de todo?

—En mi tiempo no existía nada de esto. ¿Y esa casa? ¡Si tiene honores de hotel! Y parece recién concluída. Estoy estupefacto, mi querido fray Carlos.

—¿Te gusta?

—Confieso que tiene empaque y está trazada con intención.

—Pues á ella vamos. En esa casa (bajando la voz), vive el rico americano y contrinca de tu padre, aunque pienso yo que más á la fuerza que otra cosa, D. Venancio Garzón y Larrea.

—¿Nuestra primer visita?

—Nuestra primer visita.

—Pues no se dilate, y entremos.

Habíanse parado un momento delante de la fachada de ladrillo prensado, con gran zócalo de berroqueña y molduraje de cemento en todos los huecos. La armadura del tejado, de tipo mansardo, cubierta de teja plana, con crestería en el caballete y festones de madera sobre los muros, daba á la construcción ese aire afrancesado, que resultaba por demás exótico en pueblo de Campos. Carecía de puerta de entrada, sustituída por una perteneciente á bonita verja fundida, forrada de palastro hasta la altura de dos metros, adosada á la fachada y bien pintada de verde, con toques argentíferos en las molduras. Por allí se entraba á un pequeño jardín, donde sobre ancha gradería de tres escaleras, á manera de atrio y sin balaustrada, veíase la

puerta principal de la casa, medio metro, no más, elevada sobre el suelo. Esto, á la izquierda. Á la derecha, formando línea con ella y la verja, corría tapia decorativa, también de ladrillo prensado, con pilares y entrepaños, rematados los primeros de la misma manera que los de la entrada y la verja, por bonitos jarrones de hierro fundido, barnizados al bronce. Detrás de aquella tapia abríase extensa huerta que daba vuelta á la casa y tenía puerta accesoria á otra calle trasera. En dicho aire opuesto al de la fachada entre poniente y mediodía), ostentábase abrigada y hermosa galería, muy ancha, parte acristalada y parte libre. La huerta, perfectamente cuidada, ofrecía variadas perspectivas de hortalizas y árboles frutales, con gran cenador en el centro, frente á la fachada posterior.

No más de dos años hacía que se terminara toda esta fábrica, cuya construcción, desde que comenzó á levantarse por maestros de obras y oficiales alarifes, carpinteros y decoradores traídos de Valladolid, fué constantemente la desesperación de los cálculos, comentarios y curiosidades valdecastrenses, en cuyos bailes dulzainescos, reuniones nocturnas y tertulias tresillistas, no se hablaba de otra cosa. Los juicios, del popular sobre todo, eran de lo más estupendo, desde suponer que el dueño se había empeñado en *embaldosar de duros isabelinos* la «sala de recibo», hasta asegurar que en las bodegas se hubiese construído recóndito sótano no con otro objeto que el de ence-

rrar allí el medio navío cargado con barras de oro y plata que aquél habíase traído de «las Américas.» ¡Las eternas idolatrías del vulgo ante el becerro de oro!

II

Fray Carlos dió algunos golpes metálicos con el aldabõn que colgaba en el centro de la férrea puerta, formando escudo, y en el acto se oyó dentro un «allá voy», gritado por voz infantil, abriéndose aquélla á poco. Apareció una rapaza como de doce años, limpia y bien compuesta, la cual, al ver al sacerdote, se apresuró á tomarle la mano y besársela, arrodillándose con ambas rodillas, y enseguida saludó cortes, suelta y afable á los dos visitantes.

—¿Pues y tu padre, chiquita?, preguntó familiarmente el cura.

—Está en la huerta, señor. Con Don Venancio. Creo de que sembrando unas cosas.

— Con que unas cosas ¿eh? Bueno, bueno, mujer. Pues, mira; echas á escape ahora mismo, y le dices á Don Venancio, de mi parte, que le espera aquí una visita.

Partió á la carrera la muchacha, mientras Manolo contemplaba con curiosidad el jardinuco en miniatura y el aspecto silencioso de la casa, severamente cerrada y velada con persianas en todos los huecos de la fachada que hacia aquel lado caía. Mas no tuvo la corredora que cansarse, pues en el

acto abrióse en el fondo del jardín pequeña puerta que con el huerto comunicaba, y apareció en el dintel la propia vera efigie de Don Venancio Garzón y Larrea, el famoso americano que traía trastornado al pueblo de Valdecastro y otros comarcanos con la sugestión y el ensueño de sus californianas riquezas.

Era tipo, en verdad, digno de nota. De corpulencia mediana; de edad entre los sesenta y setenta; el semblante con esa patina rojiza y bronceada del que se ha bañado mucho en los vientos del mar; vestido en traje azulado de amplia americana, que llevaba con el cuello de terciopelo levantado; en los pies pantuflas de paño, y en la cabeza fuerte gorra de lanilla. Las espaldas le cargaban un poco cual al peso de la edad y de vigilias por largo tiempo soportadas. El conjunto era como de persona de cuenta, un tanto distinguida, y esta distinción se revelaba sobre todo en la fisonomía de trazos muy finos y expresión vaga, con los ojos pequeños y negros, la nariz tirando á puntiaguda, los labios delgados y contraídos, la frente más ancha que alta, la cara limpia y rasurada toda ella.

Paróse un momento, sorprendido al advertir á los visitantes, y enseguida, con movimiento nervioso y muy poquita voz, ordenó á la porterilla:

—A escape, que abran las puertas.

Y se dirigió, gorra en mano, hacia los que esperaban, saludándolos con exquisita cortesía, y adelantando la derecha para tomarles la suya y apretársela, lleno de amable complacencia.

—No sabía...,—siguió hablando con su vocecita de timbre un poco extraño.—Sentiría haberles, sin querer, hecho esperar. Adelante, adelante.

Y les dirigía hacia la casa, cuya puerta se abrió en aquel instante, apareciendo en el portal la misma niña que acababa de desaparecer del jardín.

—Usted no debe molestarse, Don Venancio—alegó fray Carlos.—Este guapo mozo de Manolo, el hijo de Ildefonso, llegado ayer mismo de Madrid con objeto de descansar una temporada al lado de su padre, me manifestó su deseo de hacerle una visita, y, como es natural, me apresuré á ofrecerle mi humilde compañía para presentarle.

—Y yo sentiría, continuó Manolo, cuadrándose y saludando, ser inoportuno é interrumpir á usted en ocupaciones gratas. He creído, no obstante, cumplir un deber apresurándome á ofrecerle mis respetos, ya que hemos de ser convecinos por algún tiempo.

—Ante todo háganme la merced de pasar para tomar posesión de esta su casa—alegó Don Venancio, saludando á su vez.—Permítanme que yo les guíe.

Y echó delante por amplio pasillo, al fin del cual tomó á la izquierda, y penetró con la visita en bien acomodado despacho, lleno de luz, espacioso, y con dos hermosas ventanas que daban á la huerta. En el testero había una tallada mesa-ministro, con gran sillón de cuero detrás, y dos coquetas librerías á los lados formando juego llenas de libros, en que abundaban las encuaderna-

ciones de lujo. En frente, una marquesita con dos amplias butacas, y una mesilla de fumar, en medio. Arrimadas á la pared, otras sillas de nogal y cuero, hermanas del sillón, y, junto al ventanal del lado de la mesa-escritorio, gran camillón muy bien vestido con faldas de roja franela y magnífico tapete de terciopelo en el mismo tono, teniendo en derredor cuatro silloncitos de tapicería y otras sillas de las de madera curvada y asiento de rejilla. El suelo ostentaba alfombra de fieltro, la entrada estaba defendida por portier y biombo, y el ambiente de la habitación disfrutaba la más agradable temperatura que imaginarse puede.

De todo se enteró Manolo rápidamente, muy sobre sí por las noticias que del dueño de aquella casa le habían comunicado.

—Ahora, prosiguió Don Venancio, recogiendo los sombreros de manos de los visitantes y entregándoselos á la muchachita, concédanme el favor de tomar asiento y descansar.

Señaló sofá y butacas, donde todos se acomodaron.

—Y sepan que es un honor para mí el que se hayan acordado de venir á honrar esta casa. Tengo mucho gusto en conocer personalmente á este caballero, á quien por su justa reputación ya conocía de antemano, ofreciéndole desde luego mi pobre amistad.

—El honrado soy yo en todo—contestó Manolo saludando,—y desde luego recojo el ofrecimiento, que estimo en lo que vale.

que toda aquella superioridad que él creía descubrir en el perfume doméstico que le rodeaba se resolvía sencillamente en una superioridad de ricacho? ¡Y de ricacho de pueblo! Semejante idea interior convertíasele en zumbido molesto y persistente de insecto alado que se le hubiese introducido en la cavidad craneana, y le mortificaba lo que no es decible.

Pero hé aquí que en este punto salíale al encuentro la agradabilísima conversación que con Don Venancio seguía sosteniendo, y que, del modo más natural, había derivado hacia las campañas y empresas de su vida americana, origen de la posición social que al presente disfrutaba. Y ¡con qué discreción y tino se explicaba la vocecita, siempre fluida y respetable! ¡Con qué tono de buen gusto y de hombre curtido en la experiencia de la vida refería episodios de la suya que venían á cuento! ¡Qué variedad de noticias, á cual más interesantes, apuntaba, qué lujo de observaciones, qué riqueza de datos sobre costumbres, organismos políticos, tráficos, industrias y fórmulas sociales de muy lejanos y distintos pueblos! Todo ello sin aparato de ciencia, es cierto, pero con el fino criterio del hombre de mundo que algo ha leído, y ha viajado y trabajado mucho. Sacábase de aquella conversación, sobre todo, un fondo predominantemente útil, siempre con vistas á la actividad económica del cultivo agrícola, de la explotación industrial, de los tráficos mercantiles, revelándose así la condición misma del pintor; mas

tampoco faltaba, justo es decirlo, el lado ameno y pintoresco.

Era aquello para Manolo una revelación, en regla, del tipo social de Don Venancio, y no podía menos de confesarse á sí propio que, si aquel hombre fué en sus orígenes un pedazo, en bloque, de vulgo mazacote y obscuro, el roce del gran mundo y el trabajo intenso de la vida habíanle desbastado y pulido hasta dejarle convertido en persona realmente culta, llena de autoridad y de experiencia. Don Venancio valía positivamente, y merecía sin duda verdadera estimación, no ya por sus riquezas, sino por sus propias cualidades personales. No debía mortificarse, pues, interiormente atribuyendo á pasiones bastardas un respeto que moralmente veía harto justificado. La conciencia bermejina que latía en Manolo no se aquietaba, sin embargo, y el zumbido aquel insectífono seguía mosquiteándole dentro del cerebro insinuaciones disparatadas. «Respeto, bueno; pero ¿por qué había de humillarse? Y se sentía humillado, ¡no lo podía negar! Todo, porque aquel buen señor había estado en América, y había traído de allí cuatro cuartos. Pues ¡apenas conocía él amigos que habían recorrido la América entera, y Asia, y Oceanía, y que se habían hecho millonarios! Luego ¿qué fenómeno era aquél?...»

De pronto Manolo tuvo la idea de que ya se estaba haciendo pesado en la visita; sacudió ligeramente la cabeza, con lc que quiso mentalmente pegar un papirotazo al bicho aquel que le urgaba

por dentro y distraía; y, obteniendo el parecer de su acompañante, pidió en corteses y expeditos términos la venia para retirarse, suplicando al visitado se hiciese intérprete, para con la señora y la señorita de la casa, del deseo que él tenía de echarse á sus piés y ofrecerles sus respetos.

—No, no se irán ustedes sin verlas, ¡no faltaba más!—repuso el americano.—En avisarlas estaba pensando ahora mismo.

Y tiró de un cordón de seda con gran borla que junto á la marquesita colgaba, sonando lejos una campanilla, que trajo al poco tiempo á una criadona, la cual nada, por cierto, tenía de fina.

—Entérese usted, ordenó, de si las señoras están visibles, y hágales presente que estos señores desean saludarlas.

—Sentiría en el alma y muy sinceramente—interpuso el joven—que sufriesen cualquier contrariedad por nosotros. Si están ocupadas, ya será usted tan amable que cumpla en nuestro nombre. En ocasión más propicia las saludaremos.

—Vendrán de seguro enseguida, contestó Don Venancio.

Manolo había recogido entre sus observaciones la de una silueta femenina ligera y graciosa, la cual allá en la huerta se movía con gran desparpajo en derredor de un hombre que inclinado trabajaba y que sin duda debía de ser el jardinero. En cuanto á la gentil figura movediza, él, sin saber por qué, la había diputado por la hija de su visitado. Ahora había desaparecido, y él calculaba que, segura-

mente, había sido llamada. Se sintieron pasos en las habitaciones próximas, se entreabrió la puerta del despacho, y las dos damas se presentaron.

Una de ellas, la madre sin duda, alta y delgada, ó, si se quiere, flaca; la otra, baja y regordeta; ninguna de ellas guapa, ni mucho menos. En nada se parecían, antes ofrecían dos tipos radicalmente opuestos. La señora, bastante huesuda y angular, aunque no recia, sino más bien delicada, presentaba una fisonomía anodina, sin expresión, casi muerta. La cara era larga y asimétrica; la piel, amarilla; verdosos los ojos; la boca, grande y de labios muy finos. El peinado se aplastaba más de la cuenta sobre la frente. Tenía el pecho como tabla rasa; las caderas, cual la cara, notablemente descentradas; y los largos brazos, terminados en manos finísimas, blanquísimas y de veras bonitas. Lo único bello que había en aquel cuerpo desmadejado.

En cuanto á la joven, ya hemos dicho que era el reverso de la medalla. Estando junto el matrimonio, al golpe se apreciaba que la herencia paterna había allí absorbido toda la obra filial. Muchos toques notábanse, sin embargo, en la muchacha que no se encontraban ni en el padre ni en la madre. Tenía la cara excesivamente redonda, y todas sus partes copiadas de Garzón al pie de la letra, sólo que la expresión resultaba muy distinta. Así, los ojillos, redondos, pequeñitos y negros cual moras, parecerían de ratón, si no fuera porque echaban chispas y relumbraban de expre-

sivos y movibles. Las narices puntiagudas y puntiaguda la barbilla, daban á su fisonomía acento un poco extraño, como de ave nocturna, nota que asimismo resultaba enérgicamente borrada por el tono jubiloso y halagüeño que resplandecía en ella constantemente, y que hacía decir á los íntimos que su cara parecía unas castañuelas. Pero en los momentos fugaces en que se quedaba seria y triste, la tristeza era realmente nocturna. En suma: una fisonomía de contrastes. Dos rasgos siempre agradables y hermosos se destacaban, sin embargo, en ella: las mejillas admirablemente modeladas, y la piel suave, nacarada, fresca, limpísima, cual si fuese marfil viviente. El cuerpo abundaba en formas redondeadas, en curvas graciosas, y en relieves muy armónicos, acusando en todas sus actitudes y movimientos notable soltura, nerviosidad y ligereza. Ya hemos dicho que no podía llamarse guapa; precisamente fea, tampoco. Lo evidente es que su tipo no era campesino, ni siquiera castellano viejo, y así solía afirmarse por sus amigas. Las muchachas del país suelen tener facciones más regulares, matices menos finos por el rigor del clima, y, sobre todo, un continente reposado y serio muy distinto de aquella permanente explosión de volubilidades, alegrías y esplendores jubilosos.

Fueron presentadas correctamente por el dueño de la casa y correctísimamente por el joven saludadas, no habiéndose dado ocasión por nadie á prolongar la visita ni volver á tomar asiento.

Ambas, aunque por distintos modos, copiaron igualmente y desde la cruz á la fecha al descendiente de Bermejo.

El cual estaba gallardo de veras y rebosando distinción y elegancia con su finísimo é irreprochable traje de chaquet que por entonces era la última; con sus detalles de indumentaria en camisa, corbata, alfileres, gemelos, calzado y corte general de cuanto sobre sí llevaba, todo exquisito y oliente á Carrera de San Jerónimo; con su continente de joven del gran mundo; con el perfume, en fin, que todavía conservaba de las grandes capitales y de la sociedad elevada y culta.

Cambiadas las cuatro frases de rúbrica en ocasión semejante, yertas y severas por parte de la madre, un tanto nerviosas y entrecortadas por parte de la hija, y tomadas del patrón común de la cortesanía por parte del último de los Bermejos, éste y su acompañante despidiéronse sin más, dejando á las damas en el despacho, saliendo el Don Venancio hasta la propia verja, y consignando allí los mutuos ofrecimientos de casas y personas, que son del caso.

La enverjada puerta se cerró detrás de los visitantes, y todo volvió á quedar silencioso y severo.

III

Como se había hecho un poco tarde, fray Carlos y el joven Bermejo se apresuraron á dirigirse casa de Don Fidel Larrea, otra de las visitas que tenían en el programa de aquella mañana: propó-

sito fracasado, pues se encontraron con que el supradicho no se hallaba en el pueblo por haber salido aquella mañana con rumbo hacia Mauda, en cuyo Juzgado de primera instancia le esperaban asuntos de su especial interés.

—¿Y qué hacemos ahora?—preguntó el bondadoso sacerdote, encarándose con su compañero.

El cual miró el reloj, y, viendo que eran las once y media muy escasas, que parecía algo tarde para intentar otras aún no preparadas visitas, pero que para la hora de comer faltaban sus tres cuartos bien cumplidos, propuso desde luego aprovechar aquel plazo dando un pequeño paseo matutino, con lo que gozarían la plácida hermosura de la mañana, pues el tiempo continuaba como el día anterior, estirarían un poco las cuerdas, despertarían el dormido apetito, y hasta echarían unos parrafillos de que él se sentía necesitado.

—Nada más fácil, hijo,—alegó el cura, frotándose las manos de gusto.—Mira, bajamos por estas callejas, salimos al camino de las huertas, que ahora está seco, abrigadísimo y meridiano, damos la vuelta que aquí llaman de las tapias, y cogemos la subida del pueblo por el otro lado, hacia donde caen precisamente nuestras casas, con todo lo cual nos ahorramos de paso el volver á atravesar la villa.

Pareció de perlas el plan, y pusiéronse al punto en marcha. La mañana era como un anticipo de primavera. Habíase desvanecido la tenue niebla violácea que esfumaba el horizonte en las pri-

meras horas del día, y el sol, desde un cielo espléndidamente azul, sumergía en su baño de oro caliente la extensión inmensa que la vista abarcaba. Vagos girones de la nebulosa matinal, deshecha por los saetazos del rubicundo, retirábanse allá, en los confines últimos del espacio y cual avergonzados de su derrota, en busca del ceñudo reino de las sombras ponientes, cuyos límites pintaban todavía con hoscas y difusas perspectivas. Del seno de la madre tierra sentíanse elevar vahos húmedos y tibios que lubrificaban el ambiente. Los febeos rayos, crecientes en brillo y en calor, parecían envolver todos los objetos en una caricia sensual, halagadora, preñada de promesas. Cierto silencio espectral, propio del invierno, cuando la vida yace latente en los gérmenes profundos, contrastaba con aquella oleada de savia luminosa que bajaba de lo alto, cual si fuese un aviso de despertar extemporáneo. ¡Aún no era la hora! Sólo el grito intermitente y perdido de la vaga alondra, volando sobre los sembrados, rompía aquella monotonía sigilosa.

El paisaje era pintoresco de veras: una sorpresa escondida entre los terrones campesinos. Ya hemos dicho que la cañada valdecastrense forma en su terminación redonda plaza, rodeada á modo de anfiteatro por los rebordes ó cabezos del páramo, en una de cuyas laderas se asienta el pueblo, y en la otra brotan copiosos los manantiales del regato, que después de unas tres leguas de curso para en el próximo Sequillo. Todas las vertientes

del anfiteatro son muy húmedas, y húmedo resulta el suelo de la cabecera semiribereña, con lo que la tierra, fundida y refrescada, adquiere caracteres más suaves y domesticables que los del terrón seco, y se convierte en asiento propicio á la vegetación arbórea y herbácea. ¡Arboles y prados en Tierra de Campos! Donde se topa con ellos en las soledades del mar de arcilla, reprodúcese la impresión del encuentro del oasis en el desierto de arena. El alma entumecida vibra con gratos espasmos, recibiendo ansiosa aquel oreo de vida que de fuera inopinadamente le asalta. Es una delicia de resurrección entre inesperados bienes...

Y no es que dicha tierra rechace esos oasis... Antes los que al azar se encuentran pregonan con su fecundidad y lozanía la nativa virtud de aquel suelo para sostenerlos. ¿Qué hace falta para que esa potencia vegetativa se desarrolle en eflorescencias sorprendentes? ¡Agua, sólo agua! La Tierra de Campos con agua sería una de las ubres de la madre Cibeles más copiosas y pingües que el hombre ha conocido.

Aquella pequeña hondonada así lo revelaba. Transformada la abundante humedad en exuberante vegetación, ofrecía, aun en invierno, hermoso espectáculo. La hierba cubría el suelo por todas partes; mimbreras y zarzales bordeaban no pocos trozos del regato; robustos troncos de chopos y olmos entreverados de fresnos, alisos y tal cual nogal de copudísima fronda formaban numerosos macizos, y se comprendía que en el verano

todo aquello debía de ser vasto celaje de ventura. Abundaban los huertos cercados de tapiales.

Entre ellos y mirando á mediodía circulaba amplio camino, muy bien dispuesto y conservado, el cual, bajando del pueblo, rodeaba todas las huertas y volvía á subir hacia la villa por la parte de Poniente, donde la mayor copia de las fuentes nacen: paseo muy aparatado por sus circunstancias, lo mismo para guarecerse bajo la fresca sombra en el estío, que para librarse de los helados cierzos en invierno. Por él, á paso lento, y complaciéndose en la fiesta de luz y calor con que les obsequiaba aquella mañana de Diciembre, echaron el hijo de Don Ildefonso y el reverendísimo párroco de Santiago de Valdecastro.

IV

—Con que hablemos, Manolico, hablemos,—insinuó cariñosamente el pater.—Todo convida á la confesión, hijo: esta soledad matutina, este paseíllo tan sabroso, hasta este calor primaveral que nos esponja los físicos y parece invitarnos á la expansión y comunicación de las conciencias. Vamos á ver, con franqueza: ¿qué opinión has formado, en tu visita, de la respetable familia de los Garzones?

—Pues, con franqueza, mi amado Mentor: esa misma. Esto es: que es una familia verdaderamente respetable.

—¡Um! Eso es taparse, muchacho. *Conscientia celat remissa...*

—Nunca. Me explicaré cuanto quiera. Usted me ha preguntado por la familia entera, y yo del conjunto no sé hasta ahora juzgar con otro calificativo. Pero si me pide que analice, me apresuraré á confesarle que Don Venancio me ha parecido simpático, ilustrado, hombre de mundo, aunque tal vez demasiado sobre sí casi siempre.

—No está mal formado el juicio, galán. ¿Y las señoras?

—¿Y qué quiere que le diga de las señoras, cuando apenas he podido fijarme en ellas para reconocerlas, si las encuentro en la calle? Le apuntaré, no obstante, que la madre me ha hecho una impresión así como totalmente contraria á la de su esposo, y en cuanto á la hija..., ni fu ni fa: una insignificante, un poco feuca, y engreída acaso con sus riquezas.

—¡Já, já, já! ¡Já, já, já!—El nervioso pater no cesaba de soltar carcajadas llenas de humor y alegría, así que hubo expuesto su dictamen el joven, flexionando el cuerpo, y cogiéndose la muñeca izquierda con la derecha mano, la cual otras veces metía temblorosamente entre la manga del sobretodo dominguero con que aquella mañana excepcional habíase vestido. Manolo se paró sorprendido ante semejante, para él, salida de tono.

—¡Cállate, criatura, cállate! Pues ¡si tú supieras de lo que yo me río! ¡Já, já, já! ¡Já, já, já!

—Confieso de veras (y ya ve cómo siempre me

estoy confesando, que me extraña su risa, tanto más, cuanto que no vale suponerla, sin causa, en varon tan justificado y prudente.

—Vamos, no te enfades, hombre, no te enfades. En penitencia de mi pecado te confesaré á mi vez de qué me río. Pues, mira; me río de que yo sé lo que se está rezongando ahora de nuestra visita en medio Valdecastro, y como ello va por tan distinto camino de lo que tú mismo acabas de declarar en tus palabras, el contraste me excitó la hilaridad de veras. ¡No sabes lo que de maquinar son capaces estas lenguas viperinas, con faldas sobre todo, que se crían en los pueblos, como los sapos y culebras en los charcos!

—Pues con tales explicaciones me deja usted más desorientado y sorprendido. ¿Qué es lo que rezongan las malas lenguas en el pueblo, qué es lo que yo he declarado, y dónde está el contraste?

—¡Calma, Manolico! Si te desquicias, me callo, y cual si nada hubiéramos hablado. Además que yo lo decía para reirnos, hombre. Como que sólo es cosa de risa. ¡Imagínate que lo que la gente trapalona anda ahora maliciando por el pueblo es que tú has ido á casa de Garzón á enamorarte de su hija y á enamorarla!

—¡Cá? (parándose y con aire de duda).

—Como lo oyes.

Aquí Manolo se echó también á reir de la mejor gana, y pronunció:

—¡Tiene gracia! Por supuesto que la malicia ya sé yo dónde termina. Con quien á mí me casan

no es con la hija de su madre, sino con los cuartos de su padre. ¡Y vive Dios que mal me conoce quien me suponga capaz de cargar con la limosna, no siendo muy de mi gusto el santo!... Fuera de que todo esto sea pura chanza para embromarme y tentarme los registros. ¡Ah truhán! (muy cariñosamente y echándole la mano por la espalda). Ni ¡cómo va usted á saber ahora las murmuraciones que se estarán fraguando en el pueblo?

—¡Anda, por donde sale éste! Pero, ¡criatura!, ¿para qué crees tú que llevo cerca de medio siglo examinando las conciencias valdecastreñas? ¿Para estar todavía en Babia respecto de sus vicios, que son muchos, y de sus virtudes, que no son pocas? Pues has de saberte que yo sé cada día lo que van á murmurar, á pecar, y á faltar á Dios al día siguiente la mayor parte de los habitantes y *habitantas* de esta villa.

—Concedido, concedido, amable pater. Después de todo el vulgo es vulgo en todas partes, y las hablillas le pertenecen por derecho propio donde quiera. El tiene el de murmurar, y las personas discretas, el de no hacer caso, y en paz. Pero no nos extraviemos, con fruslerías, de nuestra conversación, y entéreme ahora para mi gobierno: ¿qué opinión verdadera se tiene formada de Garzón en Valdecastro? ¿Qué se dice de sus antecedentes? ¿Cuál es su verdadera historia?

—Un cigarrito. ¿No te parece? Puro, ahora, no; sobra con un papelillo para hacer saliva. Cerillas tengo, deja; ¡no has de ponerlo tú todo, hombre!

Confieso que estas pitillerías madrileñas, me gustan. Bueno. Vamos ahora á nuestro Don Venancio. El cual ya sabes que procede del comercio de Tiedra. Yo le conocí, cuando éramos chicos, venir á Valdecastro con su machejo burreño, trayendo pequeños fardos de bacalao, pimiento, sal, azúcar y otros surtidos para las tiendas de aquí, que entonces no eran más que dos. Hoy, tal vez siendo menos los vecinos, no bajan de cinco, pues con tantas revoluciones la mala hierba crece que es un gusto. Era dependiente de no me acuerdo qué casa. Espigó el mocete, y comenzó á hacer viajes á Santander en demanda de géneros. De uno de ellos no volvió, y, según me dijeron un día que estuve en Tiedra, se había embarcado para Améri ca, donde permaneció más de veinte años. ¿Cuál fué su vida allí? Con certeza, como comprenderás, sólo Dios y él lo saben. Parece que estuvo algún tiempo en la Habana trabajando en ultramarinos; que después se trasladó á los Estados Unidos, desde donde pidió harinas, que pagó religiosamente, del país, cuentan que para poner panadería; que más tarde anduvo por California no sé con qué comisiones de una poderosa casa de Nueva York; que por último vino á esta ciudad, donde se dedicó al contrabando del opio haciendo numerosos viajes á Inglaterra, empresa en la que se murmura ha levantado cuasi todo su capital. Va ya cerca de veinte años regresó á España, volvió á su pueblo con fama de rico y categoría de «americano», supo que aquí, en Valdecastro, se vendían el

monte y coto de la liquidada testamentaría de Osuna, heredad pingüe de veras, la pujó en la subasta, quedóse con ella, y á Valdecastro trasladó sus reales y su «americanismo.» No habían pasado dos meses, y ya se hablaba del matrimonio con la que es hoy su mujer, el cual, en efecto, celebróse en Mauda antes del año.

—Ya, ya sé que Doña Presenta, (¿no la llaman ustedes así?), es de Mauda, y hasta recuerdo haber tratado algo á su familia, los empingorotados Vargas, que presumen de linajudos y amayorazgados. Pero no conozco bien las circunstancias del casamiento, que, sin saber por qué, se me antoja deben de ser curiosas. Prosiga, pues, con el cuento, amable fray Carlos.

—Prosigo. Pues has de saber, guapo mozo, que la piadosísima señora Doña María de la Presentación Vargas y Lozano no fué siempre, según cuentan, tan poco agraciada como ahora parece, sólo que sus muchas contrariedades primero y sus mayores ascetismos después hánla marchitado y descompuesto en los términos que has visto. Educóse en el Colegio de las Carmelitas de Mauda, á donde, como sabes, llevan sus hijas todos los pudientes de la comarca que presumen, y allí se distinguió desde luego por su talento más que femenino, por su afición á las cosas religiosas, y parece que también por su agradable presencia. Creció, hízose mujer, y fué muy solicitada por los jóvenes maudenses; pero ella á nadie dió la cara, persistiendo en sus aficiones colegialas y religiosas,

tanto, que en el convento y en compañía de las madres se pasaba la vida entera. Un año por las ferias fué á Valladolid á casa de unos parientes, y en el baile de la Victoria, según he oído, conoció á cierto buen mozo que por entonces galleaba con mucha pompa en aquellos gallineros. Hízole la rosca el gallo, encalabrinóse toda la mosquita muerta del Colegio maudense, formalizáronse las relaciones, y hasta se terminaron los contratos de boda. Nada, chico, que se encargaron las vistas, y hasta creo que se tomaron los dichos. De pronto se esparció por Mauda la noticia de que el novio se había vuelto atrás, dejando á la colegiala con tres palmos. ¿Qué pasó, qué no pasó en aquel misterio? Lo cierto es que la noticia se confirmó en todas sus partes, que la muchacha estuvo si se va, si no se va, del soponcio, que salió del peligro, y que enseguida, sin querer darse á ver de nadie, volvióse á su convento tan marchita del cuerpo como encendida el alma en las suaves luces y únicas esperanzas de nuestra religión sacrosanta. Así pasaron años y años, acostumbrada ya la familia á tenerla por monja, aun sin serlo, pues profesar no había profesado la retirada del mundo.

—Diga usted entonces, fray Carlos; si tan retirada vivía, ¿cómo pudo conocerla nuestro Don Venancio?

—También en esto hay su cachejo de misterio, es cierto. Te repetiré que, apenas afincado en Valdecastro el americano, comenzó á hacer largas y frecuentes excursiones á Mauda, donde trabó muy

íntimas relaciones con los fidalgudos Vargas, de las cuales surgieron los rumores de boda con la recluída en el Colegio carmelita, pues en estas aldeas, hijo, la malicia corre tanto, que siempre se adelanta aun á las más tempranas realidades. Se cree que Garzón, á trueque de enlazar sus pataconas con una estirpe de gran viso y respeto, planteó sus pretensiones ante la familia sin conocer á la novia; se cree que los parientes, viendo lo ventajoso de la alianza, mostráronse propicios á inclinar hacia el sí á la retirada; se cree que costó Dios y ayuda vencer sus repugnancias; se cree, en fin, que debió de tener mucha mano en todo el Padre Ortega, reciente Capellán entonces de las monjas, y, por su elocuencia, virtudes y conocimiento del corazón humano, apoderado del ascético y religioso de la que todos en el convento llamaban ya Hermana Presentación.

—Vaya, que la Hermana Presentación dió su mano á Don Venancio como pudo haberse tirado de cabeza por una ventana del convento: puro sacrificio y mortificación. Me figuro el caso.

—Eso es ya mucho decir, galán. Lo que hay es que á una mujer de treinta y tantos años no se le pueden pedir las coqueterías que á una chicuela de dieciocho, pasando el novio, sobre todo, de los cincuenta. En fin, hijo, que se casaron, y que el americano se trajo á la monja á Valdecastro. Y digo monja, porque Doña Presenta, como ahora se la nombra, salió del carmelitano colegio en tales trazas, y en ellas por lo tocante á vestidos, há-

bitos y costumbres, ha continuado siempre, incluso sus relaciones espirituales, cada vez más asiduas, con el Padre Ortega. Al año tuvo la única hija que has conocido, y fué el parto un acontecimiento en el pueblo, pues hubo de venir para ayudarle medio protomedicato vallisoletano, el cual vióse obligado á apelar, según dicen, á los más extremos recursos para extraer la criatura que de ningún modo daba señales de poder venir á este mundo. La infeliz madre quedó estropeadísima, y cerca de un año estuvo entre la muerte y la vida, hasta que por fin sanó, si bien saliendo de la brega tan desvencijada y contrahecha como acabas de ver.

—Lo que tiene la señora es cara de pocos amigos.

—Yo te diré. Ella es una santa, no puede negarse; pero acaso demasiado perfecta. Si te he de ser franco, á mí siempre me ha llevado más la piedad sencilla y callada de las humildes que las sublimidades selectas de las talentudas y doctoras, que yo llamo obispas. Tu madre, Manolico, tu madre; aquél era mi tipo de mujer cristiana, caritativa y bondadosa, siempre ocupada en aliviar miserias, siempre tan modesta y simplota, cual si nada mereciese ni valiera. ¡De aquello hay poco, muy poco! Pero esta Doña Presenta, hijo, tan santa como es é incorruptible, me resulta demasiado obispa, créelo, demasiado obispa. Con su inteligencia sutil, su talento de águila, y sus muchas lecturas creo que sabe, ó presume saber, de-

masiadas cosas, y en todo se mete, todo lo define, y á todo lleva su autoridad y su celo religiosos. Asistida por su director espiritual, el eximio Padre Ortega, forman entre ambos, asistidos á su vez, aunque algo de lejos, por mi compañero Don Eusebio, el párroco de Santa Eufemia, una especie de Tribunal de la Fe, que dudo yo si sería capaz hasta de traer á juicio al propio Padre Santo y aun enmendarle la plana, si no iba por los caminos que ellos imaginan únicos y rectos. Yo, ya lo sé, no soy santo de su devoción, porque el sanhedrín me tiene por poco menos que sandio, estulticia aparejada para que la impiedad se me burle á toda hora. ¡Bueno está! Yo te aseguro, Manolillo, que todos en letras y en virtud me ganan; pero en el oficio de conducir suavemente el rebaño, con el menor descarrío posible de ovejas, en eso créete que son ellos los que no saben por dónde se andan, deslumbrados con las ideales perfecciones á que se consagran. ¡Ya están los tiempos buenos para venirse con asperezas y disciplinas como único cayado del pastor!...

—Y, diga usted, fray Carlos, esa sublime doctora, ¿no se apea nunca de su santidad magistral y directiva?

—Te entiendo la pregunta, Bermejete, te la entiendo. Ella es, efectivamente, la directora en todo. El Don Venancio, ahí donde lo ves tan experto y sabido en cosas del mundo, háse puesto en sus manos de modo que ella es el único pensamiento y voluntad que gobiernan la casa, tanto

en lo religioso cuanto en lo profano, no menos en lo doméstico que en lo político.

—Ahora entiendo muchas cosas que antes no me explicaba: por ejemplo, que el verdadero enemigo que se pone enfrente de mi padre en la casa de Garzón no es el propio cosmopolita Garzón, sino la santa de su mujer.

—Tu dixisti. El tribunal, hijo, el tribunal de la Santa Fe, como yo le llamo. Ya ves ¡hasta á mí me quieren dar lecciones, dicen que de política católica! Cosa que no entiendo mucho; pero lo cierto es que ya los carlistas somos sospechosos para estos nuevos pontífices de levita que ahora nos van saliendo por todas partes. Y eso que tú piensas es tan cierto, cuanto que acá para entre nosotros presúmome que la religiosidad de Garzón, (y la defensa de la religión es el registro que le hacen tocar siempre en su política), no debe de penetrarle mucho del cuero para dentro. ¡Jamás me he fiado yo de estos corredores de mundo y de mercancías!

—Una pregunta: y el sobrino Fidel Larrea, ¿no forma parte del tribunal?

—Sólo como alguacil, si acaso. No delibera ni dirige; es brazo que ejecuta aquello que se le encomienda.

—De ese sí que no he oído hablar nada bien, fray Carlos.

—¡Oh, peje de mayor cuantía, *piscis magnus!* En su categoría, por supuesto, de brazo ejecutivo. Como todas las hidras, sagradas y profanas, tiene siete cabezas. Cuéntalas: acaparador de trigos,

harinero, prestamista, terrateniente, representante aquí del Diputado, gran señor y ¡secretario del Ayuntamiento!

—La verdad, eso sí que es raro y para mí inexplicable: ¡un señor de tantos humos, que presume formar entre la más selecta aristocracia de la villa, y, no obstante, se allana á desempeñar cargo tan subalterno, y hasta humilde para su social categoría, cual es el de Secretario municipal, dominguillo de Alcaldes y Regidores! No lo entiendo.

El cura se sonreía maliciosamente y daba á comprender, por mil señas y visajes, cuánto él estaba en el secreto.

—Misterios, Manolico, misterios que tiene la vida rural, y que á veces dan quince y raya á los de la propia vida cortesana. Claro que la ley dice que los Ayuntamientos mandan, y los Secretarios sirven y obedecen; claro que parece hasta imposible suponer cosa distinta. Pues, hijo, con vuestra política liberalesca, aquí ya nos vamos acostumbrando á ver andar en parejas los imposibles por las calles. Son las aleluyas de *El mundo al revés*, que tanto te habrán hecho reir, cuando te colgaban los mocos y corrías en braguetas: el burro dando de palos al arriero; los caballos dentro del coche y, tirando de él, los señoritos; los ladrones metiendo á los guardias en la cárcel; y otros espectáculos igualmente divertidos. Pues en Valdecastro tienes: el Secretario mandando en el Ayuntamiento.

—Algo, algo se me va abriendo el ojo, mi sabio mentor.

—Sí, hombre. Mira: Don Fidel, representante del Diputado, con el apoyo oficial y el de la casa de su tío, muñe las elecciones, prepara primero los Concejales que han de salir, y después hace nombrar el Alcalde que le conviene, todos ellos, como es natural, hombres de la mayor confianza y previamente y hasta con garantía sometidos. Con esto ya tienes á los *curritos* preparados para que el pueblo bobalicón se divierta con sus gracias y carocas, siendo así que quien debajo de la capa los mueve, y habla por ellos, y los hace bailar, y hasta los corta la cabeza si á pelo viene, es el propio Larrea, ¡siempre tapado y detrás de la cortina!

—¡Já, já, já, já! Ahora sí que me toca reir á mí, amigo mío. Tiene gracia, mucha gracia, fray Carlos. No, ¡y se comprende bien cuánto busilis cabe en este juego!

—¡Que si cabe! ¿Sabes tú lo que vale hacer uno las actas de las sesiones y acuerdos municipales, y que otros las firmen? ¿Sabes lo que representa tener á su disposición la estampilla de la Alcaldía, y poder con ella disparar á diestro y siniestro oficios que el Alcalde firma, siempre como un bendito, sin conocer muchas veces siquiera lo que firma? ¿Sabes lo que significa tener entre sus manos, y disponer á su antojo, la propiedad tributaria de todos los vecinos, haciendo los millares, cerrando los amillaramientos, reventando á Fulano

con las contribuciones, amenazando á Zutano, y librando, casi por entero, á Perantano?...

—Entendido, entendido. El hecho está hablando, y la verdad es que, con otra explicación peripatética como ésta que usted me diera, podía hacerme doctor en ciencias rurales, quiero decir, en mundología rural. Pero, vamos á ver, ¿no ganó esta vez mi padre las elecciones municipales?

—Ya lo creo. ¡Si tu padre gana aquí siempre todas las elecciones! Lo que hay es que tu padre las gana, y los otros se quedan con ellas.

—El hecho es evidente, aunque tampoco se me alcanza el cómo.

—Pero ¿no sabes que aquí quien tiene la sartén por el mango hace lo que le da la gana, incluso decretar que dos y dos son cinco, si esto le conviene? Por ejemplo: tu padre, aun contra viento y marea, sacó tres concejales republicanos; los otros, á fuerza de barbaridades y gazapos, dos monárquicos. Agregados á los que quedaban, venían sumando cinco bermejistas y cuatro garzonistas, para hablar como aquí se habla. Pues hete aquí que al que ya sabían ellos que Ildefonso tenía destinado para alcalde le protestan, se admite la protesta en la Diputación provincial, déjase allí sin resolver el tiempo necesario, llega el 1.° de Julio, se presentan á constituir el Ayuntamiento cuatro concejales republicanos y cuatro monárquicos, prodúcese el empate consiguiente, se agotan las votaciones, y, como á la tercera decide el presidente de edad, y éste era garzonista..., ahí

tienes tú alcalde, tenientes, síndico y cuanto hay que tener elegidos todos de la garzonista grey, mientras los de la bermejina quedáronse con tres cuartas de narices. Claro que, cuando llegó el perdón del protestado, ya estaba el Papa en Roma.

—Le digo á usted que es una cubiletería graciosa de veras. Pero ¡señor, y que mi padre se ha de consumir los intereses, y, lo que es peor, la sangre en semejantes villanías completamente estériles para todo fin bueno, para toda empresa honrada, para todo intento de regeneración de esta noble España, entregada, hace tantos siglos, al gobierno y dominación de los pillos?

—¡Eso, eso mismo le predico yo á toda hora, Manolín de mi vida!; pero ¡como si cantaras! Demasiado conoces la cabeza dura de tu padre, que es, por otra parte, la propia blandura de corazón y la bondad misma. Yo no sé si tú podrías con maña y cariño, porque él te quiere por el vivir, inclinarle á retirarse de esa peste de la política. Y te advierto que de algún tiempo á esta parte, le encontramos todos bastante frío y desengañado.

—Pero ¡calla! Ya estamos en el pueblo.

—Ni más ni menos.

Acababan de subir un repechito, y se encontraron en medio de las casas. Ambos se congratularon, satisfechos, del agradabilísimo paseo, y se despidieron hasta la tarde para continuar sus visitas y rematarlas cuanto antes.

—¡Ah!,—manifestó el sarcerdote al separarse, medio en broma medio en serio;—¡que no te guíes

nunca en tus actos por las murmuraciones de las lenguas venenosas que aquí andan siempre buscando donde depositar su veneno!

Riéronse ambos, y se alejaron definitivamente.



V

ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO

I

Cuando entró en casa Manuel Bermejo, hacía casi media hora que la de las doce sonara en el reloj de la villa, y la comida, extendidos los manteles, esperaba impaciente en pucheros y tarteras, á punto también Don Ildefonso y Doña Emilia de dar, como Dios manda, sobre ella. Pusieron todos, pues, manos á la santa obra de mantener los respectivos corpanchones, necesarios vehículos de los pensamientos, afectos y deseos, y, según iban gustando los sabrosos platos, obra de la deliciosa alquimia culinaria de la cordobesa, comenzaron enseguida á aderezarlos con las interrogaciones, noticias y comentos de la visita cumplida por Manolo y de sus juicios personales sobre ella. Por

cierto que un observador diestro y á distancia habría sin dificultad advertido con cuán disimulado anhelo seguía la excapitana las impresiones y reflejos del mancebo cuando narraba los incidentes principales, sobre todo, desde que se presentaron en escena las «dos Garzonas», sin que el sosiego hubiese vuelto por completo á la compostura de su semblante con la insignificante parte concedida al rápido episodio en el relato.

Apenas terminada la refacción y cuando sacaron el humeante moca, brebaje indispensable á gustos cortesanos, el señor mayor manifestó á su descendiente:

—Oye, Manolo, sabes que no tomo café más que en comidas extraordinarias, pero sí por antigua costumbre uso de un tónico y digestivo que me sienta á maravilla, y es una siestecilla de mi media hora, nada corrida, de la que me levanto tan ágil y campante, cual si ya la comida se me hubiese bajado á los talones. Dispénsame, pues, que, mientras saboreas de sobremesa tu taza de café, me retire á dar mi cabezada, seguro de que, menos he de tardar yo en mi tarea, que tú en la tuya. Doña Emilia te acompañará entretanto, y con ella puedes hablar cuanto quisieres. Ya sabes que se halla tan enterada como yo de todos los asuntos de la casa.

Y así se hizo, quedándose solos en la sobremesa joven y jamona, él sorbiendo á pequeños sorbos su café y fumando su habano, (único que consumía en todo el día), y ella desde su asiento mirán-

dole con aquella suave melosidad natural á su condición. Hubo, retirado Don Ildefonso, lazo que en relación les ponía, un momento de embarazo hasta dar con el camino de las que ellos habían de usar por cuenta propia y sin indicador ajeno.

La verdad es que Manolo, desde que en la noche anterior y en la mañana de aquel día había aprendido ciertas intimidades domésticas, andaba interiormente desasogado, sin saber qué sesgo dar á sus juicios y afectos respecto de aquella Doña Emilia y su exacta posición en la casa. Ideas maliciosas le asaltaban, que cierto instinto de respeto filial obligábale á rechazar, quedándose en aquel estado de duda indefinida que atormenta el espíritu con la zozobra perpetua de la instabilidad fatigadora y cambiante.

Por otra parte el baño de naturaleza que con el paseo de aquella mañana y en la gratísima compañía del bondadoso fray Carlos habíase propinado, el sano apetito con que acababa de saborear la comida, y, en fin, esa misma plenitud simpática que experimentan las organizaciones robustas ante la invasión interior del refuerzo vital, recién gustado, inmergíanle en cierto deleitoso desvanecimiento moral por embriaguez de vegetación física desbordada sobre el alma.

—Con que vamos,—pronunció al fin;—cuénteme, Emilia, cuénteme usted cosas rurales que me gusten, y yo necesite ir sabiendo. Ya ha oído á mi padre que usted se halla de todo enterada.

—¿Que le gusten á usted, Manolo! Y en este

blancón ¿qué cosas puede haber de su gusto tan hecho á lo fino y delicado?

—Algunas habrá, señora, y en busca de ellas precisamente vengo,—arguyó afectuosamente el argüido.

Intensa palidez invadió de golpe el agraciado semblante de la viuda, cuyos ojos se abrieron desmesuradamente, envolviendo en su anhelante mirada al joven, muy engolfado en el saboreo de sus sorbos al café, de sus chupadas al tabaco, y de aquella sobremesa regodeada y tranquila.

—Pues, si tan decidido viene por esas cosas de su gusto,—vibró la capitana con penetrante acento;—¿qué necesidad hay de que yo, ni nadie, le indique las que tal vez no lo sean? Con alargar la mano y cogerlas tiene bastante.

Fué tal el acento empleado en la réplica, y tal la índole de ésta, que sacaron de pronto de su difusa delectación morosa al hijo de Don Ildefonso, moviéndole á sorpresa, é instándole á indagar en el acto la causa de aquella para él inopinada é inexplicable disonancia.

—Me hallaba distraído, manifestó poniendo ahora cuidadosa atención en el diálogo, y no sé si he podido decir algo que la moleste. Sentiría verdaderamente...

—¡Ah, por Dios, Manolo!; no me haga tan susceptible. Aparte de que, ¿qué derecho tengo yo para nada de eso que usted supone?

—Poco á poco, Emilia; aquí quien en todo caso supuso ha sido usted, dando por sentada la

existencia de no sé qué cosas de mi gusto, para coger las cuales no tengo sino alargar la mano.

—¡Suponer yo! Pero ¡si usted mismo las ha afirmado como corrientes, hijo mío!—Y la voz de la andaluza seguía vibrando con pasión indiscernible, pero evidente.

—Declaro que no lo entiendo.

—Perdóneme, Manolo; pero creo que á usted le agrada que le regalen los oídos. Empieza por confesar que viene de buscar cosas de su gusto, y, como todos sabemos dónde ha estado usted esta mañana, ¡me parece que la charada no es de las que necesitan quebraderos de cabeza para su solución!

—¿De manera que usted también entra en el número de quienes suponen...?

—¡Hombre, eso todos lo aseguran! Lo que nunca creí es que á usted mismo se le hubiese escapado confesión tan clara.—Y aquí el tono de la viuda habíase mudado hasta en amargo.

Fué para Manolo una doble revelación: por un lado, de que en Valdecastro era mucho más general y estaba más arraigada de lo que él pensaba la idea de sus probables, tal vez preparadas, relaciones con la hija de Don Venancio; por otro lado, de que la mujer aquella que tenía delante, la viuda de aquel amigo de su padre muerto en París conspirando, el ama de gobierno de la casa, mostraba irresistibles y no disimulados celos por aquellas supuestas relaciones. ¡Celos, celos sin duda alguna! Luego ¿entonces...?

Confesemos que el gallardo mozo sentíase un tantico aturdido y un si es no es desorientado ante el descubrimiento.

La presencia de Don Ildefonso, levantado de su breve siesta, puso término á aquella difícil situación por el momento; pero es lo cierto que el joven Bermejo ya no gozó de sosiego interior, profundamente turbado con las ideas y sentimientos que el inopinado suceso despertaban en su alma. ¡Qué funesta inspiración, (ocurríasele), la de su padre, trayendo aquella mujer á casa! ¿No es cierto que, sin ella, estaría él ahora tan tranquilo? Mas, por otra parte, ¡era tan buena, tan hacendosa, tan irreprochable en todo! Es decir... Salía aquí el punto tenebroso que aun tocarle dábale miedo. ¿Qué relaciones tenía aquella mujer con su padre?...

Entretanto, ya es hora de que aquí se declare, el interés, rápidamente transformado en amorosa vehemencia, del ama de gobierno de Don Ildefonso hacia su hijo, fué coetáneo con su conocimiento del mismo. La juventud, la frescura, la gallardía del mozo, puestas en contacto con aquella naturaleza meridional, no gastada todavía, antes llena de intactas exuberancias, removiéronla hondamente sacudiendo en ella una de esas revoluciones pasionales que en la plenitud de la vida son capaces de avasallarlo todo con energías incontrastables. Sentíase la viuda trastornada por aquel fuego físico y espiritual á la vez, consumida en amoroso desvarío, perdido todo sosiego y el gusto

de cuanto la rodeaba, fuera del objeto de sus anhelos. Temblaba interiormente con agitaciones y espasmos nerviosos, el sueño habíasela cambiado en pesadilla, sufría lo que no es decible dentro de la cárcel con que su posición social la encadenaba. ¡Si ella fuera joven, rica, hermosa, ilustre y completamente libre, todas aquellas ofrendas se le antojaran poco todavía como tributo al objeto de sus ansias! Tal como era y vivía, apenas se juzgaba digna ni aun de ofrecerle el sacrificio de su persona. De cualquier modo ella se contentaría sólo con esto, y á más no aspiraba. ¡Y aun por miedo de no lograrlo sofocaba en el fondo de su alma, bajo la máscara de su exterior, siempre sereno y dulce, la reverberación del fuego que llameaba dentro con explosiones de vértigo!

¿Se comprende el tormento de la desolada ante el posible secuestro que de su pasión se ocultaba en la casa de los Garzones? ¿Se comprende aquel convertirse las hablillas valdecastreñas sobre la seguridad de semejante suceso en otras tantas espinas que se le clavaban en el alma? ¿Se comprende la dolorosa impresión que recibiera interpretando frases del joven en el sentido de una confirmación plena de sus temores? Sufría celos tanto más punzantes cuanto en mayor impotencia se veía de manifestarlos: celos que le torturaban los sentidos y le ahogaban el alma en las hieles de un odio mortal contra aquellos Garzones, primero destructores del padre, luego ladrones del hijo... ¡Mas ella, obscura mujer, estaba dispuesta á defender-

los á ambos! Ya había comenzado á levantar la cabeza del primero y librarle de muchas garras por ellos asestadas; apartaría también al segundo de las redes que los infames le tendían, y le sacaría á salvo, devolviéndole á su pasión fiel y amorosa.

II

—Niña, haz el favor de retirarte á continuar el encaje; tengo que hablar con tu padre.

Esto ordenaba con voz reconcentrada y fría, en cuyo timbre vibraba, áspero, cierto dejo monjil adquirido por el hábito, la respetabilísima doña Presenta á su hija, mientras el americano acompañaba hasta la puerta á fray Carlos y Manolo.

—¿Lo ves?, — manifestóle, cuando estuvo de vuelta, sentándose tiesa en el borde de una silla. —La audacia de esa gente no reconoce límites.

Don Venancio quedóse parado ante su mujer, en actitud de colegial á quien entrecoge el dómine y se dispone á pedirle cuentas.

—No, no entiendo por qué me dices eso,—murmuró verdaderamente desorientado, pues por lo visto no esperaba semejante actitud en la santa.

—Me haces siempre perder la prudencia con la falta de la tuya. Pero, ¡señor!, ¿quieres mayor prueba de lo que he dicho que semejante presentación en nuestra casa? Confieso que no creí llegase jamás á tanto, y esto me alarma. Te aseguro que tomaré mis precauciones.

—Si no te incomodases, volvería á decir que no lo entiendo. ¿Qué de particular puede haber en que ese joven, educado fuera del pueblo hace qué sé yo cuántos años, ignorante de lo que aquí pasa, hecho á las costumbres corteses de las clases elevadas, se haya creído en el deber de hacernos esta visita de cumplido, acompañándose de persona tan respetable como fray Carlos?

—Tan respetable y tan falto de prudencia cristiana como tú, á pesar de vuestros años y de vuestro mundo.

—Me parece que esta vez tu celo se ha excedido, Presenta. No hay caso. ¿Existe, por otra parte, manera más delicada de hacer ese joven solemne manifestación de que él nada quiere tener de común con la política de su padre?

—Ya estás con tus debilidades de siempre. Harto me sé y harto te tengo dicho que, abandonado á tus propios impulsos, acabarías por andar del brazo con Bermejo y ser compinche suyo.

—¡Presenta!

—La verdad, Venancio, no quiere más que un camino; la verdad nos manda profesar Jesucristo por encima de intereses y consideraciones mundanas; y en nombre de esa verdad te digo que todos son lobos de la misma camada. ¿Acaso piensas tú que el hijo no se halla enterado de todo? ¿Cómo, si no, ha venido á visitarnos, sin recibir, cual era debido, tu visita? Además, ¿qué dignidad ni qué sentimientos cristianos pueden ser los de ese joven, cuando, viendo el vergonzoso amance-

bamiento de su padre con esa concubina que ha metido en casa entre el escándalo de todos los vecinos, consiente no obstante en vivir en compañía de semejante corrupción sin respetar siquiera la memoria de su madre? No, Venancio, no: nosotros no podemos mantener relación alguna con tal familia, que de abolengo trae su condición de descreída, escandalosa y perturbadora de las buenas costumbres del pueblo y de la comarca entera.

La señora se había ido empinando al compás de la reprimenda, hasta quedar tiesa como un palo; los huesos todos del flaquísimo cuerpo, en punta; las blancas manos, enlazadas cual si alzase á Dios una plegaria; y el semblante más amarillento, más mortecino, más apagado, según la palabra flagelaba con mayor severidad los oídos del anonadado marido. El cual, entregado ya y sin ánimos de objetar la menor réplica, contentábase con abrir mucho los ojos é inclinar la cabeza como en señal de confesar su ignorancia y darse por enterado para lo sucesivo.

En aquel momento sintiéronse pasos fuera, abrióse la puerta, y penetró en el despacho un rural de clase media, de fisonomía astuta, y como de treinta y tantos á cuarenta años.

Se le conocía en todó que llegaba presuroso, y traía noticias.

—Pues ¿no estabas en Mauda?—manifestó la señora un tanto alarmada, al verle.

—Llego de allá ahora mismo, tía. Todos están buenos, y le traigo del Padre Ortega este encargo

con la nota de urgente. Por eso, mientras ponían la comida en casa, me he acercado á entregárselo.

Y el que así hablaba, que no era otro sino el propio Don Fidel Larrea, sobrino del americano, dejó sobre la mesa-escritorio un paquetito.

—¿No saben ustedes?,—prosiguió enseguida.

—¿Qué pasa?—dijo Don Venancio.

—La cosa más chusca del mundo. ¿Querrán ustedes creer que acaba de estar en mi casa con objeto de hacerme una visita en regla nada menos que el Bermejo hijo, venido ayer de Madrid, según saben? Me lo han dicho, en cuanto he llegado, y que le acompañaba el bobalicón de fray Carlos, asegurándome que, si me adelanto cinco minutos, les encuentro. ¡Vaya una salida! Me ha sorprendido mucho. Aunque, si he de confesar mi verdad, no sé por qué sospecho que á mí me buscan de peana, y que al santo á quien ese mozo quiere adorar es á ustedes.

Don Venancio enderezó á su mujer expresiva mirada como diciéndole: «¡lo ves como éste también se equivoca con sus malicias?» Frase muda que ella cogió al vuelo, retrucándola en esta forma.

—Aciertas en parte, y en parte no atinas, Fidel. En el fondo creo que no vas descaminado; en cuanto á la forma, estoy viendo que os las habeis con quien es más listo que vosotros.

Quedóse el sobrino un tanto desconcertado con aquella salida de su tía, y á ambos los miraba interrogativamente.

—¿De dónde te parece á tí,—prosiguió ella,—que iba el cortesano, cuando se presentó en tu casa?

La mirada de Don Fidel hízose más insinuante, mezclando á la interrogación la sorpresa.

—Pues ¡de esta casa, de esta misma casa!—remató Doña Presenta con su voz fría, monjil, áspera, glacialmente acusadora.

—¡De aquí, de casa de ustedes?,—arguyó Larrea en el colmo de la sorpresa, y como quien pregunta por un suceso increible.

—Sí, sobrino, sí; de nuestra casa. ¿Qué te parece?

—¡Qué falta de vergüenza! Sólo porque ustedes me lo dicen, lo creo. Confieso que el atrevimiento excede á todos mis cálculos, y que el Bermejito ese no se para en barras para irse derecho al bulto.

Esta vez fué ella la que dirigió al marido con sus ojos apagados y bajos reprochadora mirada en que le decía: «¡ya lo ves; repara en cuán pronto tu sobrino ha dado en el quid!»

—Ahí tienes, sin embargo, á tu tío, que no ve nada de particular en la visita, y hasta se ha puesto tan ancho con ella.

—¡Um! Ya sabe usted que mi tío es demasiado confiado y hombre de bien para juzgar las acciones de sus semejantes. Y no hay que fiarse en galgos de buena traza. Antes yo, en el pellejo de ustedes, viviría muy prevenido y siempre con cien ojos.

El americano no pudo contenerse más ante la

expresión de aquellas sospechas que le parecían disparatadas, y exclamó:

—Pero, ¡señor!, ¿es que vosotros creéis se trate de algún bandido dispuesto á darnos un golpe de mano?

Doña Presenta, con su mirada baja, siempre acusadora, miraba á su sobrino, y éste, á su tío, como en son de darle por imposible. Hubo un instante de silencio significativo.

—Te digo, Venancio, que tu carencia absoluta de cristiana prudencia podría perdernos á todos, si no hubiera quien por todos velase, apartándonos de enemigas asechanzas.

El americano se mostraba cada vez más aturdido é impaciente.

—Repito, tío, que para usted no existen la traición y la doblez en este mundo. Desde luego que el oficialillo Bermejo, quien lo menos se las echará ya de general, no le ha de dar un golpe de mano á su hacienda, como ladrón en cuadrilla; pero ¡se va por tantas partes á Roma! Y ya sabe que algo tiene en su casa que vale más que la hacienda, y por donde podrían robarle la paz y el honor, cien veces preferibles á todas las riquezas.

Don Venancio comprendió esta vez, abrió los pequeños ojuelos desmesuradamente, manifestóse muy asombrado, y sólo indicó, dándose por entendido:

—¡Vamos! ¡vamos! Pero ¡ya es adelantar el discurso! Aparte de que ni sé yo que mi hija supiese de la existencia de tal muchacho, ni él, de la de ella.

—¡Siempre suponiendo en los demás la ignorancia propia! ¿Quién te ha dicho á tí que ese joven, cuyas ideas y costumbres Dios sabe cuáles serán, ignora que tú tienes una hija, y aun que no ha concebido proyectos respecto de ella?

—Yo no me adelanto á suponer nunca lo que no es naturalmente explicable. Claro es, por lo demás, que en la esfera de lo eventual y arbitrario caben hasta las más extravagantes hipótesis.

—Lo que no tiene explicación, tío,—arguyó Larrea,—es la venida de ese caballerete al pueblo, abandonando su carrera y renunciando á la vida de ciudad, lo cual debe de ser para él grande sacrificio. ¿A qué viene, pues, aquí? Sepa usted que en el pueblo no se dice otra cosa que á llevarse á su hija, remendando con la dote la agujereada hacienda de su padre, y, aunque no sea siempre cierto aquello de *vox populi, vox Dei*, muchas veces sí lo es. Así opinan, además, el alcalde Pedro Villalobos y otros muchos que conocen bien el personal.

—¡Ya me da vergüenza que en el pueblo pueda suponerse que un hombre así ha de dirigirse á nuestra hija!,—interrumpió la señora con su voz agria y vibrante.—¿Qué se habrá figurado esa gente?

El bueno de Don Venancio comenzaba á sentirse aturdido y lleno de alarma.

—Pero, y tú ¿qué vas á hacer? ¿Acaso piensas que nos separemos de nuestra hija?

—No te alarmes tan pronto, ya te conozco. Cla-

ro es que, en caso necesario, se haría eso y mucho más; pero por ahora sólo hace falta una prudente previsión que vigile, y aparte ocasiones.

III

Concluída esta resolución, fuese Larrea á su casa, donde, después de comer, presentóse el alcalde Pedro Villalobos, labrador de medio pelo, que no llegaba á los dos pares, hombre cercano á los sesenta, y del cual se decía que, muy entrampado y en las últimas, había comenzado á *valerse muy bien* y á picar de piojo resucitado, desde que se agregara á la compañía garzonista de Don Fidel Larrea, y muy principalmente desde su nombramiento de alcalde bajo la dirección mangoneadora del susodicho secretario.

—Estoy enterado, Don Fidel, de todo, —desembuchó la autoridad municipal, así que se hubo sentado.

—¡Ya ves, si el niño es atrevido!

—Y ya ve usté cómo yo no iba mal encaminao al maliciarme que el hambrón ese á lo que venía era á atraparle la bolsa á Don Venancio, atrapándole la hija.

—Mira, aquí no conviene hablar por lo claro; hay siempre mucha gente, y no me fío.

—¿Vámonos á las bodegas? Tengo que mirar la cuba grande de la izquierda, porque me han pedido precio de ella.

—Vamos. También yo he de hacer algo en la mía.

—¿Tiene usté allí los papeles del último millar?

—Sí; y el borrador del acta del mes pasado. Hay que ver cómo arreglamos la aprobación de las cuentas del mismo, en las que se incluye la cobranza de la mayor parte del concierto proveniente del aforo de las bodegas. Bien sabes que ese bruto de Juan-y-Medio, soplado por Bermejo, quiere que conste su protesta, y eso no conviene, pues siempre llama la atención del contador en la Diputación provincial, y hay que tapar muchas bocas. ¡Bueno es el tal contadorcito! Me parece que ése, si le dejan criarse, se come media provincia.

Ambos salieron, sin que les preguntasen cosa alguna. Viéndoles juntos por la tarde, nadie ignoraba en el pueblo á dónde iban. Don Fidel Larrea, que era la propia desconfianza, había adquirido la costumbre de llevarse al alcalde á las bodegas (ambos las tenían juntas), siempre que habían de tratar de cualquier asunto relativo á la complicada máquina municipal ó alcaldesca. Al efecto, habíase apañado en la suya (con fondos del común por supuesto) pequeño departamento que no había más que pedir.

Era un reensanche socavado en la arcilla al concluir el primer tramo de la escalera y á mano derecha. Alta y bien dispuesta zarcera en forma de ventanal de guardilla ó tragaluz, con cristales, alambrera y fuerte reja, daba claridad al cuarto,

de paredes lucidas y enladrillado piso. En él se veían algunos basares, una alacena de las de rejilla, un taquillero con puertecillas de madera, la indispensable camilla vestida y con hule muy historiado, un silloncejo en su testero, y hasta media docena de sillas de paja usadísimas arrimadas á la pared, amén de tres taburetes de madera puestos en los rincones. La profundidad de la tal habitación era muy bastante para mantenerla fresquísima en el verano, y por demás templada y agradable en el invierno sin necesidad de artificial calorífero.

Este era el que llamaba el celebérrimo Don Pí, cuando oficiaba de orador republicano en la taberna ú otras populares asambleas valdecastreñas, «cochetril de las bribonancias mucipales» y también «la conejera de Don Fidel y del tío Villalobos»; éste, el retiro, donde en efecto ambos á sus anchas fraguaban y papeleaban los chanchullos de su jurisdicción y competencia; éste, en fin, el punto estratégico al cual en las ocasiones solemnes y difíciles conducía Larrea á los concejales de su bando, al juez municipal si lo era, y á algún otro cabecilla de la propia devoción con objeto de inspirarles las grandes resoluciones y aun de juramentarles para su cumplimiento, corroborando por supuesto la sesión con algún embutido llamativo, con unas cuantas docenas de farinosos mantecados, y con frecuentes jarros de riscantillo sacados de la propia bodega. Conviene saber que la puerta de la misma podía cerrarse por dentro, de

modo que, soterrados luego en aquella habitación profunda. quedaban sus ocupantes perfectamente aislados del mundo y sin posible acceso de curiosidades ó vigilancias importunas. Con todo lo cual, no tenían fin las murmuraciones maleantes que el popular de Valdecastro empleaba, cuando se terciaba hablar de la tal bodega, así convertida en sucursal del Consistorio.

—Vamos á ver, Pedro,—manifestó Don Fidel Larrea así que él y el alcalde se acomodaron en el cuartuco,—¿crees tú que Don Ildefonso luchará en las elecciones de Mayo para la renovación del Ayuntamiento?

—Hombre, eso no se pregunta. ¡Y menudas ganas que tendrá de echarle el gancho á la alcaldía para Juan-y-Medio, siquiera por tomarse la revancha de lo de marras!

—Pues yo lo dudo.

—¿Qué esta usté ahí diciendo, Don Fidel? Será entonces que Don Ilefonso ha dejado de ser Don Ilefonso. ¡Pues miá que á cabeza dura cualsiquier le gana!

—Es que todo se ablanda en este mundo. Y hasta se me figura que la de Bermejo ha cedido ya á estas fechas bastante.

—¡Quisió, quisió! Será preciso verlo pa creerlo. Y, que nos hacía falta que el maldito de cocèr se diese á partido ó se lo llevasen pronto los dengues, eso es muy ciertísimo. Por lo menos hasta que yo hiciese otro sorteo conmeniente pa la junta de asociaos, porque si no, con estos brutos granujas

que hay ahora, nos van á dar mucha guerra. ¿No le paece? Y todos (con cierto retintín) estamos comprometidos.

—Por eso digo, Pedro, que hay que procurar á todo trance ver cómo acabamos de blandear á Don Ildefonso. Si éste no tiene ganas de lucha en las elecciones, nuestro triunfo será seguro y sin quebraderos de cabeza.

—Lo cual se cae de su peso; pero el toque está en el blandeo.

—¿Opinas tú que Don Manolo ha de hacer el amor á mi prima?

—Sí opino. ¿Y qué?

—Que por ahí podía venir el blandeo, como tú dices.

—¡Don Fidel..!

—No vayas á creerte que ni mi tío, ni yo, ni nadie íbamos á consentir semejante cosa. ¡Para él estaba! Pero, tan y mientras padre é hijo vivieran consentidos... ¡ya ves tú!

—Ni aun asina me fiaría.

—Pues algo hay que hacer, á fin de no poner en peligro las próximas elecciones. Lo necesitamos todo para cuando llegue el caso. Dicho entre estas cuatro paredes, tú, mientras no logremos una Junta municipal completamente nuestra, resultas comprometido, muy comprometido en este bienio, y aun cuando sin duda á todos nos darían guerra, yo no puedo consentir que un amigo como Pedro Villalobos cargue con la mayor parte de las mechas.

—Es que en usté confío, Don Fidel,—repuso al punto el monterilla, alarmado con las postreras frases de su secretario.

—Pierde cuidado, que quemaremos hasta el último cartucho, y hay mucha pólvora todavía por delante; mas, como el asunto es delicado, creo que debemos apelar á cuantos recursos caigan en nuestras manos, y, si cae ése, no desperdiciarlo.

—En eso estamos conformes. No me opongo, no señor. Sólo me parecía que era poco.

—¡Toma! ¿Y quién duda que hemos de trabajar por otros muchos lados? Pero, créete, ése, si pega, puede ser el que nos dé mejores resultados. ¿No lo comprendes? Todo está en que logremos la neutralidad de Don Ildefonso en el próximo Mayo, y en llegar en paz hasta que en Julio constituyamos á nuestro gusto Ayuntamiento y Junta de asociados. Después tiempo nos queda de desengañar al muñeco ese, cortar el revesino á ambos Bermejos, y poner las cosas en su punto.

—Ahora comprendo, Don Fidel, ahora comprendo. La verdá: ¡lo que á usté no se le alcanza!..

—Conque ¡en eso quedamos? Y ni una palabra á nadie. La primera á quien por el pronto tenemos que engañar, mi tía. Es muy tiesa, no piensa más que en lo religioso, y, si ella se maliciase que quería haber, nada más quería haber, algo entre los chicos, nos lo echaba á perder enseguida, poniendo tierra por medio entre ambos. A nosotros nos conviene que el Bermejo hijo trague el anzuelo, ¿estás tú?, y luego, que se consienta.

—¡Ajá! Ya me veo en ello. ¡Que le digo á usté que yo no me había calao hasta ahora el aquél!

—¿Te has penetrado ya?

—¡Cabalico!

—Pues ¡á callar y á dejar hacer, favoreciendo siempre las pesas de nuestro lado!

—Otra cosa, Don Fidel: ¿se ha enterao de lo que piden los mozos?

—¿Permiso para tener baile la noche de la Pascua en la panera del Ayuntamiento?

—Eso es. ¿Qué hago? Creo de que...

—Pues ¡qué duda cabe! Dárselo, Pedro, dárselo enseguida, y concederles encima que los faroles y el gasto de luces los pondrá el Ayuntamiento. Y hasta mandarles para «el refresco» cuatro ó seis cantaritos de hicoplás con unas cuantas docenas de roscas y tortas, en calidad de acompañamiento. Pues ¡poco á punto que nos viene esta ocasión de que puedas echártelas de fino y rumboso, atusando pelo abajo y ablandando el corazón á tantos puercos espines como tenemos enfrente! Ya sabes que más quebrantan dádivas que peñas.

—Todo me parece pintiparao, y es lo mismo que yo pensaba.

—Entonces, asunto resuelto; pero ¡apretando la mano ¿eh? en lo de campechano y generoso!

Y alcalde y secretario, de cuyas posiciones respectivas se habrá advertido el avisado lector, reparando cómo el primero trataba de usted al segundo, y éste á aquél, de tú, pusieron manos, despachados ambos asuntos, al arreglo y compos-

tura de la protesta del tío Juan-y-Medio contra la aprobación municipal de las cuentas de Noviembre, redactando el acta tan á maravilla que, dando primero un amansador bombito á este bruto, resultaba luego que las elogiaba como modelo de exactitud y esmero.



VI

LAS FIESTAS DE LA NAVIDAD

I

La noche de la próxima Navidad estuvo animadísima en casa de los Bermejos, con gran colación, en el comedor para las personas principales, y en la cocinona para la numerosa grey familiar. Esta se acrecentó á los postres, hasta convertirse en horda, con toda la mozarronería republicana de Valdecastro y con no pocos casados, acompañados algunos de las respectivas costillas. Pusiéronse luces en los anchos pasillos y en ambos portales, (el de la calle y el de los corrales), y todos se llenaron, la magna cocina inclusive, donde flameaban sin cesar las llamaradas de los manojos. Al frente óficiaban de caudillos tío Blas y Don Pí, éste en clase de Mirabeau, ó de Dantón, si se quiere.

Primero, mientras los hombres se ataruga-ban con los macizos mantecados y meneaban el jarro, ejercieron de protagonistas las mozancas y tionas, cantando matadores villancicos en que abundaban las alusiones al joven Don Manolo, y atizando una de pandereteos que no parecía sino que, en vez de puñear sobre el redaño del instrumento, maceaban contra los propios sesos de los cristianos oyentes.

—Venga otra tú, Marica,—gritó una energúmena.

Y se arrancó Marica:

En el portal de Belén
hay un joven muy hermoso,
y relumbra el uniforme
del hijo de Don Ilfonso.
Pase usté adelante,
lleve usté el compás,
que en casa de los Bermejos
todo es caridad.

Explosión de chillidos, berridos, alaridos, vivas, redoblones de las panderetas, golpeaduras en las mesas, y repiqueteos de almireces, en estruendo discordante y furioso, como soñamos que deben de ser los coros del infierno.

—¡Que baile el truque, tío'Nso!

—¡Que baile, que baile!

Era antiquísima y tradicional costumbre. Tío' Nso procedía nada menos de la época del abuelo de Don Ildefonso, aquel volteriano amigo del conde de Aranda. Llamábase Ildefonso, porque

tal se llamaba también aquel su señor, así como al padre de Manolo pusiéronle igual nombre en memoria del abuelo, y á su vez tío'Nso se le encasquetó mismamente á su último hijo Fonso en honor al nieto del susodicho gran Bermejo, bajo cuyo reinado él naciera: casos de polionomatopeyas familiares en la gens solariega de amos y criados, muy frecuentes en la Tierra de Campos. En sus mocedades nombráronle Alfonso; en su edad madura, tío Alonso; y, viejo caduco, Tío'Nso (Tionso), contrayéndole hasta el último límite el nombre en la propia forma que á él se le contrajera, avellanara y menguase el arrugado cuerpezucho con los años.

Sabía el inverosimil vejete una especie de danza pantomímica á que llamaban el truque, llena de pasos, vueltas, espoliques, mimos, dengues y carocas que jamás terminaban, y acompañada de tales ritmos, coplas y sonajas, que no había más que pedir, todo por lo picaresco y maleante, á propósito para excitar hasta el espasmo el regocijo de la plebe valdecastreña en los grandes festivales. Uno de los obligados era siempre la noche de Navidad, y la repetición de la vieja costumbre fué lo que ahora se pidió por el concurso embriagado de alegría y... trasiegos de lo tinto. Tuvo que salir á presenciar el espectáculo el señorío del comedor, y, hecho corro en el portal grande, saltó al medio la feísima trompicada figura del fámulo Matusalém, y al son de otros dos colegas, poco menos rancios y añosos, que le cantaban las in-

acabables retailas y le llevaban el ritmo con las palmas, bailó el machucho, de pies, de rodillas y echado, de punta y de coronilla, con piernas, hombros, brazos y cara, el famoso y pedido golpe de truque, resto superviviente sabe Dios de qué raza bárbara y antiquísima, tal vez celtíbera, tal vez goda, tal vez de la gente africana metida en la península con la invasión árabe. No hay que decir hasta dónde llegaron las risas, aplausos y jolgorio de los espectadores, los cuales, entusiasmados, tributaron al milenario bailarín una ovación de la que por poco le revientan.

En ella estaban, cuando retumbó en la calle junto á la puerta misma larguísimo redoble de tambor, el cual de repente, acompañando á una dulzaina, rompió á tocar con la mar de expresión dulzainesca nada menos que el himno de Riego. Aquello fué el disloque, como si la casa entera se hundiese, y hubiesen resucitado cien hordas de la Celtiberia primitiva celebrando magna saturnal de las en uso entre ellas. Desde aquel momento se hizo dominante la nota política, y una comisión del propio seno de los alborotadores, á la cabeza tío Blas y Don Pí, pasó á felicitar al ex-diputado demócrata y á su hijo «por el próximo triunfo de la revolución y de la república.»

—¡Que hable Don Pí, que hable Don Pí!,—vociferó el concurso.

Sin saber por dónde, apareció una silla en el punto mismo donde el interfecto se encontraba, y, sin saber cómo, se halló éste empinado sobre

ella, lanzándose resuelto, desde que se sintió tribuno, ó séase, elevado por los votos del soberano pueblo.

«Zudadanos: Sus doy gracias por vuestros aplausos. (Jolgorio y berridos en el concurso). Pero yo soy indino, (y se pegó tal manotazo sobre el pecho, que por poco se derriba á sí mismo de la silla); daiselos toos á nuestros queridos amos, los zudadanos que aquí están, (los apuntaba con acción dantonesca), los señores de Bermejo, que son la gida (égida sin duda) de la libertaz y de la ripública. (Cesura y pausa oratoria en el perorante, y ovación campestre en el auditorio). Sí, zudadanos, los verdaderos padres del pueblo, sus lo digo yo, (nuevo formidable puñetazo en el torax), los padres del probe pueblo, que sajan á contrubuciones esos... (¡cuidado!, apuntó aquí por lo bajo Don Ildefonso, previendo alguna barbaridad inconveniente del furibundo Clodio)... esos... los que ya sabís toos, (concluyó con tremendo berrido para salir del paso, y atizándose tal vaivén á la cabeza que parecía milagroso no se hubiese desnucado. Grandes murmullos y algazara, dándose todos por enterados de que los aludidos eran Garzón, Larrea y compañía.)

Zudadanos: Hay que defenderse el pueblo contra esos despótas; hay que dir antes y con antes á la rigolución y á las barricás. ¿Atropellan los votos? Pos ¡fusiles y más fusiles! (Rumores de asentimiento). Zudadanos: Nuestro trunfo ya está prósimo. Felicitemos toos en este día á nuestro

diputao, el zudadano Don Ilefonso, que viene á traernos la ripública, en compañía de su hijo, de toa la familia, y de toos nusotros. Hei dicho.» (Tumulto, ovación, y arrastre del orador en medio de la admiración y del entusiasmo universales.)

Claro es que el gran Don Pí, á quien conocía toda la villa con tal apodo, (el verdadero nombre era Pío Revuelta), á causa de su afición incontrastable á ejercer de orador clubista en cuantas tremolinas políticas agitaban á Valdecastro, había improvisado aquella perorata, después de llevarse la semana entera pergeñándola bajo la inspiración de su Mentor tío Blas, y aprendiéndosela de memoria «á juerza» de voces y paseos.

Instalóse la dulzaina en la cocina, armóse baile, y el estruendo y el jaleo siguieron hasta que por filo de las dos de la noche, instigados á mayor abundamiento los jaleadores por otras comparsas igualmente cerriles que fuera se oían, decidieron echarse á la calle, alborotando la villa, y parecía que hasta los cielos y la tierra en sus incomensurables ámbitos: con lo que al poco rato los del comedor, entre quienes se hallaban los conocimientos más asiduos de la casa, resolvieron á su vez retirarse á dormir la jubilosa colación, esperando los acontecimientos del primer día de Pascua.

II

Tarde se levantó Manolo Bermejo y dolida la cabeza con los estruendos de la noche. Tiróse de

la cama, lavoteóse de firme para despejar la cefalalgia, terminó su indumentaria, y, enterado de que aún podía llegar á la última misa, y de cuán conveniente sería el no notarse su falta, allá se encaminó sin pereza. De las dos parroquias existentes en el pueblo, la de Santiago, (párroco fray Carlos), ya había cumplido los oficios de día de fiesta; en la de Santa Eufemia, (párroco Don Eusebio del Olmo), faltaba aún la misa mayor, que se cantaría con gran solemnidad.

Cuando se acercaba al atrio del templo, vió de lejos á la familia Garzón que dentro de él penetraba, y á la puerta, no pocos vecinos que se paseaban ó discutían en corros, esperando la *señal* ó *último toque* de la campana. Pasó entre todos, saludando afectuosamente, y, al trasponer el umbral sagrado, oyó decir en un grupo:

—Mira, mira el hijo de Don Ilefonso, qué fachendoso y qué guapo; ya va al olor de la señoritanga del americano que acaba de entrar. Y tan enemigos como son los padres, ¿eh? Pero, hijo, para ellos no hay más ley que ricos con ricos.

La misa fué pintoresca y episódica de veras, aunque no de tres curas: con muchas descompasadas voces en el coro; con órgano, panderetas y castañuelas para los villancicos; con comparsas de mozas y de mozos adornados de lazos y cintajos, adelantándose á ofrecer á la Virgen y al «Niño de Dios», puestos sobre andas en el presbiterio, variedad de ofrendas entre recitados y canticios, unos de antiquísimo medioeval

otros de novísimo cuño; con brevísima plática, en fin, del celebrante, muy bien parlada y explicativa del misterio del día.

La iglesia, cuya traza y ornamentación interior superaban con mucho al exterior aspecto, estaba llena de fieles: las mujeres, arrodilladas en el centro con sus mantillas de paño negro y ancha franja de terciopelo, las cuales por detrás daban á todas perspectiva uniforme como de triángulos obscuros infinitamente repetidos, ó bustos abocetados puestos sobre invisibles ménsulas; los hombres, á los lados, con las indispensables capas y en diversas actitudes; las autoridades y personas principales, en bancos de terciopelo rojo cerca del presbiterio, viéndose en aquel hueco también al femenil señorío; en el coro, un lleno completo de la gente movida, inquieta ó fisgona. Habiendo divisado Larrea al joven Bermejo, arrimado á la verja de una capilla, fuese allá disparado, y, quieras que no, hízole trasladarse á los aterciopelados bancos de preferencia, y allí le colocó en muy principal sitio, cerca de Don Venancio Garzón, con quien hubo de saludarse por señas.

Fué éste quizás el *suceso* de la misa, y la expectación y los comentarios que provocara, unos pensados, otros murmurados al oído del vecino ó vecina, numerosísimos y sabrosos de veras. Para no pocos valdecastreños allí presentes aquello significaba la señal evidentísima de que la boda entre la hija de Garzón y el hijo de Bermejo estaba ya convenida, haciéndose este último *realista*, por

supuesto; y así lo fueron contando por todas partes, al salir del templo.

En la cual ocasión, y como Manolo se hubiese parado junto á la pila del agua bendita, donde se tropezó con él, para saludar á Don Fidel Larrea y darle por su atención las gracias, atravesóse también la familia garzonista, á quien hubo de consagrar asimismo cortesana reverencia, y, viendo que las damas se acercaban á mojarse los dedos, creyóse en el caso de adelantarse y ofrecerles, como es costumbre, el bendecido líquido. ¡Fué el colmo para las muchas gentes que se agolpaban á la salida, y presenciaron el hecho!

III

La villa entera de Valdecastro hallábase aquella tarde en la plaza, con gran baile de dulzaina en el centro, juego de pelota á una vera sobre la uniforme fachada de sillería de Santiago, y paseo *del señorío* á la otra vera, bien resguardado del cierzo Nordeste y con abrigadas vistas al sol poniente. Manolo, acompañado de su padre, aprovechó la ocasión para saludar con su natural amabilidad afectuosa á las personas y familias con quienes no se consideraba cumplido todavía, y luego ambos se mezclaron, como los demás, entre todos los grupos y todos los corros; pues es de saber que la cortesanía rural era extremada en Valdecastro, y sabía encubrir perfectamente los internos rencores de los bandos, reinando allí, cual en pocas partes, el

castellano adagio de que «lo cortés no quita á lo valiente». Por eso, sin que á nadie chocase, paseaban mezclados y departiendo en diálogos naturalísimos Don Ildefonso, Don Venancio, Larrea, Herrezuelo, Ruedita, Pedro Villalobos, los curas y tantos otros que, separados luego en sus respectivas tiendas, se despellejarían sin piedad.

Los grupos femeninos estaban también concurridísimos; pero las Garzonas no se presentaron, y este suceso prestó mayor incentivo á los variadísimos juegos gimnásticos de la murmuración.

—Chicas,—decía una polla bastante fea en cierto grupo de solteras señoritas;—¿no veis qué tristón está el pobre Bermejito con la ausencia de su adorado tormento?

—¡Qué tonta! ¿Acaso no es todo ello convenido? Sería muy fuerte eso de que se presentasen ya juntos los dos niños. Hay que guardar las apariencias, mujer.

—Lo que hay que guardar, desengañaos,—replicó otra muy vivaracha,—es cualquier encuentro con la andaluza. ¡Ya ves tú, con lo que es Doña Presenta!

—A mí me han asegurado que Doña Presenta se opone, y que Don Venancio favorece las relaciones. Ya sabéis que muchos dicen que éste y Don Ildefonso se entienden por bajo de cuerda.

—Vamos, que así como él fué á buscar á Mauda el charol de los Vargas para sus onzas, quiere que su hija se charolee casándose con el hijo de un diputado, y que va para general.

—Hija, los administrativos no pueden ser generales.

—¡Justito!;—porque tú lo digas.

—Porque lo sé.

—Pues ¡yo te digo que sí!

—Pues ¡yo te digo que no!

—¡Niñas!—intervino una buena moza,—¿á que vais á reñir ahora por el Cuerpo de Administración Militar!

—¡Ay, qué gracia! Pues ¡no se darían ellos poco tono, si lo supieran!

—¿Quiénes?

—Los administrativos.

—¡Parecéis bobas! Pero ¿creís vosotras que ni Doña Presenta ni Don Venancio van á consentir que el caudal de los Bermejos salga de penas y trampas con su ayuda? Al instantico. ¡Buenos son ellos!

—Pues, hija, Don Venancio ya consintió en cosa parecida, casándose con quien se ha casado; y, en cuanto á Doña Presenta, ¡mal andará la hacienda de los Bermejos, pero mira que la de los Vargas!...

—Yo lo que digo,—alegó una paliducha hasta entonces callada,—que todo eso es el cuento de la lechera; porque ¿dónde están esas relaciones? ¿Quién las ha visto?

Coro general de carcajadas y alegres risas juveniles.

—Pero, ¡mujer!, ¿ahora sales tú con esas? ¡Ni que estuviéramos en Babia! Pues ¡mira que con lo

que todas nos hemos estado tirando á la cara en misa!

—Las que hayáis ido á presumir á Santa Eufemia. Yo la he oído en Santiago; no abandono á mi parroquia. Pero es lo mismo. ¿A qué iba á venir Manolo Bermejo á Valdecastro, si no venía á hacerle la corte á la Marujita Garzón? Eso ¡se cae de su peso!

En aquel momento se acercó un grupo de *señoritos*, y uno de ellos manifestó dirigiéndose á las murmuradoras:

—Pero ¿dejamos que se acabe la dulzaina sin probarla *ú* qué?

—Por nosotras, deseando; mas ¡no parece que es obligación nuestra el ir á sacaros! ¡Vaya con los niños zangolotinos estos!

—Niñas, ¿no bailáis? Ya es tarde;—se oyó decir desde un corro de mamás que se cruzaba entonces con las ya mezcladas parejas de pollos y de pollas.

Los tambores preludiaron (eran dos aquel día) largo y nutrido redoble, y el dulzainero apuntó un schotis, que puso á todos en movimiento. Los señoritos invadieron esta vez el baile.

Nada tan característico cual las danzas dulzaineras en los pueblos campesinos; con sus repiqueteos de tambor en parche y madera; con sus picarescas notas recortadas en la caña dulzainesca, especie de ovoe rudimentario; con su ritmo extraño que, cuando ejecuta los aires que le son propios, invita al desorden espontáneo de una coreo-

grafía de sátiros, y, cuando arremete con los bailables propios de las épocas civilizadas, se cambia en no sé qué mecanismo cómico que transforma á los bailarines en maniquís movidos á resorte. Porque nadie. que no sea castellano viejo, puede tener idea de la audacia ejecutiva de un dulzainero del país, aparte los aires, siempre epigramáticos y satirescos, que por antiquísima tradición de los tiempos proto-históricos les pertenecen. Polkas, walses, schotis, habaneras, gavotas, sinfonías, números en boga de cuantas zarzuelas Dios crió, coros, romanzas, cavatinas y duos de todas las óperas, sin reparar en gustos ni escuelas, desde Rossini hasta el propio Wagner (he oído no há muchos días repicotear un trozo de la sinfonía de *Tanhaüsser* al dulzainero de Portillo): todo lo acometen, todo lo invaden, y todo *lo ejecutan* que es una bendición. Por supuesto, pieza *dulzaineada*, es pieza transfundida en una música y ritmo de tal manera originales, bárbaros y extraños, que hacen, sin saber por qué, recordar los cantos turánicos ó las melopeas bereberes, llenos de discordancias y contratiempos.

Otro «por supuesto»: en la dulzaina todo se baila, y tanto monta para dicho efecto que la gaita fulmine una jota como que transporte una sinfonía. La única diferencia consistirá en que para la primera las parejas echarán los brazos al aire, y para la segunda *se agarrarán*. Pero ¿una vez agarradas?... ¡capaces son de bailar un oratorio de Haendel ó las Walkyrias de Vagner! Además,

todo se baila en corro y dando la vuelta: cuándo, en son de danza furiosa propia de gauchos ó pieles rojas; cuándo, á manera de fantoches, monótonamente impulsados por hilo invisible.

Las primeras horas de la tarde sólo baila en las villas y aldeas el popular con trenzados, espoliques, taconeos y patadas peculiares de los aires indígenas; luego va entrando en corro el señorío, y entonces, sin cesar por eso lo castizo y talmente dulzainesco, comienzan «los agarrados».

—¡Gracias á Dios que estos chicos se han decidido!,—siguió diciendo la mamá de antes á sus compañeras de grupo, al ver lanzados á los señoritos de uno y otro sexo en el inmenso corro dulzainil.—¿No os parece que debíamos invitar á Bermejito á que bailase? Por algo le tenemos casi de huesped.

—Déjale al pobrecillo. ¿No ves que no ha venido su pareja?

—Tampoco, por cierto, la andaluza,—apuntó una tercera, generalizándose este tema de conversación en el corro.

—Bien; (riéndose maliciosamente); pero eso ¿á él que le importa? Si acaso le importará á su padre, y ya ves que Ildefonso está entradito para danzas.

—Mujer, antes creo yo que éste habrá ordenado á *su pareja* (con retintín) que se quede en casa *para no estorbar*. ¿Me entendéis?

—Lo que á mí llama la atención es que el chico no se haya enterado todavía. ¿Irá á consentirlo

hasta con perjuicio de sus intereses? Porque, bien echadas las cuentas, todo lo que hoy queda de la hacienda de Bermejo, á la madre de Manolo pertenece.

—Eso mismo me hace á mí volver á mi tema de si estarán casados.

—¡Tendría que ver!

—Pues, mira: si se formalizan las relaciones de los chicos, todo ha de descubrirse. Tanto más cuanto que, aun cuando Venancio sea un bolonio, dificulto que Presenta con su orgullo y sus remilgos pase por movimiento mal hecho...

—Pero, hijas, ¿qué pasa? ¿qué pasa?... No corráis. ¡Ay, Dios mío! Larrea, acuda usted á escape. ¡Que se pegan! ¡Que se matan!

Junto al corro del baile había surgido una disputa entre la gente obrera, y, acalorados los ánimos, formóse el remolino consiguiente con su cachejo de alarma. En breve todo quedó concluído.

—Pero ¿qué ha sucedido?, preguntaron varias en el grupo de mamás, cuando volvió á reconstituirse.

—Calla, mujer, la cosa más chusca de este mundo!,—contestó una que había ido á informarse de Larrea, y á su vez aspiraba á oficiar de informadora entre sus compañeras.

—Cuenta, cuenta, que tú te has enterado.

—Pues veréis. La cuestión ha sido entre dos aperadores, uno de Bermejo y otro del propio Larrea. ¿Por quién diréis?

—¡Vaya usted á saber!

—¡Por los chicos! ¡Ya por los chicos!

—Pero ¿quieres que te entendamos por cifras, hija mía?

—¡Ay qué mujeres estas! ¿por qué chicos ha de ser, sino por los de los amos ó cosa que lo valga? ¡Por Marujita y Bermejito, ni más ni menos! Que si el hijo de tu amo es un lambrón que anda tras de los cuartos del tío de mi amo; que eso quisiera la sobrina del tuyo, más fea que la osa, pescar un señor tan señor y tan aquel como el mío; que á quien tú sirves es sólo un infla-pitos mu'cipal, caga-tintas del común; que el que á tí te paga no tie ya pa mantenerse si no es de fachenda... ¡hijas! y, por este estilo, se enzarzaron los dos de manera que Fonso, el mozo de Bermejo, un tagarote como sabéis, le atizó un empujón al aperador de Fidel, el tío Lucas, el cual, como es un polvorín cascarrabias, se quiso tirar contra el otro, sólo que no le dejaron, metiéndose los hombres por medio y echándose á alborotar chiquillos y mujeres con sus chillidos. Ahí lo tenéis todo. Pero ¿no es verdad que tiene gracia, y que nuestros dos nenes son de los que, mejor que nadie, pueden decir «no asamos y ya pringamos?»

Coro nutridísimo de aspavientos, signos de asombro y figuras admirativas contestó al pintoresco informe de la preopinante, hasta que una jamona muy resuelta y de buen ver exclamó:

—Me parece que os asustáis antes de tiempo, y que hacéis mal en no dejar algo para más tarde.

Se echaron todas á reir, é interrogaron con la vista á su femenil colega.

—Lo digo, porque estas cosas no paran ahí; lo vais á ver. Esta noche, como sabéis, hay baile del pueblo en la panera del Ayuntamiento, y me parece que vamos á tener escándalo. He reparado que, entre esa gente, garzonistas y bermejistas andan muy encalabrinados, y ¡Dios quiera que bien nos quiera!

Circuló entre el grupo cierta corriente, internamente jubilosa, de curiosidad sensacional; pero, como había empezado á oscurecer, y el desfile se iniciara por todas partes, ellas se apresuraron también á retirarse en demanda de las respectivas tertulias.

IV

Detrás de la Casa Consistorial y contribuyendo á cerrar inmensos corrales contiguos levántase el vetusto barracón, también perteneciente á dicha casa, conocido en la villa con el nombre de «Panera del Ayuntamiento», pues allí en efecto se almacenaba el trigo del Pósito en los tiempos en que esta institución funcionaba todavía. La puerta da á una calluca de lo más desvencijado y difícil del pueblo. En dicho local y previo el municipal permiso acostumbra el popular valdecastrense á celebrar sus bailes nocturnos, acompañados de doble dulzaina, los tres ó cuatro días correspondientes á los grandes festivales de la villa.

A las ocho de aquella noche la concurrencia empezaba á nutrirse, y tamboriteros y gaiteros hallábanse en su puesto, un tabladillo bastante alto, levantado en uno de los ángulos al fondo del panerón. Este formaba vasto cuadrilongo, sin techo; la armadura del tejado, compuesta por enormes vigas; el enladrillado piso, nada plano; las paredes, grises. Cosa de una docena de faroles prestábanle luz nada espléndida, tanto más cuanto, habiéndoles vestido los organizadores de la fiesta con rizadas esferas de papel azules, rojas y amarillas. lo que por un lado lo ganaban en adorno, en claridad por otro lo perdían. Cerca del tabladillo para la dulzaina, pequeña puerta daba acceso á un cuarto bastante espacioso, y en él, sobre enorme mesa, veíanse varios bandejones, unos con rosquillas, tortas y bollos, otros con multitud de vasos de vidrio, mientras en el centro y alineadas á lo largo se destacaban cuatro jarronas de Talavera, rameadas de azul, conteniendo cada una no menos de cuartilla de lo tinto. Arrumbadas á un rincón y entre las sombras, tres henchidas corambres aguardaban la vez para ser en las susodichas jarronas trasegadas. Bancos, taburetes y algunas sillas de paja, en mucho menor número que el necesario, dada la concurrencia, andaban distribuídos al azar por *ambigú* y salón. ¡Pescar uno de esos asientos y usufructuarlo toda la noche era el bello ideal de las tías y viejos que asistían de mirones!

Pronto se puso *aquello* intransitable, y el baile llegó á su apogeo, predominando los «agarrados»

de polkas, schotis y habaneras, único detalle en que aquél se diferenciaba del de la tarde al aire libre. Tampoco había corro, ni aun siquiera para las jotas.

Los hombrones menudeaban las visitas al *ambigú*, donde pronto hizo asiento numeroso grupo de discutidores, que jarreaba de lo lindo, amenizando el trasiego con cada diálogo y comentario que partía los corazones.

—Vamos, hombre, no digas barbaridades, argüía un casado dirigiéndose á cierto mozote que ya presumía: ¡miá tu que dirse ahora el rey al extranjero!

—A la Francia, sí señor; usté ¿qué sabe? Lo hi leído yo mesmamente en un papel el otro día.

—Entonces es que le echan; pero, ¡él dirse!,—alegó un tercero.

—Y ¿qué l'importa? Dispués que se ha apañao la hucha, ¡vengan penas!

—Eso mesmo dicía el papel que yo leí: que el rey había dicho que destronao, bueno; pero que tronao, no hay tús tús.

—¡Qué bárbaro!,—volvió á recargar el casado.
—Pero ¿vosotros sus creís esas trápalas que meten los papeles? Paece que ellos tóo lo ven y tóo lo oyen, y ni oyen ni ven más que nusotros mesmos pongo por caso. Sólo que lo inventan. ¡Ahí van á estar los reyes y los menistros siempre en medio de la calle y en faldetas, pa que ellos les fisguen!

—Y ¿qué te crees tú, que los reyes de ahora hablan en español como nosotros?

—¡Anda éste! Pus ¿cómo hablan entonces?

—¡En franchute! Y ni Dios les entiende, ni los de los papeles ni naide.

Interrupciones, voces y protestas colectivas ante el atrevido aserto.

—Pus tié razón Frasio, que lo sé yo mu bien: ¡en franchute hablan, sí señor!

—¡Habló Sábelo-Tóo, y dijo mú! Pos el rey habla como tóos nusotros, ¡ea!

—¡Lo que tú has hablao con él!

—Tóos sus volvís hablares, y lo que estáis hablando es de la mar.

Carcajada general y ronda de clarete.

—No, hombre, reanudó un mal intencionado: este Sábelo-Tóo, tóo lo sabe. ¡No véis que el su amo es el millonario bajao del cielo?

—¡Quisiás tú tener sus millones!,—apoyó el tío Lucas, aperador del sobrino, saliendo á la defensa del criado del tío.

—¡Mi...llo...nes!—saltó rápido con sorna tremenda Fonso, á quien le hervía la sangre desde la disputa de la tarde.

—Chacho, ¿me quiés tú buscar la boca? ¡Miá quién habló que tié el amo tóo él en Peñaranda!

—Vamos, callaivos ya, intervino un vejete, temeroso de que resucitase la bronca del baile vespertino.

—El que me l'andas buscando es tú á mí, y me paice que esta noche te voy yo á contar un cuento.

—¿Entoavía te escuece lo del pintamonas de tu señorito? Pus el que se pica, ajos come.

—Pero son ajos míos, ¡leñe!, y no del pueblo, como los que coméis en la casa del tu amo. Atrapándose tóos los fondos de la villa, ¡ya se puén echar piernas, misté qué pacho! Y sobre tóo, ¡miá que llamar tú pintamonas al mi señorito, cuando la garzofinítica es propiamente un finómeno!

—Oyes; lo que te digo es que con la mi señorita, cepos quedos, sino, ¡jota! te vás tú á ver conmigo,—saltó al quite Sábelo-Todo.

—¡Cuidiao!; no te esboques, pozo é cencia,—intervino Don Pí, poniéndose en línea bermejista con Fonso.

—¡Ea, ea, chachos, á ver si sus calláis tóos! No hay que riñir, y menos por los amos,—alegaron varios neutrales.

—Vaya; que ahora tié razón Lucas,—manifestó, echándolo más á perder, un garzonista solapado. Estos de Don Ilefonso siempre andan farfanchoneando, como si tóo el pueblo fuá suyo.

—Pus ¡claro que sí! El pueblo tóo está con nusotros, porque aquí tóo es honradez y libertaz y drechos, y no vosotros, ¡despótas y lambronazos!...

—Por eso anda tu pintamonas tras las sobras de los Garzones.

—¡Ella sí que se pirra por el señorío y el aquél de Don Manolo! ¡Pa su hocico de lechuza!

—Miá tú, Fonso,—alborotó ya subido de tono Sábelo-Todo,—¡que si güelves á insultar, nos veremos las caras!

—¡Rediós!—apretó los puños el bruto de Fonso, —ni tú ni naide me las aposta á mí. ¡Hocico de

lechuza, digo, y lambrón de tú amo! ¡Lambrón, lambrón y lambrón!

Los contendientes más comprometidos se levantan airados, y el vocerío de todos estalla formidable.

—El que á mí me insulta no tié riñones, y yo le corto la lengua.

—¡Y yo á tí, releñe, los morros cuando quieras!

Los contrincantes se vienen á las manos; una manguzá, mal dirigida, de Fonso, hace añicos dos jarronas, inundando mesa, bandejas y rosquillas, con magna avalancha de vino que cae en chorros y cascadas sobre pantalones y chaquetas; estallan como bombas juramentos y amenazas; el estruendo y las vozarronas trascienden al salón, y llevan la alarma á los danzantés.

—¡Alto, silencio, dáisos tóos á mi autoridaz!,—grita un concejal que penetra en aquel momento en el cuarto.—¡A la cárcel si no!

A punto mismo que Fonso, con toda la sangre ya en la cabeza, lograba desasirse, tras ferocísima sacudida, de dos que le sujetaban, y en el colmo del paroxismo desparramaba una de «mandaos» y de «patáas», que no parecía sino que jayán mitológico había saltado allí blandiendo la maza de Fraga, según el rodar las sillas, tambalearse los tíos, desquiciarse bollos, jarras y vidrios, y dislocarse la reunión entera á los fieros golpes de sus brutales miembros. Con todo lo cual cególe la bilis al explosivo Lucas, quien, sin saber cómo, apareció vara en alto, y en un abrir y cerrar de ojos la

dejó caer sobre no se sabe qué cabeza, siendo aquélla, señal de convertirse en campo de Agramante la contienda entre garzonistas y bermejistas.

Las monteras andaban por el suelo, las sillas por el aire, y las «gofetáas» y los palos por todas partes. Palabrotas y juramentos llamaban á Dios de tú. Un taburetazo perdido vino á reflejarse sobre las costillas del concejal.

Y no hubo más, para que éste saliese á la puerta del salón dando alaridos, dignos del terrible Agamenón ó del furioso Aquiles, y, levantando en alto las aspas de sus brazos, clamase:

—¡Socorro á la autoridaz! ¡Socorro á la autoridaz!

Con lo que y el resonante tronido de roncos gritos y furibundos estrépitos que dentro se oían, aquello fué la de «apaga y vámonos» y «sálvese el que pueda», singularmente por lo que á la alterada grey del mujerío toca. ¡María Santísima, y qué batahola de chillidos, carreras y atropellos armóse en un momento! Sólo el punzón homérico pintando la huída de los troyanos, ó el virgiliano estilo describiendo súbita tempestad sobre la verde llanura de las ondas desencadenada, fueran capaces, que no mi torpe cálamo, de reproducir el espantable cuadro de aquella conmoción plebeya.

Mozancas y tionas, *tendens ad sidera palmas* cual los náufragos de Eneas, clamaban en todas direcciones con desgarros chillantes que traspasa-

ban las órbitas de las estrellas y debían de ensordecer al propio Júpiter:

—¡Ay, ay, que matan al mi hombre, socorro!

—¡Hermano, por Dios, no te metas tú en eso! ¡Ven con mi madre! ¡salte de ahí, indino!

—¡Blasico! ¡Blasico! ¡Por la Virgen! ¡Madre de Dios! ¡No te comprometas!

Aquello era el incendio y saco de Troya, ó si se quiere, la tempestad soplada por Eolo en la Panera municipal de Valdecastro, ya que no en los sicilianos mares; pero, ¡ay dolor!, sin Neptuno que, empuñando el tridente, lanzase el dominador *¡Quos ego...!* contra las alborotadas ondas.

De pronto incontrastable avalancha de tíos y mozarrones pertenecientes á esa *masa neutra* tan codiciada hoy de los *prohombres* y que se regodeaba pacífica en el baile, lejos de la política, sus pompas y vanidades, emancipada al fin del femenil tumulto, lanzóse resuelta en el *ambigú-batalla*, con tal ímpetu que en menos que se reza un credo arrojóse á estilo de perro de presa sobre los contendientes, aplastóles materialmente bajo el peso del número, trincóles como á novillos desmandados, y...

¡Nada entre dos platos! Se presentó á última hora el alcalde Pedro Villalobos, volvió á arrimar el ascua á la bien asada sardina de su magnanimidad y tolerancia, perdonó á todos hecho un *Carlo Maño* de ópera italiana, exigió sólo la honrada palabra de cada cual de perdonarse las injurias y no volver á las andadas, mucho más «tra-

tándose de familias tan altas como las de Garzón y Bermejo» (aquí los dos bandos quedaron prendados de tanta finura alcaldesca), mandó ir á los ligeramente lesionados «pa casa» á darse un poco salmuera en «aquellos capirotazos que no valían máa»... y aquí paz y luego gloria. Como si tal cosa.

Aún logró la digna «autoridaz» restituir otro poco el jolgorio del baile, danzándose todavía cuenta de una hora bien corrida, hasta muy pasadas las doce.

Sólo quedaron de la refriega, para contarse, unos cuantos chichones de menor cuantía, otros tantos huevos cocidos donde antes ojos sanos, tal cual tumefacción de morros ó equimosis en las mejillas, y, sobre todo, el resquemor de los opuestos bandos y el escándalo moral, fermento inacabable de hablillas, murmuraciones y chismes aderezados, ora con el picante caldo democrático, ora con la estimuladora salsa de la mesocracia rural y agrícola.



VII

¡Á MAUDA!

I

El generoso espíritu del joven Bermejo, educado en aquellos idealismos de *la pura conciencia* que esterilizaron casi una generación en la época revolucionaria, sentíase contrariado de veras. ¡Él, que había soñado huir las pedestres ruindades de la profesión refugiándose en la soledad amiga de los campos, donde pensó encontrar gratos motivos de estudio, animadores estímulos del interés, horizontes nuevos á su vida, veíase sin saber cómo sumergido otra vez en el sucio fango de las vilezas humanas! En torno suyo habíase formado denso ambiente moral de pequeñeces grises que le punzaban la epidermis, mortificándole lo indecible. Vivía inquieto, con disgusto interior de sí mismo, no menos desasosegado que cuando allá, en la Factoría de Utensilios de Barcelona, atormentábase día y noche discurriendo acogerse al

reemplazo como á restaurador asilo de su alma. Le acometían accesos de amargura insondable, y se lanzaba entonces solitario á paseos larguísimos, perdiéndose al través de mil sendas en las inmensidades del mar de arcilla. Allí se entregaba sin freno al vértigo del diálogo interior, vicio de introspección adquirido en Madrid en cierta sala del Ateneo antiguo de la calle de la Montera, y, más aún, en el Círculo filosófico, donde fué presentado por distinguido profesor kraussista que le entusiasmó en Ávila con sus explicaciones de apóstol: ¡desolada disciplina intelectual que en el vacío de toda realidad sustituída por no sé qué engañosa penumbra poblada de fantasmas, exprime hasta la tortura el sujeto, como en esos casos de autofagia cuando, imposibilitada la máquina digestiva para ingerir y asimilarse reparador alimento, devórase el sér vivo á sí propio hasta consumirse en el más triste y miserable de los suicidios!

Manolo hablaba horas enteras consigo mismo, á veces hasta en voz alta, mientras caminaba por la planicie desnuda y en barbecho.

—¡Buena sombra la mía!,—murmuraba.—Por todas partes se me vuelve el santo de espaldas. Lo pequeño, lo ingrato, lo brutal me rodean y me ahogan aquí como allá y donde quiera. ¿Por qué me daría la ventolera de venir al pueblo en las dichosas estúpidas fiestas de Navidad? ¡Cuánta barbarie! Nadie piensa sino en la comilona bestial; los tíos se emborrachan; la carne de asno pide siempre su pienso de la más vil materia; el odioso



tresilleo marea y aburre por un lado; el salvaje tamboriteo por otro martiriza sin cesar las sienes; en casa, el tormento de la duda y la malicia punzante que roe las entrañas; fuera, el infame Galeoto de una murmuración villanesca que produce el vacío enderredor y la parálisis en uno propio...

¡Y que acabo yo mismo por dudar de todo, por recelear de cuanto veo, por no saber en qué ley vivo! Es mucho cuento. Que si mi padre... Que si esa Emilia... Que si la Marujita Garzón... ¡Ni que aspiraran á volverme loco!...

Realmente parece imposible la conjuración de todo el pueblo, sólo para dar cuerpo á una ficción sin base y sostenerla. ¿Será entonces verdad que Don Venancio había concebido proyectos respecto de mi persona? ¿Que esa feilla de Maruja se siente realmente interesada en tales proyectos? ¿Que su madre, la santísima Doña Presenta, se opone por...? ¡Cuántos absurdos! Pues ¿y lo de que mi padre se entiende con Garzón por bajo de cuerda...! Bien es cierto que, si hubiera uno de inspirarse en tales hablillas, acabaría por dudar de sus propios actos.

Algo hay aquí, sin embargo, que se me oculta..., mejor, que quieren ocultarme. Lo siento, lo adivino, casi podría decir lo trasluzco. Miradas expresivas, movimientos reprimidos, conversaciones interrumpidas, signos abortados, son otros tantos síntomas reveladores de que, cuando yo paso, la gente se dice algo que me hurta y disimula.

Que la fortuna de mi padre está mermada y comprometida...; ¡harto lo sé por desgracia, y el remedio lo he de intentar con todas mis fuerzas! Que su intransigente política republicana cada día se hace más estéril y pierde simpatías...; ¡tampoco se me oculta, ni el perjuicio que causa á mi pobre padre en la salud de su asendereada persona y en el descuido de sus maltrechos intereses! Que esa Doña Emilia ocupa una posición no bien definida en la casa, quizás hasta indecorosa...; ¡eso es lo que no atino á poner en claro, ni siquiera á deducir con certeza, más de lo que se me calla, que de lo que se me dice!... Ni sé por qué se me figura que eso que aquí se me esconde es precisamente lo que más daño nos hace á todos...

¡Y ella es irreprochable! Hasta simpática... ¡simpática! Sería por otra parte cruel é infame condenarla inocente. ¡Y condenar también á mi padre que tanto ha sufrido con la eterna viudez de su hogar! Estas lenguas venenosas, esgrimidas por la envidia, de las aldeas, ante nada se paran. ¡Ah!, ¡cuánto recuerdo el consejo del buenísimo fray Carlos—¡ese si que es santo!—aquella mañana: «no te fíes de estos picotazos de víbora»!

En fin, que me hallo cogido por todas partes; que no sé á qué palo quedarme, como dicen esos condenados de tresillistas; que... ¡que son capaces estas gentes de tornarme imbécil, vamos!... Por supuesto, lo mejor es cortar por lo sano, dar un tirón, romper estas enojosas redes que tratan de envolverme. ¡No, y por ahí es por donde voy á

salir resueltamente! Así como así estoy en falta con la familia de Valcorba y de Mauda... ¡A Mauda y á Valcorba! Cuanto antes, mejor: mañana mismo...

¡Eso!, (frotándose las manos y parándose). Me parece que he puesto el dedo en la dificultad. Sí, sí; me paso una temporada con mis tíos..., huyo de Valdecastro... ¡y sé la verdad, la verdad en todo! ¿Qué duda tiene que ellos me la han de decir?...

Ya es tarde (sacando el reloj). Me vuelvo á casa enseguida; cuando llegue se habrá puesto el sol. Y en el acto dispongo el viaje para mañana... ¡Cosa hecha!

II

Y cosa hecha fué, en efecto. A las diez de la mañana del día siguiente el caballote mismo de su padre, que ya conocía la casa, deteníase en Valcorba ante la de un respetable anciano, tío de su madre y con numerosa descendencia, familia que guardaba muy vivo el culto de aquella santa mujer é íntimas relaciones con los Bermejos, pues el bueno de Don Ildefonso, cuanto tenía de explosivo y duro en lo tocante á sus republicanismos, teníalo de dulce, afectuoso y entrañable en su vida privada, que se pasaba derramando favores y dándose á querer de todos.

Allí paró unos días, rodeado de familiares y gratos agasajos, visitando tierras, viñas y un pi-

cón de monte que aún les restaba de su madre, gozando de santa paz y restauradora calma, y... recogiendo no pocos datos de los que tanto le interesaban. Datos que volvieron á desazonarle y ponerle nervioso y agitado interiormente.

Trasladóse en esta situación á Mauda, donde pensaba orientarse por completo y tal vez tomar resoluciones extremas.

Una hermana del susodicho respetable anciano, tía también por ende de la madre de Manolo, es quien en aquella villa principal representaba la familia de éste. Señora no menos respetable, hallábase casada con rico labrador, abogado de los que sólo toman el título para colgarlo sobre sus terrones en cierto son nobiliario, muy propio de estos tiempos de predominio científico, y acaso también para gozar de un pretexto honroso á cuya sombra bulle la más hermosa juventud que puede soñar rural pecunioso: la juventud escolar. La familia de Don Juan Brioso Cano y Doña Vicenta Ochotorena era considerada en Mauda como de las más principales, y el pie en que la magna casa solariega estaba puesta, y sus alianzas (tenían hijos casados), y sus relaciones así lo pregonaban.

Junto el matrimonio, contaba cerca de siglo y medio, pero llenos aún de savia espiritual que se traducía en perpetuo bondadoso regocijo, y de salud física que había fraguado el más sano avellanamiento de viejos que puede imaginarse. El Don Juan era alto, campechano, atildado para labrador de Campos, aficionadillo á lecturas de recreación

científica (gozaba aún, con dos ojos de lince, de la plenitud de la vista), y hombre culto y urbanísimo. Gastaba hermosas patillas que le daban cierto aire diplomático. La Doña Vicenta era bajita, muy fina, muy señora, la propia bondad y la simpatía en persona.

Casó un poco talludita, habiendo pasado su juventud casi entera en compañía de su hermano mayor, el abuelo materno de Manolo, tempranamente viudo; de suerte que ella fué la verdadera madre de la esposa de Don Ildefonso, la que la crió, educó y echó las familiares bendiciones en la boda. Su amor para aquella santa criatura fué con esto de entrañas maternales, y para Manolo, desde el punto y hora en que naciera, y mucho más desde que, muerta su madre, tan admirablemente quedó en él impreso el reflejo vivo de la llorada, talmente de abuela. Abuela la llamaba, como abuela ella le quería. y con orgullo de abuela vióle hacer la carrera, espigarse y convertirse en el más gallardo mozo que pudieron soñar sus deseos.

También con Don Ildefonso había conservado las más íntimas familiares relaciones, no enfriadas, antes corroboradas por su matrimonio, pues Briosos y Bermejos fueron siempre familias muy relacionadas, y en cuanto al Don Juan, sus sentimientos é ideas francamente volterianas casaban bastante bien con la política del exdiputado á Cortes valdecastreño. Ambos se querían de veras, sólo que el de Mauda aborrecía con toda su alma la política militante de partido, gustando sólo de la

crítica privada y filosofista, mientras el de Valdecastro era la propia acción, sin afición alguna por las filosofías sociológicas y teorizantes. De los empeños y escabrosidades por donde sus excesivos ardores políticos habíanle precipitado á él, á su hogar y á su hacienda, ambos viejecitos se lamentaban con pena que les llegaba al alma.

Debemos advertir que aquel mismo otoño el matrimonio había estado en Madrid, donde en muy distinguida posición tenía un hijo casado, y, como en casa de éste paraba precisamente Manolo, quien por entonces gestionaba el reemplazo, allí se habían visto todos. Sea dicho también, para puntualizarlo todo, que Don Juan quería á Manolillo, como le llamaba, poco menos que su mujer, y que con él congeniaba en ideas, puntos de vista, gustos é inclinaciones mucho mejor que con su padre.

Apenas sonó en la escalera la simpática voz del joven, lanzáronse ambos viejecitos en su demanda, y en cogiéndole, allá le secuestraron en los brazos de su cariño, cubriéndole de apretones él y de besos ella: besos de abuela que mezclan el amor hondo con cierto infantil orgullo suscitado por la joven descendencia.

—¡Manolico, Manolico! ¡Qué guapo estás, hijo mío! Cada día más.—La conmovida anciana no cesaba en sus exclamaciones cariñosas, y volvía á besarle siempre, sin hartarse nunca.

Instalaron al buen mozo como en su propio hogar, y el júbilo del matrimonio no tenía fin, proponiéndose tirar la casa por la ventana para fes-

tejar á aquel tunante, decían, y quedarse con él toda la vida. El sería el consuelo de su vejez, ya que los hijos, demasiado talludos, habían volado haciendo nidos aparte.

Los primeros días pasáronse en regocijos, presentaciones y visitas; después comenzaron las intimidades completamente consagradas á los asuntos familiares.

—Conque, vamos, Manolillo,— manifestó Don Juan una tarde de ventisca en que los tres permanecían solos al amor de la lumbre;—dinos algo, hombre, dinos algo de tu casa. ¿Cómo has encontrado aquello? ¿Por qué vena anda ahora el locaris de tu padre? ¿A cuántos estás de tus salvadores proyectos, aquellos que con tanto entusiasmo nos referiste hace poco en Madrid?

La cuestión, la magna cuestión tras la que Manolo andaba, planteábasele de improviso. Era la ocasión. Su corazón, sin embargo, encogíase ante ella. Nube de tristeza ensombreció la dulce placidez de su semblante, preñándola de preocupaciones y recelos.

La abuela cazó al vuelo aquel barrunto de interna tormenta, y saltó muy alarmada.

—En tu casa ha pasado algo, chiquito. No nos lo niegues. ¡No nos lo niegues Manolín! Mira que, si no, tu abuela se enfada. ¡Ay Dios, siempre habrá sido enredo de esa mujer!

—Abuelita ¡que no hay nada de lo que usted supone! ¡Vaya un modo de alarmarse! Y de adelantar el discurso.

—¡Anda, anda! Pues, qué, ¿no conoces ya á esta señora? La pólvora, hombre, la pólvora: ¡la propia inflamable pólvora!

—No hay pólvora ni polvorines que valgan, Juan. Cuando te digo que á este chico le pasa algo, sé lo que me digo. ¡Vamos, que si no iba yo á conocer la cepa!

—Bueno, mujer, todo lo que tú quieras. Pero para eso he suscitado yo la conversación, y para eso mismo vamos á hablar esta tarde.

—Está bien. Pues ¡que hable! Ya estamos escuchando.

—¡Ay, ay, ay! Esta viejicita no cambia; siempre tan súpita. ¡Cuántas sosonas de veinte quisieran para ellas esa viveza y esos arranques de juventud perpetua! Reguerito de pólvora, tiene usted razón, tío, dispuesto á hacer ¡puff! al más insignificante roce,—alegó Manolo, quien, como hemos visto, llamaba tío á Don Juan, y abuelita á la tía de su madre. Procuraba manifestarse alegre.

—¿Ves? Con todas esas maulerías me impacientas más. Tú quieres ocultarnos algo, luego algo ha ocurrido. ¡Habla, habla, y no seas niño!

—¡No he de hablar, abuelita? Demasiado sabe que, si peco de algo, es de demasiado franco. No, no me gustan disimulos ni tapujos para nada. ¡Yo ocultar á ustedes cosa alguna! Empiezo por confesarles que, para hablar precisamente, para hablar de cosas que á todos interesan, he venido. Con que, ¡ya ve usted, querida abuela!

—Eso me gusta á mí.

—Lo que hay es que yo no tengo que contar esos grandes acontecimientos que usted supone, porque por fortuna no han ocurrido; pero sí tengo que pedirles noticias, antecedentes y consejos que me hacen falta. De manera que en resumen ustedes más que yo han de ser los que hablen.

—Vamos á ver.

—Desde luego mi padre sigue tan metido como siempre en sus líos y compromisos políticos. Dicen muchos que algo se le nota ablandado y como distraído de ellos, pero no me fío. Cual yo mismo conocen ustedes sus tenacidades y durezas en este punto. De cualquier modo pienso trabajarle, suavizarle, y darle luego la batalla, para la que espero ayuda de todos. ¡Y veremos si logramos retirarle totalmente de esa mala vida de violencias y sectarismos! También dicen que quien ha conseguido más que nadie en este buen camino es Doña Emilia...

Paróse aquí Manolo, é hizo un silencio harto significativo: casi investigador é interrogante.

—No, no: ¡si ya sabemos que esa viuda llovida del cielo es muy lista!,—manifestó la abuela.—¡Y tan lista! Pero...

Se calló como embarazada y dudosa.

—¡Hola! ¿Ahora es usted la que se calla? Me lo presumía; todos hacen lo mismo. Mas para eso precisamente vengo yo á ustedes: para que no se callen; para que me lo digan todo lealmente, con la lealtad que se debe á la familia. No soy un niño; he llegado á la mayor edad; mi educación y mi

carrera me autorizan de sobra como hombre de mundo. No hay, pues, razón para ocultarme nada, y ustedes me van á decir en seguida qué pero es ése que se le ha atravesado á mi abuelita.

La cual quedóse muy cortada, y como pensando para sus adentros: «¡el demonche del chico!», mientras Don Juan, al compás mismo de cierto nervioso movimiento (en él característico) con que se retorcía entre ambas manos las patillas, salía al quite diciendo:

—Pues, mira tú, galán: ¡que nos preguntas lo que debías saber mejor que nadie! Pronto hará un mes que estás en casa de tu padre, y ¿qué intimidades de ella te pueden ser ya desconocidas? Como comprenderás con tu buen juicio, cuando nosotros hemos ido por allí y parado en la casa un par de días, claro es que todo ha funcionado en pie de corte y muy correctamente, pues no parece natural que en nuestra presencia dejaran de guardarse las más severas formas. Por eso, repito, que tú, hoy por hoy mejor que nadie, deberías hallarte al tanto de ese pero.

—¿Con que yo?—pronunció Manolo con acento marcadamente desanimado.—¡Pues yo no he acertado á ver más que sombras y dudas en casa de mi padre!

—Entonces, ¿qué quieres que te digamos nosotros?

—Es que, si yo vivo dentro de la casa, no llevo en cambio en la tierra ni siquiera un mes, mientras ustedes residen aquí de continuo y con me-

dios de saber [illegible]
dice.

—¡Ah, el se [illegible]
mos, por desgra[illegible]
nos falta,—ad[illegible]
rines habiase a[illegible]
animaba.

—Pues eso ya [illegible]
es lo que se d[illegible]
para gobernar [illegible]
ducta? Precisam[illegible]
ó derecha, pero [illegible]
ocultan, de modo [illegible]
de un piloto ciego [illegible]
gínense cómo he [illegible]

—Tienes mucha [illegible]
que te sobra por cima [illegible]
do el viejo, mientras la [illegible]
pación anhelante:—y [illegible]
tro deber de enterarte en as[illegible]
te toca. Pero ¡repara...!

—¡No hay reparos, tío! Vuelvo a [illegible]
ros de hombre completo. ¿Creen [illegible]
parte, que hecho de ningún género ha de arrancar en mi corazón el lazo filial que con mi padre me une? Es más: yo siento en mí el deber de ayudarle á encarrilarse en los caminos normales de la vida, allí donde la obcecación ó el error descaminado le hubieran, tanto en lo tocante á la persona como á la hacienda, á lo político como á lo privado· y ¿de qué modo podré cumplirlo, si ignoro

las desgracias ó males que al pobre le abruman?

—¿Lo ves, Juan, lo ves?—adujo la viejecita muy conmovida.—¡Lo que yo te decía! Este Manolico de mi vida es enteramente como su madre: un santo. ¿Puede darse nada más santo que todo eso que acabamos de oirle?

—¡Ay, abuelita! Tal vez, por el contrario, soy más malo de lo que puede pensarse. Pero yo espero que ustedes me ayudarán á ser bueno.

—Eso no se espera, muchacho, se toma. ¡Pues no faltaba más!,—indicó el tío cariñosamente.—¿No te hemos dicho mil veces que no tenemos *dos* hijos, sino tres? Tú eres el tercero. Y en definitiva ¿necesitas saber, para gobernarte á tí mismo y gobernar á tu padre, la opinión general respecto al punto concreto de Doña Emilia? ¡Te la diremos, hombre, te la diremos! No puede ser más terminante: que es la concubina de tu padre; que trata de sujetarle casándose con él; que cuanto trabaja en arreglar y levantar su hacienda, trabájalo como para provecho propio. En crudo. ¿Qué te parece!

Siguió prolongado silencio, hondo, denso, lleno de ocultos pensamientos tristes. Manolo inclinó la cabeza. Los viejos no respiraban, transidos de pena.

—Pero, si eso es cierto, ¡esa mujer resulta una infame?,—murmuró al fin el jóven, cual si á sí propio únicamente se lo revelase. Y pensaba sin duda en su exterior bondadoso, en el desinterés con que aparentaba desempeñar sus funciones caseras á título de beneficio devuelto, en lo evidentemente

enamorada que se le venía mostrando y dispuesta á entregarle toda su persona. Esto último le repugnaba sobre todo; parecíale horrible hasta el colmo. ¡La concubina de su padre, pretendiendo sèr su amante! Se le antojaba que, si tal fuera cierto, debía considerarse á sí mismo encanallado y maldito para toda su vida. La indignación, el asco, la canallesca burla turbáronle entonces las entrañas, y hubiera querido estar cerca de la miserable para ahogarla apretándole la garganta. Pero...

—Pero, señor, ¡todo eso puede ser verdad? ¿Quién lo sabe con certeza, con la certeza moral nada más que suele caber en estas cosas?,—declaró Manolo en voz alta, siguiendo el oculto hilo de sus pensamientos casi de un modo involuntario.

—¡Ah! Ese es sin duda el punto obscuro. ¡Vaya usted á saber!,—indicó el diplomático.

—No tanto, Juan, no tanto, como que todo se vuelva dudas y hablar de memoria. Seamos sinceros, ya que hemos empezado á ser claros. ¿Cómo puede negarse que la conducta de Ildefonso da por desgracia pábulo sobrado á sospechas que son algo más que pura malicia y murmuración? ¡Por cuántos menos motivos descreidotes como tú habéis colgado á muchos pobres señores curas enredos y relaciones ilícitas con sus amas! Que si una mujer fresca y robustota no puede menos de excitar pasiones; que si ella le mira así y asao, y le cuca, y se escurre con halagos nada católicos; que si tienen los dormitorios demasiado próximos..., y, por este orden, ¿cuánto no caviláis y rebuscáis en

vuestras herejes cabezas, donde quiera que podéis hincar el diente á las cosas de la Iglesia? Pues demasiado sabes que todo eso junto, y mucho más, existe aquí, en la manera de vivir Ildefonso y esa mujer. Si á esto agregas lo que ya se murmuraba en la época en que ella tenía el hospedaje aquel famoso en Valladolid y el padre de éste se pasaba allí la mayor parte del año; y agregas también el ascendiente inaudito que sobre él ha logrado, hasta el punto de que Ildefonso sólo por sus ojos ve y por sus consejos obra..., veraste obligado á confesar que la opinión tiene tela de sobra para cortar por donde corta. A mí me lleva y me atormenta todavía más otra cosa. ¿Ignora él estos juicios de las gentes? Nos consta que no....

—¡Que mi padre tiene noticia de tales murmuraciones?,—interrumpió Manolo entre dudoso y sorprendido.

—¡Ah, eso no lo dudes, Manolillo!,—intervino Don Juan. Tu abuela y yo lo sabemos con certeza completa.

Aquella revelación causó, por las muestras, profunda mella en el ánimo del joven, cuyo ceño se frunció sombrío.

—Eso es evidente, hijo,—prosiguió la abuelita. Pues bien; tu padre sabe eso; á tu padre no *se le* puede ocultar el perjuicio, hasta político, que le causa; y sin embargo, tu padre apecha con *todo*, y por nada ni por nadie prescinde ó se aparta de semejante mujer. ¿No prueba eso quizás más *que* nada?

La verdad es que el proceso quedaba hecho en regla. Todos callaron. Los argumentos de la señora alojados en el cerebro del muchacho, cual en su colmenar colmena de abejas, zumbábanle dentro de la cabeza, como si allí trabajasen algo y algo fabricasen, abstrayéndole por completo para aquella complicadísima labor interna. Era aquel un laberinto de hilos, tan pronto en tela sutil entretejidos, tan pronto alborotados en imposible enredada madeja. Y unas veces el concubinato de su padre resultábale visible con plena videncia que le quemaba el alma; otras veces la situación de Doña Emilia en su casa se le antojaba naturalísima, rasgo de noble caridad de parte de su protector, reciprocidad no menos noble por parte de la protegida. Se volvía loco entrecogido por aquella urdimbre confusa, cambiante, contradictoria, de hilos, de argumentos, de hipótesis, de visiones íntimas... ¡qué sé yo!

De pronto toda aquella colmena zumbadora, tenaz, enojosa levantó el vuelo, huyó, se lanzó al espacio, desapareció en un momento...

III

Voz argentina y alegre habíala espantado. Venía acercándose, cual gorjeo de pájaro que vuela, al través de las habitaciones próximas, y trinando esta cantinela:

—¿Dónde están; pero dónde están estos tunantes?

Hasta que el sonoro torbellino abrió con su propio soplo de júbilo la puerta del gabinete, y se lanzó dentro en figura de una entre mujer y muchacha, como de la misma edad que Manolo, y muy poco menos que con su misma cara, transfundida del masculino al femenino.

—¡Míralos, míralos aquí! Los hemos cogido con las manos en la masa, juntitos, tratando de la boda. ¡Ahora me las pagarás todas juntas, primo, primazo!, (sacudiendo á Manolo una manotadita en el hombro, y, luego, cogiéndole la cabeza y besándole sobre la melena). Y usted, mamá, mala madraza, viejona y feona, (aquí le da un beso que la descompone), ¡cómo se lo tenía calladito, eh? Pero no les vale, no; aunque entre en el ajo, y les ayude mi patillicas, (ahora abrazaba á Don Juan por la espalda y le estiraba cariñosamente las patillas). ¡Todo se sabe, todo se sabe!

Aquello era un huracán femenino, trastornándolo y escandalizándolo todo.

—Pero ¡qué dice esta loca de hija?—manifestaba Doña Vicenta deliciosamente aturdida, envolviendo á la recién llegada en una mirada jubilosa y entrañable.—¡Jesús!, no sé cuándo vas á tener juicio.

Todos se habían incorporado, y detrás de la alborotadora presentóse su marido, un Vargas de apellido segundo, ya talludo, pues andaría alrededor de los cuarenta, sanote él y recio, rural y labrador por los cuatro costados, de regular pasar únicamente, y [illegible] decirse, abogado.

En Campos cuantos labradores disponen de posibles para educar á sus hijos los mandan, con excepciones contadísimas, á Valladolid, y allí, ¡abogado y tente tieso! Es como fatal movimiento de la acción social instintiva. ¡Todos abogados! ¿No parecía más natural que, tratándose de labradores y terratenientes, prefiriesen los estudios de la Ingeniería agronómica? Pues no hay tu tía: ¡tijeretas han de ser! Es decir, abogados. Y no así como se quiera, pues nada más corriente en el país que la existencia de familias mesocráticas con dos, tres y hasta cuatro hijos, ¡todos recriados á los ubérrimos pechos jurídico-docentes de la Universidad pinciana! Herencia, no le den ustedes vueltas, herencia de los tiempos, no lejanos todavía, en que en España apenas había más españoles que gastasen letras que frailes y curiales.

—Sí, señor; sí, señor;—apoyó festivamente Paco Terán, el yerno de los viejecitos,—María Eugenia tiene razón. ¿Creen ustedes que no estamos enterados? No, y mejor ocasión que esta tarde para tratar de bodas, que es cosa caliente, no la conozco. ¡Vaya un frío! Va á caer una manta de nieve, de las de buten.—(Paco todavía usaba cuantas expresiones guardábale la memoria de su época de estudiante, siendo éste todo el caudal que de sus conocimientos jurídicos le había quedado).—¡Ya ha empezado!

—Pero ¿qué vienen hablando ahí de bodas estas criaturas?,—insistió la vivaracha abuelita, ya de curiosidad picada.

—¡Mamá! ¡Véngase ahora haciendo la disimuladita! ¡Ay, qué risa! Y pone la carilla esa tan de nuevas y todo, como si se fuera á desmayar. ¡Que se desmaya!, ¡que se desmaya!,—y vencía hacia atrás la silla donde la menuda setentona hallábase sentada.

—¡Quita de ahí, loquísima de Barrabás, que no tienes seso ni lo has conocido en tu vida!,—se defendió la zarandeada.

—¡Qué alegres venís, muchachos! ¿Os ha caído la lotería?,—adujo Manolo.

—Y en resumen,—intervino Don Juan, otra vez con la chispa encendida en sus ojuelos bailarines; —¿qué boda es esa? ¿Quiénes se casan? Porque yo no veo aquí ninguna chica, asi, en ocasión propincua de bendiciones.

—Anda, mi señor también (en casi toda Castilla la Vieja los yernos y nueras llaman *señores* y *señoras* á los suegros), ¡cómo se hace el desentendido!

—Vaya, vaya, basta de farsas ya, ¡hipocritones! Qué, ¿no sabemos que están ustedes arreglando el próximo casorio de este primazo mío con la Marujita Garzón?

—¡Sí, hombre, sí!,—apoyó Terán, dándole á Manolo empujoncitos en la espalda.—Con mi primita.

La consabida bomba que estalla, etc.

—¡Jesús! ¡Jesús!—vociferó Manolo, dando un salto y llevándose las manos á la cabeza.—Pero, ¡Dios mío!, ¿hasta aquí llega persiguiéndome esa

irresistible jaqueca? No, no; yo no lo resisto; me muero; huyo; me escapo á tierra de salvajes; ¡al desierto donde no haya monos siquiera..., ni monas, que me vengan con esas carocas!...

María Eugenia entretanto no cesaba de dar brinquitos en derredor de su primo, cual si estuviera saltando á la comba, y metiéndole por la cara los refrotados puñitos con este sonsonete:

—¡Rabia!, ¡rabiatée!, ¡cometée!, ¡rabia!, ¡que me lo han dicho todo!, ¡que todo lo sée!

Paco se reía como un tonto; Manolo se apretaba la cabeza en ademán de volverse loco de remate; los dos viejos no salían de su apoteosis.

—¡Vamos á ver!, ¡vamos á ver!; juicio, niña,—rompió Don Juan, al fin,—y sepamos qué infundios son esos que os habéis traído vosotros esta tarde—(dirigiéndose á sus hijos).

—Pero, ¿de veras, papá,—arguyó la joven,—no estaban ustedes hablando de esas relaciones, que ya por lo visto conoce todo el mundo en Valdecastro, entre este pillo (señalando á Manolo), y la loca de nuestra prima?

—No; de veras no,—atajó el último.—Estábamos hablando de cosas más efectivas é importantes; pero conste que también íbamos á hablar de eso. Precisamente me disponía á plantear el tema cuando vosotros llegásteis. ¿Quieres más?

Fué ahora á Doña Vicenta á quien tocó saltar en su silla, lanzándose sobre su nieto, zarandeándole los hombros, é interrogándole con los ojos muy abiertos:

—Pero, ¡chico, chico! ¿tú qué estás ahí diciendo?

Mientras su respetable esposo se quedaba con la boca abierta, como los ojos de la otra, haciendo señales de sentirse estupefacto.

—Perfectamente—prosiguió Bermejo, recogiendo todos aquellos signos de sorpresa.—¡Si á mí no me extraña que ustedes se asombren! ¡Si yo, con el que más, entro á la parte! ¡Si se trata de otro lío que se me ha armado en Valdecastro sin saber cómo, ni por qué, ni por dónde, cual llovido del cielo!...

—Pues mira, algo de esto me había yo maliciado desde esta mañana en que me lo contaron,—alegó la prima formalizándose.

—Y ahora,—continuó Manolo, no sabéis cuánto me alegro de que hayáis llegado á tiempo (dirigiéndose á los primos) para intervenir en este asunto, que quizás, mejor que otros, podáis ilustrar con algún dato.

—¿Eh?,—interrumpía la abuelita á todo esto apuntando á su marido.—¡Si decía yo que este chico tenía mucho que desembuchar!

—La cosa es ésta,—reanudó el administrativo.—Apenas llegué á Valdecastro, el mismo día creo, comenzaron á susurrar en mis oídos soplillos de que si «la Garzona», de que si yo, de que si mi ida á Valdecastro, de que si los proyectos de Garzón..., en una palabra, que era cosa convenida, no sé cómo, ni cuándo, ni entre quiénes, mis relaciones y mi boda con la hija de Don Venancio.

Pues bien, semejantes coplas que empezaron, ya se lo he dicho á ustedes, en soplillos al oído, convirtiéronse luego en viento tenaz que por todas partes me mareaba con su zumbido la cabeza, y acabaron, por último, en tempestades y escándalos que han producido hasta riñas y golpes entre la gente obrera, envenenado los rozamientos entre garzonistas y bermejistas, y á mí puesto de un humor de todos los demonios. No necesito decirles, por lo demás, que ni se me ha pasado remotamente por la imaginación dirigirme á tal muchacha, ni llegan á cinco los minutos que la he visto y hablado, ni existe, que yo sepa al menos, la más levísima base sobre qué fundar tan estupendas invenciones. ¿Por qué, pues, se mantienen? ¿De dónde han nacido? ¿En qué se apoyan? Este es mi tema, mi tormento y la pregunta que les hago á todos ustedes, para que, por caridad, me ayuden á salir de este laberinto.

—Vaya, muchacho, ¡yo creí que era otra cosa!, —manifestó la abuela la primera, como defraudada en su expectación.

—Eso es. Lo que yo había pensado,—indicó á su vez María Eugenia.—Nada de particular tiene, y no hay por qué ni te atormentes, ni te alborotes, Manolico. ¡Ay, hijo, ya irás entrando por el aro! Tú no te has criado en la tierra, y no sabes lo que son estas aldeas para tales casos y cosas. Aquí no es que se siente crecer la hierba; es que se la ve, cuando no existe.

—Todo lo que tú quieras, prima; pero no me

negarás que siempre tales invenciones, verdaderas hipótesis del vulgo, parten de algún dato que aquí no existe.

—Te equivocas, señorito. ¿No ves que los cortesanos no sabéis discurrir en los pueblos? Mira, tontín, *arrepara* (riéndose de la gracia), en que Marujilla es por su posición social mucha persona para ninguno de los muchachos que hoy en disponibilidad tiene Valdecastro; en que tú, con tu guapeza y tu señorío y tu cepa, abultas ahora como un jigantón en tu pueblo; en que los respectivos padres de los niños son al fin y al cabo las cabezas del cotarro, iguales en categoría; en que el pueblo soberano está muy acostumbrado á ver cómo esos señores juegan siempre á cabezas y contrarios entendiéndose perfectamente en el juego; en que los dos sois, por consiguiente, tal para cual; y en que... otra porción de cosas que omito, porque me da la gana. Y dime tú: ¿hay *dato* ó no hay *dato* para esos soplos, soplazos y ventiscas que te tienen aniquilado, pobrecito?

Todos soltaron el trapo á reir, y hubo hasta aplausos «para la oradora».

—Anda, anda, ¡métete con tu prima!—argumentó el papá, codeándole al argüido, y chispeándole de satisfacción los redondos y chiquitos ojos.

—Y no seas bobo, Manolín,—prosiguió ella,—algo tendrá el agua cuando la bendicen. Te advierto que aquí las gentes son zahoríes para adivinar todo lo que no les importa, y, no sé cómo se

las arreglan, pero lo cierto es, que casi siempre dan en el clavo.

—¿Puede que creas tú ahora..!,—saltó picado el cortesano.

—¡No te piques, hombre, que no creo nada! Pero ¿qué mal hay en sospechar que las cosas se caigan del lado hacia el cual se inclinan?

—¿Y qué?,—alegó Paco Terán,—¿piensas que tan mal ibas con mi prima? Pues yo digo lo que ésta (señalando á su mujer), que sois tal para cual, y que hariáis la gran pareja.

—¡Valiente feuquilla!,—retrucó el galán tomándolo á broma.

—Poco á poco,—intervino en esto la abuela;—las cosas en su punto. Ni la Marujilla es eso que tú (aludiendo á Manolo) supones, sino, tratada, una chica monísima y de lo más ángel y simpático que he conocido, ni el emparejamiento entre estos dos muchachos es cosa en que, por razones que yo me sé, puede buenamente pensarse.

—Esa es harina de otro costal, mamá, y lo que está por venir mejor es dejarlo á Dios.

—También á mí me llama la atención eso último que usted ha dicho, querida abuela.

—Pues creeros,—apuntó Don Juan,—que esta vez sabe la abuela lo que se dice.

—¡Esta es otra! ¿Por qué esa señorita y yo ni hemos de estar predestinados, ni hemos de ser incompatibles? ¡Vaya, que se han hecho ustedes misteriosos y noveleros en tierra de garbanzos!

—No, hijo, ¡si no hay misterio ni novela en ello!

VIII

METAMORFOSIS

I

Al día siguiente el temporal seguía fosco, y á la hora de misa, María Eugenia se presentó muy arrebujada en casa de su madre á manifestarla que de ningún modo había de pensarse en que saliese á la iglesia, pues, habiendo helado por la noche, «el piso estaba como vidrio, y de milagro podía andarse por la calle sin caerse. Ella rezaría por las dos, y hasta, si era preciso, oiría luego otra misa por su mamá.»

—Pero venga acá,—prosiguió una vez pegada la hebra,—¿no sabe usted la noticia, la gran noticia? Ahora sí que se va á desmayar de veras, en cuanto la oiga. ¡La Marujita Garzón está en Mauda! Ayer al mediodía vino. Cuando estábamos aquí hablando de ella, ella me mandaba un recado á mi casa anunciándonos su llegada.

—¡Hija!, ¿qué me dices?,—manifestó Doña Vicenta no poco sorprendida.

—¿La sorprende á usted? ¡Pues si supiera lo que acabo de estar hablando con ella!

—¿Ya has ido á verla?

—A casa de los tíos, por si quería venir á misa.

—¡Sí! siempre tan ejecutivas. Y luego sin apartaros la una de la otra un minuto en todo el día ¿verdad? ¡Buen par de locaris, cuando os juntáis! Y ¿cómo no ha salido contigo?

—Está malita la pobre, y no se ha levantado de la cama. El principio de la nevada de ayer la cogió en el camino, y debe de hallarse un poco constipada.

—Total, que os habéis despachado á vuestro gusto, charlando despropósitos: ella desde la cama poniéndola como reñidero de gallos, y tú en la alcoba revolviéndola toda. ¡Buena manera de sudar el constipado!

María Eugenia no cesaba de hacer señas negativas moviendo aprisa el enguantado índice, muy regordete, de la mano izquierda, entornando picarescamente los ojos, y sonriendo maliciosamente.

—¡Cá!,—insinuaba con femenil diplomacia.—¡Al contrario! ¡Hemos hablado muy bajito!

—Anda, anda. ¡Qué pueblo!

—¡Y si usted supiera!, repito.

—Sí ¿eh! Pues, mira, si vienes á contármelo, date brío, porque, si no, no vas á llegar á misa.

—¡Ay, hija, qué mal genio! Enseguida echa usted de casa. Por lo mismo no se lo cuento ¡ea!

—Bueno, bueno, ni falta. No quiero oir bobadas. Tápate bien, ¡mira que hace mucho frío!, y á misa.

—¿Sabe,—declaró María Eugenia desentendiéndose, cual si se hubiese callado, de las advertencias de su madre,—por qué ha venido la Marujita á Mauda? ¡Vamos, adivine! Aunque se vuelva tarumba, ¡no atina!

—Toma, porque su mamá le ha dado permiso.

—¡Permiso!; (ahuecando la voz y poniendo las pequeñas manos casi en forma de embudo, cual para hacer revelación importantísima); ¡porque se lo ha mandado! Como si dijéramos, que la ha echado de su casa.

—¡Búh!, ¡locona! ¡Cuidado, que decís disparates gordos, cuando os ponéis! Eso, ¡ni en broma!

—¡Aguarde usted, aguarde usted, persona mayor, que ya se irá enterando! Pues, sí señor; la Marujilla ha sido desterrada de Valdecastro por su señora mamá, ni más ni menos que...

—¡Ea, ea, niña, basta de atrocidades!

—¡Porque quiere evitar que ni por casualidad se trate con mi primo Manolo, ni se visiten, ni se vean siquiera!

—¡Puede?,—manifestó aquí Doña Vicenta, de pronto enganchada en el interés de la conversación.

—¡Como lo oye! ¿Le parece á usted majadería por el estilo? Y no ha valido que Marujilla le haya dicho que á ella qué la importa, que ni se acuerda de Manolo ni de su sombra, que...

—Pero, ven acá, criatura. ¿Cómo es eso de mandarla á Mauda, separándola de todo contacto con Manolo, cuando Manolo está aquí?

—Pues, ¡ahí verá usted! ¡Si tiene una gracia!... Manolo salió de Valdecastro para Valcorba, y Doña Presenta cree que en Valcorba se halla todavía para volver en seguida á su casa, según se lo ha asegurado el sobrino Fidel Larrea.

—¡Habráse visto!

—No, si esto es permisión de Dios, para castigar semejantes fantochadas. Pues ¿quién se habrá creído aquella santísima señora que es mi primo, algún judío sin bautismo ó diablo con uñas? ¡Bah! Le aseguro á usted que por eso mismo me alegraría que los chicos se gustasen y se quisieran, y yo propia voy á hacer todo lo que pueda por que eso suceda, ¡hombre!

—¡Te librarás muy bien! ¿Vuelves á desatinar?

—¡Toma, si ya se lo he dicho á la Marujilla, que está aquí mi primo! Y ¡poco que nos hemos reído! ¿No comprendes que esas bobadas de su mamá no merecen otra cosa? ¡Pobre Maruja! Esa no es manera de tratar á una hija tan buena como ella. Por supuesto, ¡mira qué mal! En Valdecastro se aburría de lo lindo, y aquí, con todas las amigas, ¡poquito que nos vamos á divertir!

—La verdad es, niña, que me parece cosa de cuento. ¡Calla por Dios! Pues, ¡mira que cuando lo sepan tu papá y tu primo!

—Como que no me vuelvo á casa sin decírselo yo misma. Así que salga de misa, aquí me tienen

ustedes, y, puesto que entonces ya estarán levantados, ¡púm!, se la suelto. ¡No, si no es broma! ¡Si no paro hasta que los dos chicos se quieran! Mire usted, á la Marujita ya le he hecho una pintura de mi primo, ¡vamos!, que la he vuelto loca. ¡Ah! y le he insinuado que á mi parecer á estas fechas está algo interesado el guapo mozo! Verá usted, mamita, verá usted lo que nos tenemos que reir. Pero, ¡calla! (escuchando). El último toque; va á salir el cura. Me voy á escape. ¡Adiós, adiós, viejucha, fea!, (dándole sonoro beso). ¡Hasta después de la misa!...

Y cumplió su palabra. A la media hora estaba de vuelta, y con su padre y con su primo, ya levantados, armaba el jaleo de Dios, comunicándoles la noticia, proponiéndoles mil graciosas monadas, y amenazándoles con tales barrabasadas, bromas, proyectos y escandaleras, que no había sino despedirse del sosiego para siempre, y resignarse á vivir sin punto de reposo.

Por supuesto, á Manolo le declaró solemnemente novio oficial de «su protegida» la Marujita Garzón, prometiendo al despedirse, para ir en busca de su marido, hacer muy pronto la presentación en regla.

—¡Ah! Y ¡cuidado!,—terminó, cuando se alejaba, volviéndose rápidamente y bajando la voz;—¡cuidado con irse del pico en lo de las intenciones de Doña Presenta! Es un secreto que sólo á mí ha confiado Marujita, y que nadie, ni siquiera la familia, sabe, más que ustedes.

Y escapó riendo como una tonta.

II

El temporal dió un cambiazo. Al pasar de Enero á Febrero suelen barruntarse en Castilla anticipos de primavera con ráfagas templadísimas del suroeste entreveradas de chubascos ciclónicos y calmas espléndidas. Esto había acontecido ahora, con lo que el deshielo de la nevada fué rapidísimo, y la temperatura subió hasta hacerse andaluza ó levantina.

Muy oreado ya el piso, Don Juan y Manolo decidieron salir por la tarde á ver el campo, paseando á pie. Apenas se habían echado fuera de casa, oyeron que en otra próxima los llamaban con grandes voces y risas. Era la de Paco Terán, quien, desde una galería muy bien orientada y rodeado de su mujer María Eugenia, de su prima Marujita Garzón, y de su suegra, la propia Doña Vicenta, que acababa de pasar á verles, tomaba el sol y bromeaba con la compañía.

—Mirad quiénes pasan á la vera de nuestra casa, chiquitas. De seguro van á dar un paseo,—dijo de pronto Paco, que había visto á sus dos parientes.

—¡Eh, eh, caballeros!,—chillaron las jóvenes, alborotadas al descubrirles;—¡alto ahí!; ¡arriba todo el mundo, que aquí hay más compañía!

Y no tuvieron otro remedio los salteados sino echarse arriba con sus huesos.

Salieron á recibirles á las escaleras las dos diablejos, y con solemnidad cómica condujéronles á

la galería donde se encontraban la abuelita y su yerno, haciendo allí como que los presentaban teatralmente. María Eugenia prosiguió imperturbable:

—Y ahora me toca cumplir con mi obligación y con mi palabra. Presento á usted, Marujita Garzón, á mi primo y su futuro contrayente Manolo Bermejo, muchacho guapísimo, de nobles prendas y brillante porvenir; y á usted, Manolo Bermejo, á su futura consorte, Marujita Garzón, la niña más retemona, más retebuena y más retemala que han conocido los nacidos en esta tierra de garbanzos. Anteayer prometí á usted (dirigiéndose á Manolo) esta presentación, y queda cumplida.

La verdad es que, aun cuando el hecho fué realizado con pronunciadísimos caracteres de broma, la índole de ésta, los antecedentes que ya conocemos, y el mismo audaz escopetazo de la terrible prima entrecortaron á Manolo, quien, sin saber qué hacer ni por dónde tomarlo, limitóse á saludar cortés y risueño. Pero héte que la Marujilla, correspondiendo con su cómica acción á las palabras cómicas de su amiga, adelántase hacia el joven, tiéndele la preciosa miniatura de su blanca mano, y exclama, cual si remedase á la dama joven en un drama.

—Soy muy dichosa al contemplarme en frente del elegido de mi corazón y rendirle todo mi alvedrío.

Siempre su esclava seré
y mi amor le rendiré...

—¡Bravo, bravo, bravo! ¡La corona, la corona!, - gritaban María Eugenia y Paco entre palmoteos, risas y alborozos, mientras Don Juan desternillábase talmente, y la viejecita se llevaba las manos á la cabeza, hacía mil visajes de asombro, y sin cesar exclamaba:

—¡Qué locos, qué locos, Dios mío! Estos hijos no tienen juicio, ni respeto, ni nada.

—¡Ea, queridos!,—continuaba entretanto María Eugenia bendiciendo á los valdecastreños,—ya tenéis los dichos y las primeras bendiciones. Ahora arreglároslas como podáis para llegar á las segundas, que es lo difícil. No os lo han de dar todo guisado y comido.

—¡No, si yo no me vuelvo nunca atrás de lo que digo! Ya sabes lo formal que soy, —declaró Marujita, y soltó una de sus carcajadas más graciosas, como gorjeo de calandria alborozada.

—¡Vaya, vaya!, lo que á mí me ocurre es,—saltó Don Juan retorciéndose con júbilo las patillas, —que á nosotros nos habéis llamado para acompañarnos en el paseo, que lo mejor de la tarde se marcha, y que, si queréis venir, vamos andando, y, si no, nos caminamos solos.

—¡Sí, sí, vamos todos!—gritaron alegremente las dos amiguitas, poniéndose en demanda de sus mantillas, y colocándosela acto seguido á la abuela.

Con lo que estuvieron listas, y se echaron, en efecto, todos á la calle, y de la calle al campo, lleno de luz, de calor y de jubilosa alegría, gracias á aquel anticipo de humor primaveral que

llovía del cielo y se exprimía de la tierra en forma de irradiaciones vibrantes y cálidos efluvios.

Lo notable es el trastorno con que caminaba en el paseo el buen mozo valdecastreño, todo aturdido y sin saber qué le pasaba, siquiera lo disimulase apelando á los mayores esfuerzos. Allá hondo, muy hondo, la conocida voz de los diálogos interiores, mientras él por la parte de afuera atendía á hacer los honores á sus acompañantes, íbale sin cesar murmurando con la palabra de su otro yo oculto y dialéctico:

—Pero, señor, ¿qué transformación es ésta? ¿O he vivido yo en Babia hasta este momento? Esta muchacha me ha parecido, las dos ó tres veces que con sus padres la he visto, fea, cursi y simple; y, la verdad, ahora me resulta encantadora, espiritual, el colmo de la gracia... Sobre todo, espiritual... ¿Dónde se ve en Castilla tipo como éste?... ¡Jamás observé en mi vida dualismo cual el de semejante criatura!... ¡Si son dos, dos Marujas diferentes! Al lado de sus padres..., de su madre singularmente, un gusarapillo tonto, deforme, que se arrastra torpe por el suelo; libre, un diablín con alas, monísimo, punzante, que vuela siempre y se escapa entre no sé qué atmósfera vibradora y luminosa. ¡Cosa más rara!. . Podría pensarse que en el fondo de todo esto sólo había una naturaleza hipócrita... Pero ¡no! Se ve clara la espontaneidad de su alma en ambas situaciones. Son éstas más bien las que lo explican todo. ¡Un caso de compresión... psíquica! Evidente. Esa Doña Presenta

coge al diablín alado entre las manos, le comprime, le ata los élitros..., y cae al suelo como un escarabajillo gris, estupidín y reptoso: es la niña boba. La libertad le devuelve el alma genial, le desata las alas..., y la espiritual mariposa, cambiante, aérea, llena de ingenio, reaparece: la joven encantadora y brillante. ¡Eso es, sí, eso es!... Pero me desorienta sobre todo ver cómo cambia, cómo materialmente se transfunde su físico. ¡Confieso que no creía yo que la expresión pudiera trastornar hasta extremo tal una fisonomía! Todos los días está uno aprendiendo cosas nuevas. ¡Si su cara me había parecido hasta ahora la de una lechucita triste, á quien su madre mantenía con el aceite sagrado del santuario! Y en este momento la voy mirando, y no la conozco. ¿Qué mármol vivo cual ese mármol? ¿Dónde unas curvas ondulantes como las curvas de ese cuerpo alado? ¿Cuál gracia ingeniosa y parlera como la gracia de todas esas líneas finas y apuntadas que componen su rostro? ¿Quién ideará unos ojos con la luz espiritual que irradian esos ojillos vibrantes, cual chispa del sol vitalizada? Aun el total de su masa menudita armoniza milagrosamente con la expresión general de ligereza radiante, acentuada en todo su sér... Maravilloso encuentro en esta tierra vasta y densa... ¡Qué sorpresas tan desacordes, tan inopinadas, tan ilógicas esconde la realidad! ¡La realidad!...: un genio monstruoso, malévolo, burlón, ocupado eternamente en chafarnos el ideal y... reirse de los proyectos matemáticos de nuestra

lógica... ¡Está bueno esto!... ¡Yo, que me retiraba del servicio .. y me escapaba de Madrid y Barcelona, buscando sumirme en la nada gris de esta tierra muerta..., y ahora resulta que en tal rincón con apariencias de mar petrificado, me saltean y entrecogen olas y tormentas dotadas de energías jamás por mí sentidas!... ¿Qué es la voluntad humana, la voluntad de un pobre espíritu, ante la voluntad aplastadora de... de eso..., del gran mundo... de lo desconocido!... ¿Y qué?... ¡Valiente tontería... darme á mí ahora por lo subjetivo y metafísico! ¡Bobada! No hay nada mejor, ni tan cómodo, ni tan hermoso, como el principio activo que va encerrado en este dicho frecuente de mis paisanos: «¡sea lo que Dios quiera!» Así como así ¡parece que todo se empeña en salirme á mí trompeta! ¿Que esta chica se me aparece de repente como un diablín peligroso?... Hombre, ¡qué bien! Adelante... Procuraré tenerme, y... si caigo..., ¡nada, la de mis paisanos: será lo que Dios quiera!...

III

Aquella noche Manolo se acostó mal humorado, presa de hondísima preocupación, obseso por el diálogo interior que, inmergiéndole en los vagos círculos de su conciencia, penosamente retorcidos hacia una penumbra sin fondo, secuestrábale siempre que algún choque contra la realidad disonante le atormentaba con sus desarmonías dolorosas.

Recalentados los espacios internos con la vibración pasional que le agitaba, poblábansele de innúmeras cambiantes fantasías, creación del mundo en los ámbitos caóticos del ensueño. Pero ni el sobreexcitado cerebro dormía, ni la sangre fatigada daba vigilia á los exhaustos miembros, quedando el espíritu en esa hipnosis intermedia y mal definida entre los umbrales del claro vigilar y del obscuro dormir.

Brotes de esbozos, vegetaciones de confusas líneas, fermentos de animadas sombras, con siluetas imposibles é instables formas, iban acá y allá surgiendo *velut ægri somnia* y llenando los horizontes del delirio. De pronto aquellas difuminaciones se condensaron, é interminable legión aérea de menudas lechucitas, poco mayores que saltamontes, apareció batiendo calladamente el aire. No tenía fin el vuelo de aquellos pajaritos nocturnos, que se extendían en colas inmensurables, como la de cometa negro por la infinitud de un cielo de tinieblas. Pasaban, pasaban, sin terminar nunca, dirigiéndose hacia lejano templo ojival, transparente, y dentro iluminado como ascua de oro. La torre encendida rasgaba las sombras de la noche en forma de altísimo flamero que tocaba en la luna: una luna macilenta y opaca. Hasta allí subía la legión volátil, y, en llegando al florón del remate, por una lucerna que en su base abríase comunicando su claridad con la claridad de la indecisa luna, iba sumiéndose en lo interior del templo. La lucerna se tragaba á millaradas las noctur-

nas aves, y todas desaparecían dentro, como río interminable que interminablemente el mar se sorbe.

Manolo percíbía perfectamente, al través de los transparentísimos muros, el fondo de las elegantes naves, y observaba que allá, cerca del suelo, la claridad convertíase en sombría penumbra. Estaban desiertas y parecían no tener fin. En obscuro ángulo se hundía extensa capilla, cuyos ámbitos se antojaban más tenebrosos todavía y solitarios. Hacia allá descendía, volando, volando, la inagotable bandada de menudas lechuzas, y no paraba hasta posarse en el último y más extremo rincón, á un lado del altar.

Allí colgaba mortecina lámpara que alumbraba apenas severo pilar, sobre el cual resaltaba gótica hornacina con su capitel y su ménsula alojando animada estatua de piedra. Al pie, sobre tallado reclinatorio y en actitud de adoración perpetua, se veía una lechuza de más que natural tamaño, pero con no sé qué milagrosos atisbos de persona.

El corazón de Manolo comenzó á latir violentamente, cuando se enteró, en hondo religioso terror penetrado, de que aquella estatua de piedra viva era ni más ni menos que Doña Presenta, y la semihumana lechuza, Marujita Garzón. Las propias Marujita y Doña Presenta. Leve chispa de razón protestaba en Manolo de aquel absurdo; pero la intensidad del trabajo interno cerebral sobre sus propias y anteriores proyecciones se imponía al

cabo, y el aturdido Bermejo se rendía á la evidencia subjetiva. ¡Aquel pájaro nocturno, sí, era la «Garzona» hija! ¡Y aquella estatua que se movía, y aun impacientaba á veces, la «Garzona» madre! ¿Qué duda tiene? ¿No lo había él conocido desde el primer momento? ¡Ah, cómo no estaba equivocado; cómo la santísima esposa de Don Venancio resultaba, en efecto, según siempre había dicho, pétrea imagen religiosa de una catedral; cómo su medioboba y ruinzuca hija venía á ser lo que siempre pensó, un ave nocturna, una lechucilla de las que pasan las noches en derredor de las lámparas del templo!

Y ¡él, que lo había dudado! ¡Qué tontería! ¿Lo había dudado? ¿De veras? Pero ¿por qué?; ¿cuándo? ¡Dudar! Bien claro estaba, sin embargo, todo aquello. ¡Ahora sí que quedaba convencido! Lo estaba viendo. La estatua, la madre, miraba, miraba sin pestañear al pájaro sagrado, á su hija, y le absorbía en sus pupilas insondables de piedra viva, le hipnotizaba, le comprimía... El pobre animalito, ante aquella mirada encadenante, se inmovilizaba, y se achicaba..., se achicaba..., cual un corazón á quien la pena encoge, hasta convertirse en otra lechucita tamaña á las de la legión innúmera que bajaba volando de lo alto, sin acabar nunca, y sumiéndose siempre, como sombras desvanecidas, entre las tinieblas que rodeaban reclinatorio, lámpara y estatua.

Aquel espectáculo triste, lúgubre, siniestro, penetró súbito de hondísimo duelo el corazón de Ma-

nolo, que se deshacía en compasión efusiva hacia aquella alma eternamente encadenada á la inmovilidad sagrada y á la sagrada sombra. Se moría de pena ante aquel obscuro martirio. Un mar de lágrimas acudíale á los ojos..., y no brotaba; quería estallar en amargos sollozos..., y no salían.

—¡Pobre pajarito, lechucita mía!, (lloraba por dentro el dolorido), ¡qué desgraciada eres! ¡Siempre sumida en el templo! ¡Siempre encadenada al altar! ¡Sierva de esa mirada sagrada que te ahoga, inmoviliza y tortura! ¡Animita en pena! ¿Por qué te resignas? ¿Por qué rezas... rezas eternamente? ¿Por qué no vuelas y huyes? También tú tienes alas... y vida... y un alma... ¡Huye!... ¡Vuela!...

Y de tal manera el corazón se le deshacía, que las lágrimas rebosábanle sin freno posible, y el velo de ellas le obscurecía la vista hasta anulársela por completo. Nada veía. Ni nada quería ver. ¿Para qué, si aquel duelo carecía de esperanza? ¡Nada! ¡Nada! ¡Llorar y más llorar!

—¡Huye!... ¡Vuela!... ¡Pajarito!..., sin cesar sollozaba...

Sintió no sé qué reflejo de luz sin vibraciones atravesarle el velo de lágrimas despertándole la pupila, y un cierto aleteo como de alas de terciopelo acariciarle la frente y las mejillas. Apartóse la mano del corazón cuajado de pena, y comenzó á latir presuroso, libre, despejado de sombras. La tristeza resolvíasele en melancolía, y la melancolía en dulce placidez... Miró en derredor...

La noche habíase convertido en día; el vaho

tenebroso, en lúcido barniz de oro que esclarecía los objetos; los fantasmas vagos y difusos, en difusas iluminaciones como de frondas aéreas y praderas celestiales. Lo más notable era que cuantos esbozos de cosas peregrinas y raras lograba percibir, no sin algún esfuerzo, ofrecíansele en metamórfosis permanente, de suerte que nunca aparecían el mismo objeto, sino á cada momento otro diferente, sin parar nunca. ¡Qué mareo! Sin embargo, resultaba alegre. Allí se respiraba. Allí se podía ser lo que se quería. ¡Oh, amada libertad, albedrío de vivir, gusto de cambiar, huir, volar, evolucionar siempre!..

Desde un nimbo de oro que pasaba se desprendió nívea mariposa que vino hacia él volando. ¡Jesús, qué belleza de criatura!; ¡qué gracia de sér alado!

—¡Psiquis!... ¡Mira, Psiquis!

¡Calla! ¿Quién hablaba junto á él? Volvió los ojos, y vió una figura como de mujer enlutada, totalmente cubierta de un velo, con dos ojos como dos ráfagas eléctricas que le atravesaban: una vestal negra y ardiente. La reconoció al punto. Era Doña Emilia.

—¡Psiquis!... ¡Mira, Psiquis!,—volvió á decir, apuntando con mucha gracia á la mariposilla.

La miró, en efecto, la miró mucho, se quedó absorto, abstraído, cual si todo su sér se hubiese concentrado en el sentido de la vista, perdiendo la noción de cuanto le rodeaba. El insectillo alado, verdadero cromo luminoso que irradiaba los más

varios fulgores como un iris volante, ostentaba en sus alas dos puntitos brillantes y negros cual dos ojuelos animados. Con ellos miraba á su vez á Manolo, y parece que le saludaba y hacía guiños de inteligencia, sin cesar de volar, siempre volando y metamorfoseando el cromo cambiante de sus colores luminosos.

—¡Ya! ¡Ya te conozco, niña mía!,—comenzó á decir Manolo para sus adentros.—¡Mira dónde apareces ahora! ¿No estabas, hace poco, yo no sé dónde, en un pueblo muy feo y muy triste, y eras un pajarucho tan triste y tan feo como el pueblo? Sí, bien veo que no eres Psiquis; eres la Marujita Garzón. Pero ¿por qué no te habré conocido antes? ¡Tonto de mí! ¡Figurarme que eras un animalín sandio y fúnebre, y eres, velay, un geniecillo espiritual, un sér alado y luminoso que te confunden con Psiquis...!

—¡Si lo sé que la has conocido! No te vale disimular, no, ni hablar para dentro. ¿Crées que á mí me engañas? Ya veo cómo la miras, y cómo la hablas, y cómo en el hablar y en el mirar le trasmites tu alma entera á esa Garzona indecente, que piensa marearte con sus vuelos y revuelos. Pero déjate..., ahora verás qué pronto acabo de una vez con todas esas gracias hipócritas...

Y la vestal negra y ardiente, que era quien tal decía, saltó en forma de escarabajo del propio color, y enganchó entre sus antenas á la mariposa, que quedó presa, palpitante, muda de dolor.

¡Qué horror! Aquello era un espanto, una cosa

terrible. La mariposilla, machacada y deshecha entre la repugnante tenaza del escarabajo, iba soltando el corazoncito, el almita, los ojitos, y todos se los enviaba á Manolo con un dejo de tristeza cariñosa que parecía la aceptación de un sacrificio resignado. Por último soltó las marchitas alas, y... todo se desvaneció en la sombra caótica.

Sólo quedaba el corazón del pobre Manolo latiendo otra vez violentamente, ahogándose, comprimiéndose, queriendo estallar sin poder moverse... Realizó un esfuerzo supremo, y se despertó de un salto, oyendo la mimosa voz de la abuela, que decía, mientras abría las ventanas por donde se colaban en la habitación oleadas invasoras y vibrantes de un sol espléndido:

—Muchacho, muchacho, ¿qué es eso? ¿Te has puesto malo? He entrado dos veces á observarte, pues tardabas tanto en despertar, y estabas inquieto y desasosegado. Ahora mismo te quejabas. ¿Qué te pasa, hijo? ¿Has dormido mal? Acaso la cena...

Manolo habíase incorporado en el lecho, y aparecía pálido, con ojeras, presa de esa melancolía irremediable que dejan, al despertar, las pesadillas enojosas.

—Sí,—manifestó aún alterado,—tal vez la cena... He dormido muy poco.

—¡Vaya, Dios mío!; tú estás malo de veras. ¡A ver, dame las manos!,—repuso la abuela más alterada todavía, apoderándose de las del joven y estrechándolas entre las suyas.

—¡Que no, abuelita, que no! No tengo nada.

¿Qué he de tener?—Y, sacudiéndose, despabilábase el joven por completo, y se sonreía, con lo que le volvía la sangre y la color al semblante ya restaurado en su natural compostura.

—De veras; me habías asustado. Péro no, las manos están frescas; no debe de ser nada. Un poco de mal cuerpo, y pare usted de contar.

—¡Quiá, quiá! Verá usted en qué dos por tres me visto, me doy un baldeo, y tan campante. ¡Vaya un día delicioso!

—Sí, hombre; si está ahí tu primo Paco á buscarte para iros al campo, y quiere además proponerte el que preparéis, si el tiempo se asienta definitivamente, no sé qué merendola de todo el día con medio mundo. Allá te lo explicará él. Ya supondrás: infundios de las chicas, que quieren, por lo visto, tener un día de gran broma... Vaya, te dejo. Arréglate pronto ¿eh? No tardes que el chocolate te espera.



IX

BROMAS QUE SE TORNAN VERAS

I

Mediado había Febrero, y el tiempo, algo cambiante al principio, acabó en serenidad talmente olímpica, pues no parece sino que el un día famoso, hoy burlado, coro de los Dioses, trasladárase desde el resplandeciente Olimpo al no menos luminoso cielo de Castilla, según los azulísimos velos de éter que le vestían, el flamero radiante con que Febo desde su carro de oro le alumbraba, la sonrisa divina que en su semblante de eterna belleza reflejábase, y la compostura y templanza verdaderamente sagradas, como de inmortal empíreo, que al través de sus augustos horizontes resplandecían. Tanta pompa celestial no podía menos de conmover las entrañas, aun muy duras de pelar por estas tierras, de la ya nombrada Cibeles; tanto que los trigos y cebadas tempranas andaban formando tupidas praderas asurcadas; la savia de árboles y arbustos, donde los había, removíase,

desentumeciendo troncos y ruborizando ramas; los inocentones almendros, presumidos siempre y confiados, adelantáronse, ¡tontos!, á vestirse las níveas galas de sus flores como colegialitas que á su primera comunión acuden; y media creación de bicharracos de las más varias castas y raleas, de esos cuyo nombre cristiano se perdiera sin duda en castigo de haber ayudado á la serpiente engañadora y para colmo de pena recibieran de los sabios las cacofonías que su humillación remataron, unos feos, otros raros, bellísimos otros; tales que se arrastraban, cuales que volaban; con plumas, con pieles, ó con escamas; grises ó coloridos, pequeños ó grandes; desde los tordos y gilgueros hasta las lagartijillas, saltamontes y limacos... había comenzado á sacudir la invernal pereza, asomar el morrito por el ventano, y agitarse por todas partes como familias que emprenden el desestero y se disponen á poner las casas en pie de verano.

¡Sí, sí, ya se lo dirían de misas á los madrugadores! ¡Valiente palo les esperaba! Los tales trigos, arbustos, árboles y animaluchos son unos estúpidines que nunca aprenden los refranes de los hombres machuchos, é ignoran siempre que, si «en Febrero busca la sombra el perro», los amos «hasta cuarenta de Mayo no se quitan el sayo.» De modo que no escarmientan, se fían de las dos semanitas valencianas ó andaluzas que, no sé á qué ton, ofrece todos los años (rarísimos falta), el *chico* Febrero á la vetusta Castilla; figúranse que aquí

como allá todas serán ya glorias hasta otro año, y luego... ¡María santísima el escabeche que se arma, en cuanto se avecina Marzo y el terrible murciélago que desde la helada noche polar viene por la parte del Nordeste batiendo entre sus alas de demonio mortíferos cierzos les echa encima un segundo invierno, cien veces más asolador y temeroso que el de Diciembre y Enero! ¡Allí es el encogérseles á todos la perilla del ombligo, el escabullirse cada cual por donde puede á los antiguos buracos, el volverse á soterrar los trigos, cuajar la savia, desnudar los almendros, desparecer las alimañas de mil varias especies, y aterir, en fin, el mundo entero, cual de la muerte salteado! Una devastación propiamente cósmica, cual en pocos aledaños del globo se conoce, más alevosa por ser germinicida, y más triste por cambiar en un solo punto nidos en sepulcros y auroras de vida en noches de muerte. Todos los años en su seno fúnebre quedan no menos de dos tercios de la fauna y de la flora anual castellanas...

Porque sabían que aquellos regalos del tiempo serían nada más flor de unos cuantos días, María Eugenia y Paco, organizadores de la fiesta, habían dispuesto no demorar la de campo que traían en proyecto, fijándola para el dieciocho, cumpleaños de la abuelita Vicenta, y andaban atareadísimos con el cuidado de tan magna empresa. Tenían acordado se celebrase en un monte muy frondoso, propiedad de Don Juan, y distante obra

de una legua, no bajando de treinta, entre viejos maduros y gente moza, el número de los asistentes, personas todas ellas de las principales familias de Mauda.

El día les amaneció espléndido, continuación del mismo temporal sereno y templado. A las nueve rompieron la marcha unos siete ú ocho coches de toda especie: familiares, antiguas carretelas encapotadas, un fiacre y dos tílburis, la mayor parte tirados por recias parejas de mulas, libradas aquel día al yugo del arado y dadas una mano de aseo para este efecto, siendo asimismo mozos de labranza los automedontes. Todos los vehículos iban hasta los topes, y unos tras otros, más ó menos distanciados, echaron por amplia y herbosa cañada, de las de la Mesta, que hasta el propio monte conducía. Llegar allá y saltar de los respectivos carruajes alborotada multitud de los de sangre caliente alborotándolo todo, fué acto de una sola pieza. El matrimonio Paco María Eugenia y su mamá Doña Vicenta, que estaban allí desde la tarde anterior haciendo preparativos, salieron á recibirles, y se ganaron la gran ovación.

La finca era hermosa de veras: uno de esos montes castellanos de jaras y carrasca que, á principios de siglo en grandes extensiones, hoy en cada día más menguados corros, rompen la monotonía de la extensión arval terrosa, escueta é ilimitada. La mayoría de los pocos que van quedando son pobrísimos y entecos, ya por la esterilidad del terreno donde se asientan, ya por lo excesiva-

mente bajo y ruín de las matas, ya por lo áspero y marchito del suelo, ya por la mal entendida ó avara explotación que los castiga y desmedra, ya, en fin, por todas estas causas juntas. Pero hay excepciones, y ésta era de las más insignes.

El terreno que en efecto servía de pié al monte de Don Juan estaba formado por una mancha arenosa y blanda, cama suavísima no menos á los pastos del suelo que á los plantíos del vuelo; tanto que todo él podía cazarse ó pasearse en zapatillas ó chinelas como por muelle alfombra. La cual precisamente por la época en que el íntimo festival campestre se celebraba estaba hecha un colmo de suavidad y encanto con su verdegueante matiz tocado de las más varias tonalidades, con sus característicos perfumes de tomillo, romero y salvia, con su riqueza de especies herbáceas, todas de mayor substancia que tamaño. Las matas, parte de roble y parte de encina, eran un prodigio de frondosidad exuberante y elevadísimo desarrollo, no faltando, en los robledales sobre todo, bastantes piés de monte alto. Trechos había en que el matorral se convertía en bosque verdadero con ese solemne aspecto de umbría y misterio que tan poderosa sugestión naturalista suele ejercer sobre los espiritus románticos.

La casa era grandísima, de muy antigua construcción, con ciertos dejos monumentales, restos sin duda de algún vetusto convento ó monasterio que en aquel sitio se levantara un día. La parte destinada por los dueños á sus habitaciones no ca-

recía de comodidades, y toda ella estaba rodeada de tenadas y corralizas para leña y ganado, ambas cosas muy abundantes en la finca.

Habían decidido, para disfrutar mejor de los perfumes del monte y de los efluvios solares, unos y otros tan gratos y tónicos, tener la comida al aire libre, al cual efecto Paco escogió cerca de la casa, y entre denso círculo de copudos matorrales, un corro de monte, que no había más que pedir por lo ameno, escondido y bien trazado á la intención campestre-banquetil de aquella algazara. Allí con todo linaje de cómodas coqueterías pusiéronse las mesas, adornáronse, y sirviéronse que ni las de Camacho.

II

María Eugenia, que era el mismísimo diablo tentador y tenía por máxima para estas bromas evitar á todo trance la división de plaza (decía ella en su lenguaje siempre pintoresco), de modo que no se arremontonasen los hombrones á un lado y dejasen á las pobres mujeres á otro hechas unas aves frías, había, en concepto de directora y con mandato imperativo, emparejado artísticamente á los celebrantes «en indisoluble lazo, para todo el día, y en forma de no desunirse un punto las parejas ni para el viaje de ida y vuelta, ni para la comida, ni para cuantos juegos, paseos y bromas en el monte se moviesen:» empresa que dos noches antes y en un tertulión de todos los expediciona-

rios convocado expresamente en su casa había servido ya de materia á chistosa ceremonia de casorios, que les divirtió é hizo reir de lo lindo. No hay que decir que, muy enterada de esta sociografía maudense, puso buen cuidado y exquisito tino en concertar á todos los novios con sus respectivas novias, siendo ésta una de las salsas, y aun tal vez finalidades, más principales de la fiesta. Y, ¡qué casualidad!, Marujita y Manolo eran los dos únicos muchachos del concurso que no tenían ni novio la una, ni novia el otro, con lo que ¿cómo no los había de emparejar á los pobrecitos sólo por esta circunstancia negativa? Nada más natural. ¡Y que la llamasen luego pillina á la tal María Eugenia!

Por supuesto Marujita, que en punto á diabluras dábale quince y raya á su amiguita, (y esta armonía diablesca en volubilidades, travesuras y regocijos había sido la principal causa de su amistad fraternal y entrañable), comenzó desde el primer momento á llevar por delante la broma de su papel, saliendo disparada, así que su compañero le fué deparado, con risotaditas y chillidos monísimos:

—¡Bien, bien, bien! ¡A mí me ha tocado el mejor mozo! A mí me ha tocado el mejor mozo¡ ¡El más guapo! ¡Fastidiaros todas, fastidiaros! Y la que tenga envidia que se rasque.

Y tomando familiarmente el brazo de Manolo, saltaba de contento, y como que le presentaba orgullosa á la reunión entera. Lo más notable era

que en todo aquel jubileo de la donosísima chiquilla apenas cabía discernir dónde estaba la guasita fina, si la había, dónde, supuesto existiese, el toque de sinceridad ingenua y terrible que á lo mejor solía poner, y todos lo sabían, en sus explosiones para hacer lo mismo un epigrama que un elogio.

Ambos por el camino, obedeciendo las estrechas prescripciones de la dictadura marieugeniense, fueron muy uniditos, y, apenas echaron pie á tierra, la niña hubo de agarrarse del brazo del doncel para presentarse así, cual todas las demás parejas, en la casa, donde la terrible María Eugenia hizo su primera brevísima recepción, soltando enseguida el vuelo, á fin de que se esparciese por el monte, á la impaciente bulliciosa pajarera.

¡Qué explosión de alegrías juveniles desatóse en un momento por los antes silenciosos ámbitos del bajo y tupido bosque! ¡Qué desencadenamiento de albedríos! ¡Qué expansión naturalista de los comprimidos espíritus! Todos corrían por todas partes escondiéndose, buscándose, persiguiéndose. Chillaban unos, cantaban otros, no había quien no lanzase por alto la voz como en signo involuntario de tomar posesión plena de su libertad en aquel momento. Los ecos llevaban de seno en seno al través de los círculos del monte aquel estruendo humano que invadía con su desasosegador tumulto la paz augusta de naturaleza. Los conejillos empinaban azorados sus orejas y saltaban á po-

nerse cerca de las bocas; bandos de perdices corrían temblando de mata en mata á colocarse en defensa, ganando el pica-viento opuesto del monte; mil pequeñas lagartijas abandonaban alarmadas la perezosa puesta al sol que con sus efluvios las embriagaba y apercibíanse á ocultarse entre las raíces; tal cual raposo esquivo, que andaba al acecho, arrancábase como alma que se lleva el demonio, y no paraba, asustado, hasta poner muchísima tierra por medio...; y á este tenor todo era turbación, escándalo, y alarma en los antes quietos serenos espacios de aquellos carrascales selvosos.

—¡Un conejo! ¡Un conejo!,—gritó Marujita.—Yo misma le he visto. Ha salido de esta mata, y se ha escondido en ésa de delante.

—Puede que sean visiones, chiquita,—retrucó María Eugenia.—Ó acaso te habrás visto tú misma en algún espejo.

Todos se echaron á reir ante aquella sutil comparación entre el arranque de los conejos y las salidas siempre inesperadas de la Marujilla.

—¿Tienes espejo?,—continuó interrogándola cariñosamente la otra.

—¿No lo sabes?,—respondió vivamente la aludida.—Mírale; aquí le tienes. ¿Te gusta?

Y señalaba á su acompañante Manolo Bermejo.

—No le hagas caso, prima,—rechazó éste.—¡Para qué quería yo más día de fiesta, si ella se mirase en efecto en este espejo!

—Pues ¡más que decirlo...!

—Es no hacerlo.

—¿A que vas á conseguir, mal caballero, que tu dama se ponga triste? ¡Con tantos cuidados y ahogos como sobre mí tengo! Y que si yo cojo la murria, no hay quien me resista,—arguyó la garzonista.

—Eso es verdad, Manolo,—apoyó María Eugenia.—Tu damita es un huracán de risas; pero, si le da la pena, ¡adios mi dinero!, el mundo entero ha de vestirse de luto. Por fortuna eso ocurre una vez al año ó... al bienio; pero ¡procura, por Dios, primo, que no sea hoy!

Habían quedado los tres separados, entre unas frondosas jaras, de la masa que allá se oía chillar y alborotar cual ruidosa tromba.

—Haré los imposibles,—declaró Manolo,—para no ser displicente á este encanto de paisanita mía. ¡Todo, todo! Incluso sacrificarle mi vida, para que ella se divierta. Ya lo sabe. Ella es mi dueño; yo, su esclavo. No tiene sino dar gusto á su voluntad, y aquí está la mía ansiosa de convertirse en el objeto de su deseo...

—¡Primo, primazo! (era ésta muy frecuente muletilla que empleaba María Eugenia para dirigirse á su pariente, á quien como á hermano adoraba), ¡que te escurres! No creía yo que habías de adelantar tanto en tan poco tiempo para enamorarte de esta mocosilla feucha que no vale lo que costó el acristianarla.

—Pues te has equivocado. Y que yo no hablo en broma, sino serio y muy serio. Esta niña mo-

nísima ha acabado conmigo. Yo ya no soy más que lo que ella quiera que sea.

—¿Lo ves?, declaró de pronto, poniéndose seria, la mimosa. Ya siento, con todo eso, que me va á dar el ahoguito. ¡Qué desgracia, mujer!

—¿Soy yo la causa?,—arguyó el joven.—No se hable más entonces. ¡Hasta ahí soy capaz de sacrificarme! Me muero, pero me sacrifico. Puesto que hago mala sombra, desaparezco.—É hizo ademán de marcharse.

—¡Alto ahí!—saltó vivamente Marujita, apoderándose de un brazo del muchacho y deteniéndole.—Usted, señorito, se está aquí conmigo, cumpliendo con su obligación y sufriéndome. Si me da la basca esa ridícula y fastidiosa, me la aguanta, y en paz. ¿Cree usted que no hay más que escaparse?

Lo que le pasaba á Manolo con todas aquellas encantadoras volubilidades del graciosísimo geniecillo, inocencia preñada de peligrosas ingenuidades, jubilosidad vibradora de las más extrañas travesuras, era que se volvía loco, que sentía á cada momento más rendida su alma, su admiración, su amor ante aquella inopinada criatura que le trastornaba el espíritu, le esclavizaba la voluntad y le conmovía hasta las entrañas con emoción intensa y crisis profundísima. La salida de sujetarle y retenerle á su lado sin disimular el interés ó el gusto que por ello sentía, infundióle sobre todo secreto goce, y le colmó de inefable alegría.

—¡Vaya, vaya!,—alegó María Eugenia;—no ha-

gáis el bobo, chiquitos, y á divertirnos todos cuanto podamos, que para eso hemos venido al monte.

Y como en aquel instante volviera á echarse encima el ciclón bullanguero envolviendo á los tres desperdigados en su tromba, Marujilla sintió sobre la punta misma de sus nervios el golpe de aquella contagiosa alegría colectiva, y, saliendo disparada, se unió, seguida de Manolo y María Eugenia, al torbellino con la nerviosidad, animación é ingenio en ella característicos. Momentos después alguien daba la voz sacramental:

—¡A la mesa!, ¡á la mesa! La comida está lista.

Y no es zalagarda la que armaron aquellos estómagos vívamente estimulados con él ajetreo de toda la mañana, con el aperitivo de las montesinas brisas, y con la propia entonadora alegría que les excitaba cuantas energías asimilatrices se esconden en el cuerpo y en el alma.

Decir que la comida resultó igualmente apetitosa para cada uno de estos dos tradicionales componentes del sér humano no tiene gracia, porque de sobra se supone: para la materia, pues todos los manjares se excedieron á sí mismos en bien condimentados y sabrosos, agregándoseles de plus la primera de todas las salsas, la del hambre; para los espíritus, pues á la amenidad del sitio, á la alegría del sentimiento colectivo, á las mil satisfacciones de aquel festival campestre, unía cada cual los más dulces gustos particulares, ora de ex-



pansión, ora de enamoramientos, ora de abandono y olvido momentáneo de las pesadas cargas de la vida.

La Marujita Garzón estuvo hecha la mar de vaivenes en las alternativas de desenfrenada nerviosísima alegría y desmayadas tristezas ó melancólicos ensimismamientos, cual si en su interior se produjera crisis penosa ó extraño desequilibrio. Ya más de uno había notado «que algo le pasaba.» En cuanto á Manolo, irradiaba interno júbilo, y su contento expresábase en todas las formas posibles. Manifestóse hablador, expansivo, deseoso de complacer á cuantos le rodeaban. Fué el primero en hacer los honores á las damas; realizó, trinchando, apartando y sirviendo, filigranas nunca vistas en aquellos vetustos campos góticos; sazonó cuanto hizo con la sabrosa salsa de mil dichos ingeniosos y sin fin de anécdotas, cuentos, sucedidos, usos y costumbres madrileños, barceloneses ó parisienses atinentes al caso; mostróse, por último, en todo á la altura de la reputación de instruído, culto y hombre de mundo que en la comarca gozaba.

Pues ¿y cuando, levantados los manteles, pidió de nuevo la sangre joven, con mayor necesidad ahora que antes, la expansión de los ejercicios físicos y los deportes agradables? ¡Los juegos, agilidades, gracias, combinaciones de habilidad y enredos de astucia que él pudo proponer y enseñar! Todos estaban encantados, y á su inagotable facundia acudían siempre, como á autoridad de maestro, para que les abriese iniciativas y les



resolviese problemas, sin que una sola vez hubiesen acudido en vano.

Así se agotó la tarde, y, sintiéndose sedientos, decidieron, para evitar el relente del crepúsculo, retirarse á refrescar á la casa, donde María Eugenia, merced á los hábiles auxilios de su inagotable primo, dispuso, en menos que se reza el credo, un ponche-limonada con sin fin de mejunjes y golosinas tan fino y exquisito que le valió ruidosa ovación al hijo del ex-diputado valdecastreño. Atemperada la gente y en magna sala acomodada surgió naturalmente el deseo de juegos menos campestres y más sedentarios, como los de prendas, algo de música y... el indispensable golpe de baile.

¡Imagínese si no habían de acudir también para la iniciativa de tan interesantes pasatiempos al probado saber y consumada pericia del valdecastreño! Tanto más, cuanto que, todo hay que decirlo, sabía mostrar su superioridad y maestría con tan simpáticas formas que, lejos de ofender, seducía. Y en verdad que en este rato más que nunca realizó inesperadas maravillas.

Aparecieron al punto dos buenas guitarras que prodigiosamente punteaban dos muchachos amigos de Manolo, los cuales, bajo la inspiración de éste y combinándose con mucha gracia, improvisaron un verdadero concierto. Pero pronto se prestó á cantar el propio Manolo, acompañado de los guitarristas, y ¡aquello fué agotar el repertorio zarzuelesco entonces más en boga, tanto del género chico como del grande! Por último, el fami-

liar concierto subióse á mayores, y el joven Bermejo cantó, muy bien concertado por uno de los guitarristas, tres ó cuatro *cantábiles* de ópera que volvieron loco al auditorio.

Porque ¡cómo cantaba el bendito muchacho! Ya hemos dicho que el timbre de su voz, hablando, era de los que tienen ángel. Pues cantando, más: una de esas voces que, sin cuerpo suficiente para cantar de veras, alcanzan no sé qué sonoridad media con texitura casi de tenor, casi de barítono, pero en tan afinado timbre, tan maravillosa acentuación y tan eufónicas tonalidades, todo ello hijo de arte más espontáneo que adquirido, é instintivo que meditado, que, oídas fuera de pretensiones y solemnidades, logran los efectos más portentosos y causan á veces impresión profunda. ¿Quién no ha escuchado alguna en su vida y no la recuerda con emoción sincera?

La de Manolo resultaba en esta clase un milagro, siéndolo completamente el reproducir determinadas escenas é imitar la voz de los grandes artistas. Así, cantando y accionando zarzuelillas y operetas, sólo al compás de las guitarras, sacaba de quicio á todos aquellos muchachos y muchachas, viejos y viejas, que se imaginaban estar oyendo los propios pasillos zarzuelescos en los teatros pincianos y á las compañías de los Maximino Fernández y los Dalmau, que por entonces privaban. Pero, cuando la emoción llegó á su apogeo fué al cantar el *spirto gentil*, aquella famosísima y luego manoseada romanza de *La Favorita*,

por aquellos tiempos recién rediviva merced al arte único de Gayarre, y convertida en verdadera obsesión de todos los *dilettanti*. De los presentes sólo dos ó tres habíansela oído en Madrid al gran tenor, y los demás sabían de ella las referencias portentosas que por todas partes se ponderaban. Por eso, cuando Manolo prometió reproducirla «con la propia entonación en pequeño, estilo y manera que el inmortal cantante», la expectación del auditorio se convirtió en anhelo admirativo é impaciente. El efecto fué extraordinario, tanto más, cuanto que los dos ó tres afortunados que habían oído el original, mostrábanse los más entusiasmados, y no se cansaban de asegurar que aquello era propiamente oir al mismísimo Gayarre. A continuación, y para muestra de la flexibilidad de su voz, entonó la también famosa romanza de barítono «*A tanto amor*» de la propia ópera, imitando estilo y manera de Kaschman, el artista que mejor la interpretaba por aquellos días, y no sino con más fuego y más pasión y mayores encantos eufónicos que la anterior resultó dicha. La malicia propia de la ocasión y ciertas furtivas quizá involuntarias miradas del cantante á la garzonita, llevaron al ánimo de todos la idea de que la tal romanza para ella había sido cantada, y de que *aquello*... (*aquello* consistía en el noviazgo de los dos muchachos) era «cosa hecha.» Por lo demás, el entusiasmo de los concurrentes no tuvo límites, y mil vitores y ovaciones fuéronle tributados á aquel elegante y habilísimo Manolo, que

«todo lo sabía» y que realmente excitaba en alto grado la admiración de aquellos sencillotes señoritos de aldea.

Por último llegó el momento de bailar un poquito, y en un Jesús improvisó unos rigodones, valiéndose de dos ó tres parejas que los sabían y de unas instantáneas lecciones hábilmente repartidas, con lo que colmó el contento de la gente joven. Con otra parejita recién llegada de Valladolid y acompañando él á Marujita bailó también el primer *pase à quatre* de que se tiene memoria en el país y que tuvo un éxito loco.

En estas se presentó María Eugenia, y ordenó con su graciosa voz de mando:

—Niños, basta ya de baile. La hora del regreso se acerca, y hay que cenar un poquito, á fin de cobrar ánimos para el viaje. Con que á la mesa, que ya se halla dispuesta.

III

Habíanse levantado todos de la cena, y la orden de que «fueran enganchando» acababa de darse á los cocheros. Pero ¡qué noche hacía!

Serían poco más de las ocho. La luna llena, destacándose sobre un cielo limpísimo, plateaba con perspectivas de ensueño todo el monte. No hay serenidad augusta cual la grave serenidad de aquellos ámbitos en aquella hora. La atmósfera, pasada la primera irradiación crepuscular, había recobrado la placidez del día con temperatura

dulce y tibia, casi tirando á cálida, que hacía pensar en un preludio de verano.

El espectáculo conmovió á todos, y encalabrinó los fáciles deseos á gozar de sus bellezas y placeres.

—Es muy temprano todavía,—protestaba aquí y allá la gente joven;—no tenemos prisa. ¿Quién se va con una noche como ésta? ¡Al monte, al monte todos, á dar un paseo nocturno y celebrar la cena!

Y la sugestión de naturaleza ataviada en aquellos extraordinarios encantos era tan viva, que todos, jóvenes y ancianos, aceptaron por unanimidad la idea, y en el acto la practicaron, desparramándose entre aquellos fantásticos círculos y avenidas.

—Deseaba vehementemente hablar aparte con usted, Marujita, y Dios ha escuchado mis ruegos, deparándome esta singular ocasión,—manifestó Manolo á su parejita, luego que ambos, paseando quedo, se hubieron separado discretamente, como tantos otros, de la masa común.

—¡Ay, por Dios, Manolo!; no me hable ahora con solemnidades, que no estoy para eso. Créame, me siento muy malita; no sé qué tengo; y, si sigo en pie, es por hacerme la valiente.

—Pues de eso mismo quería hablarla. ¿Qué tristeza se ha apoderado de usted? ¿Qué contrariedad la aflige? ¡Usted que es el mismo júbilo y la propia gracia en persona!

Marujita que, á todas luces, sufría en aquel instante violenta crisis, no pudo más, paróse ago-

biada, volvió rendida la cabeza, y... sintióse salteada por un mar de lágrimas que le brotaron de los preciosos ojuelos. La emoción de Manolo fué profundísima, al notarlo. ¡Cuánto hubiera dado por poder beberla aquel dulcísimo brote de su agitación íntima! Tanto más, cuanto certero instinto murmurábale muy callado, con oculto júbilo que vibraba en las propias entrañas, que toda aquella hondísima expansión sentimental hacia él, no hacia otra parte, iba dirigida.

—Vamos, sea usted juiciosa, Marujita, y no me haga sufrir al verla en esa conformidad,—alegó Manolo muy grave y mimosamente, después de pequeño silencio.

—Tiene razón,—repuso ella, reaccionándose con violento esfuerzo;—soy una sosa que no sé retirarme á tiempo, cuando conozco que voy á estorbar. Dispénseme, Manolo, dispénseme.

—¡Que va usted á estorbar!,—arguyó él con viveza.—Veo que sigue usted en las mismas, y acabará por hacerme sospechar si soy yo la causa de su disgusto.

Nueva crisis de la diablín desolada. De repente torna á cortarla con acto de suprema voluntad, y, vuelta hacia el joven, exclama como quien adopta una resolución:

—¿Quiere usted prestarme un favor, Manolo?

—Un favor sólo, no; sacrificarle mi vida entera, sí.

—Bien, bien. Mil gracias; con toda el alma, mil gracias. Ahora todo lo que de usted deseo y espe-

ro es esto: que por esta noche respete mi trastorno, mi indisposición.., lo que sea. Pero desde mañana puede hablarme é interrogarme cuanto le plazca.

Se encontraron en aquel instante con varias parejas que venían también á dulces pláticas entregadas, y poco después se dió la voz de partir con los coches ya dispuestos. Y no hubo más.

IV

Al oscurecer del día siguiente, la abuelita Vicenta hallábase sentada á la camilla de su gabinete y como en actitud de espera. El matrimonio había comido sólo, pues Manolín, como la ancianita le llamaba, estuvo invitado en casa de su prima María Eugenia, quien, según barruntos de la mamá, tuvo asimismo sentada á su mesa á la Marujita Garzón.

—¿Qué diablos de enredos serán éstos?,—murmuraba la viejecita, visiblemente preocupada.—Esta hija mía está siempre maquinando con el propio Barrabás.

Don Juan había salido, hacía un ratito, y ella permanecía sola, entregada á enojosas cavilaciones.

De repente sintió llamar á la puerta, é instantes después presentóse en la habitación la propia María Eugenia, muy presurosa y azorada. Se sentó, respiró fuerte, y enderezó á su madre la interpelación siguiente:

—¡Cuánto me alegro encontrar á usted solita! Tenemos que hablar de cosas graves.

— Ea, ya pareció aquello. No creas que las tenía todas conmigo, mucho menos con lo que ayer observé y adiviné.

—¡Si todo se redujese á eso! Mas lo peor es que ya están los moros en la costa.

—¡Vaya, por Dios, mujer! Explícate y sabremos qué moros son ésos.

—¡Un pico, mamá, un pico! Pero no adelantemos los acontecimientos, como dicen los novelistas. Quiero, ó mejor, necesito decírselo á usted todo, para que nos ayude lo que pueda, porque esto se ha puesto muy malito.

—¡Qué criatura esta! Tienes, como nadie, el don de alterarme y ponerme en cuidado. ¡Acaba de una vez, y habla claro!

—Empiezo por confirmarla lo que ya sé que usted se ha sospechado: Marujita y Manolo se han enamorado mutuamente como dos romanticones. Se lo han descubierto y declarado el uno al otro; ha habido llantitos de la niña, transportes del doncel, juramentos de ambos..., ¡qué sé yo! Eso ha sido como un estallido repentino é inesperado. Lo que empezó en pura broma ha concluído en drama patético, y hay que trabajar para que no se desenlace en tragedia.

—¿Ves, ves las consecuencias de tu loco afán por chancearte de todo y con todo? Pues ¡espera ahora la que se arme!...

—No, ¡si ya está armada, mamita! ¡Qué lío!

¡Qué lío! En parte me pesa, sí; pero en parte no me pesa. ¡Pobres chicos! ¿Por qué, si estaba de Dios que se quisieran, no se habían de querer? Y lo que yo digo: ¿dónde hay parejita como ésa, tan mona, tan igual, tan simpática? ¿No es un pecado contra la ley de Dios oponerse á su unión y separarles?

—¿De manera que es ya un hecho la relación entre esos dos muchachos?

—Toma; ¿no se lo estoy á usted diciendo? Eso ha sido más que venir el diablo y soplar; ha sido el incendio de un relámpago. ¡Claro! Mi primo se puso ayer tan guapísimo, tan tentador y tan de ángel, con sus monadas y habilidades sin cuento, que la pobre chiquita, tan nerviosilla ella y sensible para todo, se trastornó de mala manera, cayó como una tonta, y se entregó como una cuitadilla. La verdad es que el chico es encantador, ¿verdad, madre? ¡Qué primazo! Veo que tenía usted razón, y que por esos mundos de Dios se ha hecho todo un hombre, cual se ven pocos. ¡No, pero la chica que se lleva vale también un valer, y...

—¡Ya, ya estás descarrilando! ¡Cuidado que hablas siempre sin asiento! Parece que te falte un sentido. Pues ¿acaso piensas que no hay sino coser y cantar para Manolín llevarse esa chica, como tú dices? Verás, verás, en cuanto se entere su madre, á quien ninguno conocéis como yo la conozco. ¡Verás la que se arma!

—Pero ¡si repito que ya se ha enterado, que ya está armada!

—¡Criatura!, ¿qué dices?

—Lo que usted oye, mamita, (con mucha seriedad y pena). Hace un momento se ha presentado Doña Presenta, toda alterada, en casa de sus hermanos. ¡Y gracias á que Marujita acababa de llegar poco antes de mi casa, donde ha comido, acompañada también de Manolo y explicándose ambos después ampliamente, que era lo que yo deseaba! Bueno, pues, como le digo, Doña Presenta se ha venido de Valdecastro hecha un basilisco á llevarse á su hija y secuestrarla sabe Dios dónde, porque, según parece, ayer mismo le han dicho que Manolo estaba en Mauda, que hablaba con Marujita, y que teníamos un día de campo al cual habían ambos acudido. ¡Imagínese cómo se habrá puesto la santa! Y eso que no sabe la verdad, ni mucho menos, creyendo tan sólo que los chicos, si han hablado, lo han hecho con la indiferencia de siempre. ¡Excuso decirla lo que ocurriría si se enterase de la verdadera situación de las cosas! Por eso yo le he dicho á Marujita, á quien acabo de hablar un instante,—por cierto la pobre llena de congoja,—que conviene disimular á todo trance, ocultar á la buena señora sus amores, y... esperar por el pronto. ¡Dios abrirá camino!

—¡Jesús, Jesús, qué liornas! No, no sabes en la que te has metido. Todo eso hay que deshacerlo, María Eugenia. Confío en Dios que será puro pasatiempo de los chicos, y que, según les ha entrado en veinticuatro horas, lo olvidarán en otras veinticuatro. De otro modo, ¡créete!: no sé lo que sucedería.

—Me asusta usted, mamá. ¿Qué puede ocurrir aquí más que la oposición de una madre? Lo cual todos los días lo estamos viendo, sin que por eso se hunda el mundo. Como los chicos se quieran á ley, la señora, ¿qué remedio?, tendrá que sucumbir y pasar por el aro, como otras tan buenas como ella han sucumbido y pasado. Todo será, pues, andar un poco de mal camino, y, luego, ¡vida y dulzura! Al fin y al cabo, ya usted ve, señora, nuestro Manolillo no es ahí ningún grano de anís para echarle tan en saco roto. ¡No faltaba más!

—Cuentas galanas, hija mía, que ¡ojalá te salgan! Pero mucho me temo que vengan al revés. Hay demasiadas espinas por medio para no quedarnos clavados en alguna de ellas. La fama de republicanotes y descreídos de los Bermejos, la política de Ildefonso, tan en contra de la del americano, ó, si quieres mejor, de Presenta, la misma situacion medio quebrada de la hacienda de mi pariente, en fin, la presencia de esa Doña Emilia en la casa y sus relaciones sospechosas con él, las cuales tanto dan qué decir, según sabes, dificultades son que, cayendo en ánimo tan tieso y resuelto como el de la santa, no han de allanarse en un dos por tres. Y aun, allanadas, ¡no sé á dónde las cosas podrían ir á parar estando ella por medio!

María Eugenia guardó silencio. Había inclinado la cabeza, y su hermoso semblante, de ordinario tan regocijado, mostraba bien en las sombras tristes que le velaban cuán profunda mella produ-

jeran en su ánimo las reflexiones de la viejecita.

—No sé por qué,—murmuró,—sospecho que esta última circunstancia ha de sernos más fatal que ninguna otra, dado el carácter de Doña Presenta. Pero ¡señor! también mi tío Ildefonso ha de ceder algo en beneficio de Manolo. ¡No todos los días se tiene un hijo como él!

—¡Ceder tu tío Ildefonso! Bien sabes lo buenazo que es, hasta pasarse; pero eso de ceder en nada, cuando á ello se ve cohibido por cualquier circunstancia, lo veo más difícil todavía que ningún otro arreglo. Hay que conocerle, como yo le conozco.

Nuevo silencio caviloso y triste.

—¿Y el pobre Manolo? ¿Qué piensa hacer?,—interrogó la abuela.

—También he hablado con él después del suceso. Está contrariadísimo, como puede usted suponerse, y lleno de pena. Según me ha dicho, ¡es natural!, piensa volverse á Valdecastro, donde le llaman quehaceres, conferenciar allí largo con su padre, tentar los vados que pueda, y... ¡ver por dónde sale la cosa! ¿Qué va á hacer!

—Te digo, que la empresa es muy difícil, no sólo para ahora, sino, si se venciese en esta primera parte, para luego. ¡No sé, no sé!

—Vamos, mamá, no ponga las cosas de tan negro color. Habrá que vencer obstáculos, ¿quién lo duda?, mas al fin todo ha de arreglarse. Lo verá usted. Y si ayuda cada cual un poquito, nos saldremos con la nuestra, y aun creo que nadie quedará descontento.

En aquel instante entró Don Juan, de vuelta de su paseito, y, como convenía reservarse por el momento hasta tener un plan que les sirviese de guía, ambas damas mudaron de conversación, quedándose á la expectativa.



X

EL BÁLSAMO TRAS LA HERIDA

I

Marujilla, con esa doble vista que da la pasión sobreexcitada para adivinar obstáculos, comprendió que, si su madre descubría el verdadero estado de su ánimo con respecto al hijo de Don Ildefonso, estaba perdida. Su alejamiento y secuestro serían seguros. Esto la aterró, y, por aquello de que el miedo guarda la viña, infundióle fuerzas para disimular. Y tan á maravilla lo hizo que, auxiliada por el ciego amor que su padre le profesaba, el cual temblaba hasta enloquecer con sólo pensar en que de ella le separasen, logró prevenir el peligro, y en Valdecastro permaneció, aunque muy recluída y vigilada por el Argos materno. Entretanto

su perpetua incomunicación con Manolo atormentábale el alma entre tormentos inenarrables, los cuales encendían más y más la pasión por causa de ellos irritada. Dos meses próximamente hacía que no le había visto sino de lejos, ni le hablara sino por dos ó tres cartas furtivas que milagrosamente lograron pasar en sigilo y con buen éxito la terrible frontera aisladora: ¡cartas inolvidables, ecos del sentimiento dolorosamente comprimido en el fondo de aquellos espíritus martirizados!

Por su parte, Manolo no gozaba punto de sosiego. Sufría tanto como la cautiva, y, obligado á discurrir medio de acercarse á ella, sufría más aún al no encontrarle. Sentíase rodeado de enemigos. ¡Todo lo temía de ellos! ¿Qué sucedería, si aquella situación de disimulo, gracias á la cual habíase parado el golpe con que Doña Presenta amenazara, se descubría? La perspectiva de este probable contratiempo llenaba de esquivos recelos el ánimo del joven hasta el punto de no atreverse á confiar en nadie.

Un día en que había vuelto á casa sumido en hondas preocupaciones difícilmente disimuladas, y como todavía no hubiese llegado su padre, á quien esperaba, quedó el maltrecho aterrado ante la interpelación, á boca de jarro, de la excapitana. Ya él venía notando, desde su vuelta de Mauda, con cuán muda, intensa y vigilante insistencia, más que observarle, le acechaba, á estilo de explorador salvaje.

—¡Pobre Don Manolo!,—insinuó con su dejo

querencioso.—Es usted muy desgraciado, bien lo veo. ¿De qué le sirven sus disimulos? Para otros, tal vez de algo; para mí, de nada. Y lo que más me llena de tristeza es verle luchar con un imposible. ¿Cree que, si yo pudiera ayudarle, no lo hubiera ya hecho? Aun faltando á todos mis deberes.

Manolo se tapó rápidamente. ¡Allí estaba el principal peligro! Bien había visto cómo la pasión de la terrible andaluza hacia él creciera cada día, y cómo sus celos reconcentrados trabajaban sin cesar ocultos. Por eso, aunque sentía contra ella invencible repugnancia y aun animadversión decidida, ocultóselas prudente.

—No sé por qué me dice eso, Emilia,—contestó con visible extrañeza.—Que tengo motivos familiares para estar preocupado, es cierto, y tampoco los oculto; pero que llegue por ellos hasta la categoría de desgraciado, eso sí que no es verdad. Ni tanto ni tan calvo. De cualquier modo, ya sabe cuánto le agradezco sus buenos sentimientos hacia mí.

La mirada de ella, intensa, fija, observadora, preñada de mudos reproches, no se separaba de él un momento, cual si quisiera atravesarle y desleirle en sus rayos la conciencia entera. Después de un instante de silencio, se lanzó resuelta:

—¡Ay, Don Manolo! Cuanto más quiere hacerse el secreto, más se vende; cuanto más pugna por mostrarse indiferente, mayores señales da de la perdición que le acongoja. ¡A mí qué me viene con disimulos? ¿No ve usted que yo lo sé todo?

—Muchas gracias,—repito,—por su interés.

—¿Por mí interés!

—Sí: por el que se toma, enterándose de cuanto me concierne.

—Siento que lo interprete en tan desfavorable sentido para mí; pero ha de tener entendido que lo que yo sé no fué solicitado, sino entregado.

—¿Y cómo puede entregarse lo que no existe?

—¡Manolo, basta de comedias! (con voz opaca y vibrante). ¡Qué! ¿puede usted negarme á mí todo lo ocurrido en Mauda? ¿El día aquel de campo en que dió la batalla y venció por completo? ¿La noche alumbrada por la blanca luna en que la alegre niña se le rindiera lacrimosa? ¿La comida del día siguiente casa de su prima María Eugenia, donde mil protestas y juramentos dejaron para siempre sellado el amor que á usted y á ella embargaba? ¡No, señor mío, no! Le repito que ante mí no valen disimulos. Yo, además, leo en su conciencia, conozco cuánto sufre, y no ignoro la pasión que por esa chiquilla..., ¡perdóneme usted...! por esa señorita, le consume. Y me apena, sí, contemplar cómo se empeña en un imposible, y cómo ese afán tras el cual corre, pudiera ser, de realizarse, su perdición, la perdición de todos.

De buena gana el hijo de Don Ildefonso hubiera puesto término á aquella escena, saltando sobre la intrusa y apretándole la garganta entre sus manos hasta ahogarla; pero reflexionó que una violencia cualquiera, no ya de obra, de lenguaje, descubriríale convicto y confeso, cayendo en el lazo que tal vez para tal efecto se le tendía. Se

resolvió, pues, á seguir indiferente y á negar á todo trance, fuese cualquiera el efecto obtenido.

—Está visto que han de perseguirme esas habladurías hasta el último momento. ¿Qué le voy á hacer? Recuerde lo que le dije, hace tiempo, la vez primera que me habló de este asunto cuando apenas conocía á esa señorita. Eso mismo le digo hoy. Pero ¿quién es capaz de poner un freno á tantas lenguas como en esto se mueven, sabe Dios con qué miras?

En aquel momento Don Ildefonso llegó de la calle, y la conversación quedó cortada; mas no sin haber enseñado á Manolo dónde tenía quizás el más temible enemigo de sus relaciones con la infeliz cautiva de Doña Presenta: enemigo del que, más que de ninguno otro, habría de guardarse.

II

A la hora misma en que la anterior escena ocurría casa de Bermejo, Don Fidel Larrea, Pedro Villalobos y otro sujeto, joven aún y de intermedio pelaje, penetraban en la bodega del primero, y tomaban posesión de la habitación subterránea que ya conocemos. Era el último un abogado más, en Valdecastro, de la clase de los rurales, con mayores necesidades que medios, casi sin hacienda conocida fuera de la de sus parientes, vividor á salto de mata, cuñado de Larrea, y, por la virtud de tal parentesco, juez municipal de la

villa. El bueno de Remigio Plaza actuaba de instrumento incondicional á las órdenes del famoso secretario, siendo, en concepto de tal, uno de los más metidos en la harina de sus fechurías y chanchullos.

Apenas estuvieron sentados, Larrea se fué á fondo.

—Falta poco más de un mes (manifestó), para las elecciones municipales, y, como sabéis, estamos muy mal; no podemos estar peor. Me consta, además, que las intenciones del condenado Herrezuelo son como suyas, preparándose para buscarnos á todos el bulto; y, en cuanto á Don Ildefonso, se empeña, como es natural, en tomarse la revancha. He tentado el vado, y ni uno ni otro quieren arreglo ninguno, hallándose decididos, porque saben que han de sacar mayoría, á que haya votación. Con esto me tienen más alarmado todavía las noticias que de Madrid recibo, todas contestes en que para el próximo otoño, una vez cerradas las Cortes, ni Romero será ministro de la Gobernación, ni el propio Cánovas estará en el poder. Si tales temores se realizan..., ¡no respondo de lo que pueda sucedernos!

Profundo silencio siguió á este tremendo introito. Alcalde y juez municipal parecían corroborar con él la realidad, harto reconocida por ellos, de aquellas terribles amenazas. El primero, aturdido, se fué derecho á poner el dedo sobre la llaga:

—Y ¿no hay modo de hacer que se aprueben

nuestras cuentas antes y con antes en la Diputación?

—Pero, ¡Pedro!, ¿no ves que tu gestión de alcalde no termina sino con este Ayuntamiento, esto es, hasta el 1.º de Julio!

—Bueno; ¿y mandándolo el gobernador?

—No sea usté bruto, tío Villalobos,—intervino aquí Plaza.—¿Cómo el gobernador ha de mandar que el mes de Junio termine el veinte de Abril ó el quince de Mayo?

—Es verdad,—murmuró Larrea.—Por ahí no existe salida, ni yo veo otra que la de ganar á todo trance las elecciones. Vosotros diréis si se os alcanza alguna.

—¿Y qué opina Don Venancio?,—apuntó Villalobos, que era el más desasosegado.

—Mi tío,—contestó Larrea,—nada puede opinar en esto, pues ignora, y debe ignorar siempre, nuestros compromisos en las cuentas. Ayudará cuanto pueda para la elección; pero, si se pierde como tantas otras, creerá que todo queda reducido á un fracaso más en el orden político.

Por todas partes se les cerraba el horizonte á aquellos pejes.

—¡Si discurriésemos algún arbitrio para no ser derrotados dentro de un mes!,—insinuó el juez con cierta timidez interrogativa.

—A mí,—declaró el secretario,—se me ocurre uno, uno sólo, ya se lo he dicho á Pedro: que Don Ildefonso no luche, ó bien, deje de ponerse al frente de los suyos. ¡Es mi tema, y lo he de conseguir!

—¡Conseguir que Don Ildefonso no luche en las próximas elecciones?,—arguyó el cuñado en el colmo de la extrañeza.

—Sí, hombre, sí. Tenemos un arma, y poderosa, para trabajarlo, hoy en disposición mil veces más favorable que ayer: el enamoriscamiento de los dos chicos, de Manolo y de Maruja. Si favorecemos al primero, podemos obtener en pago y mediante su influencia la abstención del padre. ¡Figuraos si la permuta les tendrá cuenta!

—¡Fidel!—interrumpió alarmado Plaza;—¿y tú vas á consentir esas relaciones? ¿Y vas á meter con tus propias manos á un Bermejo en casa de tu tío? ¿Qué será entonces de tu influencia en ella? ¿Qué será de tu misma administración de la Dehesilla, que te da de comer como ningún otro de tus recursos? (La Dehesilla era el coto y monte adquiridos de la testamentaría de Osuna por Don Venancio, finca no explotada directamente por él, sino cedida á su sobrino en muy cómoda colonía para éste.)

—Calma, Remigio, calma. ¿Me muerdo yo el dedo acaso? Entre ayudar *ahora*, y hasta que las elecciones sean nuestras, al lavativero, para que siga entretenido con mi primita y se consienta cuanto hay que consentir, y dejarle después que se salga con la suya, falta mucho camino que andar. Lo que nos sobran son medios de hacer tronar las relaciones. ¡Mientras nos viva mi tía Presenta, imaginaos! Pero entretanto es preciso jugar el todo por el todo é ir hasta las últimas, para hacerle

comprender al muchacho que su casamiento con mi prima depende sólo de la actitud de su padre en las elecciones, puesto que la paz por él ofrecida desarmaría la resistencia de mis tíos y su oposición á la boda. ¿Comprendéis?

—Ahora ya entiendo, Fidel, ya entiendo. Y te diré más; que me parece la trama urdida como por tus mañas. Es verdad: ó eso, ó nada; y desde luego te digo que de mi parte he de poner cuanto pueda para secundar tales planes,—manifestó Remigio Plaza.

—Está muy bien, está muy bien,—declaró á su vez Villalobos;—ya se lo he dicho á usté, Don Fidel. Pero á mí me queda siempre para mis adentros, que á Don Ilefonso no se le caza asín como se quiera.

—Tampoco te lo niego, Pedro,—alegó Larrea;—y por eso presumo que no será fácil la empresa, y habrá necesidad de llegar á grandes extremos. Pero yo también conozco á Don Ildefonso, y sé que, si logramos poner las cosas en punto de que él llegue á persuadirse del enlace de su hijo y de su emparentamiento con mis tíos... esto ha de quebrar completamente sus rigores políticos. Ya lo sabéis vosotros también: tiene la debilidad de la familia como nadie.

—Eso sí es verdá, Don Fidel, y lo mismo digo una cosa que digo otra. De modo que ¿qué hay que hacer entonces pa echar por donde usté dice?

—De vuestra parte, y por ahora, dejarme á mí.

El asunto es muy delicado, y necesito llevarlo yo personalmente. Ya os iré enterando de todo, á fin de que viváis dispuestos para ayudar en lo que fuere necesario. Precisamente en estos instantes no puede estar la breva más madura, y hay que aprovechar la ocasión. Yo hablaré con los dos chicos, y... ¡dejadlo, repito, de mi cuenta! Por supuesto no necesito recomendaros la más absoluta reserva con todo el mundo, y con mis tíos los primeros. Si mi tía llegara á enterarse, ¡sería la manera segura de fracasar nuestros proyectos!

Poco después los tres enredadores volvíanse hacia el pueblo como quien torna del campo ó va dándose un paseo, no sin provocar los consabidos mudos y epigramáticos comentarios de cuantos en el camino encontraban.

III

Era una tarde fría y triste de esas primaveras que aridecen la planicie castellana con los dos más esterilizadores azotes que guarda la atmósfera en su movedizo seno: la helada y la sequía. El cielo se mostraba encapotado por nubes altas y recias que revelan el fuerte descenso de la temperatura; el viento cortaba. Chispeaba á la vez nieve y granizo. El matiz general del horizonte era opacamente obscuro.

Manolo, según costumbre, habíase echado al campo después de comer, no obstante el mal cariz del tiempo. ¡Bueno estaba él para ser detenido

por fríos ni borrascas! Al contrario, parecíale que aquella naturaleza sombría y esquiva armonizaba mejor con el estado de su ánimo, no menos hosco y siniestro. El temporal por dentro andaba al mismo compás que el temporal por fuera.

Ya no podía más el acongojado mozo. Las reservas de resistencia íbansele agotando; la paciencia le faltaba; aquella situación no consentía prolongarse. Se le desgarraba el alma; sentía accesos de ira rabiosa; dábale á veces ganas de tirarlo todo á rodar, descubrir la verdad entera, y armar una que fuera sonada.

—¡No puedo más, no puedo más!—se decía.—Esto es insostenible, cien veces peor que cualquier violencia; ¿vamos á vivir así eternamente? Además que yo sufro..., sufro hasta estallar, hasta volverme loco; pero ¿y ella?... Pobre Maruja de mi vida, angel mío, ¿qué será de tí, qué será? ¡Encerrada, vigilada, encadenada, sin el menor movimiento libre ni del cuerpo ni del espíritu! ¡Siempre aparentando quietud, calma, indiferencia, y el martirio por dentro, la tormenta por dentro, por dentro la locura, el delirio, la desesperación, las lágrimas sin consuelo! ¡Si yo siquiera pudiese comunicarte fortaleza ó esperanza! ¡Enseñarte mi corazón también sangrando como el tuyo! ¡Hacerte frecuentes señas de lejos para decirte que velo, que me afano, que estoy contigo...! Pero esta soledad y aislamiento en que vivimos es superior á todo, es... ¡Dios mío!, ¿y podrá resistir á tan dura prueba? ¿No sucumbirá su cuerpo! ¿No se rendirá

su espíritu...! ¡No, cien veces no, (parándose y mesándose la cabeza); esto tiene que acabar enseguida! El mayor peligro está ya en la inacción... Salga por donde saliere, esta noche...

—¡Don Manolo! ¡Don Manolo!

Oyó en aquel momento que le llamaba voz conocida. Miró hacia donde sonaba, y vió allí cerca, al abrigo de un palomar próximo que le resguardaba completamente del viento helado, á Don Fidel Larrea, el cual le hacía señas para que se acercase, como lo ejecutó enseguida.

—¿Tanto bueno, Don Manolo! ¿Y cómo tan solitario y por estos andurriales en este día de perros? Póngase, póngase al abrigo de la tapia, y verá lo que es bueno. Aquí da gusto, ¿no es verdad?

Saludó el joven, y se emparejó con el secretario. El cual prosiguió:

—¿Tendría usted mixtos? Acabo de agotar una caja peleando contra el viento para encender este pitillo. Todo en vano. De modo que, cuando llegué á este abrigo, le ví á usted, y me dije: «puede que Don Manolo traiga municiones de encender.» Y le llamé. Supongo que me perdonará el atrevimiento.

—¡No faltaba más! Ya sabe que tengo siempre mucho gusto en servirle. Pero ahora, después de comer, me va á hacer el favor de aceptar un habano.

—¡Oh!; esas son palabras mayores. Le fumaremos, pues. A su salud y á la salud de sus empresas y mejores deseos.

Tomó el tabaco de la elegante petaca que el joven le presentaba, hizo éste lumbre, y lo encendió, obligándole á fumar otro contra costumbre. Manolo no dejaba de sentir extrañeza ante tal encuentro inesperado en aquel sitio, ante la detención de que acababa de ser objeto, ante la cariñosa familiaridad con que Don Fidel le trataba, y aun ante ciertas insinuaciones del mismo, recién deslizadas. Habituado, por otra parte, á vivir en perpetua vigilancia, á fin de no caer en celada funesta para sus anhelos y para la suerte de la pobre cautiva, previnose más todavía; si bien su desesperación ante la impotencia de sus medios casi le alegraba ya de dar en cualquier abertura ó agujero, por negros que fuesen, practicados sobre aquella muralla de la China que le cerraba el paso donde quiera.

Larrea, como si hubiera leído en la conciencia del joven sus recelos y desesperaciones, [illegible] de este modo:

—¡Hermoso habano! Tiene un gusto [illegible]. La verdad es que, fumándole, al [illegible] palomar, con la buena temperatura [illegible] del frío, aquí se siente, y en [illegible] iable como la de usted, hay para [illegible] primer orden.

Y [illegible] con delicia el [illegible] [illegible] á su compañero, [illegible] [illegible]. Con lo [illegible] [illegible] de este [illegible].

—Pues, [illegible]

con satisfacción las manos.—Yo sabía que usted pasaría por aquí. Es su salida ordinaria para los paseos de la tarde, ¿no es verdad? Y me dije: aguardándole en el palomar de Matilla, encuentro seguro. ¡Sitio pintiparado para echar una parrafada! Por aquí no pasa un alma, y nadie ha de interrumpirnos.

Manolo estaba estupefacto. ¡Ya no cabía duda de que aquel hombre le abordaba para tratar asunto de importancia! ¿Cuál? Para él la importancia del mundo entero cifrábase exclusivamente en su amor y en su Maruja, y no acertaba á concebir ninguna otra: egoísmo de todos los enamorados. Con los ojos muy abiertos, la interrogadora mirada fija en Larrea, y sin disimular ya su curiosidad y sorpresa, permanecía mudo y en actitud de espera.

—Ni me extraña que usted se sorprenda, Don Manolo, aunque mayores le esperan. No tema, sin embargo, que yo deje de explicárselo todo, como es mi deber. Pero, pues tengo que comenzar por el principio, empezaré por cumplir un encargo que para usted me ha dado persona á quien á par de mis hijos estimo.

Y le alargaba un papel, que desde luego se vió ser pequeño y elegante sobre. El último de los Bermejos, que ya se había puesto en brasas con las primeras frases del sobrino de Don Venancio, quedó atontado al entregarle éste aquel billete. Le tomó en la mano, y parecía no saber qué hacer de él, sin dejar de mirar estupefacto á su interpelan-

te. El cual, sonriéndose benévolamente ante aquella actitud del joven, manifestó apuntando al papel:

—Léalo; es para usted.

¡Y no es asombro el que de él se apoderara, al reparar que la dirección del sobreescrito era nada menos letra de Maruja! Pasó una sombra fría por su semblante, empalideció densamente, y sintió que oscura nube le entenebrecía la vista. Vuelto á la conciencia de aquel inopinado suceso, murmuró por decir algo:

—¡Que esto es para mí! ¿Y por qué me dice usted eso?

—¿No lo está leyendo, Don Manolo?,—arguyó Larrea, mientras continuaba señalando al sobre y sonriendo.

Manolo entonces, haciendo violentos esfuerzos por reponerse de su aturdimiento, y no sin cierta escama en sus cavilaciones y cierto temblor en las manos, decidióse á romper el sobre y leer su contenido. Era un billetito nerviosamente escrito: todo él, como el sobre, de la propia mano de Marujita. Decía de este modo:

«Manolín de mi vida:

»La Virgen bendita, á quien día y noche pido misericordia para ambos, me ha oído esta vez. Mi primo Fidel, que siempre me ha querido como hija, ha adivinado mis sufrimientos, y, lleno de compasión, acaba de descubrirme su deseo de ayudarnos. Dice que está seguro de que papá no

se opone, y que, en cuanto á mamá, él trabajará por arreglarlo. Tiene mucha influencia con ella.

»Fidel hablará contigo. ¡Dios ilumine su buena obra, y le proteja en todo, protegiéndonos á nosotros! Porque, si no, Manolín mío, yo me muero. ¡Me muero!; lo vas á ver. No sabía, no, cuánto te quería, y este alejamiento y encierro me han revelado para siempre que tu vida es mi vida... Quisiera estar escribiéndote toda la noche, pero ¡no puedo! Fidel espera.

»¿Te acuerdas de mí tanto como yo de tí? Es decir todo, todo, todo; porque yo, noche y día, durmiendo, (si es que duermo), y sin dormir... Mi primo me avisa. ¡Qué desgraciada soy!

»Adiós, adiós mil veces, un millón de veces adiós. Quisiera enviarte con esta cartita, para que los besaras, mi alma, mi corazón, mi sér entero... ¡Dispensa!

Tuya, tuya y siempre tuya,
MARUJITA.»

Las propias entrañas le vibraban al mancebo, según el billete iba leyendo; corazón y garganta se le anudaban; humedecíansele los ojos...; crisis de muerte parecía que iba á paralizarle súbito la vida. Acudió Larrea á aliviarle la carga, y manifestó en afable acento:

—Comprendo, Don Manolo, comprendo que sufra usted como sufre. Toda esa compasión, y más, merece la pobre Marujilla. Por eso mismo yo, que la quiero poco menos que sus padres, y que la veía de tal modo martirizada, he sentido lástima

profunda, y no he sabido resistir al deseo de aliviar sus penas y ayudarla en cuanto pueda.

—Eso mismo me dice ella en su cartita,—pronunció Manolo, que hacía esfuerzos supremos por serenarse y tomar una pista en aquel para él inexplicable suceso que tan de improviso habíale cogido.

—Pues hablemos de ello, Don Manolo, y entendámonos como buenos amigos. Usted ¿qué es lo que desea en este trance? ¿Qué podríamos hacer ahora?

—Usted me perdone, Don Fidel, tanto más, cuanto que sólo favores de su parte me han venido y atenciones desde que estoy en Valdecastro. Como quiera, ¿no es cierto que la familia entera de esa pobre niña se opone con todas sus fuerzas á nuestras *supuestas* relaciones? ¿A qué es debida entonces esa providencial ayuda que usted se presta á concedernos?...

—Mucha explicación me pide, amigo Don Manolo; pero, si usted no se aburre oyéndome, yo se la daré completa, cumpliéndole mi palabra. Empiezo por agradecerle sus benévolos juicios respecto de mi conducta para con usted, en la que ningún mérito existe. Créame ó no, le diré que, en cuanto le ví, sentí claras simpatías hacia su persona, y me dije: de éste he de ser yo grande amigo. ¡Ay, Don Manolo!; pues, si no fuera por esta maldita política que á todos nos trae trastornados, ¿cree usted que no lo sería yo también de su padre, cuya generosidad y nobleza soy el pri-

mero, y él lo sabe, en proclamar? Y este pueblo sería una balsa de aceite, y aquí se viviría como en el propio Paraíso. No que todos andamos descrismándonos, ¿y para qué?; para el diablo del Carmen. Le digo á usted que esto es una locura, y que alguna vez ha de acabar. Por mi parte no descanso hasta conseguirlo; hasta que todos seamos una familia unida y llena de mutuo cariño. Confío, ¿qué confío?, estoy seguro de que cuantas personas de buena voluntad y de sentido hay en Valdecastro no me han de dejar solo en la empresa. Demasiado sé, por supuesto, que usted, con más talento que nosotros y educado en otra atmósfera, ha de figurar en primer término en ella... Pero entretanto esto es un infierno, amigo mío: un infierno en tonto, desde luego. Su padre, tan buenazo él, pierde el tino en cuanto le tocan á su república..., ¡ya ve usted qué república! Servir á unos cuantos mangoneadores de Valladolid que no van á ninguna parte, y arruinarse él entretanto y quitarse la vida... ¡Qué bobos somos!... ¡Claro!; como hace el hombre la política con tanto furor, saca también de las casillas á mi tío Venancio, quien, á su vez, se halla cogido por sus compromisos, que en el fondo tampoco le van ni le vienen... No, y le aseguro que á éste no le dan tan fuertes. Bien puede estar cierto que á poco que Don Ildefonso se templase, pronto templábamos también á mi tío. Ya teníamos ahí una base. Poco á poco iríamos edificando sobre ella, arrimando cada cual un poco el hombro, y,



cuando menos te percataste, la mía: ¡Valdecastro hecho un Paraíso! Que mi tía Presenta...; no, si no se lo niego á usted: ésta es otra como su padre. Ella con su religión; él con su república. Mas ¡como él empezase por el camino que hemos dicho!..., tendría ella también que ceder y tres más nueve. ¡Y tanto si cedería! Se quedaría con sus rezos, con sus limosnas, con sus cofradías y con su padre Ortega..., y pare usted de contar. ¿Usted me entiende, Don Manolo? Bien; pues lo mismo, lo mismito sucede en lo de sus relaciones con mi prima. Crea que en esto también la oposición de mi tío Venancio no es cosa del otro jueves. La que tira más recio es Doña Presenta. Pero, ¡si lo sabré yo!; á poco que su padre de usted diera motivos en su actitud política, sin dejar por eso, hombre, de seguir siendo todo lo republicano que se le antojase; á poco, digo, que le diese motivos de templanza ó de agradecimiento..., ¡le tenía cambiado en partidario decidido de sus relaciones de usted con la chica! ¡Así como suena, y sin quitar punto ni coma! Quedaba luego la actitud de la madre; pero, una vez conquistado el papá, ¿cree que no lograríamos amansar á la fiera? ¡Bah! ¡Y que no es nunca tan fiero el león como le pintan! En resumidas cuentas, Don Manolo: que la oposición esa de la familia, ni para lo político, ni para lo... amoroso, es tan radical como á usted se la han propuesto. Y en cuanto á mí... ¿no ve cómo soy moro de paz? ¿Qué me he de oponer yo, por Dios, á nada, cuando lo que ando buscando, hace mu-

cho tiempo, es la armonía entre todos? ¡Quién sabe si estas relaciones de usted serán lazo providencial para llegar al fin deseado! Y de cualquier modo, para lo que no tengo yo corazón es para ver sufrir como sufre á ese ángel de Dios, y volver la espalda dejándole entregado á sus penas. ¡Eso, nunca! ¿No sabe que á la Marujita la he conocido nacer? ¿Que ha tenido siempre tanta ley á mi casa como á la suya? ¿Que la quiero como á las propias niñas de mis ojos? Salgan luego las cosas por donde salieren, por de pronto yo acudo á mi Marujilla, y le doy el consuelo que puedo... que eso ya lo discurriremos... Con que ¿está enterado?...

Manolo volvió á aturdirse con la larga y variada plática del secretario, pues á trechos se daba por totalmente vencido con sus hábiles razones, y aun sentía ganas de abrazarle, proclamándole el primer valdecastreño que de seso había conocido; á trechos experimentaba, sin saber por qué, cierta rara é instintiva comezón de vagas desconfianzas y recelos. Por último, viendo que semejante problema no tenía para él solución posible, adoptó una decisión suprema: ¡la de echarse en brazos de aquel hombre, sucediese lo que sucediese, y ya que su Marujilla también se había echado! Se acordó del criterio popular de su tierra: «¡sea lo que Dios quiera!»..., y á Dios se entregó de una vez y para siempre.

—No sé verdaderamente,—manifestó,—cómo agradecerle sus sentimientos para con nosotros, y

cómo alabarle sus ideas respecto de todo el pueblo. Son exactamente las mías, y no hay que decir que cooperaré á su realización hasta con entusiasmo.

—Pues mucho puede usted hacer, mucho, Don Manolo, en lo tocante á su padre que, como sabe, es una de las teclas más difíciles que aquí hay que manejar. Lo mismo que á mí me sucede con mi tía.

—Le repito, Don Fidel, que por mi parte haré cuanto haya que hacer en beneficio de sus salvadores proyectos.

—Muy bien, muy bien, Don Manolo. Ni yo esperaba menos de usted,—declaró Larrea, visiblemente satisfecho.—Pero ahora vamos á lo que más urge. ¿Qué se le ocurre para Marujilla? ¿Qué desea respecto de ella?

—Y á usted ¿qué le parece, Don Fidel? Ya que quiere ampararnos, hágalo del todo, y no nos niegue su consejo, que nos podría valer más que nada. Bien comprenderá que lo que mayor falta nos hace es comunicarnos. Y yo digo que el sistema de cartas es muy expuesto. ¿No le parece á usted lo mismo?... ¡Si hubiera algún medio de poder hablarnos?...

—¡Hablarse?.; ¡hablarse?..—Y Larrea se quedó pensando como en actitud del que resuelve interiormente un problema.

—Usted me dispense, amigo Don Fidel. No sé si me habré excedido en mi solicitud. Pero ya sabe lo que somos los hombres en un caso como el

mío, y no dudo que habrá de perdonarme,—arguyó el joven, respondiendo á aquel silencio.

— No hay perdones que valgan, amigo mío. ¡Si lo que usted ha pretendido es lo más lógico y natural del mundo! Además que yo también opino que, en todos sentidos, más valen palabras que escritos para este caso. Lo que me hubiera contrariado es no hallar medio de realizar su deseo. Pero me parece que ya le atino.

—¡De veras? (con reconcentrado júbilo).

—Indudablemente. Atienda usted. Una llave de la puerta trasera de la huerta la tengo yo. En cuanto al hortelano, es completamente una hechura mía; es como si fuese yo mismo.

—¿Y los perros?

—Desaparecerán á la hora que convenga. La cual hora, no cabe duda, ha de ser de siete á nueve de la noche. De seis y media á siete, mi tía Presenta reúne á toda la familia y criados, y bajo su dirección rézase el rosario, letanías y otras lecturas piadosas. Después, á poco más de las siete, terminado el familiar acto religioso, cada cual se va á sus quehaceres, y ella, al sonar las oraciones en las Monjas de Santa Teresa, enciérrase en su cuarto, donde tiene una especie de oratorio, y allí se entrega, durante hora y media lo menos, á toda clase de ascetismos.

—¡Qué señora tan religiosa!,—exclamó involuntariamente Bermejo en tono indefinible.

—Una manía, como otra cualquiera, Don Manolo. Hay que dejarla. Pues, como le iba diciendo,

esa hora y media ó dos horas que ella consagra á sus ejercicios, destínalas mi tío Venancio á hacer en su despacho la partida de tresillo con la tertulia, y mi prima Marujilla á enredar en su habitación dibujando, leyendo ó entreteniéndose con otras labores, pues á dicha hora no le es permitido tocar el piano, á fin de no distraer mundanamente á su mamá. Ahora bien; dicha habitación se halla en el piso medio-bajo medio-entresuelo que sabe tiene la casa, al lado opuesto del jardinillo. Su ventanal, con reja, da á la huerta, y hace rincón con la tapia decorativa que se ve desde la plazuela; de modo que se encuentra perfectamente resguardado. Por allí, y á la hora mencionada, pueden ustedes hablar todas las noches un buen rato y sin peligro alguno.

—¿Sin verlo nadie?,—advirtió Manolo que casi temblaba de emoción, al considerar sólo la próxima probabilidad de aquel suceso.

—Nadie absolutamente. De que no haya alma viviente por la calleja trasera, cuando usted haya de aprovechar el portillo de la huerta, yo me encargo. Esta se hallará entonces completamente solitaria. A mayor abundamiento, ya sabe que las noches, con este temporal y sin luna, están como boca de lobo. No tiene, pues, una vez dentro, sino correrse enderredor de la tapia hasta el rinconcejo de que le he hablado, donde, bien embutido, ni aun con luna clara habría quien le descubriera, á menos de ir á buscarle, sabiendo que allí se encontraba.

—¡Me parece mentira, Don Fidel, cuanto estoy oyendo! Hace un momento, desesperado, y ahora, ¡cerca de la felicidad! Confieso que no sé cómo pagaré á usted el inmenso bien que nos hace.—Todo lo cual lo manifestaba Manolo, verdaderamente enajenado por el sentimiento y el trastorno.

—¡No faltaba más, Don Manolo! ¿Qué agradecimiento ni que zanahorias? Lo que yo quisiera es que todo esto se arreglara hasta el fin á pedir de boca, y que se realizase por completo el pensamiento de que le he hablado, y es mi idea fija: todo Valdecastro convertido en una familia.

—¡Dios le oiga mil veces, Don Fidel! Ahora, y por lo que toca á mi primera entrevista con la pobre Marujilla, usted me avisará, ¿no es eso?

—Esta misma noche, Don Manolo. ¿No ve usted que el disponer semejante recurso es para mí coser y cantar?

—¡Esta misma noche?,—murmuró el joven maravillado y sintiendo que con la emoción propiamente le flaqueaban las piernas.

—Ni más ni menos, amiguito. Usted no tiene sino entre siete y siete y media irse hacia la entrada de la calleja trasera por la parte de la izquierda, ya sabe, claro es que precavidamente. Y nada más. Allí estaré yo, y le guiaré hasta hallarse dentro de la huerta. ¿Estamos?...

Poco después Larrea y Manolo se separaban, como los mejores amigos del mundo, y, cada uno por su lado, para evitar hasta las más remotas sospechas, volvíanse al pueblo.

XI

NO HAY PAZ QUE VALGA

I

La noche cerró obscurísima y lluviosa. Allá abajo, en las huertas, se oía zumbar el viento entre el frondoso ramaje, aún seco, de alamedas y choperas: un gris que penetraba hasta los huesos.

Se abrió el portillo trasero de la huerta que rodeaba, menos por la fachada principal, la casa del americano, apareció en su dintel borrosa figura encapuchonada, oyóse tras ella una voz que murmuraba algo, volvióse á cerrar el portillo, y el del capuchón, por un senderito que á la vera de la tapia corría, se deslizó dando vuelta hasta llegar á la casa. Allí, en el rincón que formaba la tapia al adosarse al edificio, detúvose junto á la reja de la ventana inferior, la cual casi tocaba con el mencionado ángulo. No necesitamos decir, dados los antecedentes del capítulo anterior, que era el pro-

pio Manolo Bermejo, cubierto con un impermeable para guarecerse de la lluvia y acudiendo á la primera cita nocturna, preparada por Fidel Larrea, con su Marujilla.

El corazón salíasele del pecho al mozo; se le podía ahogar con un cabello. Después de dos meses casi de absoluta ausencia y de la desesperación á que había llegado, señora de él pocas horas antes, cuando todo en derredor lo veía negro y creía su amor perdido para siempre, antojábasele aquello un delirio mal sano, la burla impía de no sé qué genio enemigo.

—Pero, ¿ésta es la huerta de mi Maruja? Pero, ¿yo estoy dentro de ella? Pero, ¿voy á verla y hablarla?,—decíase á sí mismo sin palabras.

Y miraba en derredor, no tanto para orientarse, cuanto para convencerse de la realidad. De pronto se le ocurrió la idea de que había caído en una ratonera, de que aquel inesperado auxilio de Don Fidel era un absurdo, de que iba á sentir de un momento á otro el latido de los perros y las voces de los criados que venían á descubrirle, de que, una vez descubierto, se producía un gran escándalo, y de que á consecuencia de todo, Maruja... ¡desaparecía para siempre!... La angustia le ahogaba, y el golpear del corazón era tal, que el delirante se imaginaba iba á ser delatado por aquel maldito redoble.

Pasó largo rato en inmovilidad absoluta, se reaccionó, y dueño ya de sí mismo á la vez que en posesión de las sombras y de aquel campo de ope-

raciones, acercóse resuelto á la ventana, y, metiendo un brazo por entre los hierros de la reja, dió, según las indicaciones de Larrea, muy quedo tres golpecitos sobre el cristal. En el acto, sin el menor ruído y cual si aquello estuviese preparado de antemano, entreabrióse el filo de un pelo el ventanal, y por dentro sopló tenue vocecita:

—¡Manolo!

—¡Marujilla de mi vida!

La hoja de la ventana abrióse por completo, y las manos de los dos jóvenes quedaron fuertemente entrelazadas. Ella lloraba; él sentíase disolver en una efusión más poderosa que el nudo mismo de su vida.

—Pero, ¿es verdad que eres tú mismo, rey? ¿No estoy tonta? ¿No sueño?—Y Marujilla murmuraba estas locas caricias llorando y riendo á la vez, y apretando más y más entre las suyas las manos que cogidas tenía.

—Al fin, bobina; al fin ha sido la nuestra. ¿Lo ves? Pues así acabará todo,—alegaba el enamorado, temblando de emoción.

—¿Con que te vió mi primo y te dió mi carta? !Qué bueno es!, ¿verdad? Me ha dicho que está enamorado de tí, que tienes un corazón de oro, que en talento no te llega nadie, y que entre los dos vais á transformar el pueblo, convirtiéndole en una gran familia. ¡Qué gusto, Manolín, rey mío! La verdad es que aquellas zaragatas de bermejistas y garzonistas á mí me daban mucha rabia, y ahora ¿querrás creerlo?, me dan vergüenza.

Mira, si es verdad que me quieres, tienes que hacer eso con mi primo enseguida, enseguida. ¡Por Dios, que no me ataque más á los nervios lo de garzonistas y bermejistas! ¡Si imagino que no es otra la causa de nuestras desdichas!

—Calla ya, monísima, monísima cien veces; yo haré cuanto te dé la gana. ¡Abajo el garzonismo y el bermejismo! Pues mira, que, si á tí te dan rabia, á mí, más: más cien veces que á tí y á tu primo juntos. Ni ¿á qué he venido yo á Valdecastro, sino á quererte á tí y á acabar con ellos? Que me ponga á prueba Fidel, y ya veréis lo que es bueno.

—¡Bien, requetebién! Estoy muy contenta. Y, cuidado, ¡que parece mentira! ¡Con lo que hemos sufrido en estos dos meses de separación, sin hablarnos, casi sin vernos!

—Tonta, ¡no te acuerdes de eso! Agua pasada no mueve molino.

—Claro; ¡mira este pillín de mi vida, malo, descastadote, feo, sin entrañitas! ¡Váyase usted de ahí! ¡Como tú, de lo que menos te has acordado en ese tiempo ha sido de esta pobre condenadita á presidio, incomunicada y sin luz..., no quieres ahora que yo me acuerde tampoco de tan tristes ahogos! Haces bien en llamarme tonta, (poniendo un pucherito muy mono); ¡más que lo somos todas las mujeres...!

—Mira, pajarín mío, ¿no me marees, eh?, que no estamos ahora para mareos. ¡Ya ves! No te puedo comer esos pucherines de Dios que estás haciendo

con la boquita..., ¡y me tengo .que aguantar!

—Mamarracho, más que mamarrachín. No sé siquiera cómo le miro á usted á la cara! Ya lo creo que se hará el presumido. ¡Si usted hubiera pasado las noches que yo he pasado, los días que yo he pasado, las muertes todas que yo he pasado...!. —Y á la nerviosilla casi se le saltaban las lágrimas con los penosos recuerdos.

—¿Lo ves qué loquita eres, bien mío? Sacando á colación esas cosas tan tristes, logras únicamente entristecerte tú, y á mí volverme loco. Grandes son las penas del encerrado; pero ¡si conocieras las del que está libre viéndose en la impotencia de socorrer al preso!

—¡Ay Manolillo, Manolillo, las noches sobre todo; que no vuelvan más noches de esas!,—medio gemía la mimosa, extremeciéndose violentamente.—¡Siempre en vela! ¡Siempre con la negra pesadilla! Que te habías muerto para mí; que te casabas con otra; que huías; que yo me moría; que se moría mi pobre papá; ó que nos casábamos los dos, muertos..., ¡era mucho cuento! ¡Siempre cosas fúnebres y de luto, por medio!

—¡Qué boba eres, cielín mío! Pues claro que no habías de soñar con trajes blancos y casos de risa! ¿No ves que los sueños se tienen siempre del pro pio color en que la imaginación se halla teñida durante la vigilia? ¡Más terribles, por más lógicas, eran mis zozobras! «¡Qué será de mi amor, de mi feuquita encantadora, de mi pajarín de mi alma? ¡Cómo podría yo animarla y consolarla desde le-

jos? ¡Serán capaces de resistir su cuerpo y su alma el incesante inacabable martirio? ¡Me la cambiarán?...

—¡Alto ahí, infame! ¿Y tú pensabas esto? ¿Creías posible que yo cambiase? Pero...

—No, reina mía, no—atajó Manolo para calmar la cómica indignación de su novia;—¡qué he de creer en tí semejantes horrores! Pero ¿si enfermabas?; ¿si te trastornaban la cabeza?; ¿si te decían que yo me había ausentado ó me había muerto...?

—¡Esas sí que son bobadicas, señor Formalidades! Y ha de saber usted que, ni aun así, le consiento el permitirse dudar respecto de mi persona tales ofensivos cambios... ¡Malísimo, zalamero, don Truhan, demasiado sabes tú que todo es posible menos eso, y por ahí te vienes dando tono con tales suposiciones! ¡Cambiar yo! Mira: si te vas á otras tierras, te sigo queriendo lo mismo; si te mueres, te sigo queriendo lo mismo; si te casas con otra, te sigo queriendo lo mismo; si me meten monja á la fuerza, te sigo queriendo lo mismo... Lo mismo, lo mismo, lo mismito... Es decir, nada. Porque lo que yo á tí te quiero es nada, ¿lo sabes? ¡Ea, ya estás enterado!

—Mucho, mucho..., mucho de lengüita... No quiero, sin embargo, pensar lo que sucedería, si tocasen á dar trigo...

—¡Ay qué hombre éste!

—Por ejemplo, ya que tanto estás ahí hablando. Imagínate que tus papás siguen siempre oponién-

dose á que nos queramos, á que nos casemos: tú ¿qué hacías?

—¡Qué bobo! Ya te lo he dicho: quererte lo mismo.

—Bueno; pero te llevan lejos; te separan de mí con ánimo de que sea para siempre: ¡á qué apelarías, si te vieras en ese caso?

—Pues á quererte lo mismo. ¿No ves que el quererte no está en mí por voluntad mía, sino sobre ella y á la fuerza!

—¡Cuidado, niña, no te pierdas! No salgas de ese camino.

—Eso es lo que yo deseo, tonto: ni perderme, ni salir del tal caminito. ¿Te disgusta? ¡Fastídiate!... Pero, á propósito. No hay que ponerlo todo tan negro, niño, en eso de la oposición de mis padres. ¡Pobrecillos! Por de pronto ya sabes que mi papá dicen que no lleva tan allá la contra..., y en cuanto á mamá...

—Ya sé, ya sé (con tristeza) que ahí es donde finca el principal obstáculo.

—Tal vez no sólo en ella, hijo.

—¡Pues?

—¡Si yo me atreviera!...

—Poco á poco, Marujilla. A mí no me vengas con tapujos. Ni estamos en ocasión de andar ocultándonos nada. ¿No ves, tontina, que antes necesitamos de todas nuestras fuerzas, para ayudarnos á salir de estas dificultades?

—Pues te lo diré, ¡ea!, (con resolución). Mi mamá, siempre que de vosotros me ha hablado é

indirectamente ha tratado de demostrarme la imposibilidad de relacionarnos con tu familia, usa como argumento supremo el de la estancia, en vuestra casa, de esa Doña Emilia, de quien dicen no sé qué horrores. Es en lo que más intransigente se mostró siempre. Luego, ¡tanta guerra política, tanta guerra política!...

—La verdad es, niña mía,—atajó Manolo, á quien pareció dañar mucho y preocupar el argumento de la Garzonita—la verdad es que todos, todos, parecen conspirar aquí contra nuestra felicidad... Pero lucharemos, hijita.., y aun venceremos, me lo da el corazón, declarando guerra á la guerra de esta gente.

—¡Dios te oiga, rey mío, y proteja nuestras buenas intenciones..! Pero ¡por Dios! ¿no te parece que el tiempo se nos pasa tan dulcemente? Empiezo á sentirme volada.... ¡Vírgen Santísima, no quiero pensar siquiera en la idea de que mi madre nos sorprendiese..!

—Tienes razón, bien mío. No debemos abusar de nuestra felicidad. Todavía no ha pasado la hora, pero conviene pecar mejor, hasta asegurarnos al menos, de cortos que de largos.

Los extremos de la despedida fueron memorables. ¡No sabían ponerles término! Un esfuerzo supremo los separó al fin..., y Manolo salió de la huerta sin la menor novedad, abriendo el portillo por sí mismo con la llave que Don Fidel le entregara, y cumpliéndose en todo el programa que éste le ofreciera.

¡Cierto es que el último «hasta mañana» de la separación obró como bálsamo reparador en la efímera herida que quedaba abierta!

II

—Vamos, habla ya, hombre, habla ya, y descarga ese pecho en tu padre, sin que te arredren consideraciones ni temores. Demasiado sé que llevas mucho ahogo en el cuerpo. ¿Crees que no te lo vengo conociendo, hace tiempo? ¡A desembucharlo! Aquí nadie ha de irnos á la mano para hablar claro y largo, que es lo que yo quiero que hagas hasta quedarte tranquilo. ¡No faltaba más! Ya lo sabes: soy, no tu padre, sino un hermano, un amigo, á quien, sin reservas, se le cuenta cuanto hay que contar. En lo que pueda remediarte ó aliviarte, aliviado ó remediado serás; en lo que no..., ¡ya veremos, hombre, ya veremos, que no me figuro hayamos de dar tan fácilmente en tales imposibles!

Esto decía en la tarde del día siguiente Don Ildefonso á su hijo, con quien había salido bajo pretexto de ver el campo, aunque en la intención verdadera de tener aquel solicitado é íntimo coloquio. El tiempo seguía cubierto, mas sin amenaza inminente de lluvia, por soplar muy alto el viento. Caminaban, lejos ya del pueblo, al través de amplia senda entre los pagos sembrados, y un mar de intensa verdura extendíase delante de ellos en límites indefinidos. Muchas cebadas comenzaban

la cierna; los trigos iban muy crecidos. Si picaba un tantico el sol en Mayo, y no faltaban unas cuantas aguarradas medianamente repartidas, aquel año sería tan abundante en grano como en paja. ¡Y todo hace falta, en el riñón de campos sobre todo, donde los pajares bien repletos completan el beneficio providencial de las bien surtidas paneras! Si el primero es el oro de aquel suelo, la segunda es el fuego de aquellos hogares, buena parte en el alimento de los ganados, y hasta, ¡lo que parecerá extraño!, un sucedáneo de la cal para amasar aquellas densísimas arcillas, y construir con ellas los adobes y tapiales de las casas. ¡Nadie sabe las penurias que sufren las poblaciones rurales campesinas los años en que les viene escasa esa para ellos preciosa materia!...

Sonó lejano el melancólico canto de una codorniz en celos, continuaron un rato en penoso silencio padre é hijo, y éste rompióle al fin, no sin vibrarle la voz con cierta emoción solemne.

—En efecto, padre, he solicitado de usted la presente ocasión de hablar solos, porque son ciertas sus presunciones de mi necesidad de hacerlo largo y tendido. Bien sabe, por lo demás, que nunca tiene por qué despojarse ante mí de sus títulos paternales, precisamente porque sé yo con cuánto cariño me trata siempre y procura, en lo que puede, darme gusto.

—Eso es, Manolico, eso es. No dices más que la verdad. Pero echa para acá tus deseos ó tus congojas para ver de satisfacértelos ó aliviártelas.

—¿Querrá usted creer, padre, que es un tantico difícil lo que tengo que manifestarle? Y además, mucho y muy variado. De suerte que, aun cuando le parezca mentira, (sonriendo cariñosamente), no sé cómo ni por dónde empezar.

—Pues, ¡yo te ayudaré, hijo! Ya verás cómo tu padre tiene corazón para todo, tontín, y de nada se asusta. ¡Está ya el alma tan arrugada y tan curtida!... Vamos allá, (parándose y encarando con Manolo). Lo primero que tienes que decirme es... que separe de mi lado y eche de mi casa á Doña Emilia, ¿no es eso?

El joven se quedó cual si le hubiera caído un mazo sobre la cabeza: todo aturdido y trastornado. ¡Y él, que pensaba haberse deslizado á tocar el espinoso tema rodeándose de mil precauciones, reservas y eufemismos! Ahora encontrábase de repente con él, escueto y brutal, descubierto. ¡Estaba dicho! El bronce espiritual que fraguan las rudas arcillas de Campos así las gasta. No conoce otros cumplidos ni disimulos. «Al pan, pan, y al vino, vino.» ¡Y cuidado, que Don Ildefonso estaba fundido en uno de los más duros bronces de la tierra!

—¡Padre, por Dios! ¿cómo quiere usted que yo me hubiese permitido...,—alegó Manolo balbuciente y por decir algo.

—¡Déjate de permisos, criatura!,—atajóle al punto Don Ildefonso, dominándole con el imperio de la sinceridad.—Las cosas deben decirse siempre claras y sin arrumacos. Además, que es como me-

nos daño hacen, si son dañinas. Al menos á mí: que te conste.

—Pero, tampoco era eso, ni mucho menos, lo que tenía que decir á usted, sino algo que con ello pudiera relacionarse solamente, algo que por otra parte á mí me interesa más todavía.

—Pues, dilo. También me sé esa cantinela.

—¡Todo lo sabe usted entonces...! (Vacilación y silencio).

—Espero á que te expliques, Manolico.

—Realmente, como usted todo lo ataja, anticipándose á mis pensamientos... (Nuevas perplejidades del mancebo.)

—Veo que también voy á tener que ayudarte ahora, hijo mío. ¡No, no creí que un descendiente de Bermejos fuese tan encogido! Esas son las delicadezas y miramientos de tu santa madre: las conozco. ¡Fuera miedo, hombre! Sobre todo con tu padre. ¿No te he dicho que este padre es para tí un hermano? ¿No sabes que este pobre viejo tiene alma de sobra para recibirlo todo sin mella? Además, yo ¿qué soy ya en este mundo sino trasto inútil? El día en que te estorbe, me quito del medio, y ¡sanseacabó! ¡No faltaba más, hijo de mi vida, que tú, á quien comienza ahora á abrirse el porvenir, te vieses atajado por este armatoste inválido! Eso ¡nunca!

La voz del campesino, ronca y firme, titilaba su correspondiente dejo de amargura cariñosa. ¡Era mucho aquel Don Ildefonso! Hombre de una pieza, forja durísima del terrón castellano, heren-

cia directa del alma incontrastable celtíbera. Opuesto á su hijo, remedaba el choque de un arma de hierro contra una ánfora de porcelana. ¡Y en el fondo de aquel hierro, sin dejar de serlo, palpitaban dulcísimas entrañas, más que de padre, maternales, para aquel hijo á quien con hambre de amor amaba! Paradojas que entran á componer muy frecuentemente los caracteres rudos y sencillos. La voluntad, de acero; el sentimiento, blandísimo.

—No me diga usted eso, padre, que me hace daño,—rechazó el joven conmovido.

—Bien; pero ello no quita para que remate la ayuda, porque te has pisado la cuerda tú mismo, y no atinas á salir del atollo. Ese algo que se te ha atravesado, sin acertar á echarlo, es... que la misma Doña Emilia, ¡siempre Doña Emilia!, ocupa en mi casa una posición mal definida, tal vez ilícita, quizás usurpada, pues hasta suponer que yo estoy ocultamente casado con ella llegan algunas murmuraciones de esas que te han soplado en el oído la murria que ahora te desasosiega. ¿A que también he acertado esta vez, Manolico?

—Pues bien, sí;—manifestó el joven, ya resuelto,—es cierto. Ese es uno de los asuntos que deseaba tratar sinceramente con usted. En Valdecastro no se habla de otra cosa, y aun fuera de Valdecastro. A mí me vuelven loco con tales despropósitos. Pero es lo peor que, aun constituyendo, como constituyen de seguro, infame calumnia, á usted le perjudican evidentemente, dismi-

nuyéndole el crédito, mermándole el poder político, amargándole el alma; porque no ha de negarme, padre, que el reflejo de semejantes miserias no puede menos de criar mucha bilis aun en el alma mejor templada. Y, lo que yo digo: señor, ¿es el servicio ó compañía de esa mujer de tanta importancia para usted que monte más en sus beneficios que los inmensos daños que por otra parte le acarrea? Esto es lo que entiendo debe meditarse.

—¡Gracias á Dios, hombre, que hablaste claro, aunque con miedo todavía! ¡Piérdele por completo! Franqueza y más franqueza. Ya verás tú ahora si la uso contigo plena, y te doy ejemplo. Me has planteado el problema á tu modo, y yo te digo que, si no me has engañado á mí, te has engañado á tí mismo. Rodeos á un lado, esta segunda parte de tus insinuaciones va á parar á idéntico término que la primera. Es decir un mismo pensamiento con diferentes palabras. Que Doña Emilia me perjudica, moralmente, á mi lado; que debo deshacerme de ella. Esto es todo. Pues bien; oye lo que contesta tu padre á semejante solicitud en la forma que viene. Ni los impotentes arañazos de los maldicientes valen la pena de que yo deje de cumplir con mi deber respecto de esa señora, ni ella saldrá de mi casa, mientras yo sea el amo, y siga como hasta aquí portándose.

Don Ildefonso miró á su hijo. No necesitaba más para comprender su respuesta en la densa nube de consternación y duelo que se extendió por su pálido semblante.



—Sí, Manolico, sí, esto demandan la caballerosidad y la justicia que debo hacer en este asunto, y esto haré. ¡Sólo faltaría que fuera yo ahora á rendirme á las trápalas y ruindades de mis eternos enemigos, ni más ni menos que porque han logrado impresionar el confiado corazón de mi pobre hijo, ignorante de sus mañas y miserables intenciones! ¡Imbéciles! No acaban jamás de conocerme. ¡Ya aprenderán á costa suya!

—Crea usted, padre,—arguyó el muchacho muy aturdido, que no es todo como usted se lo imagina, y, sin duda, mis propias observaciones me han guiado en esto más que instancias ajenas.

—¡Ah, si así fuera, Manolico! Verías cómo tu padre se apresuraba á darte gusto en ello como en todo. Pues ¿qué otra cosa deseo yo, hijo de mi alma? Hubiera visto que la presencia de esa mujer en mi casa te repugnaba lo más mínimo, y en el acto hubiera desaparecido, cumpliéndose en otra forma los deberes que para con ella me ligan. ¿Acaso no recuerdas que el día mismo en que llegaste traté de inquirir en este particular tus impresiones? Pues, ¡no con otro objeto! Pero ¡como yo ví cosa muy distinta! ¡Como advertí sin lugar á duda que la conducta y servicios de Doña Emilia te agradaban tanto como á mí! ¡Como sé muy bien que tus juicios espontáneos le fueron favorables! Por eso sólo he pensado en seguir viviendo como hasta entonces. Ahora bien, es evidente que hoy estás cambiado. ¿Por qué? No por tus propios impulsos, lo sé de sobra, sino por el in-

flujo de las enemigas voluntades que te rodean. Y á eso, á sucumbir á ellas, mucho menos viniendo por tan traidor camino, es á lo que no me presto resueltamente. ¡Eso no, Manolo; no lo pienses de mí nunca, si no quieres ofenderme!

El cual, desorientado, perdida la brújula, salida la argumentación desde el primer momento por caminos completamente inesperados, sólo supo aterrarse, darse por vencido, llenarse de negruras ante tan redondo fracaso, considerándolo todo perdido y sin ánimos ni para la resistencia ni para la lucha.

—Pero, sigamos adelante, muchacho, continuó entretanto el radical valdecastreño, y veamos qué otras cosas tienes que decirme. Mucho te queda todavía dentro del cuerpo, lo conozco.

—¿Para qué,—indicó entonces el joven con tono de resignación amarga y desesperada,—para qué molestarnos en nada de esto, padre, si todo ha de ir cortado por el mismo patrón? ¡Es inútil! Yo, y perdóneme usted ahora que me rebose del alma la sinceridad acaso en exceso, yo había hecho las anteriores insinuaciones y me disponía á hacer otras, siempre con una mira suprema, con la de traer el beneficio de la paz á este pueblo mío, tan castigado por la discordia. Educado en otras ideas y sentimientos que usted, no sé ver en ninguna de sus empresas políticas motivo suficiente para sacrificar en sus aras esa paz bendita. En cambio veo en la unión, en la asociación y en la fraternidad la fuente de toda regeneración moral, social y eco-

nómica para este pueblo, para esta comarca, para la provincia entera, para toda mi patria, si es que alguien supiese tocar en su corazón este redentor sublime registro. El odio, que de suyo es mortal, nos mata; el amor, que por su propia virtud es salvación, nos salvaría. Pero... ¡está visto que el corazón me engaña! Su conciencia de ustedes se ha endurecido demasiado; no oye semejantes reclamos de paz y generosidad; sólo está abierta para el toque de guerra y el clamor de la discordia. ¡Desgraciado de mí, que entregué mi pecho á la esperanza, y á ella encomendé mi destino!

—Bien, bien, bien puesta está la tocata, hijo mío. La conozco asimismo. Aparte los generosos impulsos con que tú le das aire, te podría decir en qué flauta se ha inventado. ¡La paz! ¿Quién no la desea? Pero ¿cuál va á ser la base de esa paz? Nosotros pedimos la justicia, caiga el que caiga; ellos piden, sus granjerías y que seamos nosotros los que caigamos. Los explotadores, siempre arriba; los explotados, siempre abajo; y ¡así habrá paz! Tal la quieren. ¡Ay, Manolo, Manolo! Bien veo que la juventud que ahora llega trae el corazón abierto á los deseos de transacción. ¡Flojera, pura flojera! Lo perderéis todo; os dejaréis arrollar por el eterno enemigo; volveréis á dejar en sus manos las conquistas que los viejos os entregamos amasadas con nuestros tuétanos y nuestra sangre; y... á la postre, ¡no lo dudes!, será necesario volver á empezar. No sabes tú lo que son en España, lo que pueden, y á lo que tiran los poderes reaccionarios,

el altar y el trono, el cacique y el clérigo político, el burócrata y el usurero... Idles, idles á ellos con generosidades; ¡ya os lo dirán de misas! Volverán de nuevo al absolutismo teocrático, si pueden; á la Inquisición, si pueden; al dominio exclusivo de la Teología, si pueden; y á ser en todo los amos: en los intereses de los pueblos, en la hacienda pública, en las conciencias privadas; ellos, siempre con las manos sucias; los demás, siempre con la mordaza en la boca... ¡No les conocéis, Manolo, no les conocéis! Se han enmascarado á vuestra vista. Pero á los perros viejos ¡no se nos despintan!... Desengáñate: esas alimañas que han muerto y deshecho á este país no están aún domadas. Aquí hace falta la revolución en primer término, una revolución verdadera, un noventa y tres que acabe con tales restos del pasado..., y luego, la paz, sí, una paz con honra sobre la base de la igualdad y de la justicia.

Había surgido el radical peleador, duro y caliente, formado sobre la fe de un dogma sencillo é ideológico, templado al fuego de los grandes entusiasmos que despiertan las ideas madres, las ideas de Dios, de libertad, de patria, en la conciencia humana, machacado y forjado en el yunque de esas luchas legendarias que trabajan á los pueblos en las épocas críticas de su historia..., y Don Ildefonso, reencendido el horno de sus inextinguibles amores políticos, hablaba *ex abundantia,* á borbotones, con elocuencia de iluminado, en tono de esos para los cuales apenas hay répli-

ca. [illegible]
molles, y [illegible]
[illegible]
materia para entrar [illegible]
solidez y eficacia [illegible]
mas.... [illegible]
tros [illegible]
fuera [illegible]
em[illegible]
de [illegible]
se [illegible]
y [illegible]

[illegible]
el [illegible]
poco [illegible]
es [illegible]
timientos [illegible]
via mas [illegible]
los [illegible]
re[illegible]
re[illegible]
Por [illegible]
opuesto [illegible]
co[illegible]
jula [illegible]
Este, [illegible]
mientras [illegible]
relativa y [illegible]
cilmente [illegible]
de verdad [illegible]
jo [illegible]

glo, y cuya regeneración ha de necesitar sabe Dios qué tónicos, envueltos aún en los brumosos horizontes de lo porvenir...

Lo cierto es que de aquella entrevista, de la cual tanto se había prometido el confiado Manolo, no salió cosa de mayor provecho, llevándoselo todo por delante con su dialéctica cerrada el viejo republicano, y enmudeciendo de desesperación y de impotencia el joven, blando é inhábil para oponerse al torrente argüidor y retórico de su padre.

¿Cuáles serían las consecuencias de aquel fracaso para sus difíciles relaciones con la Marujita Garzón? ¡Esta perspectiva, sobre todo, atarazaba el alma del consternado mozo!

III

Cuando padre é hijo salieron de casa, Doña Emilia quedó aterrada. En perpetuo acecho y sobreexcitación celosa, nada se le escapaba. Aquellos días había adivinado algo extraordinario en torno suyo, y redobló la vigilancia. Pronto descubrió las relaciones de Manolo con Larrea, y la entrada del primero en la huerta de Don Venancio. ¡Las distancias se aproximaban y había que apelar á los grandes recursos!

Aquel día sorprendió algunos diálogos reservados entre padre é hijo, y, cuando ambos, apenas descabezada brevísima siesta por el primero, se echaron al campo emparejados, ya estaba ella al

cabo de la calle del asunto principal que á hacerlo les llevaba.

—Lo sé, lo sé,—decíase á sí misma muy sobreexcitada;—se trata de mí. Manolo pretende echarme. Mejor dicho, son el judío Larrea y la santa Garzona, quienes intentan darme el puntapié, valiéndose, como instrumento, del enamoriscado. ¡Bien, Don Manolo, bien! Yo, muerta por usted; usted... ¡echándome á un lado como á estorbo inmundo! ¿Es que no me ha entendido este hombre? ¿Es que me desprecia? ¿Es que me le han ganado por la mano nuestros enemigos?... Conque, que me vaya ¿eh? Y puede que el viejo sea capaz de echarme. ¡Es tan ciego por su hijo! Nadie, ni él mismo, como yo lo sabe... Aunque tampoco creo que le decidan á tanto á mi viejecito. ¡Como él se advierta de dónde viene el golpe!... Tampoco nadie, cual yo, le conoce. Ya se enterarán de que no es tan fácil hincarle el diente como se figuran... De todos modos, y por lo que tronar pueda, conviene obrar con decisión y dar el golpe... ¡Es lo mejor!... Que la herida va á ser muy dolorosa... Que adivinará la mano que se la produce... ¡Bah!; ya se la cicatrizaremos. Un poco de tiempo, y otro poco de...

Los ojos densamente obscuros de la andaluza reverberaron no sé qué destellos de fulgor intenso... Se levantó... Colocóse ante su mesita tocador... Sacó de una cajita papel y sobre..., que rompió á poco de tenerlos en la mano y de haber comenzado á escribir en ellos, guardando sus frag-

mentos. Buscó luego un papel ordinario, y en él, meditándolo mucho, escribió algo... Cortó un sobre á estilo plebeyo, envolvió en él el doblado escrito, cerrándolo con obleas, puso en él unas señas... En seguida tomó resuelta el fino papel que para su correspondencia usaba, redactó con nerviosa rapidez una carta, metióla con el sobre anterior en otro de los de la caja, y lo sobreescribió con señas femeninas y la dirección «Valladolid».

—Ya está,—murmuró satisfecha.—Ahora al correo, y luego ¡que adivinen! Es decir, adivinar, ¡pueden!; pero ¡lo que es certificar la sospecha!...



XII

¡LUCHAR SIEMPRE!

I

Doña Presenta entró en el despacho de su marido, rígida, amarilla, y se quedó en pie mirándole, como miraría un remordimiento convertido en persona. Garzón temblaba visiblemente, pálido, desencajado, más muerto que vivo. La santa rompió el silencio con su voz agria, acentuada por no sé qué opacidad de momia yerta y colérica.

—¿Se ha convencido ya el padre confiado!

El padre confiado ni tullía ni bullía. ¡Como si se hubiera quedado sin alma, y sólo con la vida vegetal respirase!

Eran poco más de las diez de la noche, y la tertulia acababa de desfilar, dejando sola la casa.

La momia colérica y yerta continuó:

—Es de creer, Venancio, que habrás dado crédito á tus sentidos. ¡Supongo!

Venancio se decidió á hacer un signo afirmativo á la vez que doloroso con la cabeza.

—Está bien,—prosiguió ella, y me basta.—Como te veo tan afectado, que has perdido el imperio de padre para cumplir con tu deber, yo me encargaré de cumplirlo por los dos. Descuida.

Se vió galvanizarse el cuasi cadáver del pobre americano, y tras penoso esfuerzo preguntó:

—Bien; pero ¿qué vas á hacer, Presenta? ¿Qué debemos hacer?

—¿Qué es lo que á tí te demanda tu honor de cristiano ante lo que has visto?

—¿Ante lo que he visto!

—¡Sí! ¿Qué es lo que por tu parte has presenciado, cuando te indiqué la necesidad de que salieses un momento, quedándome yo con la tertulia?¡

—Puesto en el sitio que tú me señalaste, ví, en efecto, venir por el lado de la tapia, pararse ante el portillo de la huerta, abrirle y salir, á Don Manolo, el hijo de Ildefonso. Yo bien le hubiera detenido y exigido cuentas, pero ante tu prohibición absoluta de producir escándalo, procediendo antes bien con reserva y en secreto, detúveme á mi vez. De manera que...

—¿De manera que...? ¡Buenas maneras! Ya te he dicho, aunque brevemente, cuanto yo, oculta, he visto y oído, al seductor por fuera, á tu hija por dentro. ¡Por no faltar nada ni siquiera los juramentos de eterna correspondencia aun á costa de faltar á la obediencia debida á los padres!... De

manera que, ¡y estas son las maneras del castigo que Dios nos envía, sabe Él por qué tremendos pecados!, de manera que no pueden estar más á la vista los frutos que en nuestra casa hemos engendrado: nuestra hija que nos traiciona, los criados que nos traicionan...; ¡hasta no sé si tus protegidos parientes, que también nos traicionan!

La última palabra de la casada-monja resultaba pronunciada casi siempre con tan acerado quejido, prolongado en el silencio, que parecía saeta clavada sobre las espaldas de la víctima y vibrando con la fuerza de la sacudida. ¡Esta vez debió de creer su infeliz marido que la saeta estaba envenenada!

—Es verdad, Presenta, es verdad,—murmuró anonadado ante la acción terriblemente fiscal de la santa. Todos nos engañaban; sólo tus informes, presentimientos y anónimos han resultado ciertos.

—Mis anónimos ¿eh? ¡Si tú te imaginaras de dónde sospecho yo que viene el que nos ha descubierto esta traición que en nuestra casa se estaba perpetrando! Y que me da que pensar no poco, y que es un hilo por donde he de sacar muchos ovillos.

—¡No sé, mujer, no sé, porque me parece que va á faltarme la tierra bajo los pies, sin confianza en nada ni en nadie!

—Pues, si tú no sabes, yo sí sé. A mí no me abruman ya las tribulaciones. Dios y la costumbre me dan fuerzas para sobreponerme á ellas, y conservar la resignación moral y la serenidad

del ánimo. ¡Un anónimo que viene de Valladolid y que dice lo que dice! Ello sólo en Valdecastro puede saberse, y sólo una mujer puede concebirlo. ¡Ya lo creo! Podemos estar seguros de que la mano de una mujer lo ha trazado y en Valdecastro se ha urdido. Tengo además la presunción de que la casa de donde salió es la propia de los Bermejos. Con lo que no atino es con la intención que lo engendrara; pero Dios me iluminará, y con sus luces espero orientarme en este laberinto de traiciones que nos rodean.

—¡Bien lo necesitamos, Presenta! Obra, obra con la prudencia que tú sabes, y yo te secundaré en todo.

—Sí, es verdad; hay que obrar; pero no sólo con prudencia, sino con rapidez y energía. La mancha que ya había empezado á caer sobre nuestro nombre cristiano, hay que lavarla á todo precio. Por de pronto nuestra hija (casi siempre decía «tu hija», pero esta vez pluralizó el posesivo, redoblando la alarma del desventurado padre) merece severo castigo por su horrendo pecado, y lo obtendrá como penitencia. Además ¡se acabaron contemplaciones!; esa criatura debe desaparecer de Valdecastro, única forma de cortar de raíz el mal, y eso se hará inmediatamente. ¡No quiero una vez más ser engañada!

—¡Por Dios, Presenta, mira lo que dices! Haz lo que más te plazca, pero... ¡no me separes de mi hija!

Fué aquel un grito casi sin voz, íntimo, conte-

nido, rebosante de pasión, salido de las propias entrañas paternales. Don Venancio adoraba á su hija, sentía idolatría por ella, desbordábase en pasión de padre por aquel angelical muñeco, no comprendía sin él la vida que había concentrado toda entera con las odiseas pasadas, las inquietudes presentes y las ilusiones futuras en su amor profundo, denso, absorbente, cuasi infinito.

—El deber es sacrificio, Venancio. Será lo que haya de ser.

—Pues, si me separas de mi hija, que me maten antes, créeme, que me maten antes. Y tampoco es necesario: ¿me moriré yo solo, solo..!

Terrible sollozo se escapó, cual un rugido, de aquel pecho hinchado, hasta ahogarse, por la pasión de ánimo de la desgracia que le amenazaba: sollozo de dolor supremo, de esos cuyo eco golpea en medio del alma, capaz de extremecer á la indiferencia misma en estatua de piedra. Su mujer sólo se puso más amarilla, más rígida, más yerta, más caídos los párpados y la mirada. La voz, que parecía lejana, de aquella momia cadavérica, murmuró más agria que nunca cual jaculatoria ritual y sin vida:

—Acude á Dios, Venancio. Él te sostendrá en estas tribulaciones que nos envía.

—¡No puedo, Presenta, no puedo! Tú eres santa y estás acostumbrada á la santidad; yo no soy nada ni nadie. No tengo perfección para eso, ni valor para eso, ni sér para otra cosa que para amar á mi hija, y vivir con ella, y, si es necesario,

morir con ella también. Pero... ¡eso de que la lleven lejos de mí..!

Y el sin ventura, roto el dique del dolor y de las lágrimas, no ya sollozaba, lloraba sin medida, deshaciéndose en una pena de tal manera intensa, que creía acabársele pronto, pronto, el torpe curso de la vida. La verdad es que la terrible huella del sufrir, impresa con mortales rasgos en su semblante, espantaba.

Su mujer le miró con lástima, la lástima que inspira á los fuertes la carne flaca; murmuró entre dientes no sé qué rezos y latines; recomendó al abatido mayor serenidad y confianza en Dios; sintió cumplida allí su misión amén de la falta que en otra parte hacía, y abandonó la estancia sin ruído, tan fría, tan rígida, tan yerta como en ella entrara.

II

Al día siguiente, apenas, según costumbre, hubo salido Manolo á dar su pequeño paseo matutino para despejarse la cabeza, vió, al desembocar en la plaza, á Larrea que la atravesaba, echándole tal mirada que, sin saber por qué, se extremeció de pies á cabeza. Comprendió, sin embargo, el deseo que en ella iba envuelto, y, sin vacilar, salió al campo, y, dando el rodeo que le era habitual, dirigióse al palomar de Matilla, siempre solitario, y por eso mismo punto convenido de cita en-

tre ambos, cuando algo tenían que comunicarse.

Ya lo había hecho allí noblemente el joven Bermejo con respecto á su desesperanza de obtener de su padre, duro como el acero é inflexible como el bronce, ninguna blandura ni modificación en lo tocante á su política; no obstante lo cual, y con no pequeña sorpresa suya, Don Fidel, lejos de enfriarse en su protección, habíale dado ánimos para todo, augurándole que, cuando menos se percatara, y apretando en los tonos aflictivos y quejosos, aquella fortaleza se vendría al suelo y cedería á impulsos del paternal cariño...

Cuando llegó el alarmado joven al abrigo de la tapia, ya el otro le esperaba con visibles muestras de impaciencia.

—Pero ¿á usted nada le sucedió anoche, criatura, en la huerta de mi tío?,—espetóle, sin saludo previo, ni cosa que lo valga, apenas á tiro de voz le tuvo.

Quedóse el mozo, ante la interpelación, mudo de asombro, acertando apenas á formular esta frase de admiracion y respuesta:

—¡A mí! Nada.

—Pues ¡todo está descubierto! Mis tíos le vieron dentro de la huerta, le oyeron hablar con mi prima, y hasta presenciaron cómo, al dar las nueve y media, salía por el portillo.

El semblante de verdadera consternación que mostraba el secretario no daba pábulo á dudas. En cuanto al efecto que la noticia causó en el ánimo del enamorado Bermejo... renunciamos á des-

cribirlo. Fué un golpazo que le atontó, dejándole sin sentido.

Larrea, en cambio, procedió con energía, y como quien tiene pensadas sus resoluciones.

—Comprenderá usted,—arguyó,—amigo Manolo, que ante suceso de tal naturaleza, no es hora de aturdimientos ni lamentaciones estériles, sino de decidirse en uno ú otro sentido y obrar en consecuencia. Y no con otro objeto me he hecho con usted el encontradizo para citarle á este sitio y hablar aquí lo que convenga.

La firmeza y decisión de Larrea reanimaron el aturdido espíritu del joven y le comunicaron fortaleza y esperanza.

—¿Usted sabe,—continuó el sobrino del americano,—la suerte que espera á mi prima, una vez descubiertas y comprobadas sus relaciones?

—La supongo,—manifestó Manolo, empalideciendo densamente,—y á eso entiendo que debemos acudir en primer término.

—Sí; mas para tal empresa se necesitan resoluciones supremas, que á usted sólo toca adoptar. Pero, á escape, porque el tiempo urge.

—Pues, usted dirá, Don Fidel. Yo estoy decidido á todo.

—Para su gobierno, le manifestaré que mi tía, estoy seguro de ello, mañana mismo saca á la pobre Marujilla de Valdecastro, y se la lleva... ¡es posible que ni su marido sepa por de pronto adónde! Desde luego muy lejos y á algún convento donde tenga amistades ó relaciones directas ó in-

directas: tal vez á Madrid, tal vez á Cataluña, quizás á Francia: ¡vaya usted á saber! Seguirla la pista lo considero imposible, porque ella se daría maña de sobra para perderse como aguja en un pajar. Aparte de que, ¿para qué servía eso? ¡Imagínese, si á donde la lleve la tendrán incomunicada y bien incomunicada! Oponerse..., ¡no es posible! Sólo, sí, hay un medio; mas...

—Entendido, Don Fidel, entendido. Le prevengo que hace tiempo lo tenía previsto en mi fuero interno. ¡El depósito judicial...! Pero me hace falta la ayuda de la autoridad competente.

—De eso no se hable. Se la prestará á usted, cumpliendo con su deber después de todo.

—Entonces, ¡al cabo de la calle! La voluntad de su prima estoy cierto de que tampoco ha de faltarme.

—Lo sé. Ya á estas horas he hallado modo, aunque muy indirecto, de comunicarme con ella, y me consta eso que usted dice. Es más: lo espera como único recurso de salvación en medio de la ruina que la rodea.

Manolo, realmente conmovido, se lanzó en brazos de Larrea, y le apretó con efusión, no sabiendo cómo expresar su agradecimiento ante tan reiterados favores.

—Ahora falta otro detalle,—adujo el abrazado.

—¡Cuál?

—Prevenir á su padre, criatura. ¿Usted cree conveniente dar un paso de esa naturaleza sin avisárselo siquiera?

—¡Por Dios, Don Fidel, nunca!

—Bueno; ¿y quién se va á encargar de esa comisión?

—Yo mismo, yo mismo. ¿Cree usted que he de tener el menor empacho para ello? Aparte de todo, ahí estoy estrictamente dentro de mi derecho, y no cabe duda de que él sabrá respetármelo, como yo he respetado siempre hasta la nimiedad todos los suyos.

—Pues no, querido Don Manolo; no es usted el que le va á ir con esa incumbencia á su padre, ni tiene tiempo, dado el ahogo de los términos; soy yo, ¿lo entiende usted? Ni más ni menos.

Manolo no disimuló su sorpresa, que contestó Larrea al punto:

—Hay que ser prácticos, mi amigo. Mañana, es posible que muy temprano, tiene el propósito mi tía de ausentarse con su hija. No hay entonces otro remedio sino dar el golpe esta misma noche, lo cual es, por otra parte, muy conveniente, para seguir guardando la sigilosidad hasta ahora afortunadamente conservada y vernos libres de los enojosos estorbos que siempre producen la curiosidad y las hablillas. ¡Calcule la diligencia que habrá de desplegarse á fin de disponerlo todo en tan corto plazo! Yo voy enseguida á prevenir al juez municipal, mi cuñado Remigio, y usted, en cuanto coma, como quien nada hace, se avista con él, y arreglan cuantos detalles judiciales sean precisos, lo cual, por poco, entre dudas y discusiones, les llevará el resto de la tarde. Pues bien; interin



ustedes finiquitan ese negocio, mi persona se mete en casa de Don Ildefonso á tratar el asunto consabido... ¿Quién sabe, hombre? Es posible que de un tiro mate dos pájaros... ¡Ó ahora, ó nunca! Conseguir de él la paz electoral sería pacificar rápidamente la casa de mis tíos, y... ¡ya usted me entiende!

Entendió, en efecto, Manolo, y parecióle el golpe á maravilla, tanto más, cuanto en tan buenas manos sonaría el pandero. De pronto preguntó:

—Diga usted, ¿y respecto á la casa ó familia en que ha de instalarse á la depositada?

—Créame,—contestó sin vacilar el interpelado;—lo mejor será dejar á los padres plena libertad para designar, y conformarse con su designación. ¡Así como así, casi estoy seguro de que han de elegir mi casa! Y digo casi nada más, porque... también he barruntado que sospechan de mí en el negocio de su entrada en la huerta. Sin embargo...

—Y en verdad,—atajó Manolo,—tampoco hemos tocado ese punto importante. ¿Por dónde, cómo, han sabido sus tíos de usted...?

—¡Si imaginara lo que eso me está escarbajeando por dentro...! Hasta ahora le diré que me parece haber olido algo á anónimo, y tengo clavado entre ceja y ceja que la maldita pócima se ha guisado en la propia cocina de su casa.

El joven Bermejo sorprendióse un momento, y luego relámpago de ira sorda y rabiosa iluminó su vista con resplandores de muerte.

—¡Puede!,—exclamó con acento indefinible.

—En su casa, por lo menos, tiene cierta persona de la que conviene guardarse, como del propio Barrabás. Todo, sin saber por qué, me lo temo de ella. Y no suelo equivocarme...

Ambos, dando el punto por suficiente discutido, convinieron en la urgencia del caso, y se separaron presurosos en pos de sus respectivas demandas.

III

Apenas desperezóse Don Ildefonso de su brevísima siesta aquella tarde, fué avisado de que Don Fidel Larrea deseaba hablar con él urgentemente. Preguntó por su hijo. Manolo había ya salido.

—¿Qué me querrá este Larrea, urdidor inagotable de enredos?,—murmuró para sus adentros.—Que pase, que pase en el acto á mi despacho; no le detengáis,—ordenó en voz alta á Quico, que esperaba.

Momentos después el secretario penetraba en la estancia, y saludaba con afable cordialidad á Don Ildefonso, quien correspondió invitándole á tomar asiento y manifestar, para servirle, sus deseos.

—¿Supongo que estaremos solos, eh, Don Ildefonso?

—Completamente. Mi hijo acaban de decirme que ha salido, y Doña Emilia también creo esté fuera de casa. De suerte que el señor Don Fidel puede hablar en este sentido cuanto se le antoje,

seguro de que entre los dos ha de pasar tan sólo.

—Muchas gracias. Usted sabrá, por lo demás, disimular estas precauciones y la molestia de mi entrevista, cuando se entere de la importancia de lo que tengo que decirle.

—Completamente á sus órdenes, Don Fidel.

—Empezaré por manifestarle que el asunto que me trae refiérese á su hijo Don Manolo, cuya representación tengo para enterarle de lo que he de enterarle.

—Escucho con el interés que podrá suponer en cosa que tan de cerca me toca.—Y en efecto se conocía que la curiosidad del buen Bermejo no podía estar más excitada, fenómeno naturalísimo después de tales preámbulos.

—No sé si conocerá usted, amigo Bermejo, las relaciones de Manolo con mi prima, la hija de mi tío Venancio. Es posible que nó, porque ni son largas, ni públicas siquiera.

—No las conozco, Don Fidel; pero, sin saber por qué, las sospechaba desde la estancia de mi hijo en Mauda. Mas ahora, permítame que con la franqueza que sabe empleo en todo, le manifieste mi extrañeza de verle á usted tan enterado en negocio que, no siendo público ni conociéndolo yo, es de mi hijo.

—Sin duda Don Ildefonso no ha reparado en que, además de su hijo, es de mi prima. Esta pobre, no pudiéndose confiar á sus padres que le son contrarios, háse confiado á mí, y esto es todo.

—¿Con que los padres son contrarios á las tales

relaciones, eh? Es natural. No me lo parece tanto, en cambio, verle á usted favoreciendo, con la ocultación, por lo menos, lo que contraría los deseos y se opone á los intereses de sus señores y respetables tíos.—Empezaba á zumbar en la voz del terrible Bermejo la ferocísima sorna que solía emplear, siempre que con sus enemigos valdecastreños hablaba.

—¿Verdad que sí?,—manifestó el secretario con ingenuidad perfecta.—Acto poco explicable, ciertamente. Pero ¡ahí tiene usted lo que son las debilidades humanas! La preciosa hija de mi tío es una debilidad mía. Se ha apoderado de mí, la he visto afligidísima, y no he sabido resistir á sus mimos y carocas para conseguir que al menos no la contraríe en la profunda afición que hacia su hijo de usted siente. Como por otra parte, y poniendo este interés íntimo de familia por encima de todo otro interés, á mí, lejos de repugnarme tales relaciones, parecíanme lo más naturales del mundo..., ahí tiene explicado lo que á primera vista inexplicable parece.

—Mucho que sí. ¿He dudado yo, por ventura, de su talento para explicar este hecho y cualquiera otro? Resulta, entretanto, que usted por quien se sacrifica es por los afectos de su prima, sólo que mi hijo entra, naturalmente, á la parte.

—Hace mal en ser malicioso en todo, Don Ildefonso, porque también este camino conduce al error. Le aseguro que, pese á todas las diferencias que desgraciadameute nos dividen, Manolo

se captó desde el primer momento mis simpatías, como se ha captado las de cuantos le trataron, amigos ó adversarios de su padre. Y el muchacho todo se lo merece, y hasta creo yo que está llamado á mucho en punto á ser bienhechor de este pueblo, sobre todo cuando desaparezcamos ó nos jubilemos nosotros con nuestras incompatibilidades y discordias. ¡No siempre se ha de vivir en guerra en el mundo! De suerte que hasta por ese lado no puedo ver mal el enlace de un Bermejo con un Garzón.

—Pues yo, pésimamente, Don Fidel. No me gustan las mistificaciones, y ese tal enlace, hoy por hoy, sería deplorable. Así he de manifestárselo á mi hijo, en cuanto le eche la vista encima. Yo, pobre; ellos, ricos: yo, demócrata; ellos, absolutistas: yo, pecador en todo; ellos, en todo santos... ¿por dónde cree usted que cabe intentar tan absurda amalgama? ¡Para que la malicia tuviera derecho á decir que los Bermejos habían ido á buscar la bolsa de los Garzones; que los Garzones se habían contaminado con la republicana historia de los Bermejos; que Don Ildefonso había sido capaz de amparar, tapar ó disimular las picardías políticas que á la sombra de Don Venancio se cometen!... No, Larrea, no; eso no puede ser, ni debe ser. Bien se está San Pedro en Roma, y el diablo en su mechinal... Mañana será otro día, y... ¡vaya usted á saber por dónde irán entonces las cosas! Hoy no pueden éstas ser sacadas de quicio sin rompernos todos la cabeza.

Cualquier otro que no fuese el ladino secretario habríase descorazonado ante semejante actitud del eterno é irreductible rebelde; mas él ni un punto perdió su serenidad, aguardando siempre á que pasara el talón vulnerable, ¡alguno tendría!, de aquel Aquiles para herirle.

—Sin duda,—alegó con su calma imperturbable,—exagera en todo la nota oposicionista, amigo Bermejo; pues ni usted es tan descamisado, ni mi tío Venancio tan inquisidor, ni ambos tan distantes en todo, que no pueda ser acortada y aun borrada la distancia en determinadas condiciones, sin otra murmuración que la de los necios, la cual sabido es, que lo mismo ejecuta á tuerto que á derecho. Y aun podría añadir, respecto á las ventajas y desventajas de las posiciones respectivas, que lo que una lleva en lágrimas, otra, en suspiros, viniendo á quedar iguales respecto á su nivel social. Pero tampoco hay por qué disputemos en éso. En cambio un hecho que es superior á nuestros juicios y á nuestras voluntades nos sale al encuentro, y es el amor de los dos muchachos, y ante él no valen argumentos ni quisquillas, sino... hacer lo que ante todos los hechos consumados, por mucho que contraríen nuestros deseos.

—Unas relaciones de muchachos son relaciones de muchachos; pero de eso al punto donde usted quiere llevar las cosas, hay todavía camino que andar.

—No estoy muy conforme. En un hecho de voluntad, donde está la voluntad lo está todo.



—O no, Don Fidel.

—¿Es usted dueño de la voluntad de su hijo?

—¡Apárteme Dios de tal pensamiento! Libre es por mi parte, (y claro es que, aunque yo no lo quisiera, sería lo mismo), como la que más.

—Pues otro tanto les sucede á mis tíos con la de su hija. Y ante la decisión de tales voluntades ¿qué vale la oposición de ustedes?

Don Ildefonso, aunque muy sobre sí, hacíase un lío ante aquella actitud del secretario, tan francamente favorable á las relaciones de los muchachos. Conocíale demasiado por dentro y en la mecánica interna de sus intereses para saber que semejante alianza ni le era grata ni le convenía, de modo que no hallaba tino para explicar aquella sorprendente paradoja. Empezó, pues, á manifestarse con cautela hasta ver claro.

—Entendámonos. Yo he dicho que veré con disgusto tales relaciones y sus consecuencias; mas ¡oponerme..! Tal como generalmente esa oposición se entiende, me libraré mucho de hacerlo. Mi hijo es, en todos sentidos, tan hombre como yo, y no me considero con derecho á cohibir su voluntad. En nada, y en ése menos que en otro negocio.

—Algo parecido, sépalo usted, ocurre en casa de la novia. Mi tía sí se opone resueltamente, ahora por lo menos; mi tío... me consta que hace lo que usted... y aun menos.

—Bien; pero todo eso significa, por lo visto, que Don Venancio y su mujer han tomado cartas en el asunto.



—Desgraciadamente, y ese es el conflicto.

—No entiendo, Larrea.

—Los muchachos, enamoriscados en Mauda, habían hallado medio, según parece, de proseguir aquí ocultamente sus relaciones; pero, no sé cómo, mis tíos, ó mejor, mi tía las ha descubierto, y en el acto ha resuelto poner con su hija tierra por medio.

—¡Comprendo, comprendo la desesperación de los muchachos!,—manifestó Bermejo ceñudo y pensativo.

—Eso es. ¡Y ya sabe usted las resoluciones extremas á que la desesperación se entrega!

—¡Acabe de una vez, Fidel, con mil demonios!, —arguyó el radical, poniéndose densamente pálido, perdiendo la serenidad, y apretando los puños.

—Esa es precisamente la misión que cerca de usted traía en nombre de su hijo, y para la cual he considerado justo darle todas estas explicaciones.

—Pues ahora,— siguió el otro, nervioso, —al grano. Ya estoy prevenido, y harto sabe que no necesito rodeos para las más adversas noticias.

—Don Manolo á estas horas,—prosiguió el secretario siempre sobre sí y comedido,—para evitar el secuestro de la novia, se halla dando los pasos necesarios á fin de realizar inmediatamente el depósito judicial.

Siguió breve silencio, durante el cual Bermejo meditaba. De pronto pegó un puñetazo sobre la camilla que delante tenía, y exclamó:

—Pues ¡vive Dios!, ha hecho lo que debía. ¿Crée usted que yo iba á tronar contra el proceder de mi hijo? Se ha equivocado entonces. Antes trueno en favor suyo. ¡Así, así! En eso le reconozco con orgullo hijo mío. ¡Secuestrar á una pobre criatura por el pecado de amar... ni por ningún pecado! Esto irrita, Don Fidel. Repito que mi hijo ha hecho perfectamente. El depósito judicial, sí señor; la ley, amparando la libertad humana; que se fastidie la inquisidora. ¡No faltaba más!

Fué ahora al listo Larrea á quien tocó desorientarse y perder la brújula. ¡El diablo del republicanote aquél por qué registro salía! Mas se rehizo prontamente, y acudió rápido á aprovechar aquel estallido de pasión, arrimando el ascua á su sardina.

—Le advierto, Don Ildefonso,—manifestó satisfecho,—que ese mismo, en substancia, es el modo de pensar de Don Venancio... y el mío. Nos parece exceso intolerable lo del secuestro, y, aunque mi tío sentirá seguramente el paso del depósito..., yo le aseguro que más cien veces había de sentir la separación de su hija.

Volvió el republicano á perder terreno, no comprendiendo á su vez aquel juzgar y aquella satisfacción del condenado secretario.

—Pero... ¿y una vez hecho el depósito?—manifestó, como quien duda y no ve claro.

—¡Imagínese, amigo Bermejo! Ahí es donde yo apuntaba, cuando hablaba de la fuerza de los hechos consumados. La solución se ha venido enci-

ma, y Garzones y Bermejos, quiéranlo ó no, se verán formando una sola familia.

Frunciése de nuevo el ceño del exdiputado, y tornó á meditar distraído. Siempre oportuno, acudió el secretario á la salida.

—Por eso yo discurro, señor Don Ildefonso, y así he de predicarlo á tirios y troyanos, que aquí se impone á todos un decoroso cambio de conducta..., siquiera cada cual siga en su puesto y con sus ideas. Los hijos algún sacrificio merecen, y tampoco es posible en ningún terreno tratar como á extraños á los de la familia.

Don Ildefonso seguía meditando.

—Ahora mismo,—continuó Larrea,—¡cuánto se adelantaría en deshacer ó templar, por lo menos, este conflicto evitando á esas criaturas amargos sobresaltos y posibles tragedias, si daban ustedes un momento de paz, una tregua siquiera, á sus luchas políticas! Porque, tanto Don Venancio, como usted, veríanse entonces más holgados para acudir á sus hijos y hacerles menos espinoso el difícil camino que han de recorrer hasta ver colmado el anhelo de sus corazones. Yo, en este sentido, créame, siento en el alma las malditas elecciones que ahora en estas delicadas circunstancias se atraviesan...

Persistía el radical en su abstracción reflexiva.

—Ni ¿á quién había de extrañar—insistió á su vez Don Fidel, como quien por su parte medita sobre un problema,—que en ocasión tan solemne para ustedes, reciente aún el acto del depósito,

puesto que la elección va á celebrarse del próximo domingo en ocho días, tanto uno como otro, usted como mi tío Venancio, se apartasen, por respeto á sus mismos hijos, del barullo y tragín de la pelea electoral? No veo que con ello padeciesen ni remotamente la integridad de sus principios ni los intereses de sus respectivas políticas, sembrando, en cambio, muchos beneficios para esos pobres muchachos que se hallan hoy pendientes del sesgo que tomen las pasiones de sus padres... Por lo demás, Don Ildefonso,—(añadió el secretario como quien quema el último cartucho)—conste que yo hago ante usted todas estas manifestaciones, no sólo porque me salen del fondo de mi corazón, sino por ruego y encargo expresos de Don Manolo, el cual estimaría en el alma ese favor... ó, si usted quiere, ese sacrificio por el bien que le reportaría en la situación en que se encuentra...

De pronto el ceñudo radical salió de su larga abstracción, adoptó actitud de profunda resolución y calma, y con voz reposada, un tanto opaca, dijo:

—Siento, señor Don Fidel, esas molestias y fatigas que vanamente por todos está pasando. Tocante á mí, capaz soy hasta de no agradecérselas, aunque, correspondiéndoselas de algún modo con la lealtad y franqueza debidas, he de manifestarle que, vayan por donde fueren mis asuntos de familia, jamás me harán ellos detener un punto en el cumplimiento de mis deberes políticos. ¿No les he sacrificado ya la mitad de esa amadísima familia

(con voz solemne, emocionada y vibrante), y casi toda la hacienda? Pues donde se fué el mar, Larrea, que vayan las arenas... Tal vez, no diré que no, hiera con ello el corazón de mi pobre hijo...; pero ¿para qué tenemos corazón en este mundo, sino para ser de enemigos ó de fatalidades herido? ¡Sano le iba á sacar de la vida el pedazo de mi alma!, (aquí la voz del vigoroso viejo temblaba). Su padre acudirá á la llaga con el bálsamo que pueda..., y ¡ya veremos! Mas antes acudirá también á su puesto, aunque con el pecho sangrando... ¿Por dónde se había imaginado que iba yo á faltar á él, abandonando á los míos, dejando huérfanos de mi presencia á los por mí comprometidos? Si á usted le conviene eso, secretario, (acercándose á él, bajando la voz y centelleando la mirada)... ¡tenga agallas para quitarme del medio, para privarme del aliento, para hacer que me lleven entre cuatro..., y entonces, sólo entonces, se habrá logrado su deseo! De otro modo... (recobrando el tono reconcentrado y calmoso), usted mejor que nadie sabe el compromiso que tengo de ir á la casa municipal de este pueblo á reivindicar la justicia atropellada y la honradez mal servida. Ahora bien; Ildefonso Bermejo no falta jamás á sus empeños de hombre y de justicia por nada... ¡ni por nadie!... Y me parece (levantándose), que hemos concluído... ¿No es cierto, Don Fidel?...

El cual atronado, zurrido, descompuesto, cuasi temblando, con el semblante desencajado por amarga sonrisa, donde palpitaba no sé qué íntima

rabia é impotencia ante la cruel derrota, apresuróse, en efecto, sin réplica, porque allí no había quedado hueco alguno para ella, á aprobar semejante parecer...

Había anochecido. ¡En aquel momento estaría el juez municipal dando el golpe del depósito en la casa de los Garzones! Larrea, mordiéndose los labios hasta ensangrentarlos, se despidió del imponente anciano, cuya barba cana antojábase escultura de piedra en la escasa penumbra que la habitación alumbraba, y, consagrándole los términos de la más afectuosa cortesía, siempre con aquella sonrisa que más parecía mueca de duelo, retiróse cual si al exterior quedaran ambos los mejores amigos del mundo. ¡La procesión iba por dentro!

Salió el listo..., y el rudo allí quedó, medio caído sobre el sofá, envuelto en la sombra, inmóvil, sabe Dios bajo qué insondable revuelto caos del alma sumergido. ¡Terrible infeliz! ¡Siempre en perpetuo sacrificio! ¡Siempre el corazón sangrando! ¡Siempre crucificado en los más dulces afectos del alma!... ¡Qué vida la suya de eterna batalla con la realidad! Todo ¿por qué? El creía que por el ideal, por la revolución, por la democracia, por la república... entidades inasequibles, que se le iban perpetuamente entre las manos, que nunca lograba, no ya poseer, mas ni siquiera columbrar..., nuevo Moisés cansado de atravesar el desierto guiando á los incrédulos y que jamás entraría en la tierra de promisión.

Era la suya, no una política, sino una mística: la justicia pura, la moralidad pura, la virtud pura, la felicidad de todos pura, la religión de la conciencia, el libre cambio, la fraternidad universal, la armonía total del mundo sin una disonancia..., generoso ideal del más generoso de los optimismos, que educó..., á la francesa, una generación digna de mejor suerte. En ese liberalismo y democracia d' iluminados entraron muchos españoles... recién forjados en el hogar teológico de nuestra tradición frailuna y mística, de modo que no tuvieron sino meter la misma substancia cerebral y dialéctica en el nuevo molde de la propia especie, aunque con diferentes figuras. En vez de jurar por su Dios, por su honor y por su dama, juraron por la igualdad, libertad y fraternidad; en vez de aspirar á la perfección de las moradas de Santa Teresa ó de los nombres de Cristo, aspiraron á la perfección del Estado prohudoniano, ó piista, ó castelarino; en vez de profesar hasta el martirio el ideal católico, profesaron, hasta sacrificar por él vidas, haciendas y familias, el ideal... democrático-humanitario.

¿Se comprende de otra manera la tenacidad heróica de aquellas almas arrostrando eternamente el martirio por una vana ideología? Ese temple asombroso revela, antes bien, la forja antigua; esa fe inextinguible delata el diamantino fondo subjetivo de aquel fatuo ideal, que sin dejar de ser fatuo, encarnó en las duras entrañas del idealismo genuinamente español, médula y levadura de la raza.

En ese género de místicos y caballeros andantes de la política revolucionaria, transcendental y apocalíptica, siempre dispuestos á enderezar entuertos, á rendirse á Dulcineas, á dejarse romper los huesos contra molinos de viento tomados como gigantes, á abandonar dulce hogar, queridas prendas familiares, privadas bienandanzas, descanso y hacienda por irse en servicio de la república á buscar las consabidas aventuras... era el buen Don Ildefonso dechado perfecto. ¡Qué madera la suya para santo de veras ó héroe de cuerpo entero! Y se consumía, sin embargo, en una lucha estéril, destinada á no dejar rastro de sí apenas, donde las mayores oposiciones salían... de la propia grandeza de su alma.

¡Sería sino el suyo!... Quedábale sólo un amor en la tierra, el amor de su hijo, inmenso, comprensivo, absorbente, cifra densísima de cuantos ecos amorosos habían resonado en su corazón, que, en pecho de león embutido, no era sino de paloma..., ¡y venía ya, como todos sus grandes afectos, á ponérsele delante, para que eligiera entre esa vida y la vida del deber!... Vida ésta (y es lo que más le dolía) perpetuamente estéril, fatua, sin frutos, pues que siempre resultaba burlada; sus enemigos, encima; la justicia, desconocida; encumbrada, la hipocresía ó la audacia; triunfos, el oro de los usureros; el mundo en suma, cada vez más encanallado y corrompido...

De suerte que él, que, por servir á semejante vanidad y trampantojo, habíase ya quedado huér-

fano, pobre, inválido..., ¡iba á quedarse ahora sin el último rescoldo de la vida, sin la postrera chispa que en su corazón ardía, sin el consuelo final de su existencia, sin su hijo.., por dar gusto á la misma Dulcinea que ya sabía era ó ridícula ilusión ó monstruo de fealdad!.. ¡Pobre Manolo! ¡Entraña de sus entrañas, imagen de la esposa amante, fervor de toda su vida...! ¿Cómo tendría valor para sacrificarle! ¡Ahora que amaba, que comenzaba á vivir, que quizás había encontrado la compañera digna de su alma!...

—¡Alto,—murmuró de repente expresando en voz alta el hilo de sus pensamientos,—alto, corazón: te me vas.., me arrastras.., me vendes! ¡Fuera de ahí! Te arranco de mí. No te quiero. El deber, la honra, la virtud son lo primero..: ¡el honor de los Bermejos!...

Pero ¡te hiero?; ¡te estrujo?; ¡te asesino? ¡Bah! Es que he nacido para eso. ¡Es mi sino! Cada mortal aguante su cruz, ó:.. ¡quítese del medio! ¿No es la mía crucificarme á mí mismo? Pues ¡adelante!; hasta que no pueda más. Donde me falten las fuerzas, (¡presumo que será pronto!) —allí caeré.., y en paz... ¡Oh, la paz, la paz!



XIII

UNO QUE CAE

I

Hacía breve rato que obscureciera, y Doña Presenta se entregaba con ardor á los preparativos del ya resuelto viaje de ella y la infeliz Maruja. Don Venancio, recluído en su despacho, estaba que daba lástima: medio recostado en la marquesita, arrebujado en un capote, agitado por tiritones de largos escalofríos, quizás con un principio de fiebre, convulsionario de vez en cuando con marcadas contracciones en los músculos faciales. ¡No hay desolación cual la que en su persona se pintaba, ni desgarramiento como el de su alma ante la próxima perspectiva de separarse, sabe Dios por cuánto tiempo, de su amada hijita, única ilusión de vida en su vejez y retiro!

Sintióse en el portal ruído de varias personas,

y momentos después la criada que ya conocemos presentóse, no poco alarmada, á la santa, diciendo:

—¡Señora, que dicen que está ahí el Juzgado, y que quiere ver á ustedes!

—Eso será cosa del señor; pásales á los que sean á su despacho,—contestó indiferente la casada-monja, muy embebida en sus tareas.

A los pocos minutos volvió corriendo la doméstica con otro recado:

—¡Señora, que vaya usted á escape, que no sé lo que pasa!

—¡Lo que pasa!... ¡Vaya!: incumbencias políticas de estos días de elecciones...

Y con marcado disgusto abandonó sus urgentes quehaceres, y encaminóse al despacho de su marido.

Al cual halló en medio de la habitación, convertido en estatua del terror, y mirando con estupefacto extravío al juez municipal, al secretario, al alguacil, todos de pie y con varios papeles en la mano. Remigio Plaza, que sentía por la santa idéntico temeroso respeto que todos los garzonistas, saludóla reverente al entrar, é indicó:

—Acabo de manifestar á Don Venancio que, obligado á pesar mío por la ley, necesito requerir á ustedes, para que presenten ante el Juzgado, y sola, á su hija Doña María Garzón de Vargas.

Temblábale la voz más de la cuenta al digno funcionario judicial. Doña Presenta, con toda su santidad, se quedó como quien ve visiones. ¡No hay

santidad [illegible]
que nos [illegible] por sorpresa.

—¡No [illegible]— tartamudeó [illegible] —[illegible] te, siempre [illegible] una [illegible] músculos [illegible] y animar [illegible] mente la [illegible] fisonomía [illegible]

Plaza [illegible]

—Nada [illegible] des, y por [illegible] cuanto hay [illegible] ley se impone, [illegible] cumplir [illegible]

—Pero [illegible]....— insistió la [illegible] de aquel [illegible] alelado [illegible]

—Creo ya [illegible] Presenta. [illegible] Doña María.

El [illegible] ponerse [illegible]

—Pero ¿hay [illegible] eso?—[illegible]

—Desgraciadamente [illegible]— que derechos [illegible]

Transcurrió [illegible] rante el cual [illegible]

se había convertido en madre, volvía de nuevo á ser santa, retirándosele la color de sangre, reapareciendo la amarillez de cadáver, tornando á caérsele ojos y mirada, recobrando la actitud de momia rígida, y manifestando, en fin, con la voz agria y el frío tono de siempre:

—¡Pues cumpla el Juzgado con su deber!

É hizo á los tres que le constituían una seña, para conducirles á la habitación donde la incomunicada se hallaba, introduciéndoles, y retirándose ella otra vez al despacho sin hablar palabra.

No tardó el Juzgado en volver allá, leyéndose entonces por el secretario el mandamiento por virtud del cual se constituía el depósito judicial, en la casa que los padres designasen, de Doña María Garzón de Vargas, para contraer matrimonio con Don Manuel Bermejo y Ochotorena, de la vecindad de Valdecastro.

—El Juzgado me permitirá que me retire, puesto que ya nada tengo que hacer aquí,—declaró la Garzona poniéndose en pie, apenas recitada la última palabra del documento. Estaba densamente pálida, y se conocía que realizaba penosísimos esfuerzos para no ser víctima de algún natural accidente femenino.

—Tienen ustedes,—insinuó Plaza, dirigiéndose respetuosamente al matrimonio, — que servirse hacer la designación del domicilio para el depósito.

—Eso... es cosa de mi marido. Yo mandaré á ustedes enseguida á la señorita... Doña María Gar-

zón.—Y diciendo y haciendo la terrible Doña Presenta, ausentóse resueltamente sin saludar siquiera.

—Casa de Don Fidel ¿eh?—indicó entonces con mayor familiaridad Plaza, enderezando la insinuación á Don Venancio. El cual continuaba presa del mismo alelamiento doloroso, y no hizo sino subir y bajar los ojos dos ó tres veces.

Entró la sin ventura Marujilla, poco menos maltrecha que su padre, al cual se lanzó hambrienta de desahogo y de caricias, sucediéndose desgarradora escena que puso á prueba el sentimiento de los atortolados representantes de la ley. Pero no hubo más remedio que llegar á la separación, para retirarse el Juzgado y conducir á la depositada á su nuevo domicilio. ¡Y allí fué ella!

El desdichado Garzón, presa de no se sabe qué terror ignoto, púsose en pié convulsivo, alzó los brazos como para pedir socorro, desfiguróse totalmente en su semblante, quiso hablar ó gritar algo, sintió que le rodaba sin freno la lengua dentro de la boca, mascculló sin poder articularlos espantosos sonidos como desacordes golpetazos de una máquina descompuesta..., y se desplomó sobre el sofá como cuerpo muerto, al tiempo mismo que Remigio Plaza se llevaba por el pasillo á la joven, poco menos que sin sentido.

Dirigióse rápidamente con ella y sus adláteres casa de su cuñado Larrea, el cual aún no había ido, entregándosela entonces á su mujer, quien ya estaba prevenida. Hecho esto, volvieron los

tres al Juzgado, donde Manolo esperaba lleno de anhelosa impaciencia.

—Está usted servido, Don Manolo,—declaró Remigio.

—¿Todo concluído?

—Completamente. Ya tiene á su Marujilla Garzón en casa de mi cuñado, á donde puede ir á verla, cuando guste.

—No sé cómo pagar á ustedes tan inmensos favores. ¡Desearía hacerlo con la vida!, (apretando vivamente las manos de Plaza). Y, diga usted, ¿habría inconveniente en que me llevase ahora, para enseñársela á mi padre á determinados efectos, la certificación del acta de depósito convenida esta tarde?

—Le comprendo á usted, Don Manolo. La tengo ya preparada en su mayor parte; de modo que, si espera un cuarto de hora escaso, la sello y firmo, y se la guarda en el bolsillo. Me parece bien su pensamiento.

Así se hizo, y poco después, triunfante con su documento, salía disparado el joven Bermejo, llevado en alas de su amor y de su triunfo.

II

—¡Señora, por Dios, venga corriendo, que el amo se ha puesto muy malo! No sé qué le ha dado.

Esto decía á Doña Presenta, momentos después de haber salido el juzgado, la criada, pene-

trando alarmadísima y sin miramientos en la habitación donde se encontraba. La santa, arrodillada en su reclinatorio, rezaba muy de prisa.

Se levantó tiesa, miró fría á la doméstica, y echó tras ella. Al entrar en el despacho encontró á su marido medio por el suelo, y tratando de levantarle, á un criado que había acudido. Se llegó á él, y le vió sin conocimiento, creyendo que se trataría de algún desmayo. Su aspecto, sin embargo, con el rostro torcido, la densa palidez cadavérica, y cierto estertoroso ronquido que de la garganta escapábase, era tal, que no pudo menos de asustarla, como asustados se hallaban ya los sirvientes.

— ¡A escape!,—exclamó,—que vaya uno de abajo á traer al médico Don Marcelo sin perder minuto, y nosotros entretanto le pondremos, como podamos, en la cama.

Así se hizo. El tenaz ronquido seguía; la palidez, á cada momento más cadavérica. La santa dió varias órdenes urgentes á los criados, y ella, quedándose al lado de su marido en espera del médico, volvió á arrodillarse y á rezar. Oraba muy de prisa, muy de prisa. Se conoce que por dentro de aquellas cenizas yertas rugía, sin freno posible, el volcán de las pasiones humanas. De vez en cuando subía involuntariamente el diapasón de la sigilosa voz, y oíasela murmurar con unción un poco imperativa:

—¡Cúmplase tu santa voluntad!... ¡Señor mío Jesucristo!... ¡Cúmplase tu santa voluntad!... Tú

nos mandas los bienes..., tú nos los quitas...; tuyos son... ¡Señor, Señor, que me visitas con tus tribulaciones: tuyo es el varón..., tuyo es el hijo... tuya soy yo... Llévanos á todos, si te place... y perdona á tus pecadores! ¡Dame fuerzas, Señor! ¡Dame fuerzas, Señor!...

Y rezaba, rezaba, siempre aprisa, con no sé qué intensidad apremiante, capaz de inquietar á la propia misericordia divina. Levantábase de cuando en cuando, é iba á inspeccionar de cerca al pobre americano, gustándole á cada instante menos su aspecto. Comprendíase que la impaciencia y la alarma le crecían por momentos.

Por fin llegó el deseado médico, el *otro que* Herrezuelo. Apenas entró en el gabinete donde se hallaba la alcoba del enfermo, y escuchó el singular ronquido que de ella salía, turbóse visiblemente, no disimulando su consternación. Era tertulia de la casa, y apreciaba sinceramente al pobre Don Venancio, quien le correspondía con verdadero afecto, protegiéndole cuanto en su mano estaba, que no era poco. La santa, que también le estimaba, se adelantó á su encuentro.

—Acabo de saberlo todo,—manifestó el joven muy afligido,—apenándome como leal amigo de la casa. Pero ¡esta otra novedad!...—Y señalaba á la alcoba.

—¡Pase, pase, Don Marcelo!,—instó impaciente la alarmada.

En cuanto Don Marcelo echó los ojos sobre el tronco cuasi inanimado del americano, púsose poco

menos pálido que él, y, sin poder contenerse, manifestó así su temor:

—¡Pero si está muy grave! Es una congestión cerebral con hemorragia... casi desesperado.

Se acercó á pulsarle de nuevo, las pupilas, registró la temperatura de las extremidades, y, volviéndose á Doña Presenta, le dijo:

—Si quiere avisar á algún compañero, puede hacerlo; yo, entretanto, aun cuando sin esperanza, lucharé contra el mal cuanto pueda y sepa. Sólo que...

La santa, que también ahora ante lo inesperado del golpe había sido un momento mujer y esposa, penetrada al fin de la horrible realidad que la amenazaba..., tornó nuevamente á ser santa. Surgió en ella la voluntad formada, el sentimiento ascético, la inteligencia mística, y, recobrando su actitud de carne apagada y momia fría, insinuó con su voz yerta al galeno:

—Dígame, sin empacho, toda la verdad, Don Marcelo. Sabe que, con la ayuda de Dios, soy fuerte para soportar los trabajos que Él me envía, y no me arredro. Necesito además conocerla.

—Comprendo que las circunstancias son extraordinarias, y por eso no se la ocultaré. Pues bien; todo hace presumir que el pobre Don Venancio no saldrá de esta noche...

La criada, que estaba presente, rompió á llorar; el criado, que también lo estaba (aquel famoso Sabe-lo-Todo), hizo lo mismo, saliéndose de la estancia para ocultar sus lágrimas; Doña Presenta

sólo murmuró, juntando piadosamente las nacaradas manos y sin levantar la vista del suelo:

—¡Fiat voluntas tua, Dómine!

Y se arrinconó en la alcoba para volver á rezar, aunque ya, con la mesura de siempre.

Don Marcelo hizo un recetón, y mandó á escape á la botica. Enseguida tiró de lanceta, y sangró por sí mismo en abundancia al enfermo. Todo el tratamiento antiflogístico, sinapismos, cantáridas, sangrías, los calomelanos, cayó sobre él, como si en fuerza de arañar la piel y el intestino se pretendiera que estos órganos se convirtiesen en bombas absorbentes para extraer la sangre salida de madre y derramada allá en los senos cerebrales, ahogando y comprimiendo con su inundación los focos de la vida. ¡Vano luchar!...

Hacia la media noche se inició algún movimiento de reacción, como si el enfermo quisiese dar señales de conscientes movimientos y vida algo más que vegetativa. Llegaron á ponerse muy contentos la criada y Sabe-lo-Todo, pregonando que su amo se despabilaba y volvía á ponerse bueno. Don Marcelo, en cambio, torcía siempre la cabeza.

Pronto pasó aquella ráfaga, y el descenso hacia la sombra de la muerte comenzó con rapidez.

—Creo que es el momento, Don Eusebio,—manifestó el médico al párroco de Santa Eufemia, que había acudido poco después que él, y ya tampoco habíase separado del lado del enfermo, así como el sobrino Larrea (en un estado de atortola-

miento imposible de describir), fray Carlos, y otros dos ó tres íntimos de la familia.

Don Eusebio se revistió apresuradamente con los hábitos necesarios, y procedió á administrar al pobre moribundo el sacramento de la Extrema-Unción, para el cual y desde el primer momento por indicación del médico habíanse traído los precisos adminículos de la parroquia: ¡ceremonia siempre imponente! Todos rodearon el lecho del enfermo. La santa manifestóse desde entonces en toda la positiva grandeza de su santidad. Reunió á los criados, entre los que habían acudido la mayor parte de los de Larrea; repartióles cirios que hizo encender alumbrando eclesiásticamente la casa entera; dió numerosas disposiciones; presidió, en fin, á todo, colocándose ella á la cabecera de la cama para ayudar al celebrante por sí misma en aquellas mecánicas que son del caso.

Comenzaron los imponentes rezos del sacerdote saturados de lúgubre grandeza. Fray Carlos y la santa contestaban cuando era preciso. Sollozos sueltos se escapaban acá y allá de los pechos comprimidos como acentuadas disonancias en una sinfonía del dolor. Chisporroteaban los cirios, derramando en el ambiente su característico perfume, tan penetrante, á cosas religiosas. Fuera de estos rumores que se degradaban desde la alcoba hasta los últimos confines de la casa, cual si la lenta atenuación de la vida del enfermo remedasen, el silencio tenía esa densidad profunda que parece convertirlo en cosa tangible, atmósfera severa he-

cha únicamente para que en su pavoroso seno germinen y florezcan las penas sin consuelo y los duelos sin esperanza...

Terminóse al fin la triste ceremonia, y el enfermo seguía con su congojoso estertor en forma de ronquido y en su postración profunda de tronco vegetativo y yerto. Los cirios por mandato expreso de la santa continuaban encendidos.

De repente se oyó en los pasillos á alguien que venía corriendo como huracán furioso, y una respiración jadeante que daba miedo. Cuantos se hallaban en la alcoba volvieron la cabeza espantados, y en el instante vieron precipitarse en ella, loca, delirante, sonámbula, á Marujilla.

—¡Qué es esto, qué es esto? ¡A dónde va usted? —exclamó Don Marcelo, queriendo atajarla, mientras los demás acudían también, atolondrados, á la misma intención.

A todos atropelló la hermosa niña, erguida como leona y traspasada como dolorosa, lanzándose sobre su padre, con quien se hizo apretado nudo sin poder humano de evitarlo. Sus roncos gemidos eran poco menos rugientes que el estertoroso roncar del enfermo, y ambos se confundían en una desolación única. La sin ventura le besaba, le acariciaba, le anudaba á su propio cuerpo, parecía empeñada en transfundir de su sangre palpitante á aquel tronco cuasi inanimado, y por un golpe de voluntad milagroso, las energías y la salud que á ella le sobraban.

—¡Padre, padre!—rugía con voz opaca, honda,

apenas inteligible, cual si por el alma misma fuese pronunciada.

Aquello era irresistible, y todos los ojos se llenaron de lágrimas ante el inesperado estallido de dolor verdad, íntimo, supremo. Lanzáronse sobre ella, y la separaron, en el instante en que el tremendo paroxismo de su desesperación trágica provocó en el organismo la inevitable ataxia nerviosa, y, tras ella, un síncope de postración profunda.

Sacáronla á la habitación próxima, la recostaron sobre una butaca, y su madre, severa y contenida, (se conocía que su presencia había vuelto á turbarla por dentro), acudió á aflojarla corsé y vestidos. Larrea se mostraba más y más trastornado. ¿Qué había ocurrido que explicase la presencia allí de aquella criatura?...

Pronto se supo todo. El escándalo de lo acaecido en la casa del americano corrió á prima noche por el pueblo, puede suponerse con qué circunstancias y efectos. Por reflexión volvió también á la de Larrea con la noticia del accidente mortal de Don Venancio, y aun cuando allí procuraron evitarlo, Marujilla acabó por enterarse. Quiso en el acto, loca de dolor, escaparse á su casa; mas no lo consiguió; hasta que una de sus imnumerables tentativas en aquella noche aciaga tuvo éxito completo.

De allí á un rato se reaccionó la desmayada, y, armándose de heróico valor y serenidad suprema para que se lo permitiesen, empeñóse en volver al lado del moribundo. Intervino su madre:

—Ya que está aquí, dejarla, dejarla, que cumpla con su deber viendo morir á su padre.

Y, en efecto, la agonía había empezado. La desolada niña colocóse en la cabecera de la cama al otro lado de su madre, arrodillóse, tomó una de las manos del sér querido, y allí permaneció, inmóvil, muda, densamente pálida, estatua viviente del dolor en aquella tragedia, llorando por dentro sangre del corazón y espasmos de los nervios.

Los curas con las estolas puestas habían vuelto á rezar los tremendos versículos del Libro de Salomón y del Eclesiastes; habíase rehecho el corro en torno de la cama; unos criados se arrodillaban en el gabinete inmediato, otros andaban de puntillas, mudos y como alelados en los pasillos; los cirios seguían chisporroteando, y el ambiente, fuertemente impregnado en el acre tufillo de la cera, que en las casas suele ser olor de difuntos. Había en los cerebros y en los músculos cierta estupefacción cansada y doliente. ¡Noche interminable, lúgubre, como horrenda pesadilla!...

Cuando la primera luz del día filtró por las rendijas de los ventanales esa claridad fría y gris que parece resplandor de cenizas yertas, la voz del médico Don Marcelo, que observaba con la tristeza de la impotencia las últimas titilaciones de aquella vida apagándose, sonó con desesperanza solemne:

—¡Ya acabó!

Todos se arrodillaron con respiraciones sollozantes; los curas rezaron más alto y con solemni-

dad más acentuada; el timbre agrio, temblante, frío de la santa, pajiza hasta la lividez de cirio, y con una vela entre las cruzadas manos, lo dominaba todo...

De repente grito espantoso, de esos que llevan palpitando en sus ecos el estallido de un alma, desgarramiento que sobresalta los pechos más serenos, como si algún resorte del gran mundo se rompiese, sonó en la estancia, y se vió á la pobre Marujilla levantarse desencajada, echar los brazos al alto y caer hacia atrás rodando por el suelo.

¡Don Venancio Garzón, el americano de Valdecastro, había concluído para siempre!



XIV

ALMAS Y LLANURAS MUERTAS

I

Pasaron los tragines de duelo, entierro y funeral, á que acudieron numerosas relaciones de tan considerable familia en Mauda y pueblos comarcanos, constituyendo magno suceso para Valdecastro, y todo había vuelto á desenvolverse en sus proporciones y carriles ordinarios. No necesitamos decir, por lo demás, que aquella tempestad dejaba tras sí considerables sedimentos de perturbación y de inquietudes.

Manolo, que no había vuelto á ver, sino de lejos, á la desolada Maruja, hallábase consternado, tanto más cuanto, enterado de la terrible entrevista de Larrea con su padre, habíale notado al primero evidentemente esquivo y hurtando las ocasiones de hablarle; la santa se había encerrado en su ascetismo, sublimado aquellos días, cual si las cosas mundanas todas, incluso su hija, concluyéranse para ella; el secretario no vivía, salteado por mil aturdimientos y zozobras: la inminencia de las

elecciones, en las que la honra le iba; sus futuras relaciones con la casa Garzón, en las que le iba lo mejor de la hacienda; hasta la irregularidad en que había caído el depósito judicial de su prima, vuelta de hecho y sin legitimación de ningún género á la casa de sus padres.

En esto ocurríale al listo contratiempo formidable. Cuando salió de su memorable conferencia con Don Ildefonso, pensó en el acto, ó romper la fórmula legal del depósito por uno de esos atropellos tan frecuentes en los caciques rurales, ó reservársela como arma de amenaza hasta última hora. Su propósito era presentar ante Manolo el siguiente mortal dilema: «¡ó la retirada de su padre, ó la anulación de la atadura legal del depósito con devolución de Maruja á su madre á los efectos consabidos!» Mas la certificación que del acta el novio había obtenido, no con mira ninguna enemiga, antes bien con el pensamiento de seguir trabajando á su padre, inutilizaron, sin quererlo, aquellas intenciones.

Digamos, entretanto, que la nueva acometida de Manolo aquella misma noche é ínterin el americano caía en su casa mortalmente herido por el terrible accidente, tampoco surtió efecto alguno útil en la dura voluntad del republicano campesino. En presencia del certificado del acta sólo dijo:

—Está bien, Manolo, y te felicito por tu resolución. Has hecho lo que has debido, y otra conducta, no acudiendo con todas tus fuerzas al socorro

de esa pobre criatura cohibida en su libertad, á mí me hubiera disgustado. Ahora, una cosa es la vida privada, y otra cosa es la política. En ésta... déjame cumplir con mi deber; en aquélla pídemelo todo..., incluso que vaya á arrodillarme ante la santa Presenta, rogándole el perdón de mis culpas y haciendo confesión general ante su propio confesor el padre Ortega... ¡Todo me parecerá poco para darte gusto!

Y no hubo quien de ahí le sacara, ni modo de doblar aquel bronce volitivo ¡casi prehistórico!

II

La noche anterior la santa había tenido muy larga é íntima conferencia con su director espiritual y capellán de las monjas carmelitanas de Mauda donde ella se educara y pasara la mayor parte de su vida, el padre Ortega, el cual en aquellos días de prueba apenas se separó de su antigua hija de confesión, fortaleciéndola en la ardua tarea de llevar cristianamente la pesada cruz de tantas tribulaciones. En la mañana siguiente Larrea recibió un recado de su tía, para que, en cuanto le fuese posible, se llegase á verla.

—¡Qué me querrá!—pensó el alarmado secretario.—Indudablemente ha llegado para mí una hora difícil. ¡Allá veremos!

E incontinenti se trasladó al hotel del americano, donde no hallaría ya la sombra siempre amiga y protectora del dueño, su querido tío, Maudá-

ronle entrar en la habitación de la formidable santa, lo cual le olió desde luego á conferencia solemne, con que, haciéndose superior por desesperado esfuerzo al estado de sobresaltos y zozobras en que su alma había caído, procuró revestirse de la mayor serenidad posible y dominio de sí mismo.

—Siéntate, Fidel; tenemos que hablar,—manifestó ella, así que dió entrada á su sobrino político.

Había recobrado su aspecto ordinario de monja curtida y ascética, sólo que parecía más torcida, rugosa, pajiza y apagada que antes. ¡Ni aun por los santos momificados pasan en vano las tempestades de la vida humana!

—Ya sabe usted, tía, que no deseo otra cosa sino obedecerla y recibir sus inspiraciones,—contestó Larrea, no se sabía si más compungido que consternado, ó vice-versa.

—En primer lugar necesito que me digas claro cuál es la situación de mi hija,—declaró la señora, yéndose á fondo y haciendo evidente caso omiso de los cumplidos del secretario.

—Por eso no pase mal rato, tía. Yo me encargo de arbitrar el medio, por muy difícil que sea, de deshacer ese malhadado depósito.

—No te he preguntado eso, ni de ello se trata ahora. Quiero saber únicamente la actual situación de mi hija con arreglo á la ley estricta.

—Pues, hoy por hoy, en nada se ha alterado legalmente el depósito, de modo que, aun cuando

Maruja vive aquí, es como si en mi casa viviera. Más aún; si Don Manolo reclama, no habría más remedio que devolverla á mi domicilio.

—Está bien. Otra cosa. ¿Qué noticias tienes de las elecciones que van á celebrarse del próximo domingo en ocho días?

—No pueden ser peores, tía. Que las perderemos por completo.

—¿De modo que será alcalde Juan-y-Medio? ¿De modo que los republicanos se van á apoderar de nuestro Ayuntamiento, trayendo á la villa los escándalos é impiedades de siempre? ¿De modo que tendremos también en Valdecastro nuestra sucursal del *Centro libre-pensador* de Mauda con meetings y lecturas públicas de esas... *Dominicales?*... ¡Eso no puede ser, Fidel! No creo que Dios permita tan enorme castigo para nuestro desgraciado pueblo.

—Por eso digo que conviene deshacer cuanto antes el depósito judicial de Maruja, y enseguida disparar bala rasa contra todos esos judíos bermejistas, á la mira de quebrantarles cuanto sea posible.

—Eso dices tú, Fidel. Yo digo precisamente lo contrario.

—¿Cómo, lo contrario!

—La Providencia, sobrino, ordena los sucesos humanos por vías muchas veces recónditas é inesperadas para nuestros ciegos entendimientos, y, cuando de alguna manera se descubren, conviene respetarlas. ¿No se ha enamorado el hijo de



Ildefonso de mi hija? ¿No quiere mi hija al hijo de Ildefonso? Pues ¡cúmplase la voluntad de Dios! Los casaremos, y ése será, sin duda, el camino por donde la solariega familia de los Bermejos, que tantos pecados de liberalismo y escándalo lleva cometidos, se devuelva á sus antiguas moradas de cristiandad y sanas ideas. ¿No te parece que contra la enorme potencia de mal de un Bermejo caduco no hay como levantar otra gran potencia de bien de un Bermejo joven?

¡Allí fué el desencuadernarse el entendimiento larrense, rodando cada pieza por su lado y haciéndose aquella máquina del pensar el más lastimoso lío, con tal barullo de ideas que no parece sino que aquel cerebro se hubiese súbito convertido en el cerebro de un orate rematado! Tal fué el efecto que en el descompuesto secretario produjo la para él cien veces inconcebible salida de la santa. La cual continuó sobre el mismo tema hilvanando otras no menos sutiles reflexiones, mientras el trastornado iba con no escaso trabajo reaccionándose del golpe, como Dios le daba á entender. Por fin atrevióse á insinuar la siguiente observación:

—Pero ¡por Dios, tía!, ¿usted conoce las ideas de ese joven? ¿Sabe con quién va á casar á su hija?

—Estoy al cabo de todo, Fidel. Demasiado sé que las ideas de Manolo con su educación de Academias y Ateneos, y sus estudios á la moderna, no son santas. Pero tampoco es Anti-Cristo como su padre, ni siente su inquina feroz contra el poder

de la santa Iglesia, ni tiene la dureza de su corazón, antes bien blandura y, tal vez, propensión favorable á dejarse convencer por la sana doctrina... Y de eso... ¡yo me encargo!

—¡Quiera Dios, tía, que no tenga usted que lamentar alguna peligrosa equivocación! Al fin Don Ildefonso, aunque tan republicano, no ha dejado de ser católico viejo, y como tal practica, mientras que su hijo ¡dudo yo hasta de que sea cristiano!

—No importa. ¡Tráigame Dios á mí descarriados como el hijo, y evíteme diabólicos liberales como el padre! Con los primeros hay mil caminos para la inteligencia y el convencimiento; con los segundos... *nulla est redemptio*. ¡Por algo es el liberalismo el mayor de los pecados del siglo!

—¿Y cree usted que no es liberal de peor casta el joven que el viejo?

—No te canses, Fidel. Es caso que tengo resuelto. Los dos muchachos se casarán, y se casarán á escape. Ya el padre Ortega ha salido para Zamora, á la cual diócesis nuestras parroquias pertenecen, á fin de obtener de aquel Prelado, cuya santa amistad goza, las dispensas de las amonestaciones, de modo que puedan desposarse, pasado el novenario de Venancio (q. s. g. h.), en la próxima semana, sin que nadie lo advierta como en boda de luto. Y ya verás cómo, si no conseguimos ganar las elecciones y la retirada de Ildefonso.., ¡alcanzaremos por lo menos, merced al influjo de Manolo, deshacer sus proyectos libre-pensadores y

sus horribles escándalos ateistas, que es lo primero y principal á que conviene acudir con todas nuestras fuerzas! Después, y para llevar adelante mis otros planes..., ¡en Dios confío que no ha de abandonarme!

—¡Tía...!, — tartamudeó Larrea, visiblemente descompuesto.

—Pues ¿qué pensabas tú, sobrino, que, porque tu tío hubiese muerto, iban á quedar indefensos en este pueblo y en esta tierra los intereses de la verdad, de la religión y de las sanas doctrinas (esto de la sana doctrina era en la santa estribillo corriente) de nuestros padres? ¡Te has equivocado! Antes bien, veo, gracias á Dios, con claridad el papel que desde esta casa me toca en medio de las luchas sangrientas con que los impíos nos amenazan, y en ese Dios confío que sabré continuar la tradición de los Garzones. Que los que poseen y los que pueden abandonen á la sociedad cuando el Anti-Cristo más de cerca y más fieramente se apresta á combatirla, es egoismo y cobardía que Jesucristo castigará duramente el día de las venganzas; mas por mi parte espero que su divina misericordia no me dejará caer en tan horrendo pecado... Cumplamos cada cual en nuestra esfera con nuestro deber, ayudemos la santa obra de Dios, y Dios ayudará y bendecirá nuestras obras, coronándolas con el triunfo. Así, y sólo así, se apresurará el reinado de Jesús sobre los hombres, y la restauración universal del Catolicismo en todo el orbe...

Había surgido, sobre la santa, la doctora, y, sobre la doctora, la propagandista ardiente, iluminada, novísimo-católica, aspirante á hacer de la sociedad entera, así como los colectivistas vasto falansterio, ella y su doctrina inmenso convento de místicos. Eran los tiempos aquellos de la palimgenesia integrista, nuevo intento de la reducción del hombre entero á la unidad religiosa con intención de ofrecernos la divina receta cual fórmula perfecta para el logro de la felicidad humana: tiempos que, siendo de ayer, parecen ya tan lejanos. ¡Que hasta tal extremo pasó con rapidez y ha envejecido el ensayo, no obstante tal cual impotente esfuerzo para resucitarlo por parte de algunas almas cándidas ó varones pasados de listos, todos sin la virtud del escarmiento!

Pero entonces, no há cuatro lustros todavía, el entusiasmo de tales catecúmenos palpitaba con el fulgor de toda aurora, y los jesuítas, que tomaron á pechos la empresa, habían trastornado con semejante Evangelio político de la que pudiera llamarse mística teocracia, (de cambiar lo místico en terrenal no faltaría quien se encargase), no pocas cabezas de capellanes de monjas, y señoras exaltadas ó ascéticas. Entre cuya falanje contábanse el referido sutil padre Ortega y su espiritual dirigida, la santa, semi-monja, semi-casada, Doña Presenta, los cuales con pío ardor, y como quien reza una oración ó recita una jaculatoria bien sentidas, habíanse erigido en centro activo de lo que ellos llamaban *política-católica*, arrimando el as-

cua á la sardina que estimaban más propicia y que en la provincia resultó ser la conservadora, la cual para este efecto poseía dos títulos preciosos: su indudable correctísima devoción católica, y el ser precisamente de carlistas la más odiada.

Como quiera, la santa miraba aquella empresa como obra de santidad en efecto, imbuída por la fogosa propaganda de los nuevos apóstoles, la cual al dedillo conocía, y, no ya la boda de su hija, el cadáver de su marido hubiese dado por prosperarla y darle el triunfo. Así se explica que ella, que nada tenía de liviana, antes era la misma prudencia y gravedad en persona, ni el novenario de los funerales dejara pasar para consagrarse á la actividad de aquellos negocios, ahora urgentísimos. Ni ¿cómo honraría mejor la memoria del muerto que consagrándose con todas sus fuerzas al servicio de la providencia de Dios y de la milicia de Jesucristo?

Claro es, por lo demás, que la asceta maudense ponía en la empresa el sello de su singular persona: nimiedades de monja, entusiasmos de mística, paciencia de cenobita, astucias y sutilezas de doctora, sequedades de momia á quien se le murió el corazón, clavado entre las espinas de la vida y ya arrugado, yerto, convertido de blando músculo que albergó un día la pasión, en duro cartílago que nada sentía, sin jugo para amar las cosas reales, ni calor para encenderse por la naturaleza viva. De ahí, en la lucha, su voluntad, que no era

firmeza, sino petrificación; su decisión, que no era entusiasmo, sino impulso; su fe, que no era sentimiento, sino idealismo; su ardor, que no era arranque del alma, sino dialéctica del intelecto, así como todo ello, un rito monástico, una práctica de religiosa conventual. ¡Santa Teresa de ceniza y pergamino! La vida de aquella momia ardió un día, sí, luminosa, pero fué en vano consagrada al amor de un hombre; la momia de esa vida pretendía ahora consagrarse fecunda al amor de Dios... ¡Oh paradojas de la miseria humana que aquí se revuelve empeñada en cegarse con sus propias sombras!..

....

Don Fidel Larrea salió abatidísimo, ceñudo, cabizbajo del hotel garzónico, pensando que allí se había levantado un nuevo tremendo poder, y que con él apenas podía soñar en seguir ejercien do de ministro irresponsable... ni mucho menos de tesorero intangible. ¡Por donde menos pensaba veníale la muerte!...

Una hora después de él haber salido, entraba, con la cara del más estupendo asombro que puede imaginarse, el propio Manolo Bermejo, era asimismo recibido á larguísima entrevista con la santa, y, cuando también se echaba fuera de la suntuosa morada... ¡salía, en medio de cierta luz de alegría que iba iluminándole suavemente por dentro, no menos meditabundo, ceñudo y abstraído que el otro! Se conoce que la viuda-casada-monja con su fecunda múltiple experiencia de los

estados de la vida, poseía la virtud de suscitar en los demás hondas meditaciones sobre los suyos.

Manolo por de pronto sabía que acababa de conseguir de súbito y cuando menos lo esperaba la para él entonces suprema felicidad; pero debían de habérsela enseñado rodeada de tales festones... ¡que al hombre le hacían arrugar el entrecejo, suspirar recio, y meditar hondo!

III

Despreciemos en calidad de hombres prudentes la furiosa chismografía que cual polvoriento nublado de verano desencadenárase aquellos días sobre Valdecastro tocante á los mil veces sorprendentes y extraordinarios sucesos de las casas de Garzones y Bermejos, desde las entradas de Manolo en la huerta hasta el anónimo que fué causa de su descubrimiento, el depósito de la novia, la muerte del padre, el fracaso de Larrea ante Don *Ilefonso*, la súbita resolución de la santa para casar á los muchachos, la lectura de la última amonestación el próximo anterior domingo con dispensa de las dos primeras, y la boda que se tenía preparada para el inmediato sábado; y en calidad de hombres honrados, los inmundos juegos electorales de tirios y troyanos en aquellas vísperas de elecciones desde las tramposas marrullerías de Larrea y las truhanadas fulleras de Villalobos hasta las barbaridades, amenazas y desafueros de Herre-

zuelos, Juan-y-Medios, Don Piis y otros revolucionarios valdecastreños de parecida estofa. Y vayamos á lo que importa.

Había llegado el sábado, día fijado para el desposorio, por ser el primero en que fué posible dejar listos los mil complicados ingredientes que entran en este gravísimo acto de dos personas en la vida. La santa había decidido que los muchachos se desposasen, atendiendo á la sencillez de la fórmula, que permitía consagrar un mayor respeto al recientísimo duelo; y que el acto, siquiera constituyera desconocida costumbre en Valdecastro, se celebrase de noche, á fin de atender á aquella misma intención que procuraba servir cuanto podía. Serían padrinos los padres, representando en la iglesia, á Doña Presenta, la mujer de Larrea, y á Don Ildefonso, Don Angel Sama, el joven médico de Valcorba. Concluída la breve ceremonia, á que no asistirían más testigos que los dichos, el celebrante y Fray Carlos, tampoco habría, como es natural, género ninguno de mesa ni otra recreación, antes cada mochuelo iríase desde la iglesia á su olivo, y los desposados, después de saludar santamente á los respectivos padres, tomarían un coche de camino preparado al efecto y se dirigirían á la hermosa casa de la Dehesilla, distante una legua corta y también preparada con algunos arreglos, y allí pasarían su media docena de días, retirados del mundo, enlutados, mas no por eso amándose menos. ¡Que así son de incontrastables y avasalladores los ímpetus y movimientos natu-

rales de la vida, capaces siempre de construir un nido sobre un sepulcro!...

Llegó el momento. Manolo vistióse en su casa traje sencillísimo de riguroso luto. Su padre, conociendo el golpe que le esperaba, viéndole partir en el instante «de abandonar su familia por otra familia», tomó la resolución de despedirse de él al principio de tarde, y enseguida, prometiéndole que acabarían de decirse adiós cuando con su mujer volviese después del desposorio, montó en su fiel enorme rocinante, y se lanzó al campo, como si de cabeza se lanzase sobre una sima.

Era la hora, y Manolo fué á salir para dirigirse á casa de la novia. Estaba densamente pálido, con palidez nacarada que se destacaba vigorosamente sobre el negrísimo traje de luto y acentuaba á la vez las oscuras ojeras de dolor que bajo sus insondables ojos proyectábanse. Era en aquel traje y de aquella guisa una hermosura de varón prodigiosa. Cuando abría la puerta de su gabinete en el piso alto, y, en el momento de echarse fuera ya medio á oscuras, detúvole rugido espantoso, de esos que produce en ocasiones supremas la voz humana convertida en voz de fiera:

—¡Manolo!—semiarticuló aquel rugido.

Era Doña Emilia. ¡Doña Emilia en un tal estado de perturbación que daba miedo! Manolo no se alteró cosa alguna, conservando imperturbable su serenidad siniestra y fúnebre. Contestó friamente:

—No me extraña este encuentro. Antes lo espe-

raba, como se esperan las calamidades seguras é importunas.

—¡Manolo, amor mío, mi salvación, mi vida!; pero, ¿no me has comprendido! ¿No me has comprendido, puesto que te vas así para siempre, hurtándome si podías, sin mirarme á la cara siquiera, echándome á un lado..., sin advertir que nada de eso puede ser!,—bramaba la loca con un bramido opaco y silencioso que espantaba.

—Respeta la casa de mi padre, de tu generoso protector; respeta mi situación; respeta el dolor de todos... y ¡déjame!.. ¡déjame! No me tientes, porque estoy resuelto á todo!,—decía el joven, poniendo en la grave voz un acento de fuerza que delataba su decisión meditada y segura.

Siguió momento de silencio en que se oía el jadear de pantera de la andaluza. Habló ésta por fin, con reconcentrado tono de súplica y amenaza al mismo tiempo:

—¡No vayas, Manolo, no vayas á la iglesia! Si vas, me presento yo también, y ¡te reclamo! ¡Te reclamo, te reclamo, te reclamo, porque eres mío! (Con expresión de loca.)

—También tengo eso previsto,—(siempre con la misma siniestra calma),—y mi resolución, tomada para el caso.

—¿Qué harás?,—(con anhelo supremo.)

La respuesta de Manolo fué de acción y de palabra. Se llevó una mano al bolsillo interior de la negra americana, y un tremendo revólver niquelado brilló, en la semiobscuridad en que se hallaban, con lúgubres centelleos.

—Tiene seis tiros,—declaró con tranquilidad pavorosa y enseñándoselo á la fiera; —dos, para tu cráneo; dos, para mi pecho; los otros dos, para los fallos.

La ex-capitana retrocedió aterrada. ¡El cobarde avasallador sentimiento del apego á la vida habíala invadido evidentemente, y apoderádose de ella! Se quedó inmóvil, temblorosa, como imbécil.

Manolo volvió á guardar el arma, cerró su cuarto con llave, abrochóse tranquilamente el abrigo, y salió con firme paso, sin volver la vista atrás siquiera, como si en pos de él no quedase alma viviente ni rencor mortífero.

IV

La ceremonia fué brevísima: tan breve como imponente y luctuosa. Todo contribuía á su tristeza solemne: el templo envuelto en las sombras, rotas por dos ó tres mortecinas lámparas; los lutos rigurosos de los asistentes que les daban en aquella ocasión y aquella hora trazas de fantasmas negros; la soledad silenciosa del acto, como si, más que de una fiesta de vida, de una obra de penitencia y dolor se tratase; en fin, el denso sedimento amarguísimo que las tragedias de aquellos días habían depositado en el fondo de las atormentadas almas, mejor dispuestas que á los arrullos, á las lágrimas.

Comenzó la lectura de la Epístola de San Pablo,

esa ley de la sociedad sexual de varón y de mujer dictada como para escribirse en tablas de bronce á martillazos: ¡tal relieve tienen sus inmortales sentencias! La voz del Ministro sonaba grave y pausada. La desolada Marujilla lloraba en silencio con esa amargura inmensa de las penas sin consuelo, toda ella llena del espíritu ausente de su padre. Manolo, torvo y grave, oía sumido en no sé qué abstracción trágica. Fray Carlos y el sacristán acompañaban el acto como dos estatuas mudas y compungidas.

La desposada, cubierta de pies á cabeza con amplísimo velo de luto, parecía una monja negra que asistiera á sus propios funerales. Recogidos los sutiles crespones en derredor del blanquísimo rostro, formaban un cuadro de cabeza de marfil en marco de ébano. Manolo quedósela mirando..., y...

Alucinación portentosa se apoderó de su cerebro atormentado y debilitado por tantas emociones. Vió poblarse aquellas tinieblas por mil lúgubres fantasmas en perpetua metamorfosis. El templo era catedral gótica, sobre cuya aguja altísima rielaba claridad fúnebre una luna cadavérica que él columbraba al través de invisible lucerna. Ellos estaban sumidos en una sima sin fondo del templo inmenso. Rompiendo la espesa niebla de fantasmas vagamente multiformes, empezó á descender desde la altísima lucerna interminable legión volátil de pequeñas lechucitas que con aleteo de sombras venían todas, todas, en bandas

innúmeras, á posarse sobre la cabeza de Marujilla, donde desaparecían, cual si en su cerebro se fundiesen. ¡Y qué carita de lechucilla triste tenía la niña con su dolor tierno y solemne! Mas... no; no tenía tal cara; ¡si era toda ella una lechucita grande, taciturna, encadenada! Ahora le tenía á él también sujeto y esclavo, mientras ella lo estaba á su vez á aquel tirano de piedra labrada y pintada que tenía delante: el sacerdote, leyendo con palabras de bronce aquel conjuro encadenante... Mas ¿era aquel un sacerdote? ¿Era Doña Presenta? La verdad, ¡no lo distinguía muy bien! La visión dudosa le turbaba. Pero, ¡calla! (aquí el corazón del alucinado comenzó á latir fuertemente); ¿y aquella mujer engañosa que tenía al lado? Pues ¿no era la vestal negra? ¡Doña Emilia allí? (palpó por fuera el revólver que en la americana llevaba). Y, sin embargo, ¡no! El cuerpo era de la vestal; la cara, de la lechucita Maruja... ¿Qué iba á suceder allí? ¿Qué tragedia se preparaba?...

Sintió que le tocaban fuertemente el hombro. Era fray Carlos que le llamaba la atención. Volvió desorientado á la realidad, y oyó que el Ministro del Sacramento, dirigiéndose á él, repetía, por lo visto, la pregunta:

—Manuel Bermejo y Ochotorena, ¿quieres y recibes por esposa á Doña María Garzón de Vargas?

—Quiero y recibo,—contestó, sorprendido aún, con voz emocionada.

Después, mientras se terminaba la ceremonia, siguió pensando:

— ¡Qué iluso! Pues ¿no se me ha reproducido de nuevo y casi al pie de la letra el sueño de Mauda? ¡Claro; las circunstancias resultan tan semejantes!: esta pobre Marujilla mía, con su carita tan justamente compungida que la pone como una avecita nocturna; vestida, además, de Vestal negra; la boda, que parece entierro; todos, rodeados de tragedias; las propias infames amenazas de Doña Emilia... De todo lo cual resulta que aquel sueño tuvo algo de profético... ¡Qué cosas!... ¡Para decir luego al vulgo que se ría de los sueños!... Pues ¡si todas estas realidades lúgubres que nos rodean hubiesen de ser tenidas por presentimientos!...

Se extremeció poderosamente. El acto había terminado. Marujilla, que no cesaba de llorar, se arrodilló ante el altar de la Virgen, y allí oró brevemente con devoción profunda. Después besó las manos de ambos sacerdotes. Manolo dió las gracias á todos, y en seguida, por la sacristía, se echaron fuera del templo, despidiéndose allí y desfilando cada cual por su lado: los dos curas, juntos; juntos también, los padrinos; y los recién desposados, solos á casa de su madre.

V

Largo rato permaneció Doña Emilia en la actitud semi-cataléptica en que Manolo la dejara. Cuando volvió en su acuerdo, había anochecido por completo. Descendió al piso bajo, y llamó:

—¡Quico!

Se presentó en el acto el mozarro.

—Echa la albardilla al macho Pulido, aparéjale, y tenle dispuesto. Voy á salir en seguida.

—¿Héla de acompañar yo, señora?

—Ya te lo diré; ¡anda!

Ella se sentó, encendiendo una vela, ante la mesita-tocador que ya conocemos, y escribió rápidamente brevísima carta, en cuyo sobre puso:

Para entregar:

A Don

Ildefonso Bermejo.

En seguida tomó una bolsita de viaje, y en ella metió muchas alhajas, billetes y algunos papeles, quedando en actitud de impaciente espera. Estaba desencajada, muy pálida, con rastros deplorables en su agraciado semblante de las horribles tormentas que en su pecho se sucedían.

Se oyeron en el portalón del corral los pasos de Quico, el cual manifestó desde la puerta:

—Ya está.

—Oye, ven acá para enterarte.

Entró el zagalote.

—Voy cerca, y no tardaré mucho. No necesito que me acompañes. Cuando venga el señor, le entregas esta carta de mi parte.

—Bien, señora.—Y el pedazo aquel de mozo no dejó de pensar para sus adentros: «Pero ¡qué cosas más raras están pasando estos días en Valdecastro!»

La andaluza tomó su bolsa, que se colgó del

hombro; salió al corral como la cosa más natural del mundo, sin ver siquiera á la criadona, ni á tio'Nso; montó en el macho ayudada de Quico, y salió por la traserona:

—Hasta luego, Quico. ¡Cuidado con lo que se hace!,—fueron sus últimas palabras.

Pasó un rato sin más incidente que las eternas é inútiles acometidas del desesperado Quico á la formidable Maritornes, siempre rendido el uno, esquiva siempre la otra. De repente sonó en la calle el patear especial del caballón de Don Ildefonso deteniéndose ante la portalona corralera.

—¡El señor!,—murmuró la sirviente.

Y Quico se lanzó á su encuentro.

—¿Ha habido alguna novedad?—preguntó después de desmontado, al entrar en el portal y dirigirse á su cuarto, á la criadona que había salido á quitarle las espuelas.

—Ninguna,—contestó ésta.

—¿Y la señora?

—Quico me ha dicho que ha salido

—¡Vaya por Dios!

—Diz que le mandó aparejar el Pulido, y que se fué ya casi endenoche.

—¡Cómo! ¿Que se fué la señora á caballo?

—Eso diz Quico, señor.

—En cuanto termine Quico de arreglar el jaco, que entre á verme; ¿estás?

Y Don Ildefonso, muy preocupado, se metió en su despacho-comedor, donde ya tenía la lámpara encendida, y se dejó caer en el sofá, hosco y ceñudo.

Reinaba en la casa un silencio profundo. Por todas partes olía allí á soledad y destierro. El reloj del comedor, de enorme péndola y metido en su caja, filtraba al través de ella su tic-tac lento y monótono, como recordatorio impasible de no se sabe qué cosas trágicas. El alma del pobre Bermejo era nube tempestuosa preñada del caos; su corazón, destrozo horrible de heridas que chorreaban sangre...

De pronto se oyó llamar á la puerta de la calle, y momentos después penetraban en la estancia Manolo y Maruja, ya desposados.

Don Ildefonso se levantó. Los tres se hallaban hondamente emocionados. Manolo se arrojó al cuello del anciano.

—¡Padre mío de mi alma!,—murmuró estrechándole entre sus brazos.

Cuando se desprendieron el uno del otro, Maruja estaba arrodillada á los pies del noble viejo.

—¡Por Dios,—sollozaba,—por Dios, no me desprecie, que ya no tengo más padre que usted!

El generoso pecho, tiernísimo en sus afectos, de aquel varón fuerte sintióse traspasado ante la angelical demanda de cariño con tal efusión y dulce humildad dicha, y, llorando como un niño, apoderóse de aquella criatura, miróla á la cara con complacencia de padre, la besó repetidas veces en la frente, y, ya desbordado el sentimiento, decíale con ternura de viejo:

—¡Hija! ¡Pobre hija! ¡Si yo siempre te he querido mucho! ¿No ves que sabía lo que sufrías? ¡Y

á todos los que sufren yo les quiero mucho! Ya veo que eres muy buena, ya lo veo. No llores, bobina. Mi hijo te hará feliz..., porque lo mereces. Y... ¡ya verás, ya verás cómo este padre se sacrifica para que lo seas!

Manolo, en el paroxismo de la emoción, rompió en sollozos, y aquello fué un cuadro de desolación tristísima. ¡Era imposible soñar boda más llena de duelo!

Llegó el momento de despedirse, pues á los recién casados les esperaba una legua de camino, y Manolo, esforzándose por serenar la situación, manifestó en el tono más corriente posible:

—Vaya, adiós, padre; hasta dentro de cuatro ó seis días. Cuídese usted mucho, y, si algo ocurre, avise en seguida ¿eh?

¡Entonces fué el demudarse el viejo, cual si algo horrible le amenazase!

—¡Ve con Dios, hijo de mi alma!... ¡ve con Dios!... ¡Ya te perdí para siempre!...—pronunció ahogándose.

—¡Qué cosas dice usted, padre! ¡No sea así!

El meneaba la cabeza, y torvo y pálido como un muerto, seguía repitiendo:

—Sí, hijo, sí: ¡para siempre!

—Por Dios, papá, ¡que nos hace usted daño! ¿Por qué dice eso?,—adujo Marujilla.

—¡Pobres inocentes!,—exclamó él con voz emocionada.—Vosotros váis tras los nobles impulsos de amor y libertad de vuestras almas, y no podéis sondar el límite de las maldades humanas, que

cual instrumentos os manejan. ¿Cómo habéis de imaginaros que ambos estáis destinados á ser arma parricida contra este pobre viejo que os ama más que nadie? ¡Ya ves, Manolo, si tengo razón para considerar que ahora te pierdo para siempre! ¡A tí, que eras el único amor que en el mundo me quedaba!

—¡Dios mío, Dios mío,—volvía otra vez á llorar Marujilla,—por todas partes, augurios de desgracias! ¡Desgracias y más desgracias!...

—Pero, no, niña; ¡si vosotros no tenéis por qué afligiros! Vuestro padre será el que se sacrifique. ¿Qué creíais? Vosotros, á vivir descuidados. Yo me quitaré del medio cuanto antes, y... ¡todo concluído! Sabes que te lo he dicho, Manolico: el día en que tu padre sea á tu felicidad mínimo estorbo, se borra á sí mismo... y no hay más que hablar. ¡Ya véis qué ancho es el mundo! Donde uno sobra, se le echa allá, lejos, muy lejos: ¡tuerto enderezado!

Amargura trágica de un sacrificio infinito temblaba en la voz del anciano.

—¡Que nos está usted matando, padre!—gimió el destrozado Manolo.

Aquel grito de angustia reaccionó al herido, y reapareció el varón fuerte y entero.

—¡Ea, ea, muchachos,—exclamó serenándose con supremo esfuerzo;—esto se acabó! Basta ya de mimos y tonterías. Tenéis razón: las quejas vanas son lo más vano del mundo. Vaya, ¡como si nada hubiéramos dicho! Y ahora, al coche, que es

muy tarde. Id descuidados, y pasad lo mejor posible estos días. Claro es que, si cualquier suceso ocurriera, os avisaré enseguida. ¡Adiós, hijos, adiós, adiós!

Se realizó al fin la separación..., como si tal cosa. Mas, apenas desaparecieron los dos jóvenes, ¡qué desolación se pintó en el rostro de aquel terrible malherido en el corazón! Se hundió en el sofá, llevóse las manos al rostro, ¡y dos lágrimas de fuego corrieron por sus mejillas!

Pasó bastante tiempo. De repente volvió á la conciencia de la realidad que le rodeaba, y llamó.

Se presentó Quico.

—¿Qué novedades ha habido?,—le preguntó ceñudo.

—A poco de usté marcharse estuvieron á buscarle Don Gaspar, Don Benito y el señor Casio pá eso de las iliciones, porque dicen diz que tenían que celebral una junta. Y han güelto más veces, y, en no hallándole, han dejao dicho de que mañana mú temprano esté usté endispuesto pá celebrala, y otras cosas.

—¿Y qué más?

—Ná más.

—Pues ¿qué es eso que ha dicho de la señora la muchacha?

—¡Ah, sí; dispense, señor! Ya no me recordaba de que le tenía que entregar esta carta de parte de ella.

Y metiendo mano al bolsillo de la chaqueta, sacóla, ya toda arrugada, y se la entregó. Don

Ildefonso quedóse estupefacto con ella en la mano, leyendo aturdido el sobre, y cual si no supiera qué hacer. ¡Con qué otra novedad adversa se encontraba de repente? ¡Aquello era el fin del mundo!

—Pero bien, ¿cómo, cuándo salió la señora?,—volvió á interrogar temeroso y anhelante á la vez por conocer la verdad que tras aquel misterio se encerraba.

—Como al escurecer me llamó,—explicó Quico,—y me dijo diz: «aparéjame el macho Pulido, que voy á salir; golveré pronto. Al señor, cuando venga, le entregas esta carta.» Mesmamente la que le hi dado á usté. Con que yo le aparejé bien aparejao el Pulido, montó con su aquél de viajar á la espalda, salió, y dijo diz: «hasta luego.» Hati poco, entre que estaba usté aquí con los señoritos, vide á la tía Ratusa, que me dijo haber encontrao á la mi ama por el atajo de Mauda, y que diba en el Pulido, y que Doña Imilia le preguntó si alcanzaría al coche de Toro, y que ella le dijo diz: «de sobra, señorita, si usté aprieta el macho, porque pasa de Valladolid á las ocho por Mauda.» Y es tóo lo que sé, señor.

Siguió silencio profundo, siempre el atormentado viejo con la carta en la mano. De repente exclamó, dirigiéndose al mozarro:

—¿Habéis cenado?

—Ya, señor.

—Pues ¡á cerrar las puertas y á la cama todo el mundo! Yo esperaré á la señora. Vete.

Y se quedó solo, ¡completamente solo! Entonces abrió la carta, y vió que decía:

«Sr. D. Ildefonso Bermejo:

»Sufro mucho, y no puedo ya vivir en su casa. Me voy; me vuelvo á mi tierra, y sea lo que Dios quiera. No se empeñe en buscarme, porque no me encontrará.

»Siempre se acordará de usted y de sus beneficios,

»suya,
EMILIA BUENDÍA.»

Dejó caer la carta de las manos, echó los codos sobre la camilla, cogióse muy apretada la cabeza cubriéndose la cara, y... se quedó inmóvil, la respiración anhelante, el tronco como muerto.

Así pasó tiempo, tiempo, una hora, dos horas, muchas horas. ¡Las largas horas de las noches trágicas!... La casa había quedado en hondísimo silencio; lejos se oían los rumores profundos del ganado en las cuadras; el reloj repetía su eterno, lento y monótono tic-tac de soberano desprecio á las cosas de la vida. De vez en cuando, como una revolución en lo inmutable, sonaba un redoble de resorte descompuesto, y, tras él, sordo timbre daba los golpetazos de las horas. Todo volvía al mismo silencio, á la propia inmovilidad que antes. Y el viejo y huérfano republicano, ¡siempre mudo, yerto, petrificado! ¡Cual si se hubiese convertido en sombra de sí mismo!

De repente la luz de la lámpara comenzó á titilar, después osciló violentamente, dejó oir luego

un pequeño gemido, por último levantó súbita llamarada, y se apagó por completo. Al silencio se unieron las tinieblas. Fué el caos que pasó su inmenso disfumino de aniquilamiento borrando todas aquellas tormentas y dolores...

¡Don Ildefonso tampoco se movió!............

....

Apenas apuntó el alba de aquel domingo electoral, día siempre tan animado en el solar bermejino, centro de lucha y foco de la batalla donde el estado mayor se situaba, comenzaron los ruídos y el movimiento de mozos y sirvientes.

Don Pí llegó el primero, y, por lo extraordinario del caso, colóse de rondón en la habitación donde Don Ildefonso se hallaba, gritando:

—¡Señor, señor! ¡que ya estamos en el domingo de las iliciones, y me páe que va á haber cosas malas! Pero ¡estando ustez al frente!...

Don Ildefonso permanecía en la misma actitud. Dió un salto nervioso y se quedó como espantado mirando á Don Pí, el cual espantóse, al verle, do ble que él. Tenía el rostro horrorosamente desencajado; debajo de los ojos, cuencas negras; en la frente y mejillas, arrugas como surcos de arado; en los ojos, un círculo entre rojizo y amoratado de consternación y sufrimiento. ¡Había envejecido veinte años, transformándose en anciano aplastado y caduco!

—¿Las elecciones!... ¿Las elecciones!...—exclamó con voz extraviada.—Y ¿qué tengo yo que ver con eso?

Se encogió de hombros, volvióle la espalda á Don Pí, que quedó más aterrado todavía ante aquella inconcebible respuesta, y con voz cavernosa llamó:

—¡Quico!

Quien acudió en el acto.

—¡El caballo inmediatamente!

Y á los cinco minutos salió al corral, montó, y se echó al campo, cuando todavía el sol no alcanzaba con su disco los horizontes campesinos......

....

A las cinco y media de la tarde el tío Pedro Villalobos terminaba el recuento de votos. ¡Por tres habían triunfado *los suyos!*

La rabia de Herrezuelo, Casio, Ruedita, Juan-y-Medio... no tenía límites ante el increíble fracaso causado por el pánico que en sus huestes produjera la ausencia de Don Ildefonso.

—Pero ¡dónde anda ese hombre?—gritaban todos.

Ese hombre andaba, andaba, y aún no se había detenido, al través de la llanura inmensa y desnuda, náufrago en el mar de arcilla, rodando entre los interminables cabones no menos secos y eriales que su alma, sumergido en aquella desolación que á él se le antojaba prolongación tan sólo de la desolación de su espíritu .. ¡Dos inmensidades igualmente despobladas, vacías, muertas!

Noviembre de 1896.—Enero de 1897.



INDICE

